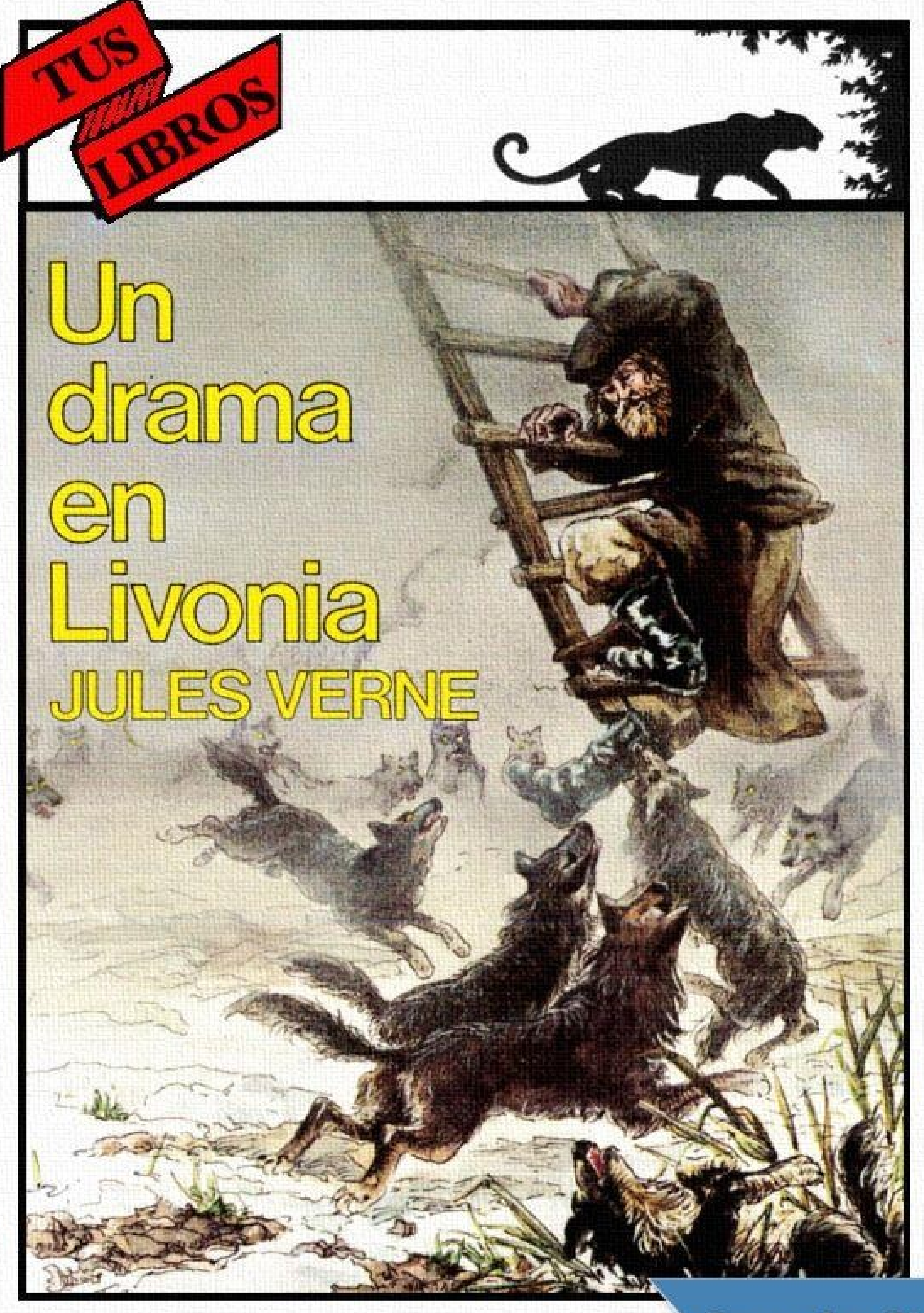

TUS
LIBROS
Un drama en Livonia
JULES VERNE

Escribió Verne *Un drama en Livonia*, utilizando como telón de fondo el malestar político y social debido al surgimiento del nacionalismo eslavo, que provocó enfrentamientos entre germanófilos y eslavófilos. Nicolef, candidato de los eslavos, se ve envuelto en un crimen que no ha cometido: todas las pruebas lo acusan, las pasiones e intrigas políticas se desatan, y Nicolef acaba siendo víctima de un error judicial. Si como investigación policíaca la novela deja bastante que desear, se advierten en cambio algunas constantes vernianas, como la abnegación y la amistad, que, cuando son auténticas, lo son incluso a prueba de asesinatos.

Lectulandia

Jules Verne

Un drama en Livonia (ilustrado)

Tus libros - 75

ePub r1.0
Titivillus 06.09.2019

Título original: *Un drame en Livonie*
Jules Verne, 1904
Traducción: Miguel Salabert
Ilustraciones: L. Benett
Apéndice: Constantino Bértolo Cadenas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido



JULES VERNE (1828-1905)

La presente obra es traducción directa e integra del origina1 francés en su primera edición publicada en París, J. Hetzel, 1904.

Las ilustraciones, originales de L. Benett, que aparecen en esta edición acompañaron el texto de la edición francesa publicada por J. Hetzel; París, 1904.

Capítulo I

Paso de frontera

El hombre estaba solo en la noche. Pasaba como un lobo entre los bloques de hielo amontonados por los fríos de un largo invierno. Su pantalón forrado, su *jalot* —una especie de rugoso caftán de piel de vaca—, su pasamontañas ajustado sobre sus orejas, apenas conseguían defenderlo de la dura arremetida de la ventisca. Tenía los labios y las manos llenos de dolorosas grietas. El frío le pellizcaba las puntas de los dedos. Avanzaba a través de una profunda oscuridad, con un cielo muy bajo cuyas nubes amenazaban deshacerse en nieve, aun estando ya en los primeros días de abril, si bien a la elevada latitud del paralelo 58.

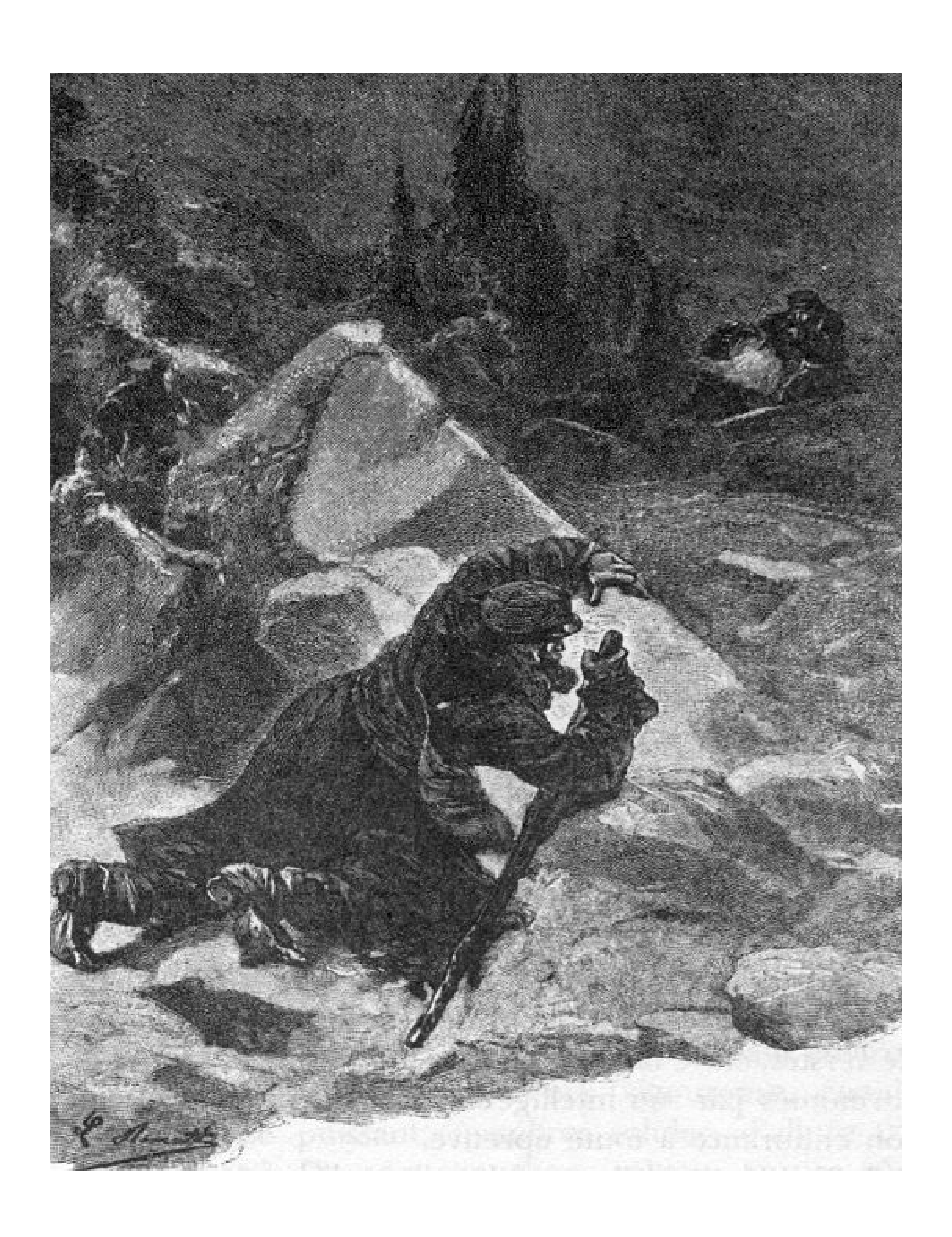
Se obstinaba en no detener su marcha. Si hiciese un alto, tal vez se vería en la imposibilidad de reanudar su camino.

Sin embargo, hacia las once de la noche, el hombre se detuvo, no porque sus piernas se negaran a servirle, ni porque le faltase el aliento, ni porque hubiese sucumbido a la fatiga. Su energía física igualaba a su energía moral. Con una fuerte voz y un inexpresable entusiasmo patriótico, exclamó:

—¡Al fin! ¡La frontera…, la frontera livonia…, la frontera de la patria!

Con un amplio gesto abrazó el espacio que se extendía ante él hacia el oeste, y pisó y golpeó con firmeza la blanca superficie del suelo, como si quisiera grabar en él su huella al término de aquella última etapa.

Y es que venía de lejos, de muy lejos, y se contaban por millares las verstas[1] recorridas, entre tantos peligros desafiados por su valor, superados por su inteligencia y vencidos por su vigor y su resistencia a toda prueba.



Fugitivo desde hacía ya dos meses, se dirigía así hacia el poniente, tras franquear interminables estepas, con penosos desvíos obligados por la necesidad de evitar los puestos de los cosacos, atravesar los rudos y sinuosos desfiladeros de alta montaña y aventurarse por esas provincias centrales del Imperio ruso en las que la policía ejerce una estrecha vigilancia. Al fin, tras haberse librado por milagro de encuentros en los que hubiese podido dejar su vida, acababa de exclamar:

—¡La frontera livonia…, la frontera!

¿Era, pues, aquél el país hospitalario al que regresa el ausente después de largos años, sin nada ya que temer? ¿Era aquella la tierra natal donde encontrar la seguridad, la espera de los amigos y los brazos abiertos de la familia, una mujer y unos hijos al acecho de la llegada, a menos de reservarse la alegría de darles una sorpresa con su vuelta?

No. Por ese país él sólo pasaría como un fugitivo. Trataría de alcanzar el puerto marítimo más próximo y de embarcarse allí sin despertar sospechas. No se hallaría seguro hasta que el litoral livonio hubiese desaparecido tras el horizonte.

«¡La frontera!», había dicho aquel hombre. Pero ¿cuál era esa frontera cuya línea no estaba trazada por ningún río, ni por una estribación montañosa, ni por un macizo boscoso…? ¿No existía allí más que un trazado convencional, sin ninguna determinación geográfica?

En efecto, era la frontera que separa del Imperio ruso a esos tres gobiernos de Estonia, Livonia y Curlandia, denominados las provincias bálticas. Y, en aquel lugar, la línea limítrofe divide de sur a norte la superficie, sólida en invierno, líquida en verano, del lago Peipus.

¿Quién era ese fugitivo de unos treinta y cuatro años de edad, de alta estatura y vigorosa complexión, con anchos hombros, poderoso torso, fuertes miembros y aspecto decidido? Del capuchón que le tapaba la cabeza se escapaba una barba rubia y cerrada, y cuando el viento lo levantaba descubría el brillo de unos ojos muy vivos cuya mirada no lograba apagar la ventisca. Su cinturón de anchos pliegues ocultaba una bolsita de cuero que contenía todo su dinero; se reducía éste a algunos rublos en billetes, que no bastaban para responder a las exigencias de un viaje de cierta duración. Completaba su equipaje un revólver de seis balas, un cuchillo en su funda de cuero, una mochila con un resto de provisiones aún, una cantimplora medio llena de aguardiente y un sólido bastón. Mochila, cantimplora e incluso el dinero eran para él objetos menos preciosos que sus armas, que estaba decidido a utilizar en caso de ser atacado por las ñeras o por los agentes de la policía.

Sólo viajaba de noche, con la constante preocupación de llegar, inadvertido, a uno de los puertos del mar Báltico o del golfo de Finlandia.

Hasta entonces, y a través de tan peligroso derrotero, había podido pasar, aunque no estuviese provisto del *podorojna* expedido por la autoridad militar, que estaban obligados a exigir los jefes de postas del Imperio moscovita. Pero ¿ocurriría lo mismo en las cercanías del litoral, donde la vigilancia es más severa?… Era indudable que su huida había sido señalada, que ya pertenecía a la categoría de los criminales de derecho común o a la de los condenados políticos, y que debían de estar buscándolo con empeño y encarnizamiento. En verdad, si la fortuna, hasta entonces favorable, lo abandonaba en la frontera livonia, su caso sería comparable al del barco que se hunde al llegar a puerto.

El lago Peipus, de unas ciento veinte verstas de longitud y sesenta de anchura, se ve muy frecuentado durante la estación cálida por los pescadores que explotan sus aguas de gran riqueza piscícola. La navegación se efectúa por medio de esas pesadas barcas que no son sino una rudimentaria unión de troncos de árbol apenas escuadrados y de planchas mal cepilladas, a las que se da el nombre de *struzzes*. Tales embarcaciones transportan, por los desagües naturales del lago, a los pueblos vecinos y hasta el golfo de Riga, cargamentos de trigo, de lino y de cáñamo. Pero en aquella época del año, y en esas latitudes de primaveras tardías, el lago Peipus no está practicable para la navegación; su superficie está tan endurecida por los fríos de un riguroso invierno, que podría atravesarla un convoy de artillería. Todavía no era más que una vasta llanura blanca, erizada de bloques en su parte central y de enormes barreras de hielos aglomerados en el nacimiento de los ríos.

Tal era el espantoso desierto que iba atravesando el fugitivo, que se orientaba sin dificultad por conocer bien la región. Caminaba con un paso rápido que le permitiría alcanzar la orilla occidental antes de que despuntara el día.

«No son más que las dos —se dijo—. Sólo veinte verstas más y no me será difícil encontrar allá alguna choza de pescador, una cabaña abandonada en la que poder descansar hasta la tarde… Ya estoy en terreno conocido y no ando al azar».

Parecía haber olvidado la fatiga y recuperado la confianza. Si la mala suerte hacía que los agentes reencontrasen la pista perdida, se sentía capaz de burlarlos.

Temeroso de que las primeras luces del alba se le vinieran encima antes de haber atravesado el lago Peipus, se impuso un último esfuerzo.

Confortado por un buen trago de aguardiente, avivó el paso sin permitirse ningún alto. Así, hacia las cuatro de la mañana, se le aparecieron confusamente en el horizonte las siluetas de pinos blancos de hielo, de arces y abedules.

Allí estaba la tierra firme. Allí serían también mayores los peligros.

La frontera livonia corta al lago Peipus por la mitad, pero, naturalmente, no es en esa línea donde se hallan establecidos los puestos aduaneros. La administración los ha situado en la orilla occidental, en la que amarran los *struzzes* durante el verano. No lo ignoraba el fugitivo, y por ello no le sorprendió ver una luz que brillaba vagamente, como un boquete amarillento en la cortina de la bruma.

«¿Se mueve o no se mueve esa luz?», se preguntó, al tiempo que se detenía junto a uno de los bloques de hielo que se erguían en torno suyo.

Si se desplazaba, es que era la luz de un farol llevado en mano para iluminar, probablemente, una ronda nocturna de los aduaneros por esa parte del Peipus, y había que evitar hallarse en su camino. Si la luz no se desplazaba, es que iluminaba el interior de uno de los puestos fronterizos de la orilla, pues en esa época todavía los pescadores no habían ocupado sus cabañas, en espera del deshielo, que no suele comenzar antes de la segunda quincena de abril. La prudencia aconsejaba, pues, dirigirse a la derecha o a la izquierda para no ser visto desde el puesto.

El fugitivo se dirigió oblicuamente hacia la izquierda. Por ese lado los árboles parecían más apretujados, hasta donde podía juzgarse a través de la bruma que comenzaba a disiparse con el soplo de la brisa de la madrugada. En caso de persecución, tal vez encontrara allí primero un refugio y luego condiciones más fáciles para la huida.

Apenas había andado unos cincuenta pasos cuando un sonoro «¿Quién vive?» surgió a su derecha.

Ese «¿quién vive?», pronunciado con un fuerte acento germánico que se parecía al *Wer da*[2] alemán, produjo la más desagradable impresión en su destinatario. La lengua alemana es la más empleada, si no por los campesinos, al menos por los ciudadanos de las provincias bálticas.

El fugitivo no respondió al requerimiento. Se echó boca abajo sobre el hielo, e hizo bien, pues sin esa precaución le hubiese alcanzado en pleno pecho la bala cuya detonación acababa de sonar. Pero ¿podría escapar a la ronda de los aduaneros? Le habían visto, sin duda… El grito y el disparo lo demostraban… Sin embargo, en medio de la brumosa oscuridad podían

creerse víctimas de una ilusión. Y, en efecto, el fugitivo pudo comprobarlo al oír las palabras intercambiadas entre aquellos hombres cuando se acercaron.

Pertenecían a uno de los puestos del lago Peipus. Eran de esos pobres diablos vestidos con uniformes pasados del verdoso al amarillento, que tienden tan fácilmente la mano a las propinas, dada la escasez de los sueldos que les paga la *tamojna*, la aduana moscovita. Eran dos. Volvían a su puesto, cuando creyeron haber entrevisto una sombra entre los bloques.

—¿Estás seguro de haberlo visto? —decía uno.

—Sí, algún contrabandista que trataba de introducirse en Livonia.

—No es el primero de este invierno, ni será el último, y me parece que debe de estar corriendo todavía, porque no vemos ni rastro de él.

—Bueno —replicó el que había tirado—, no se puede apuntar en medio de una bruma así. Siento no haberlo tumbado. Un contrabandista tiene siempre llena la cantimplora… Nos la hubiéramos repartido como buenos camaradas…

—Nada mejor para templar el estómago —añadió el otro.

Los aduaneros continuaron la búsqueda, más estimulados sin duda por la idea de calentarse con un buen trago de aguardiente o de vodka que por la de capturar a un contrabandista. Pero sus esfuerzos fueron inútiles.

Cuando el fugitivo los creyó suficientemente alejados, reemprendió su marcha en dirección a la orilla. Antes de despuntar el día, encontró abrigo en una choza vacía, a tres verstas al sur del puesto.

Sin duda, la prudencia aconsejaba velar durante toda la jornada y mantenerse al acecho de toda aproximación sospechosa, para poder escapar si los aduaneros proseguían su búsqueda por la parte de la choza. Pero, roto de fatiga, el hombre, por fuerte que fuese, no pudo resistir al sueño.

Tumbado en un rincón, envuelto en su caftán, se durmió profundamente. El día estaba ya muy avanzado cuando se despertó.

Eran las tres de la tarde. Afortunadamente, los aduaneros no habían salido de sus locales, muy dispuestos a admitir que se habían equivocado. El fugitivo no pudo sino felicitarse por haber escapado al primer peligro en el momento en que atravesaba la frontera de su país.

Apenas despierto, satisfecha la necesidad de dormir, procedió a satisfacer la de comer. Las provisiones que aún contenía su mochila tan sólo le aseguraban una comida o dos. Sería indispensable renovarlas en el próximo alto, así como el aguardiente de su cantimplora, cuyas últimas gotas bebió.

«Nunca me han defraudado los campesinos —se dijo—, y los de Livonia no rechazarán a un eslavo como ellos».

Tenía razón, pero era preciso que la suerte no le condujese a casa de algún tabernero de origen germánico, como lo son muchos en estas provincias. Ésos no dispensarían a un ruso la acogida que éste había hallado entre los campesinos del Imperio moscovita.

Además, el fugitivo no se veía reducido a la necesidad de implorar la caridad. Aún le quedaban una cierta cantidad de rublos, que le permitirían subvenir a sus necesidades hasta el término de su viaje, a menos en Livonia. Cierto era que no le llegaban para embarcarse, pero eso ya lo vería en su momento. Lo importante, lo esencial, era llegar sano y salvo a uno de los puertos del litoral, en el golfo de Finlandia o en el mar Báltico, y a ese fin debían tender todos sus esfuerzos.

Cuando la oscuridad le pareció ya suficiente —hacia las siete de la tarde —, y tras haber revisado el estado de su revólver, el fugitivo abandonó la choza. Había soplado viento del sur durante todo el día. La temperatura había subido por encima de los cero grados centígrados, y la capa de nieve, manchada de puntos negruzcos, indicaba una tendencia a la fusión.

El aspecto del paisaje seguía siendo el mismo. Poco elevado en su parte central, no presenta relieves de importancia más que al noroeste, y su altitud no pasa de cien a ciento cincuenta metros. Esas largas llanuras no ofrecen dificultad alguna al paso del caminante, a menos que el deshielo deje momentáneamente impracticable el suelo, lo que quizá era de temer.

Había que apresurarse, pues, para llegar al puerto, y si el deshielo se producía prematuramente sería una buena noticia, puesto que con él se haría posible la navegación.

Unas quince verstas aproximadamente separan al lago Peipus del pueblo de Ecks, donde el fugitivo llegó hacia las seis de la mañana. Pero tuvo buen cuidado de evitarlo, para no exponerse a que la policía le pidiera papeles, lo que hubiese sido más bien embarazoso. No era en ese lugar donde convenía buscar refugio. Aquel día lo pasó a una versta de allí, en una casucha abandonada, de la que partió a la seis de la tarde, con dirección sudoeste hacia el río Embach. Lo encontró después de haber caminado once verstas. El Embach mezcla sus aguas con las del lago Watzjero en su punta septentrional.

En ese punto, en lugar de atravesar los bosques de alisos y arces que se extienden sobre las orillas, el fugitivo estimó más prudente caminar sobre el lago, cuya solidez no era aún comprometida.

De unas altas nubes caía una gruesa lluvia que activaba la disolución de la capa de hielo. Se manifestaban seriamente los síntomas de un próximo

deshielo. No estaba ya muy alejado el día en que se produciría la dislocación del hielo en la superficie de los ríos de la región.

El fugitivo marchaba con rapidez, deseoso de alcanzar la punta del lago antes del alba. Tenía que recorrer veinticinco verstas, dura etapa para un hombre ya fatigado y la más larga que hasta entonces se hubiese impuesto, ya que esa noche había sido de unas cincuenta verstas, es decir, una docena de leguas métricas.

Las diez horas de descanso del día siguiente estarían bien ganadas.

Era una lamentable circunstancia que se hubiese puesto a llover. Un frío seco hubiese hecho más fácil y más rápida la marcha. Cierto era que ese hielo compacto del Embach ofrecía al pie un punto de apoyo más sólido que el camino de las orillas, lleno ya del barro del deshielo. Pero algunos secos chasquidos y algunas fisuras indicaban una próxima dislocación y una ruptura de los bloques. De ahí otra dificultad para el caminante, si tenía que atravesar un río, a menos que lo hiciera a nado. Por todas esas razones, había que doblar las etapas si era preciso.

El hombre lo sabía, y desplegaba una energía sobrehumana. Su caftán, muy apretado, le defendía de las ráfagas. Sus botas, en buen estado, pues las había adquirido recientemente y reforzado con gruesos clavos las suelas, aseguraban su paso por el suelo resbaladizo. No tenía necesidad de orientarse en aquella profunda oscuridad, puesto que el Embach le conducía directamente a su objetivo.

A las tres de la mañana ya había recorrido veinte verstas. Durante las dos horas que faltaban para el alba alcanzaría el punto que se había fijado. Todavía no tenía necesidad de arriesgarse en ningún pueblo o de buscar abrigo en un albergue, puesto que sus provisiones bastarían aún para una jornada. Cualquier refugio sería bueno con tal que le ofreciese seguridad hasta la tarde. En los bosques que rodean la punta septentrional del Watzjero hay cabañas de leñadores deshabitadas durante el invierno. Con el carbón que conservan y las ramas caídas de los árboles es fácil hacer en ellas un buen fuego con que calentarse, por así decirlo, el cuerpo y el alma, sin que haya que temer la delación del humo en el seno de esas vastas soledades.

El invierno había sido duro, pero, aparte de su rigor, ¡cuánto había favorecido la empresa del fugitivo desde su llegada al suelo del Imperio!

Y, además, ¿no es el invierno el amigo de los rusos, como dice el refrán eslavo, y no se sienten seguros con su ruda amistad?

En aquel instante se oyó un aullido procedente de la orilla izquierda del Embach. No había duda, era el aullido de una fiera a unos centenares de

pasos. ¿Se alejaba o se acercaba el animal? La oscuridad no permitía verlo.

El hombre se detuvo un instante y agudizó el oído, en cumplimiento de su propósito de mantenerse siempre en guardia y no dejarse sorprender.

Se reprodujo el aullido varias veces y con aumento de intensidad. Otros le respondieron.

No había duda: una manada de fieras recorría la orilla del Embach y era posible que hubiesen olido la presencia de una criatura humana.

El lúgubre concierto recomenzó con tal violencia, que el fugitivo se creyó a punto de ser atacado.

«Son lobos —se repetía—, y ahora la manada no está lejos».

Era muy grande el peligro. Hambrientos, al término de un riguroso invierno, los lobos son verdaderamente temibles. Uno solo no es inquietante, a condición de ser vigoroso, mantener la sangre fría y poder defenderse, aunque sólo sea con un buen palo. Pero es difícil hacer frente a media docena, aún con un revólver al cinto, a menos que no se falle ni un solo tiro.

No se podía ni pensar en hallar un lugar seguro para evitar la agresión. Las orillas del Embach eran allí bajas y desnudas. Ni un árbol al que trepar. La manada no debía de estar a más de cincuenta pasos, ya fuera que se hubiese lanzado sobre el hielo, ya que corriera por la estepa.

No quedaba otro partido que tomar que el de correr a toda velocidad, sin gran esperanza de distanciar a aquellos carniceros, y esperar el momento en que tuviera que volverse para hacer frente a su ataque. Es lo que hizo el hombre, pero pronto los sintió tras sus talones. Los aullidos sonaron a veinte pasos tras él. Se detuvo, y le pareció que la oscuridad estaba acribillada de puntos brillantes, de brasas ardientes.

Eran los ojos de los lobos. Unos lobos enflaquecidos y con la ferocidad duplicada por su largo ayuno, ávidos de la presa que sentían al alcance de sus colmillos. El fugitivo se volvió, con el revólver en una mano y el palo en la otra. Más valía no disparar si el palo se mostraba suficiente, para no llamar la atención de algún agente que se hallase por las cercanías.

El hombre estaba sólidamente plantado, tras haber liberado sus brazos de los pliegues del caftán. Un rápido molinete contuvo a los lobos que más se le habían acercado. Uno de ellos le saltó a la garganta, y cayó derribado de un palo. Pero eran media docena, demasiados para no tener miedo y demasiados para que fuese posible exterminarlos uno a uno sin hacer uso del revólver. Además, el segundo golpe, asestado a la cabeza de otro, se rompió el palo en la mano que tan terriblemente lo manejaba.

El hombre reemprendió la huida. Los lobos se lanzaron tras él. Se detuvo nuevamente y disparó cuatro tiros. Dos de las bestias cayeron heridas y tiñeron el hielo con su sangre, pero las otras dos balas se perdieron al haber saltado los lobos a unos veinte pasos.

El fugitivo no tenía tiempo de cargar otra vez el revólver. Volvieron tras él y al cabo de doscientos pasos ya estaban tras sus talones; mordían los bajos de su caftan cuyos trozos desgarrados les colgaban de las fauces. Él sentía su aliento ardiente. Un tropezón sería mortal. No se levantaría más, y perecería desgarrado por las bestias furiosas.

¿Había llegado así su última hora? ¡Tantas pruebas, tantas fatigas, tantos peligros para regresar al suelo natal, y ni siquiera dejar en él los huesos! Al fin apareció la extremidad del lago al mismo tiempo que los primeros resplandores del alba.

La lluvia había cesado. Todo el campo estaba envuelto en una ligera bruma. Los lobos se lanzaron contra su víctima, que se defendía a culatazos, a los que ellos respondían con sus garras y sus dentelladas.

De repente, el hombre tropezó contra una escalera. ¿Dónde, en qué tenía su apoyo esa escalera? Poco importaba. Si lograba escalarla, los lobos no podrían seguirle y se hallaría momentáneamente a salvo.



La escalera se levantaba un poco oblicua y, cosa rara, su pie no descansaba en el suelo, como si se hallase suspendida. La niebla impedía ver su punto de apoyo superior. El fugitivo trepó por los peldaños en el mismo momento en que los lobos se lanzaban por última vez contra él. Sus colmillos desgarraron el cuero de las botas.

La escalera crujía bajo el peso del hombre y oscilaba bajo sus esfuerzos. ¿Iba a venirse abajo? En ese caso sería destrozado y devorado vivo…

La escalera resistió y pudo alcanzar sus últimos peldaños con la agilidad de un gaviero sobre los flechastes de los obenques[3].

Allí sobresalía la extremidad de una viga, una especie de gran cubo de rueda sobre el que era posible instalarse a horcajadas.

El hombre estaba fuera del alcance de los lobos, que saltaban al pie de la escalera y se agotaban lanzando espantosos aullidos.

Capítulo II

De eslavo a eslavo

El fugitivo se hallaba momentáneamente a salvo. Los lobos no pueden trepar como lo hubiesen hecho los osos, que son tan abundantes como temibles en los bosques de Livonia. Era preciso no verse obligado a descender antes de que desapareciesen las últimas fieras, cosa que ciertamente ocurriría al salir el sol.

Pero ¿por qué esa escalera allí, y dónde hallaba apoyo su extremidad superior?

Era —ya hemos dicho— el cubo de una rueda en el que estaban implantadas otras tres escaleras del mismo tipo. En realidad se trataba de las cuatro aspas de un molino instalado sobre un otero, no lejos del lugar en que el Embach se alimenta de las aguas del lago. Por una afortunada circunstancia, no funcionaba el molino en el momento en que el fugitivo había podido agarrarse a una de sus aspas.

Quedaba la posibilidad de que el aparato se pusiese en movimiento si aumentaba la brisa, y en ese caso le hubiese sido difícil mantenerse sobre el cubo en estado de rotación. O bien que se presentara el molinero para descargar sus telas y maniobrar la palanca exterior y le viera allí, a horcajadas sobre el cruce de las aspas. Pero el fugitivo no podía arriesgarse a descender. Los lobos se hallaban todavía allí, al pie del otero, lanzando aullidos que no tardarían en causar la alarma de las casas vecinas.

No quedaba, pues, otro partido que el de introducirse en el interior del molino, refugiarse en él durante toda la jornada, si es que el molinero no permanecía en él —suposición bastante plausible— y esperar la noche antes de reemprender la marcha.

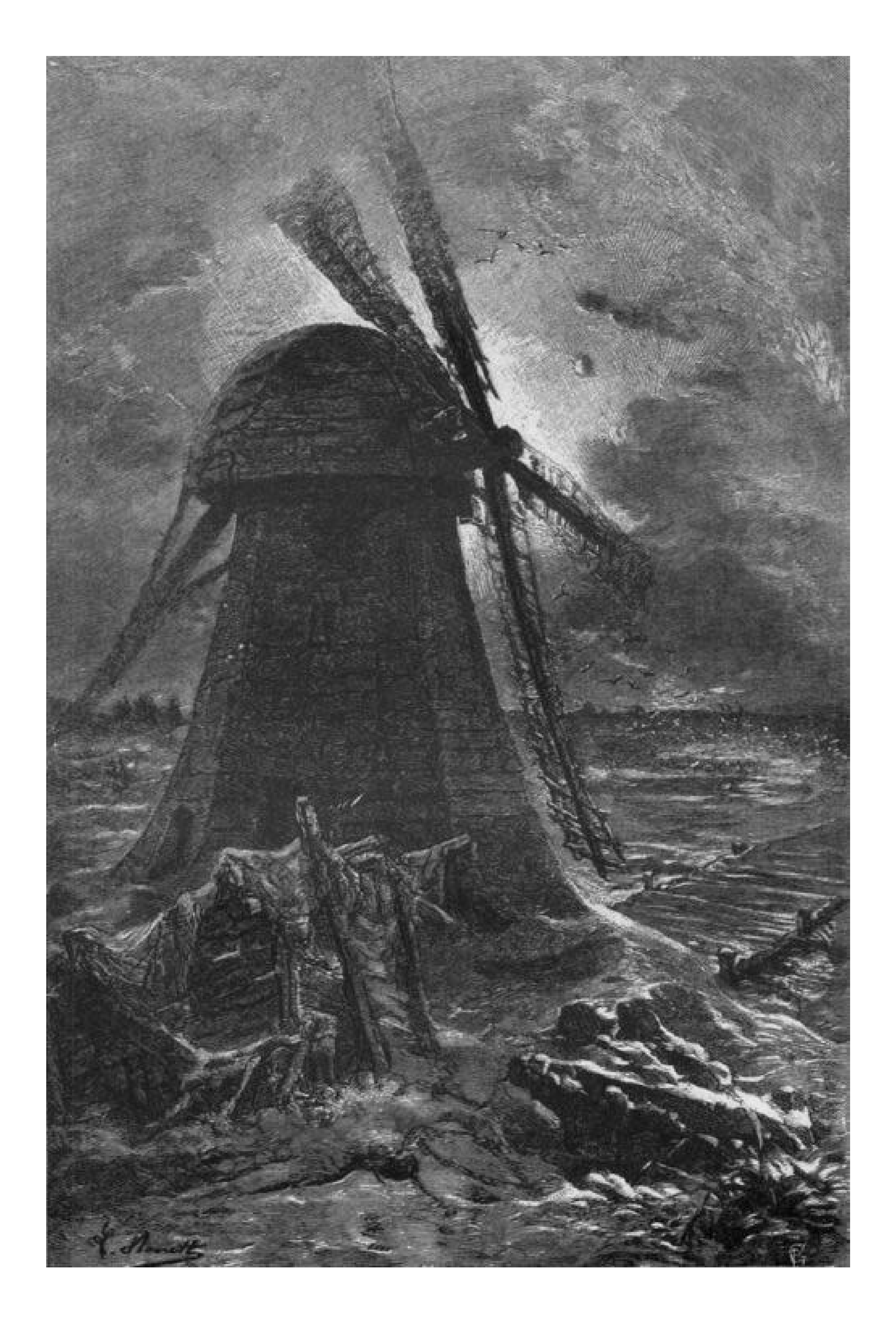
El hombre ascendió hacia el tejado, hasta la buhardilla, a través de la cual pasaba la palanca de accionamiento, cuya barra llegaba al suelo.

El molino, como es habitual en el país, estaba rematado por una especie de carena invertida o una gorra sin visera. Esa techumbre rodaba sobre una serie de ruedas interiores, que permitían orientar el aparato según la dirección del viento. La fábrica principal, de madera, estaba fijada al suelo en vez de sobre un pivote central, como la mayor parte de los molinos de Holanda, y se accedía a ella por dos puertas situadas una frente a otra.

Llegado a la altura de la ventanilla del desván, el fugitivo pudo introducirse por ella sin demasiada dificultad y sin hacer ruido. El interior formaba una especie de desván atravesado horizontalmente por el árbol de tracción, unido por medio de un engranaje a la barra vertical de la muela, instalada en el piso inferior del molino.

El silencio era tan profundo como la oscuridad. Parecía seguro que no había nadie abajo a esas horas. Una empinada escalera, que contorneaba la pared de tablones, establecía comunicación con el piso inferior, que tenía por base el suelo del otero. Pero la prudencia exigía no arriesgarse fuera del desván. Comer primero y dormir después eran las dos imperiosas necesidades a las que el fugitivo no podía ya sustraerse por más tiempo.

Agotó, pues, su reserva de víveres, lo que le sometía a la necesidad de renovarlos durante su próxima etapa. ¿Dónde y cómo? Ya se vería.



Al disiparse la bruma, hacia las siete y media, fue fácil hacer un reconocimiento de las inmediaciones del molino. Al asomarse por la ventanilla de la buhardilla, se veía a la derecha una llanura sometida ya a la fusión de las nieves, surcada por un interminable camino trazado hacia el oeste, con sus troncos de árboles yuxtapuestos, pues la llanura atravesaba un pantano, por encima del cual volaban bandadas de pájaros acuáticos. Hacia la izquierda se extendía el lago, helado en su superficie salvo en el punto de confluencia con el río Embach.

Acá y allá se elevaban algunos pinos y abetos cuyo oscuro follaje contrastaba con la desnudez de los arces y los alisos, reducidos al estado de esqueletos.

El fugitivo observó que los lobos, cuyos aullidos habían dejado de oírse hacía rato, habían abandonado ya los lugares.

«Bien —se dijo—, pero los aduaneros y los agentes de policía son más temibles que las fieras… En las cercanías del litoral será más difícil burlar su persecución… Me caigo de sueño… Pero antes de dormirme, tengo que explorar las posibilidades de huida en caso de alerta».

Había cesado de llover. La temperatura había subido algunos grados con el viento del oeste. Pero esa brisa que soplaba vivamente ¿no podía decidir al molinero a poner en marcha el molino?

Desde la ventanilla podían verse a una distancia de media versta diversas casitas aisladas y algunas chozas de las que escapaban delgadas columnas de humo matinales.

En una de ellas debía de residir el molinero, y habría que vigilar el caserío.

El fugitivo se arriesgó a descender por la pequeña escalera interior hasta la base de la muela. Había sacos de trigo apilados abajo. Luego el molino no estaba abandonado y funcionaba cuando el viento era suficiente para accionar sus aspas. Cabía temer pues que el molinero fuera de un instante a otro para orientarlas.

En tales condiciones, habría sido imprudente permanecer en el piso inferior, y más valía volver al desván para dormir algunas horas. En efecto, abajo se arriesgaba a ser sorprendido, pues las dos puertas de acceso estaban cerradas por un simple pestillo, y, si la lluvia volvía a empezar, cualquiera podía abrirlas para buscar abrigo en el molino. Además, el viento refrescaba y el molinero no tardaría en llegar.

El hombre subió por la escalera de madera, lanzó una última mirada por los intersticios de la pared, se instaló en el desván y, vencido por la fatiga,

cayó en un profundo sueño.

¿Qué hora era cuando se despertó?… Las cuatro aproximadamente. Era de día todavía. Sin embargo, el molino continuaba en reposo.

Por una feliz casualidad el fugitivo, al incorporarse, aunque medio entumecido por el frío, fue parco en sus movimientos de desperezamiento, y eso le salvó de un gran peligro.

En efecto, a su oído llegaron algunas palabras que cambiaban en el piso inferior varias personas, en una charla no exenta de cierta animación. Esas personas habían entrado media hora antes de que se despertara. De haber subido al desván, lo habrían sorprendido durmiendo.

El hombre se guardó de moverse.

Tumbado en el suelo, aguzó el oído a la escucha de lo que abajo se decía.

A las primeras palabras se le reveló la calidad de los individuos que allí se encontraban. Por ello comprendió inmediatamente el peligro al que escaparía, si es que escapaba, si lograba abandonar el molino antes o después de la partida de los hombres que estaban hablando con el molinero.

Eran tres agentes de la policía, un brigadier y sus dos acólitos.

En aquella época, la rusificación de la administración de las provincias bálticas apenas si había empezado a desplazar a los elementos germánicos en favor de los eslavos. Un gran número de policías eran todavía de origen alemán. Entre ellos se distinguía el brigadier Eck, muy inclinado en el ejercicio de sus funciones a mostrar menos severidad hacia los conciudadanos de su raza que hacia los rusos de Livonia. Muy concienzudo, además, muy perspicaz, muy bien visto por sus jefes, ponía un verdadero celo en la implacable persecución de los casos criminales que se le confiaban. Se enorgullecía de sus éxitos y no podía aceptar un fracaso. Empeñado en aquellos momentos en una importante persecución, aplicaba una energía y una habilidad tanto mayores cuanto que se trataba de echar mano a un evadido de Siberia, un livonio de origen moscovita.

Mientras el fugitivo dormía, el molinero se había presentado en el molino con el propósito de dedicar toda la jornada al trabajo. Hacia las nueve le había parecido favorable la brisa. Si las aspas se hubiesen puesto en movimiento, el durmiente se habría despertado al primer ruido. Pero bajo una fina llovizna el viento se había echado.

Se hallaba el molinero en la puerta cuando lo vieron Eck y sus agentes, y entraron en el molino para hacerle unas preguntas.

En ese instante, decía Eck:

—¿Y no sabes si un hombre de unos treinta a treinta y cinco años apareció ayer por la punta del lago?

—No —respondió el molinero—. No hay ni dos personas por día que se acerquen en esta época por nuestra aldea… ¿Es un extranjero?

—¿Un extranjero?… No, un ruso, un ruso de las provincias bálticas.

—¡Ah! ¿Un ruso? —replicó el molinero.

—¡Sí, un bribón cuya captura me honrará!

En efecto, para un policía, un fugitivo es siempre un bribón, ya haya sido condenado por crimen político o por crimen de derecho común.

—Y va usted persiguiéndolo, ¿no? —preguntó el molinero.

—Desde que nos señalaron su presencia en la frontera, hace ya veinticuatro horas.

—¿Y se sabe hacia dónde se dirige? —preguntó el molinero, de naturaleza muy curiosa.

—Puedes imaginártelo —respondió Eck—. Va hacia donde pueda embarcarse cuando el mar esté libre; sin duda, a Revel mejor que a Riga.

El razonamiento del brigadier era atinado al indicar esa ciudad, la antigua Kolyvan de los rusos, un punto en el que se concentran las comunicaciones marítimas del norte del Imperio. Esa ciudad estaba en comunicación directa con Petersburgo por el ferrocarril del litoral de la Curlandia. Era del mayor interés para un fugitivo llegar a Revel, que es al mismo tiempo una estación balnearia; o si no a Revel, al menos a Balliski, sus afueras, situada en la punta del golfo, puesto que, por su posición, es la primera que se libera de los hielos.

Cierto es que Revel, una de las más viejas ciudades hanseáticas[4], poblada por un tercio de alemanes y dos tercios de estonios, los verdaderos originarios de Estonia, se hallaba a ciento cuarenta verstas del molino, y ese trayecto exigía cuatro largas etapas.

—¿Por qué Revel? Ese bribón haría mejor dirigiéndose a Pernau —observó el molinero.

En efecto, no había más que un centenar de verstas que franquear entre el molino y esa localidad. En cuanto a Riga, estaba demasiado lejos, el doble que Pernau, y no era en esa dirección por donde convenía continuar la búsqueda.

Innecesario es decir que el fugitivo, inmóvil en el fondo del desván, con la respiración contenida y aguzando el oído, escuchaba esa conversación, de la que estaba sacando provecho.

—Sí —respondió el brigadier—, ahí está Pernau, y las escuadras de Fallen están advertidas para la vigilancia de la región; pero todo hace creer que nuestro evadido va hacia Revel.

Esa era la opinión del mayor Verder, que dirigía entonces la policía de la provincia de Livonia, bajo las órdenes del coronel Raguenof. A Eck le habían dado instrucciones en ese sentido.

Si el coronel Raguenof, eslavo de nacimiento, no compartía las antipatías y simpatías del mayor Verder, de origen germánico, éste se entendía perfectamente a este respecto con su subordinado, el brigadier Eck. Para arbitrar entre ellos, moderarlos y contenerlos, tenían por encima al general Gorko, gobernador de las provincias bálticas. Este gran personaje inspiraba su acción en las ideas del gobierno que, como se ha dicho, tendía a rustificar gradualmente la administración de las provincias.

La conversación se prolongó aún durante algunos minutos. El brigadier describió al fugitivo según la ficha que se había enviado a las distintas escuadras de la región: estatura superior a la media, robusta constitución, treinta y cinco años de edad, una gran barba rubia, un grueso caftán pardo oscuro, al menos en el momento en que había atravesado la frontera.

—Por segunda vez —respondió el molinero— afirmo que ese hombre… ¿dijo usted que era ruso?

—¡Sí, un ruso!

—Pues bien, afirmo que no ha aparecido por nuestra aldea, y en ninguna casa podrá hallar nada que…

—¿Sabes —le dijo el brigadier— que cualquiera que le dé asilo se expone a ser detenido y tratado como uno de sus cómplices?

—Que Dios nos proteja, lo sé y no seré yo quien me exponga a ello.

—Tienes razón, es prudente no tener que habérselas con el mayor Verder —le dijo Eck.

—Me guardaré muy bien, brigadier.

Eck se dispuso a partir y repitió que sus hombres y él continuarían recorriendo la zona entre Pernau y Revel. Todas las escuadras de policía habían recibido orden de mantenerse en comunicación.

—¡Hombre! Se está levantando viento del sudoeste —dijo el molinero—. ¿Podrían echarme una mano sus hombres para orientar las aspas? Así no tendré que volver a la aldea y podré quedarme aquí toda la noche.

Eck le ofreció su ayuda. Sus agentes salieron por la puerta opuesta; cogieron la gran palanca de la techumbre y la hicieron girar sobre los discos, de modo que el aparato motor quedase colocado en la dirección del viento.

Desplegadas las telas, el molino hizo oír sus tic-tac regular al poner en marcha el engranaje. El brigadier y sus agentes salieron entonces en dirección noroeste.

El fugitivo no había perdido una palabra de la conversación. Lo que podía retener de ella es que le amenazaban los mayores peligros al término de su arriesgado viaje. Se había señalado su presencia y aspecto… La policía recorría la región… Las escuadras debían actuar concertadamente para apoderarse de su persona…

¿Le convenía tratar de llegar a Revel?… No, pensó. Más valía dirigirse hacia Pernau, adonde llegaría más rápidamente… El deshielo, dado el aumento de la temperatura, no podía tardar ya, ni en el mar Báltico ni en el golfo de Finlandia.

Tomada esa resolución, tenía que abandonar el molino, en el momento mismo en que la oscuridad lo hiciera posible.

Pero, ante todo, ¿cómo hacerlo sin que lo advirtiera el molinero? Su maquinaria funcionaba con el viento estable, y él estaba instalado allí para pasar la noche. Era inútil pensar en bajar al piso inferior para escapar por una u otra puerta.

¿Sería posible deslizarse a través de la lumbrera, reptar hasta la gran palanca que servía para maniobrar el tejado, y descender al suelo?

Un hombre hábil y vigoroso podía intentarlo, aunque el árbol de las aspas estuviese en movimiento y hubiese peligro de ser enganchado por los dientes del engranaje. Se arriesgaba uno a ser aplastado, pero era un riesgo que había que correr.

Dentro de una hora, la oscuridad sería suficiente. ¿Y si antes subía el molinero al desván? Si alguna circunstancia le llevaba a subir, ¿podía esperar el fugitivo pasar inadvertido?… No, si aún había luz, y tampoco si era ya de noche, pues el molinero se proveería entonces de un farol.

Pues bien, si el molinero subía al desván y descubría al hombre que allí estaba oculto, se lanzaría contra él, le dominaría y le amordazaría. Si se resistía y trataba de defenderse y si sus gritos podían alarmar a la aldea, ¡peor para él!… El cuchillo del fugitivo le haría tragarse sus gritos. No había venido de tan lejos para retroceder ante cualquier medio de recuperar su libertad.

Conservaba, sin embargo, la esperanza de no verse reducido al extremo de verter sangre para poder reanudar su camino… ¿Por qué iba a subir el molinero al desván? ¿Acaso no tenía que vigilar sus muelas, que seguían girando a toda velocidad bajo la acción de las grandes aspas?

Transcurrió una hora en medio del tic-tac del árbol, del rechinar del engranaje, del silbido del viento, del ruido del grano aplastado. La oscuridad comenzaba a ahogar al crepúsculo, siempre largo en aquellas altas latitudes. En el interior del desván la oscuridad era ya total. Se acercaba el momento de tomar sus disposiciones. La etapa de esa noche sería muy fatigosa; no comprendería menos de cuarenta verstas; por eso importaba no diferir la partida desde el momento en que fuera posible. El fugitivo se aseguró de que el cuchillo que llevaba al cinto salía fácilmente de la funda. Introdujo seis balas en el tambor de su revólver, en sustitución de las que había disparado contra los lobos.



Quedaba la dificultad, considerable por cierto, de pasar a través de la lumbrera sin engancharse en el árbol giratorio, cuya extremidad se apoyaba en el armazón del mecanismo en la propia abertura de la lumbrera. Si lograba evitar ese riesgo y se agarraba a los salientes del tejado, podía sin gran dificultad llegar al gran árbol.

Se disponía ya el fugitivo a acercarse a la lumbrera, cuando se oyó un ruido, claramente perceptible en medio de los producidos por la muela y los engranajes.

Era el ruido de unos pasos pesados que hacían crujir los peldaños de la escalera. El molinero subía al desván, con un farol en la mano.

Apareció en el momento en que el fugitivo, revólver en mano, se disponía a lanzarse contra él.

Pero apenas hubo sobrepasado de medio cuerpo el suelo del desván, el molinero dijo:

—Vamos, padrecito, ya es hora de que te vayas… No tardes… Baja…, la puerta está abierta.

Estupefacto, el fugitivo no supo qué responder. ¿Entonces sabía el bravo molinero que estaba allí?… ¿Lo había visto refugiarse en el molino?… Sí, durante su sueño, había subido al desván, lo había visto y se había abstenido de despertarlo. ¿No era un ruso como él? Entre eslavos se reconocen por la expresión del rostro. Había comprendido que la policía livonia lo perseguía… ¿Por qué?… No quería preguntárselo, como no había querido entregarlo al brigadier Eck y a sus hombres.

—Baja —volvió a decirle en voz baja.

Con el corazón acelerado por la emoción, el fugitivo bajó al piso inferior, una de cuyas puertas estaba abierta.

—Aquí tienes algo de comida —le dijo el molinero, a la vez que atiborraba de pan y de carne la mochila del fugitivo—. Vi que la llevabas vacía, así como la cantimplora… Llénala, y vete…

—Pero…, si la policía se entera…

—Trata de escapar y no te preocupes por mí… No te pregunto quién eres… Lo único que sé es que eres eslavo, y jamás un eslavo entregará a otro eslavo a policías alemanes.

—Gracias… Gracias —dijo el fugitivo.

—Anda, padrecito… Que Dios te guíe y te perdone, si tienes algo que hacerte perdonar.

La noche estaba muy oscura, y el camino que pasaba al pie del otero, absolutamente desierto. El fugitivo dirigió un último gesto de despedida al

molinero y desapareció.

En conformidad con el nuevo itinerario adoptado, debía alcanzar durante la noche el pueblo de Fallen y ocultarse en los alrededores para descansar allí la jornada siguiente. Tenía, pues, por delante cuarenta verstas, al cabo de las cuales ya sólo quedarían unas sesenta hasta Pernau, que haría en dos etapas. Si no le retrasaba algún mal encuentro, esperaba poder llegar a Pernau la noche del 11 de abril. Allí se ocultaría, en espera de procurarse los recursos suficientes para tomar pasaje a bordo de un barco, entre los muy numerosos que habían de zarpar una vez liberado el Báltico de los hielos.

Fue rápida la marcha del fugitivo, tanto en la llanura como por las lindes de los oscuros bosques de abetos abedules. Había que rodear a veces la base de una colina, desviarse ante un estrecho barranco, franquear ríos semicongelados entre los juncos y las graníticas rocas de sus orillas. El suelo era menos árido que en las cercanías del lago Peipus, donde la tierra, mezclada con arena amarilla, no se cubre sino con una delgada capa de vegetación. A largos intervalos aparecían pueblos dormidos, vecinos de campos llanos y monótonos a los que el arado iba a preparar ya muy pronto para sementera del alforfón, el centeno, el lino y el cáñamo.

La temperatura iba subiendo sensiblemente. La nieve, ya casi fundida, se convertía en barro. Precoz se anunciaba el deshielo aquel año.

Hacia las cinco, cerca del pueblo de Fallen, el fugitivo descubrió una especie de choza aislada, en la que pudo protegerse sin ser visto. Restauró sus fuerzas con una parte de las provisiones que le había dado el molinero; el sueño se encargaría del resto. A las seis de la tarde se puso nuevamente en marcha, tras un reposo no turbado por nada. Aquella etapa sería la penúltima, si lograba en la noche del 9 al 10 de abril recorrer la mitad de las sesenta verstas que le separaban de Pernau.

Así fue. Al despuntar el día, el fugitivo hubo de detenerse, pero esa vez, a falta de algo mejor, en lo más profundo de un bosque de pinos, a media versta del camino. Era más prudente quedarse allí que ir en busca de mesa y cama por alguna granja o albergue. No siempre se encuentran huéspedes como el molinero del lago.

Durante la tarde de aquel día, oculto en la espesura de los matorrales, el hombre vio pasar una escuadra de policías por la carretera de Pernau. La escuadra se detuvo un instante, como si tuviese la intención de adentrarse en el bosque, pero tras un corto alto reanudó su marcha.

Hacia las seis de la tarde lo hizo también el fugitivo. El cielo estaba raso. La luna, casi llena, brillaba vivamente. A las tres de la mañana, el fugitivo

comenzó a recorrer la orilla izquierda del río Pernowa, a unas cinco verstas aguas arriba de Pernau. Siguió la orilla y llegó a las afueras de la ciudad, donde pensaba alojarse en un modesto albergue hasta el día de su partida.

Sintió una grandísima satisfacción al observar que el deshielo arrastraba ya los bloques del Pernowa hacia el golfo. Unos días más, y habría acabado con las interminables caminatas, las duras etapas, las fatigas y los peligros de todas clases.

Eso creía él, al menos.

Súbitamente sonó un grito. El mismo grito que el que le había saludado a su llegada a la frontera livonia del lago Peipus, el que le recordaba el «Wer da» germánico.

Esta vez el grito no salía de la boca de un aduanero.

Acababa de aparecer una escuadra de agentes a las órdenes del brigadier Eck: cuatro hombres que vigilaban la carretera en las inmediaciones de Pernau.

El fugitivo se detuvo un instante, y luego se lanzó en descenso por la orilla.

—¡Es él!… —aulló uno de los agentes.

Por desgracia, la intensa luz de la luna no permitía escapar sin ser visto. Eck y sus hombres se precipitaron en pos del fugitivo. Éste, con las fuerzas ya muy disminuidas por su larga etapa, no encontraba su velocidad habitual. Iba a serle muy difícil escapar a esos policías que no se habían roto las piernas en una marcha de diez horas.

«Antes morir que dejarme atrapar de nuevo», se dijo.

Y en el momento en que pasaba un bloque de hielo a unos cinco o seis pies de la orilla, se lanzó hacia él de un salto prodigioso.

—¡Fuego!… ¡Fuego! —ordenó Eck a sus agentes.

Estallaron cuatro detonaciones, pero las balas de los revólveres se perdieron entre los hielos. El que llevaba al fugitivo derivaba con celeridad, pues la corriente del Pernowa es muy rápida en los primeros días del deshielo.

Eck y sus hombres corrían por la orilla, aunque en malas condiciones para asegurar la puntería a través de los bloques en movimiento. Había que imitar al fugitivo, lanzarse a un bloque de hielo, saltar luego a otro y perseguirle así por el río.

Iban a intentarlo, con Eck al frente, cuando se produjo un violento tumulto. Los bloques de hielo acababan de entrar en colisión, provocada por el estrechamiento del río en un brusco recodo que lo desviaba hacia la derecha. El bloque en que iba el fugitivo volcó, se enderezó, volcó de nuevo y

luego desapareció bajo la masa de los otros hielos, que se amontonaron formando una barrera.

El deshielo se había inmovilizado. Los agentes se lanzaron al campo de hielo, sin cesar en su búsqueda durante una hora.

Ninguna huella del fugitivo, que, con toda seguridad, había perecido aplastado por los bloques.

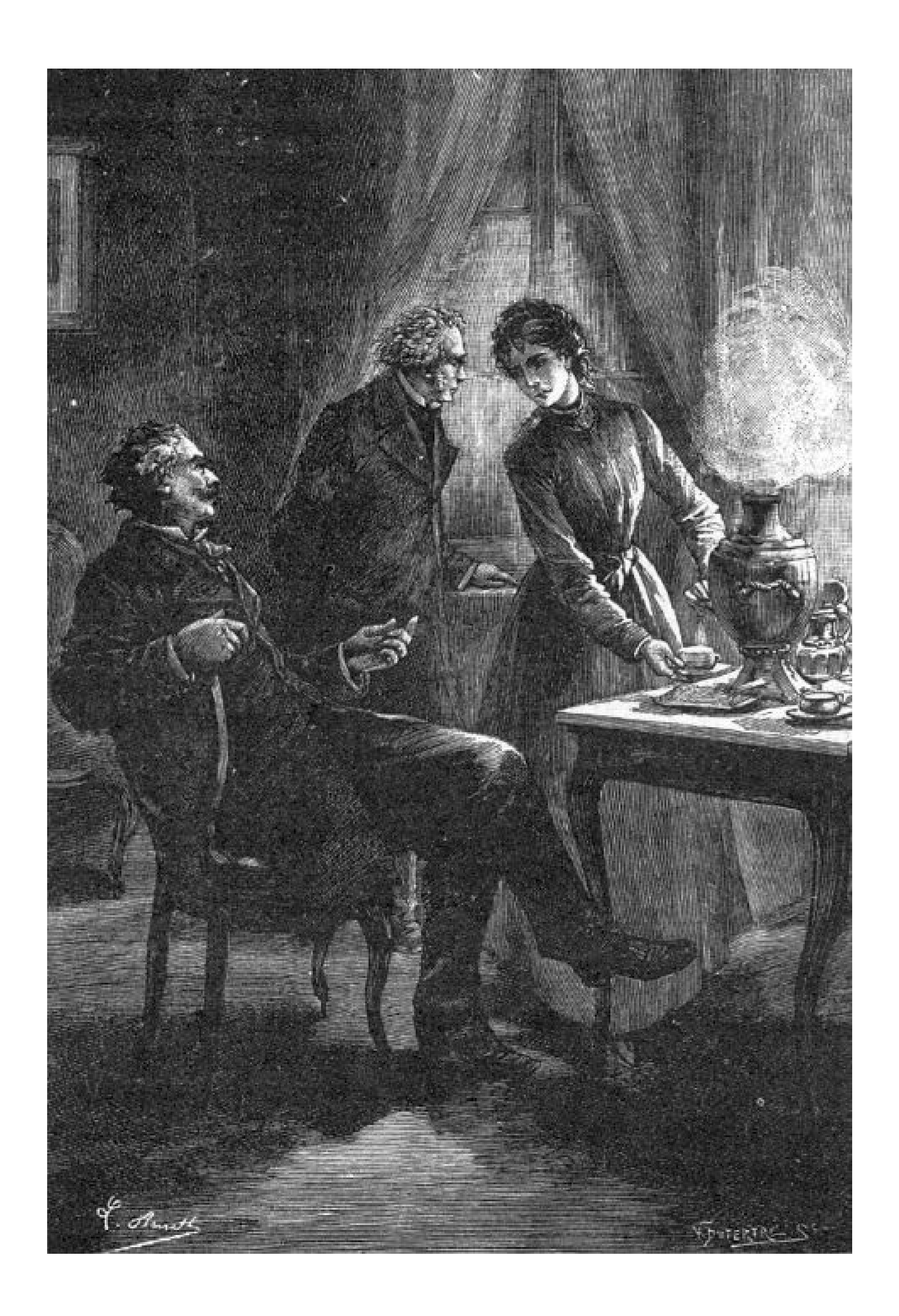
—Mejor hubiera sido echarle la mano encima… —dijo uno de los agentes.

—Sin duda —respondió el brigadier Eck—, pero puesto que no hemos podido cogerlo vivo, tratemos de cogerlo muerto.

Capítulo III

La familia Nicolef

Al día siguiente, el 12 de abril, entre las siete y las ocho de la tarde, tres personas que esperaban otra más conversaban en el comedor de una casa situada en la extremidad del barrio de Riga, por el que los habitantes rusos sienten especial predilección. Era una casa de modesta apariencia, construida con ladrillos, cosa rara en ese barrio cuyas casas se hacen generalmente de madera. La estufa, alojada en un entrante en la pared de la sala, encendida desde por la mañana, mantenía una temperatura de quince a dieciséis grados, más que suficiente puesto que el termómetro, colocado en el exterior, indicaba de cinco a seis grados centígrados.



La lamparita de petróleo, provista de su pantalla, proyectaba una luz muy tenue sobre la mesa del centro. Un samovar hervía sobre una mesita de mármol. Cuatro tazas con sus platillos indicaban que cuatro personas iban a tomar el té.

Pero la cuarta no había aparecido aún, pese a que hubieran pasado ya más de cuarenta minutos.

—Se está retrasando mucho Dimitri… —observó uno de los invitados, mientras se aproximaba a una ventana de doble bastidor que daba a la calle.

Era el doctor Hamine, un hombre de unos cincuenta años, uno de los más fíeles amigos de la casa. Hacía veinticinco años que ejercía la medicina en Riga. Estaba muy solicitado por su talento médico; era muy estimado por la amenidad de su carácter, y también muy envidiado por sus colegas. Y ya se sabe hasta qué grado puede llegar la envidia profesional, tanto en Rusia como en cualquier otra parte.

—Sí… van a dar pronto las ocho —respondió otro de los invitados, mientras miraba el reloj de pesas adosado a la pared, entre las dos ventanas—. Pero Nicolef tiene derecho a un cuarto de hora de gracia, como decimos en Francia, y ese cuarto de hora suele tener más de quince minutos.

Era el señor Delaporte, cónsul de Francia en Riga, quien así acababa de hablar. De unos cuarenta años de edad, se hallaba desde hacía diez en la ciudad, en la que su carácter servicial y sus distinguidas maneras le habían granjeado una extremada consideración.

—Mi padre ha ido a dar una clase al otro extremo de la ciudad —dijo una tercera persona—. El trayecto es largo y difícil, y con esta borrasca de lluvia y de nieve fundida va a llegar empapado el pobre.

—¡Bueno —exclamó el doctor Hamine—, la estufa ronca como un magistrado en la audiencia…! Se está calentito aquí… El samovar rivaliza con la estufa… ¡Una o dos tazas de té, y Dimitri encontrará pronto su ración de calor interno y externo…! No temas, mi querida Ilka… Y además, si tu padre necesitara un médico, aquí tiene uno cerca, y es uno de sus mejores amigos.

—Lo sé, mi querido doctor —respondió, sonriente, la joven.

Ilka Nicolef, de veinticuatro años de edad, era una eslava en toda su pureza. ¡Cuán diferente de las otras muchachas de Riga, de sangre germánica, con el color de su piel demasiado sonrosado, sus ojos demasiado azules, su mirada demasiado inexpresiva y su indolencia demasiado alemana! Ilka, morena, tenía la tez cálida, sin ser colorada, alto el talle, rasgos nobles, fisonomía un poco severa, de una severidad que atenuaba una mirada de

infinita dulzura cuando no la turbaba algún triste pensamiento. Seria y reflexiva, poco dada a la coquetería de los vestidos, que llevaba con gusto y con sencillez, ofrecía el tipo acabado de la joven livonia de origen ruso.

Ilka no era la única descendiente de Dimitri Nicolef, viudo desde hacía ya diez años. Su hermano Jean, que acababa de cumplir dieciocho años, estaba terminando sus estudios en la Universidad de Dorpat. Ella había sido para Jean una madre, y, tras la muerte de la suya, ¿en qué mujer habría podido él encontrar más abnegación, más bondad y mayor espíritu de sacrificio? Gracias a los prodigios de economía de su hermana, el joven estudiante había podido subvenir a las exigencias de una instrucción harto dispendiosa fuera de la casa paterna.

En efecto, Dimitri Nicolef no tenía otros ingresos que los que le procuraban las clases que daba en su casa o a domicilio. Profesor libre de ciencias matemáticas y físicas, muy instruido, muy apreciado, todos sabían que carecía de patrimonio. Ese oficio no engendra la fortuna, y en Rusia menos aún. Si la fortuna se adquiriese por la estimación pública, Dimitri Nicolef habría sido millonario, uno de los más ricos de Riga, donde su reputación le asignaba un puesto de primera fila entre sus conciudadanos —los de raza eslava, se entiende—. Y para que no haya duda alguna a este respecto bastará oír la conversación del doctor Hamine y del cónsul, mientras esperaban la vuelta del profesor.

La conversación se desarrollaba en ruso, que el señor Delaporte hablaba con la misma perfección con que lo hacen en francés los rusos de la alta sociedad.

—Pues bien, doctor —dijo este último—, están ustedes en vísperas de un movimiento que tendrá por resultado modificar las condiciones políticas de Estonia, de Livonia y de Curlandia… Los diarios estonios, con todo el encanto de su lengua aria, lo hacen ya presentir.

—La evolución vendrá gradualmente —respondió el doctor—, y cuanto antes arranquemos la administración y los municipios a las corporaciones alemanas, mejor. ¿No es una anomalía inaceptable eso de que los germanos tengan la dirección política de nuestras provincias?

—Y, cuando no la tengan —dijo Ilka—, ¿por desgracia no seguirán siendo los todopoderosos, por la fuerza del dinero puesto que son los únicos que detentan las tierras y los cargos?

—Los cargos —respondió el señor Delaporte— se les podrán quitar. Pero las tierras será muy difícil, por no decir imposible… Sólo en Livonia los

alemanes poseen la mayor parte del dominio rural, por lo menos cuatrocientas mil hectáreas.

De hecho, es así. En las provincias bálticas los nobles, los ciudadanos honorarios, burgueses y comerciantes, son casi exclusivamente de origen teutón. Cierto es que, aunque convertidos por los alemanes, católicos primero, protestantes después, el pueblo nunca se dejó germanizar. Los estonios, esos hermanos de los finlandeses y de los letones, casi todos agricultores sedentarios, no ocultan su antipatía étnica por sus amos, y en Revel, en Dorpat, en Petersburgo, numerosos periódicos se dedican a defender sus derechos.

Entonces el cónsul añadió:

—En una lucha entre los rusos de origen eslavo y los rusos de origen alemán no sé yo quién ganaría.

—Dejemos hacer al Emperador —respondió el doctor Hamine—. Él es un eslavo de pura raza y sabrá reducir el elemento extranjero en nuestras provincias.

—¡A ver si lo consigue! —respondió la muchacha con voz grave—. Desde hace setecientos años, desde la conquista, nuestros campesinos, nuestros obreros, han resistido a la presión de los conquistadores, y éstos se han quedado fuera del país.

—Y tu padre, mi querida Ilka —declaró el doctor— ha luchado con mucho valor por nuestra causa. Se ha ganado con toda justicia la dirección del partido eslavo.

—También se ha ganado terribles enemigos —observó el señor Delaporte.

—Entre ellos —replicó el doctor— los hermanos Johausen. Estos ricos banqueros van a reventar de rabia el día en que Dimitri Nicolef les arrebate la alcaldía de Riga. Al fin y al cabo, en nuestra ciudad no hay más que cuarenta y cuatro mil alemanes contra veintiséis mil rusos y veinticuatro mil letones. Los eslavos son mayoría, y esa mayoría elegirá a Nicolef.

—Mi padre no tiene tantas ambiciones —respondió Ilka—. Con tal que los eslavos triunfen y lleguen a ser los dueños de su propio país…

—Lo serán tras las próximas elecciones, señorita Ilka —afirmó Delaporte —, si Dimitri Nicolef acepta presentarse como candidato…

—Sería una carga muy pesada para mi padre, con su modesta posición, respondió la muchacha. Y además, usted sabe, mi querido doctor, que, pese a las cifras, Riga es una ciudad mucho más alemana que rusa.

—¡Dejemos que corran las aguas del Duina! —dijo el doctor—. Las viejas costumbres se irán río abajo y las ideas nuevas vendrán río arriba… Y

ese día mi buen Dimitri será arrastrado por ellas.

—No saben cómo les agradezco el aprecio que le tienen a mi padre, pero hay que tener cuidado. ¿No han notado ustedes que está cada vez más triste? Me tiene muy preocupada.

En efecto, sus amigos habían hecho la misma observación. Hacía algún tiempo que Dimitri Nicolef parecía tener graves preocupaciones. Pero, muy encerrado en sí mismo, poco comunicativo, no se abría a nadie, ni a sus hijos ni a su viejo y fiel Hamine. Con la esperanza de olvidar, sin duda, buscaba refugio en el trabajo, en un trabajo obstinado. Y, sin embargo, la población eslava de Riga lo miraba como a su futuro representante al frente de un nuevo ayuntamiento.

Corría el año 1876. La idea de rusificar las provincias bálticas databa ya de un siglo. Catalina II había pensado en esa reforma nacional. El gobierno tomaba medidas para ir alejando a las corporaciones alemanas de la administración de las ciudades y los pueblos. La elección de los Concejos iba a ser confiada al conjunto de ciudadanos que se hallaban en ciertas condiciones de censo y de instrucción. En las provincias bálticas, cuya población se cifraba entonces en un millón novecientos ochenta y seis mil habitantes (o sea, en números redondos, trescientos veintiséis mil en Estonia, un millón en Livonia y seiscientos sesenta mil en Curlandia), el elemento germánico no está representado más que por catorce mil nobles, siete mil comerciantes o ciudadanos honorarios, y noventa y cinco mil burgueses, que, con los judíos, daban un total de ciento cincuenta y cinco mil. En tales condiciones podía formarse fácilmente una mayoría eslava, bajo la dirección del gobernador y del alto personal administrativo.

Se había iniciado ya la lucha contra el ayuntamiento actual, cuyos personajes más influyentes eran los banqueros Johausen, llamados a desempeñar un papel considerable en el curso de esta dramática historia.

Hay que mencionar que en el barrio, o más bien arrabal, de Riga en que estaba situada la modesta casa de la familia Nicolef, que ya su padre había habitado antes que él, el profesor gozaba de la consideración general.

No menos de ocho mil rusos vivían en aquel arrabal.

Todos sabían que la situación económica de Dimitri Nicolef era mediocre, e incluso infinitamente más de lo que se creía. ¿Había que atribuir a esa situación el hecho de que Ilka estuviese todavía soltera, pese a haber alcanzado ya la edad de veinticuatro años? ¿Ocurre en Livonia lo mismo que en otros países, cuando una muchacha no tiene más que su belleza por toda fortuna, como se dice en los países occidentales, cuando su dote no está

constituida más que por sus virtudes, aunque éstas igualen a su belleza? No, y tal vez en la sociedad eslava de aquella provincia el dinero no sea el factor más importante de los enlaces matrimoniales.

Sorprenderá menos el hecho de que la mano de Ilka Nicolef hubiera sido pedida varias veces, que el rechazo por Dimitri y su hija de proposiciones que reunían todas las ventajas.

Había una razón para ello. Desde hacía algunos años, Ilka se había comprometido con el hijo único de Mijail Yanof, un eslavo, un amigo de Dimitri Nicolef. Los dos vivían en el mismo barrio de Riga. Wladimir Yanof, de treinta y dos años de edad, era un abogado de talento. A pesar de la diferencia de edad, puede decirse que los dos hijos se habían criado juntos. En 1872, cuatro años antes del comienzo de este relato, se había decidido el enlace de Wladimir Yanof y de Ilka, a sus veintiocho y veinte años respectivamente.

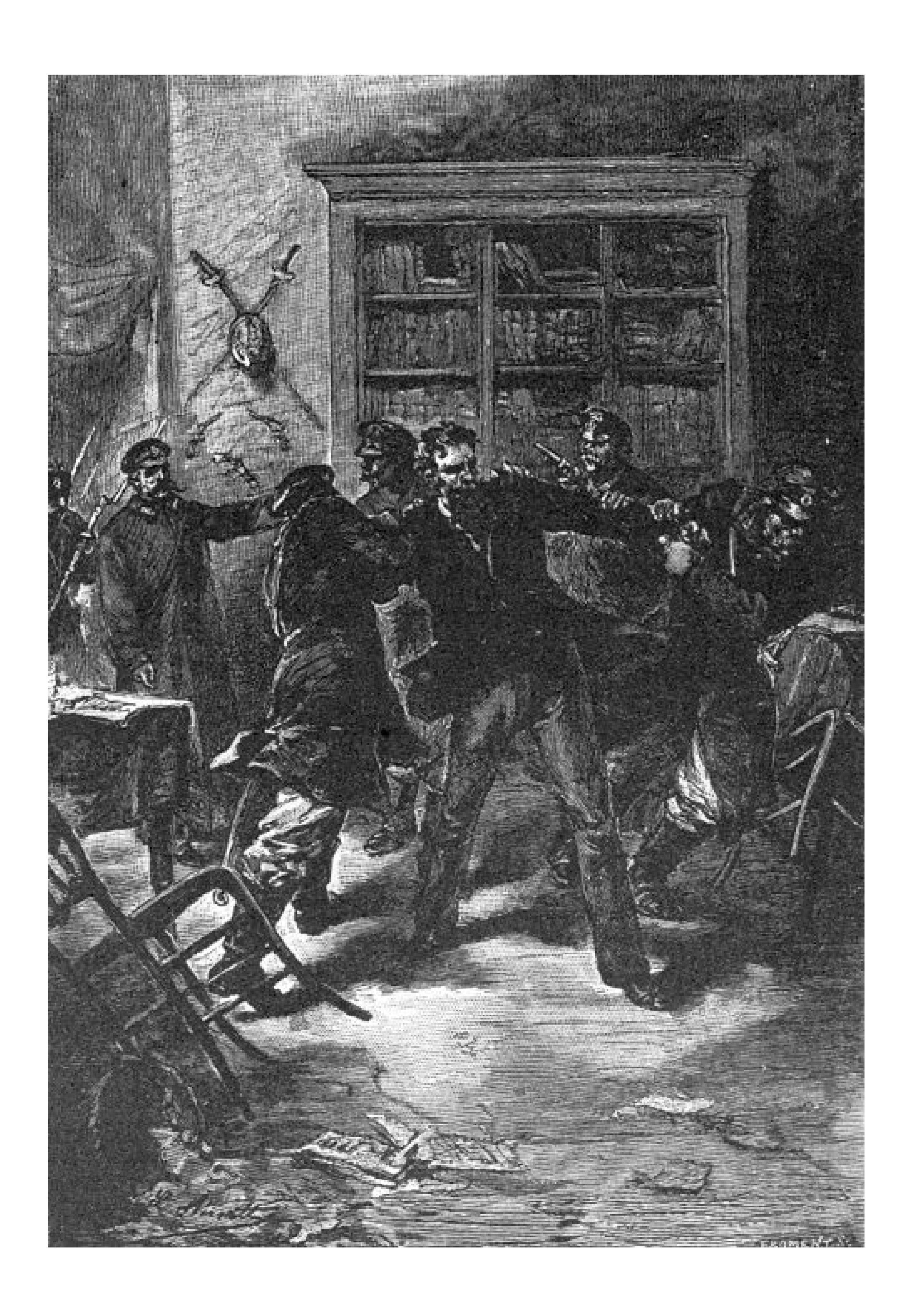
La boda debía celebrarse en ese mismo año.

Ambas familias lo habían mantenido en un secreto tan riguroso, que ni los propios amigos se hallaban al corriente. Cuando estaban a punto de comunicárselo, el proyecto se rompió inesperadamente.

Wladimir Yanof era miembro de una de esas sociedades secretas que luchan en Rusia contra la autocracia de los zares. No quiere decir que estuviese afiliado a los nihilistas, que desde aquella época han sustituido la propaganda moral por la propaganda de la acción.

Pero la administración rusa no quiere ver ninguna diferencia.

Ella actúa por las vías administrativas, sin procedimientos legales, «por la necesidad de impedir cualquier tentativa», fórmula clásica, como se ve. Se efectuaron numerosas detenciones en muchas ciudades del Imperio. Las hubo también en Riga, y Wladimir Yanof, brutalmente arrancado a su casa, fue deportado a las minas de Minusinsk, en la Siberia oriental. ¿Volvería alguna vez? ¿Quién osaría esperarlo?



Fue un golpe terrible para las dos familias, que toda la Riga eslava sintió con ellas. De no ser por la energía que sacó de su amor mismo, Ilka habría sucumbido al golpe. Decidida a reunirse con su novio, cuando le fuera permitido, iría a compartir su terrible existencia de exiliado en aquellas regiones. Pero, mientras tanto, ignoraba el paradero de Wladimir y qué habría sido de él, pues estaba sin noticias desde hacía cuatro años.

Seis meses después de la detención de su hijo, Mijail Yanof sintió llegada su última hora, y vendió todo lo que poseía —poca cosa— por un valor de veinte mil rublos en billetes[5], que entregó a Dimitri Nicolef, con el encargo de que lo guardara en depósito para su hijo.

Dimitri aceptó el depósito, y lo guardó con tanto secreto, que ni siquiera Ilka lo sabía. El depositario conservó el dinero tal como le había sido confiado.

Sabido es que, si la fidelidad fuese un día proscrita de este bajo mundo, sería en Livonia donde buscaría su último refugio. Allí se encuentran aún esos asombrosos novios que no se casan hasta después de haber mantenido unas relaciones asiduas durante veinte o veinticinco años. El motivo más frecuente de tan prolongada espera es la necesidad de conseguir una sólida posición.

En lo que concernía a Wladimir e Ilka, nada semejante. Ninguna cuestión de dinero se había interpuesto entre ellos. La muchacha no tenía nada, y ella sabía que el joven abogado no pedía nada, ignorante incluso de lo que pudiera dejarle su padre. Pero no le faltaban ni el talento ni la inteligencia, y el futuro no le inspiraba temor ni por su mujer, ni por él, ni por la familia que pudieran tener.

Ilka estaba tan segura de que él no la olvidaría en su exilio como de que él no se desvanecería jamás en su corazón. ¿Acaso no era aquél el país de las «almas gemelas»?… Con demasiada frecuencia ocurre que esas almas no lleguen a unirse en este mundo, y, si Dios no se compadece de su amor, se confunden en la eternidad tras haber pasado por esta tierra sin despegarse jamás una de otra.

Ilka esperaba, y su corazón estaba donde se hallaba el exiliado. Ella esperaba que un indulto, por improbable que fuese, le trajera junto a ella, o que un permiso le abriese el camino para acudir junto a él. No se consideraba ya su novia, sino su mujer. Pero, si ella se fuese, ¿qué sería de su padre en aquella casa privada de sus cuidados y cuyo confort dependía de sus hábitos de orden y de economía?

Sin embargo, ignoraba lo más grave de su situación. Nunca se lo había revelado Dimitri Nicolef, aunque en ello no hubiese nada deshonroso para él.

¿Por qué iba a hacerlo? ¿Para que añadir a las preocupaciones del presente las del futuro?… No tardaría, además, en saberlo, pues se aproximaba la fecha del vencimiento.

El padre de Dimitri Nicolef, negociante en Riga, al morir había dejado sus negocios en una situación muy comprometida. Su desastrosa liquidación se había saldado con un pasivo de veinticinco mil rublos. Dimitri resolvió pagar las deudas, para evitar que el nombre de su padre se viese envuelto en el escándalo de una quiebra. Tras convertir en dinero todo lo que poseía, logró reembolsar unos cuantos millares de rublos. Le dieron tiempo para pagar el resto, y con los ahorros que pudo realizar sobre su trabajo pudo ir pagando año tras año a su acreedor. Su acreedor era la casa Johausen Hermanos, a la que debía aún la cantidad de dieciocho mil rublos, suma enorme para él.

Y lo que agravaba particularmente la situación, lo que la hacía terrible, era que el vencimiento de esa deuda se produciría dentro de cinco semanas, el día 15 de mayo.

¿Podía acaso esperar Dimitri Nicolef que los hermanos Johausen le concedieran un nuevo plazo, una renovación?… ¡No! Pues no tenía que habérselas sólo con el banquero, con el hombre de negocios, sino también con el enemigo político, con la familia en quien la opinión pública veía al principal rival del movimiento antigermánico en marcha. Frank Johausen, el jefe de la familia, lo tenía en sus manos con esa deuda, la última, pero también la más importante.

Sería implacable.

—La conversación del doctor, el cónsul e Ilka se prolongó aún durante media hora, y ya estaba la muchacha extremadamente inquieta por la tardanza de su padre, cuando éste apareció por la puerta del salón.

Aunque no tenía más que cuarenta y siete años, Dimitri Nicolef parecía tener diez años más. Era un hombre de estatura superior a la media, la barba encanecida, una fisonomía bastante dura, la frente surcada de arrugas, con esos pliegues en los que no pueden germinar más que ideas tristes y hondas preocupaciones; de una constitución vigorosa, en suma.

Pero de su juventud había conservado una mirada poderosa y una voz fuerte y mordiente, ese tipo de voz que, como dijo Jean-Jacques[6] suena en el corazón.

Dimitri Nicolef se quitó el abrigo empapado por la lluvia, dejó el sombrero en un sillón, se dirigió a su hija, a la que besó en la frente, y estrechó la mano de sus dos amigos.

—Te has retrasado mucho, padre… —le dijo Ilka.

—Sí, me han retenido. La clase se prolongó demasiado…

—Bueno, tomemos el té —añadió la joven.

—Si no estás demasiado cansado, Dimitri —dijo el doctor Hamine—. No te preocupes por nosotros… No me gusta nada tu aspecto… Me parece que necesitas descansar.

—Sí —respondió Nicolef—, pero no es nada… Me repondré con un buen sueño esta noche… Tomemos el té, amigos míos… Ya os he hecho esperar demasiado… Si me lo permitís, hoy me acostaré pronto.

—¿Qué te pasa, padre? —preguntó Ilka, mirándole a los ojos.

—Nada, cariño, nada, te digo. No te preocupes, porque, si no, Hamine acabará por descubrirme alguna enfermedad imaginaria, aunque no sea más que por darse el gusto de curarme.

—Esas enfermedades son las que no se curan —respondió el doctor, moviendo la cabeza.

—¿Se ha enterado de algo nuevo, señor Nicolef? —preguntó el cónsul.

—Nada, salvo que el gobernador, general Gorko, que estaba en Petersburgo, acaba de regresar a Riga.

—Bueno —exclamó el doctor—. Dudo mucho que su regreso haya complacido a los Johausen, a los que no deben ver con buenos ojos por allá.

La frente de Dimitri Nicolef se plegó más vivamente. Ese nombre debía de recordarle el fatal vencimiento que le ponía a la merced del banquero alemán.

Preparado el té, Ilka llenó las tazas. Era un té de buena calidad, aunque no fuese tan caro como el de los ricos. Afortunadamente los hay de todos los precios, pues es la bebida más usual, la bebida rusa por excelencia, que toma incluso la gente pobre.

El té se acompañó de unos panecillos con mantequilla hechos por la joven ama de casa, y la conversación entre los tres amigos se prolongó aún durante media hora.

Hablaron sobre el estado de la opinión pública en Riga, que era el mismo que reinaba en las principales ciudades de las provincias bálticas. La lucha entre los elementos germánico y eslavo apasionaba hasta a los más indiferentes.

Tal caldeamiento de la energía política hacía prever que la batalla sería muy fuerte, sobre todo en Riga, donde ambas etnias se hallaban en contacto más directo.

Dimitri, visiblemente preocupado, apenas tomaba parte en la conversación, pese a que su persona se hallase a menudo en el centro de la

misma. Su pensamiento se encontraba en otro lugar, ausente, como se dice. ¿Dónde? Sólo él hubiera podido decirlo. Cuando no tenía más remedio que responder, lo hacía con palabras evasivas, que no satisfacían al doctor.

—Vamos, Dimitri —le decía—, parece que estás en el fondo de Curlandia en vez de en Riga. ¿Acaso tienes la intención de apartarte de la lucha? La opinión y la alta administración están de tu parte… ¿Es que vas a asegurar una vez más el triunfo de los Johausen?

Otra vez ese nombre, que producía siempre el efecto de un violento golpe sobre el infortunado deudor de la rica tasa de banca.

—Son más poderosos de lo que tú crees, Hamine —respondió Dimitri.

—Pero menos de lo que dicen, y eso lo veremos —replicó el doctor.

El reloj dio las nueve y media. Era hora de macharse. El doctor y el señor Delaporte se levantaron para despedirse de su anfitrión.

Hacía muy mal tiempo. Las ráfagas de viento golpeaban a las ventanas. Afiliaba el viento en las esquinas y se introducía por la chimenea revocando a veces el humo de la estufa.

—¡Vaya borrasca! —dijo el cónsul.

—Un tiempecito para no poner a un médico de patitas en la calle —declaró el doctor—. Vamos, Delaporte, le ofrezco sitio en mi coche… ¡Un coche de dos pies, sin ruedas!

El doctor besó a Ilka, según su vieja costumbre. Delaporte y él estrecharon cordialmente la mano a Dimitri Nicolef, quien los acompaño hasta el umbral de la puerta. Luego desaparecieron los dos en medio de la oscuridad y de la tempestad.

Ilka fue a dar un beso a su padre, como todas las noches al acostarse, y Dimitri Nicolef la estrechó en sus brazos, con más ternura tal vez que de costumbre.

—Padre, ¿y tu periódico? No lo he visto. ¿No lo ha traído el cartero?

—Sí, cariño. Me lo encontré esta tarde en la puerta y me lo dio en mano.

—¿No había carta?

—No, hija mía, no había.

Todos los días, desde hacía cuatro años, era lo mismo. No había carta; al menos, carta de Siberia, una carta en la que Ilka pudiera mojar con sus lágrimas la firma de Wladimir Yanof…

—Buenas noches, padre.

—Buenas noches, hija mía.

Capítulo IV

En el coche-correo

En aquel tiempo los medios de transporte por las interminables llanuras de las provincias bálticas se reducían a dos, a menos que el viajero las atravesara a pie o a caballo. No había más que un ferrocarril, el que recorría el litoral de Estonia contorneando el golfo de Finlandia. Sólo Revel estaba comunicada con Petersburgo. Las otras dos capitales de Livonia y de Curlandia no estaban unidas por ferrocarril a la capital del imperio ruso.

Coche-correo o telega[7] eran los únicos vehículos a la disposición de los turistas.

La telega es un carricoche bajo, sin clavos ni otros herrajes, cuyas diferentes piezas están unidas por cuerdas; no lleva por banco sino un saco de corcho o simplemente los equipajes, y hay que tener la precaución de sujetarse con una correa si se quiere evitar las caídas, frecuentes en los traqueteos por esos caminos.

El coche-correo es menos rudimentario. Es un coche y no un carro, cuyo confort deja, sin duda, mucho que desear, pero donde se está, al menos, al abrigo de la lluvia y del viento. No lleva más que cuatro plazas. El que hacía entonces el servicio de transporte entre Riga y Revel sólo hacía dos viajes a la semana.

Es obvio que durante el invierno ni el coche-correo, ni la telega, ni ningún otro vehículo con ruedas pueden circular por los helados caminos. Se los reemplazaba ventajosamente por el *perklwsnoio*, una especie de pesado trineo de patines, al que su tiro arrastraba con bastante rapidez a través de las blancas estepas de las provincias bálticas.

Aquella mañana del 13 de abril, el coche-correo que iba a partir hacia Revel no esperaba más que a un viajero, que había reservado su billete la

víspera. Era un hombre de cincuenta años, que llegó puntual. Era un tipo de buen humor, con el rostro muy risueño y la sonrisa en la boca. Abrigado con un grueso gabán por encima de la chaqueta de paño, llevaba bajo el brazo una cartera fuertemente apretada.

Cuando entró en el despacho, el conductor del coche-correo le saludó en estos términos:

—Hola, Poch, ¿eres tú el que reservó ayer un sitio en la mala[8]? —Yo mismo, Broks.

—Así que una telega no te basta ya… Necesitas un buen coche, con tres buenos caballos.

—Y un buen conductor como tú, viejo amigo.

—Vamos, vamos, padrecito, veo que no reparas en gastos.

—No, sobre todo cuando no soy yo quien paga.

—¿Quién, entonces?

—Mi jefe, el señor Frank Johausen.

—¡Oh! —exclamó el conductor—. Ése puede permitirse reservar toda la mala, si quiere.

—Sí, Broks. Pero aunque yo haya reservado una sola plaza, espero tener compañeros de viaje. Se aburre uno menos por el camino.

—¡Ah, mi pobre Poch! Esta vez vas a pasarte sin compañía. No ocurre a menudo, pero hoy es así… Nadie más ha reservado.

—¿Cómo? ¿Nadie?

—Así es. Vas a tener que hablar sólo conmigo, a menos que recojamos a algún viajero por el camino. ¡Anda, no te preocupes! Ya sabes que a mí me gusta charlar…

—Y a mí, Broks.

—¿Hasta dónde vas?

—Hasta el final del trayecto, a Revel, a casa del corresponsal de los señores Johausen. —Poch, guiñando el ojo, indicaba la cartera que llevaba apretada bajo su brazo atada a su cinturón con una cadenilla de cobre.

—Eh, padrecito —respondió Broks—. Es inútil charlar de eso… Ya no estamos solos.

En efecto, un viajero, que había podido observar el gesto del empleado de banca, acababa de entrar en el despacho.

Todo parecía indicar que el viajero trataba de evitar ser reconocido. Envuelto en su capote, ocultaba parcialmente el rostro bajo la capucha.

Y, acercándose al conductor:

—¿Le queda aún una plaza libre en la mala? —le preguntó.

—Quedan tres, respondió Broks.

—Me basta con una.

—¿Para Revel?

—Sí… para Revel —respondió el viajero, tras una breve vacilación. Mientras eso decía, pagó en billetes de banco los rublos que costaba el viaje hasta su lugar de destino, un trayecto de doscientas cuarenta verstas.

—¿A qué hora sale? —preguntó.

—Dentro de diez minutos.

—¿Dónde estaremos esta noche?

—En Pernau, si el tiempo no nos es demasiado adverso. Con estas borrascas, no se sabe nunca.

—¿Cabe temer un retraso? —preguntó el empleado de banca.

—Hum —dijo Broks—, no me gusta nada este cielo, con esas nubes tan rápidas… En fin, con tal de que sólo nos traigan lluvia… Pero como nieve…

—Vamos, Broks, si no les escatimamos a los postillones los tragos de aguardiente, estaremos en Revel mañana por la tarde.

—Esperémoslo. Generalmente yo me pongo allí en treinta y seis horas.

—Entonces —respondió Poch—, en marcha, no perdamos tiempo.

—Los caballos están ya enganchados —replicó Broks—, y no espero a nadie más… Sólo falta el latigazo para el arranque, Poch: ¿aguardiente o vodka?

—Aguardiente —respondió el empleado de banca.

Se fueron a la taberna de enfrente, tras haber hecho una seña al postillón para que los siguiera. Dos minutos después, regresaban a la mala, donde el desconocido viajero se había instalado ya. Poch se sentó junto a él y el coche arrancó.

Los tres caballos que iban en varas no eran apenas más grandes que asnos, de piel leonada, de pelaje áspero y largo, y de una delgadez que dejaba ver el relieve de los músculos, pero llenos de ardor. Bastaba el silbido del *iemschick* para mantenerlos a buen trote.

Hacía ya muchos años que Poch pertenecía al personal de la casa Johausen Hermanos. Había entrado en ella de niño y en ella permanecería hasta la edad de su jubilación. Gozaba de la plena confianza de sus jefes, por lo que se le encargaba a menudo llevar a los corresponsales de Revel, de Pernau, de Mittau o de Dorsat importantes sumas de dinero, que hubiese sido imprudente confiar al servicio de los coches-correo. Esta vez era portador de quince mil rublos en billetes de Estado, en un fajo de ciento cincuenta billetes

cuidadosamente encerrados en su cartera. Tras entregar aquella suma al corresponsal de Revel, debía regresar a Riga.

Sus prisas por regresar a Riga tenían un motivo que su charla con Broks nos dará a conocer.

El *iemschick* conducía rápidamente a los caballos, con los brazos separados y llevando las riendas a la manera rusa. Después de pasar el arrabal septentrional de la ciudad, se lanzó a través del campo por la gran carretera. Numerosos son los campos cultivados en las cercanías de Riga, y las faenas agrícolas iban a comenzar ya muy pronto. Pero a diez o doce verstas de allí, la mirada se perdía en la interminable estepa, cuya uniformidad, a falta de accidentes del terreno, raros en la superficie de las provincias bálticas, sólo queda interrumpida por los verdes macizos boscosos.

Como había dicho Broks, el aspecto del cielo era inquietante. El aire se desplazaba en violentas ráfagas, y la borrasca se acentuaba a medida que se elevaba el sol por encima del horizonte. Afortunadamente, el viento soplaba del suroeste.

A cada veinte verstas aproximadamente, un relevo de postas permitía cambiar a la vez los caballos y el postillón que los conducía. Este servicio, bien organizado, aseguraba a los viajeros un transporte regular, bastante rápido en suma.

Desde el momento de la partida, Poch comprendió con desagrado que no podría entrar en conversación sostenida con su compañero de viaje. Éste, acurrucado en su rincón, con el rostro oculto por la capucha, dormía o fingía dormir. El empleado de banca tuvo que desistir tras algunas vanas tentativas de diálogo.

Muy locuaz por naturaleza, se vio reducido a charlar con Broks, que iba sentado junto al *iemschick* en el pescante, protegido por una capota de cuero. Pero bajando el cristal que cerraba la parte anterior de la mala, era fácil conversar. Y, como Broks era tan charlatán por lo menos como el empleado de banca, ambos no dieron reposo a la lengua.

—¿Y tú me garantizas, Broks —y era ya la cuarta vez desde la partida que le hacía esa pregunta— que estaremos mañana por la tarde en Revel?

—Sí, Poch, si no nos retrasa el mal tiempo, y sobre todo si no nos impide rodar durante la noche.

—Y una vez llegados a Revel, ¿regresará la mala veinticuatro horas después?

—En efecto, así está establecido el servicio.

—¿Serás tú también quien me lleve a Riga?

—Yo mismo, Poch.

—¡Por San Miguel que ya me gustaría estar de regreso! Contigo, se entiende…

—¿Conmigo, Poch? Gracias por tu amabilidad… Pero ¿por qué tanta prisa?

—Porque tengo una invitación que hacerte, Broks.

—¿A mí?

—A ti. Una invitación que no te desagradará, si te gusta comer y beber bien, en buena compañía.

—¡Hombre! —dijo Broks, relamiéndose los labios—. Habrá que ser enemigo de sí mismo para que no le guste a uno eso… ¿Es una comida?

—Mejor que una comida. Un verdadero banquete de bodas.

—¿De bodas? ¿Y por qué me van a invitar a mí a un banquete de bodas?

—Porque el novio te conoce personalmente.

—¿Que me conoce?

—Y la novia también.

—Entonces —replicó Broks— acepto sin saber incluso quiénes son los futuros esposos.

—Voy a decírtelo.

—Antes de que me lo digas, Poch, déjame decirte que deben de ser buena gente.

—Claro que sí… muy buena gente, puesto que soy yo el novio.

—¡Tú, Poch!

—Yo mismo, y la novia es la amable Zenaida Parensof.

—¡Ah! Es una mujer estupenda… No me lo esperaba, de veras.

—¿Te sorprende?

—No, y creo que vais a hacer un buen matrimonio, aunque tú te hayas dejado atrás ya los cincuenta años, Poch.

—Y Zenaida los cuarenta y cinco. Pero qué quieres, Broks, seremos felices durante menos tiempo, eso es todo. ¡Ah, camarada! Uno ama cuando quiere, pero sólo debe casarse cuando puede. Veinticinco años tenía yo y veinte Zenaida cuando nos ocurrió. Pero entre los dos no poseíamos ni cien rublos. Lo prudente era esperar. Cuando yo hubiera logrado ahorrar una buena pequeña suma, y ella una dote equivalente, casaríamos nuestros ahorros. Eso fue lo convenido. Y ahora, por fin, el dinero está en el saco. ¿Acaso no es ésta la suerte común de los pobres en nuestra Livonia?… Además, la ventaja de haberse esperado años y años es que el cariño es aún mayor y que ya no tiene por qué preocuparse del futuro.

—Tienes razón, Poch.

—Yo tengo ya un buen puesto en la casa Johausen, con quinientos rublos al año, que me aumentarán los dos hermanos el día de la boda. En cuanto a Zenaida, gana otro tanto. Así que somos ricos…, ricos a nuestro modo, se entiende… Claro que no poseemos ni la cuarta parte de lo que llevo en mi cartera…

Poch se detuvo, lanzando una mirada recelosa a su compañero de viaje, que continuaba inmóvil y parecía dormido. Tal vez había hablado demasiado. Y prosiguió:

—Sí, Broks, ricos a nuestro modo. Y con nuestros ahorros creo que Zenaida haría bien en comprar una tienda de comestibles. Hay una en venta cerca del puerto.

—Te prometo llevarte una buena clientela, amigo Poch —dijo el conductor.

—Gracias, Broks, gracias anticipadas. Eso me lo debes por el festín en el que te reservo un buen sitio.

—¿Cuál?

—No lejos de la novia. Ya verás lo guapa que va a estar Zenaida con su traje de novia, con la corona de mirto en la cabeza y con el collar que le ha regalado la señora Johausen.

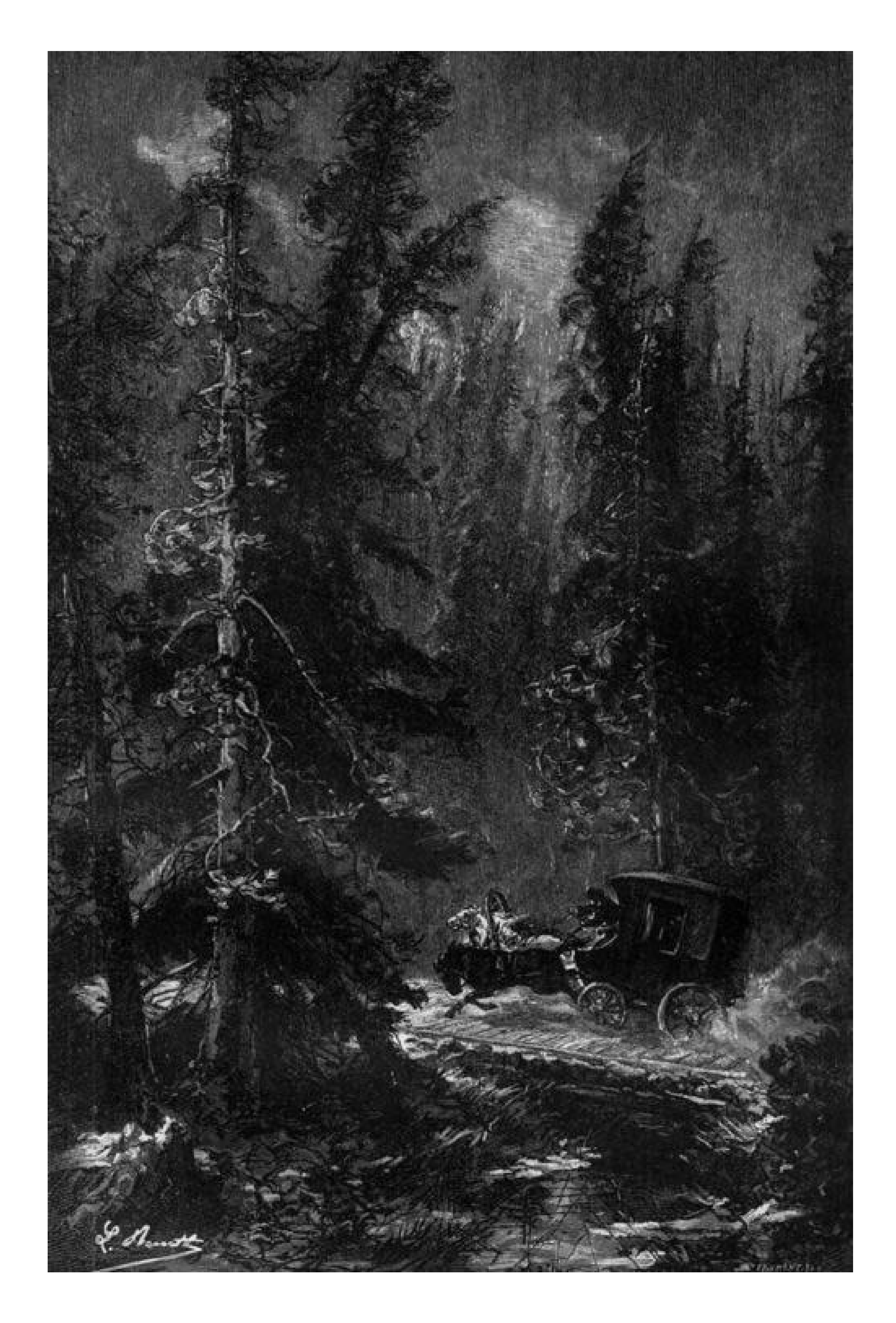
—Te creo, Poch, te creo. Una mujer tan buena tiene que ser una mujer hermosa… ¿Y cuándo es la ceremonia?

—Dentro de cuatro días, Broks, el 16 de éste… Por eso te digo que apremies a los *iemschicks*… No les escatimaré las copas. Pero que no dejen dormirse a los caballos entre las varas… Es un novio lo que lleva tu mala, y no conviene que envejezca demasiado durante el viaje.

—Claro, Zenaida ya no te querría —respondió riendo el alegre conductor.

—¡Ah! ¡Que te lo has creído! Ya podía tener yo veinte años más, que ella seguiría queriéndome.

Espoleados por los beneficios de las confidencias que el empleado de banca acababa de hacer a su amigo Broks, los *iemschicks*, regados con un trago de aguardiente, aceleraban los relevos y la marcha. Nunca el coche-correo de Riga había rodado a tanta velocidad.



El paisaje ofrecía siempre el mismo aspecto, con sus largas llanuras de las que en el verano se escaparía el fuerte olor del cáñamo. El estado de las carreteras, marcadas en su mayor parte por las huellas de los coches y las carretas, dejaba mucho que desear. Pasaban con frecuencia a lo largo de las lindes de grandes bosques, cuyas especies estaban formadas invariablemente por arces, alisos, abedules e inmensos abetares que gemían bajo las ráfagas. Se veía muy poca gente por los caminos y los campos de labranza. Estaban saliendo apenas del duro invierno de aquellas altas latitudes. El correo iba así de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, de relevo en relevo, sin perder tiempo gracias a las órdenes de Broks. No cabía prever ningún retraso, y la tormenta no era de temer mientras enviara el viento por detrás.

Mientras se desenganchaban y enganchaban los caballos, el empleado de banca y el cobrador descendían. El desconocido viajero no dejaba nunca su asiento. Únicamente aprovechaba los ratos en que se quedaba solo para echar una ojeada fuera.

—No puede decirse que sea muy inquieto nuestro compañero —repetía Poch.

—Ni muy charlatán tampoco —respondía Broks.

—¿No sabes quién es?

—No, no he podido verle ni el color de la barba.

—Tendrá que decidirse a mostrarnos la cara, cuando comamos en el relevo de las doce.

—Eso si no come tanto como habla —replicó Broks.

Antes de llegar al pueblo en el que la mala debía hacer alto a la hora del almuerzo, pasaron por varios miserables caseríos, con cabañas apenas habitables, chozas de pobres con los postigos de los ventanucos siempre cerrados, y cuyas tablas desunidas daban paso al áspero cierzo invernal. Los campesinos de Livonia, sin embargo, son robustos: los hombres, con sus espesas pelambreras desgreñadas; las mujeres, cubiertas de harapos, los niños, descalzos, con los brazos y las piernas manchados de barro, como animales de establos descuidados. ¡Los desdichados *mujiks*! Si sufren en sus chamizos los calores del verano, los fríos del invierno, los rigores de la lluvia y de la nieve, ¿qué decir de su alimentación, de ese pan negro y pastoso mojado en un poco de aceite de cañamón, de esa papilla de cebada y avena, y de pascuas a ramos unos bocados de tocino y de carne salada? ¡Qué existencia la suya! Pero están hechos a ella y no saben lo que es quejarse. Además, ¿para qué?

Afortunadamente, a la entrada de un pueblo grande, en el relevo de la una de la tarde, los viajeros encontraron en un albergue bastante aceptable una

comida más sustanciosa: sopa de cochinillo, pepinos flotando en un cuenco lleno de agua salada, canteros de ese pan al que llaman «pan agrio», pues hubiera sido demasiada exigencia querer pan blanco, un trozo de salmón pescado en las aguas del Duina, tocino fresco con verdura, caviar, jengibre, rábanos picantes silvestres y confitura de arándanos de un sabor tan singular. Como bebida, el invariable té, que por allí corre tan abundantemente, que bastaría para alimentar todo un río de las provincias bálticas. En fin, una excelente comida que dejó a Broks y a Poch en un estado de buen humor para el resto de la jornada.

No pareció suscitar tan felices efectos en el otro viajero, que se había hecho servir aparte en un oscuro rincón de la sala. Apenas si se levantó algo el capuchón para comer, lo que dejó únicamente al descubierto una barba canosa. En vano trataron el empleado de banca y el conductor de observar su rostro. Comió rápida y sobriamente y volvió a su sitio en el coche mucho antes que los otros.

Eso no dejó de intrigar a sus compañeros de ruta, sobre todo a Poch, muy descontento de no haber podido arrancar una sola palabra a aquel taciturno.

—¿Es que no llegaremos a saber quién es ese individuo? —preguntó Poch.

—Voy a decírtelo —respondió Broks.

—¿Le has reconocido?

—Sí. Es un señor que ha pagado su billete, eso me basta.

Partieron unos minutos antes de las dos, y el coche recuperó su rápida marcha. Los caballos, recompensados y animados por amables y cariñosas frases de estímulo: «¡Adelante, pichones! ¡Riá, mis pajaritos, volad!», se lanzaron a un trote muy vivo bajo el látigo del postillón.

Muy probablemente, Poch había vaciado su saco, agotado su *stock* de noticias, pues la conversación entre el conductor y él fue languideciendo. Entorpecido, además, por la digestión de tan copioso almuerzo y con el cerebro ahogado en los vapores del vodka, no tardó en «pescar con caña», como se dice de una persona ganada por el sueño y cuya cabeza oscila de un lado a otro. Un cuarto de hora después dormía con un sueño pesado, atravesado sin duda por sueños en los que aparecía la dulce imagen de Zenaida Parensof.

El tiempo iba empeorando mientras tanto. Las nubes se acercaban al suelo. La mala había debido de internarse por pantanosas llanuras bastante impropias para soportar una carretera. Las tierras movedizas estaban al mismo nivel que los múltiples ríos de que está surcada esa región septentrional de

Livonia. Así, de vez en cuando era necesario yuxtaponer troncos de árboles, apenas escuadrados, para dar alguna solidez a las quiebras del terreno provocadas por las inundaciones. Casi insuficiente para un peatón, el paso era muy difícil para un coche. Muchos de esos maderos, mal sujetados, apoyados en uno solo de sus extremos, oscilaban bajo las ruedas de la mala, que sonaba con un inquietante ruido de hierro.

En tales condiciones, el *iemschick* se abstenía ya de forzar a sus caballos. Prudentemente, los hacía avanzar con lentitud, y a veces tenía que levantarlos, pues iban tropezando a cada paso. Se realizaron así varias etapas sin accidente. Pero las bestias llegaban muy cansadas a los relevos; no se les podía pedir mayor esfuerzo.

A las cinco de la tarde, bajo un cielo completamente encapotado, era ya casi de noche. Mantenerse en la buena dirección, en una carretera que se confundía con los pantanos, exigía una extremada atención. Los caballos se espantaban al sentir inseguro el suelo bajo sus cascos, resoplaban y se desviaban a un lado.

—Al paso, vayamos al paso, puesto que es necesario —repetía Broks—. Más vale llegar a Pernau con una hora de retraso, que quedarse en el camino.

—¡Una hora de retraso! —exclamó Poch, al que el traqueteo había despertado.

—Es más prudente —respondió el *iemschick*, que en varias ocasiones debió de bajarse para llevar a los caballos por la brida.

El viajero hizo algunos movimientos, levantó la cabeza y trató vanamente de ver algo por el cristal de la puerta. La oscuridad era demasiado densa para que fuese posible ver algo. Los faroles de la mala proyectaban dos haces luminosos que apenas rasgaban la oscuridad.

—¿Dónde estamos? —preguntó Poch.

—A unas veinte verstas aún de Pernau —respondió Broks— y me parece que deberíamos quedarnos hasta mañana por la mañana en el albergue.

—¡Al diablo la borrasca! Va a retrasarnos doce horas —exclamó el empleado de banca.

Continuaron avanzando. El viento los empujaba a veces tan fuertemente, que el coche, precipitado hacia el tiro, corría el peligro de volcar. Los caballos se encabritaban y se caían. La situación iba tornándose extremadamente difícil, hasta el punto de que Poch y Broks llegaron a discutir la conveniencia de proseguir a pie hasta Pernau. Quizás fuera lo más prudente, para evitar los graves accidentes que podían sobrevenirles si permanecían en el coche.

No parecía que su compañero estuviera decidido a abandonarlo. Un flemático inglés no se habría mostrado más indiferente ante lo que ocurría. No había pagado su billete para ir a pie, y el coche-correo tenía la obligación de llevarlo hasta su lugar de destino.

Hacia las seis y media de la tarde, en lo más fuerte de la borrasca, se produjo súbitamente un tremendo choque. Una rueda delantera se había hundido en un carril y roto inmediatamente por la violenta tracción del tiro bajo un vigoroso latigazo. El coche se inclinó bruscamente, perdió el equilibrio y volcó hacia el lado izquierdo.

Se oyeron gritos de dolor. Poch, que había sufrido una contusión en una pierna, sólo pensó en su preciosa cartera, retenida por la cadenita. La cartera estaba allí, y la apretó fuertemente bajo el brazo, cuando logró salir del coche.

Broks y el viajero sólo tenían insignificantes contusiones. El postillón ya estaba al frente de sus caballos.



Era un lugar desierto, una llanura con un macizo de árboles a la izquierda.

—¿Qué va a ser de nosotros? —preguntó Poch.

—El coche no puede seguir —respondió Broks.

De la boca del desconocido no salió ni una palabra.

—¿Puedes ir a pie? —preguntó Broks al empleado de banca.

—¿Una quincena de verstas? —exclamó—. ¡Y con esta contusión! —Bueno, ¿y a caballo?

—¡A caballo!… A los pocos pasos ya estaría por el suelo.

La única solución posible era buscar abrigo en un albergue de las inmediaciones, si es que existía, y pasar en él la noche. Poch y el viajero, al menos. Broks y el postillón irían hasta Pernau a caballo, y al día siguiente volverían con un carretero para reparar el coche.

Si el empleado de banca no hubiese ido cargado con una suma tan fuerte, le habría parecido excelente el consejo. Pero con sus quince mil rublos…

¿Habría, además, cerca de allí, en aquella región tan solitaria, una casa de campo, una posada, una taberna en la que pudieran refugiarse los viajeros hasta el día siguiente? Fue la pregunta que planteó inmediatamente Poch.

—Sí…, allí…, probablemente —respondió el viajero.

Y señaló con la mano una débil luz que brillaba a unos doscientos pasos a la izquierda, lindante con un bosquecillo que se entreveía confusamente en la oscuridad. Pero ¿sería el farol de un albergue o el fuego de un leñador?

Interrogado, el *iemschick* respondió:

—Es la venta de Kroff.

—¿La venta de Kroff? —repitió Poch.

—Sí, el *kabak* de *La Cruz Rota*.

—Bueno —dijo Broks—, si quieren ustedes dormir ahí, vendremos a buscarlos mañana a primera hora.

La proposición pareció convenir al viajero. Era, en suma, lo mejor que podía hacerse. El tiempo era ya espantoso y no tardaría en caer una lluvia torrencial. No sin sufrir muchas penalidades lograrían el conductor y el *iemschick* llegar a Pernau con su tiro.

—Convenido —dijo Poch, al que su pierna desollada hacía sufrir un poco—. Mañana, tras una buena noche de descanso, podré seguir, y cuento contigo, Broks…

—Estaré de vuelta a la hora convenida —replicó Broks.

Desengancharon los caballos y abandonaron la mala, tumbada de lado. Pero era muy probable que en una noche como aquella ningún coche o carreta se aventurara por la carretera.

Tras estrechar la mano a su amigo, Poch se dirigió renqueando hacia el macizo boscoso del que surgía la luz que indicaba el emplazamiento de la venta.

Como el empleado de banca andaba con dificultad, su compañero de viaje creyó deber ofrecerle su brazo como punto de apoyo. Poch aceptó tras haber dado las gracias a su compañero que, en suma, era más sociable de lo que había dejado suponer su actitud desde la salida de Riga.

Recorrieron sin dificultad los doscientos pasos, siguiendo la carretera a cuya orilla se hallaba la venta.

Sobre la puerta de entrada brillaba un farol provisto de su lámpara de petróleo. En el ángulo del muro se erguía una larga pértiga cuya finalidad es atraer la atención de los transeúntes durante el día. A través de los intersticios de los postigos se filtraban las luces del interior y un rumor de voces y de vasos. Una muestra groseramente pintada, encima de la puerta principal, iluminada por el farol, decía: *Kabak de la Cruz Rota*.

Capítulo V

El Kabak de «La Cruz Rota»

La venta de *La Cruz Rota* justificaba su nombre por un dibujo a la sanguina que, sobre uno de los remates del muro, representaba una doble cruz rusa cortada por la base y yacente en el suelo, reflejo, sin duda, de alguna leyenda relativa a una profanación iconoclasta perdida en la noche de los tiempos.

Un tal Kroff, de origen germánico, viudo, de cuarenta a cuarenta y cinco años de edad, explotaba la venta que le había transmitido su padre, en aquel aislado paraje de la carretera de Riga a Pernau. No había casas ni caseríos en dos o tres verstas a la redonda. Era el aislamiento en toda su plenitud.

Cabía preguntarse si en tales condiciones la venta era un buen negocio… En todo caso, él no se quejaba. No era hombre, además, que hablara de lo que le concernía. El *kabak* funcionaba desde hacía unos treinta años, primero con el padre, cuyas actividades de contrabandista y de cazador furtivo habían debido de llenarle la bolsa, y luego con el hijo. Las malas lenguas de la región decían que no faltaba el dinero en *La Cruz Rota*. Pero eso era algo que a nadie le importaba.

De naturaleza poco comunicativa, Kroff vivía muy retirado; muy pocas veces abandonaba su venta y raras eran sus apariciones en Pernau; trabajaba en su huerto cuando no tenía clientes a los que servir, pues carecía de la ayuda de un mozo o de una camarera. Era un hombre vigoroso, de rostro sanguíneo, barba cerrada, espesa pelambrera, y con una mirada insolente. Jamás interrogaba a nadie y respondía lacónicamente cuando se le hablaba.

La casa, tras la cual se extendía el huerto, tenía sólo una planta con una puerta principal de una sola hoja.

Se entraba directamente a la sala de la taberna, iluminada por una ventana al fondo. A derecha e izquierda, dos habitaciones daban a la carretera. La de Kroff formaba anexo de la venta y daba al huerto.

Las puertas y contraventanas del *kabak* eran sólidas y estaban provistas de fuertes cerraduras y cerrojos interiores. El ventero las cerraba por la noche, pues los lugares no eran seguros. Pero la taberna permanecía abierta hasta las diez. En aquel momento había media docena de clientes, a los que el vodka y el aguardiente ponían de buen humor.

El huerto, de menos de media fanega de tierra, simplemente cercado por un soto, lindaba con un bosque de abetos que se prolongaba más allá de la carretera. Producía las hortalizas de consumo ordinario, que Kroff cultivaba con provecho. Los árboles frutales, abandonados a los cuidados de la naturaleza, eran cerezos de escaso desarrollo, manzanos que daban unas manzanas de muy buena calidad, y macizos de esos frambuesos de fruto perfumado y color brillante que tan bien prosperan en Livonia.

Aquella noche, en torno a las mesas charlaban y bebían tres o cuatro campesinos y otros tantos leñadores de los caseríos vecinos. El aguardiente a dos copecs la copa los atraía cotidianamente, antes de regresar a sus casas o cabañas situadas a tres o cuatro verstas de distancia. Ninguno de ellos pasaría la noche en *La Cruz Rota*. Además, raramente se detenía allí algún viajero para dormir. Pero los postillones y cobradores de diligencias y sillas de posta hacían alto a menudo en el *kabak*, antes de llegar a la última etapa de Pernau.

En medio de los clientes habituales, dos individuos, sentados aparte, hablaban en voz baja, mientras escrutaban los rostros de los bebedores. Eran el brigadier de policía Eck y uno de sus agentes. Después de la persecución a lo largo del Pernova, habían continuado la búsqueda a través de aquella región, en la que se había señalado la presencia de algunos malhechores, y permanecían en comunicación con las diversas escuadras encargadas de vigilar los pueblos y las aldeas del norte de la provincia.

Eck no había vuelto satisfecho de su última expedición. De aquel fugitivo, al que esperaba atrapar vivo para llevárselo al mayor Verder, no había encontrado ni siquiera el cadáver entre el deshielo del Pernova.

Era una decepción de amor propio.

El brigadier decía a su compañero:

—No hay duda, hay que creer que ese bandido ha debido de ahogarse.

—Eso seguro —respondió el agente.

—Pues no, no es seguro, o, al menos, no tenemos la prueba material. Además, aun cuando hubiésemos repescado el cadáver, no era ese el estado

en que hubiera querido detenerlo, y de todos modos no es este un caso que honre a la policía.

—Otra vez tendremos más suerte, señor Eck —respondió el agente, que aceptaba muy filosóficamente lo aleatorio del oficio.

El brigadier movió la cabeza, sin tratar de ocultar su despecho.

En aquellos momentos, la borrasca había alcanzado una incomparable violencia. La puerta de entrada se agitaba tan violentamente \ sobre sus goznes que hacía temer que los arrancara de su empotramiento. La enorme estufa cesaba de roncar a veces, como ahogada, para volver a crepitar como un horno.

Se oían los chasquidos de las ramas rotas del bosque de abetos, que volaban hasta el tejado del *kabak*, al que golpeaban con riesgo de romperlo.

—Trabajo en bandeja para los leñadores —dijo un campesino—. No van a tener más que agacharse para recogerlo.

—Es también un tiempo estupendo para los malhechores y los contrabandistas —dijo el agente.

—Sí…, estupendo —respondió Eck—, pero no es una razón para dejarlos hacer de las suyas… Es seguro que hay una banda que recorre el país… Han denunciado un robo en Tarvart y una tentativa de asesinato en Karkus… En verdad, ya no es seguro el camino entre Riga y Pernau… Los crímenes se multiplican y los criminales se escapan la mayor parte de las veces… Después de todo ¿qué arriesgan si se dejan atrapar?… ¡Ir a las minas de sal de Siberia…! Eso no les preocupa gran cosa. Antes, una buena danza en la horca los invitaba a reflexionar. Pero las horcas están rotas, como la cruz del *kabak* de maese Kroff.

—Volveremos a tenerlas —afirmó el agente.

—Y nunca será demasiado pronto —replicó Eck.

¿Cómo iba a admitir un oficial de policía que la pena de muerte, mantenida en materia política, hubiese sido abolida para los crímenes de derecho común? Eso estaba por encima de su entendimiento, y del de otros que no pertenecen a la policía.

—Vamos, en marcha —dijo Eck, disponiéndose a partir—. Tengo cita con el brigadier de la quinta escuadra en Pernau, y no hay mal tiempo que valga.

Antes de levantarse, llamó, golpeando la mesa.

Kroff acudió al momento.

—¿Cuánto es, Kroff? —dijo, al tiempo que sacaba calderilla del bolsillo.

—Lo sabe usted de sobra, brigadier —respondió el ventero—. No hay más que un precio para todo el mundo.

—¿Incluso para los que vienen a tu *kabak*, donde saben que no vas a pedirles ni los papeles ni el nombre?

—Yo no soy de la policía —respondió bruscamente Kroff.

—¡Ah! Si todos los venteros fueran de la policía, y deberían serlo, el país estaría mucho más tranquilo —replicó el brigadier—. Ten cuidado, Kroff, no vaya a ser que un buen día te cerremos la venta…, si no la cierras tú a los contrabandistas y a clientes aún peores…

—Yo doy de beber a los que me pagan, y no sé adónde van ni de dónde vienen.

—No importa, Kroff, no te hagas el sordo cuando yo te hablo, o van a escocerte las orejas… Buenas noches y hasta pronto.

El brigadier Eck se levantó, pagó su consumición y se dirigió a la puerta, seguido de su agente. Los demás bebedores lo imitaron, pues el mal tiempo no los estimulaba a demorarse en el *kabak* de *La Cruz Rota*.

En aquel instante se abrió la puerta, rápidamente cerrada por el viento.

Dos hombres acababan de entrar; el uno sostenía al otro que cojeaba.

Eran Poch y su compañero de viaje. Éste iba protegido por su capote cuya capucha bajada impedía verle el rostro. Fue él quien tomó la palabra para dirigirse al ventero.

—Nuestro coche se ha roto a doscientos pasos de aquí. El conductor y el postillón han ido con el tiro a Pernau… Volverán mañana a primera hora a buscarnos… ¿Tiene usted dos habitaciones para pasar la noche?

—Sí —respondió Kroff.

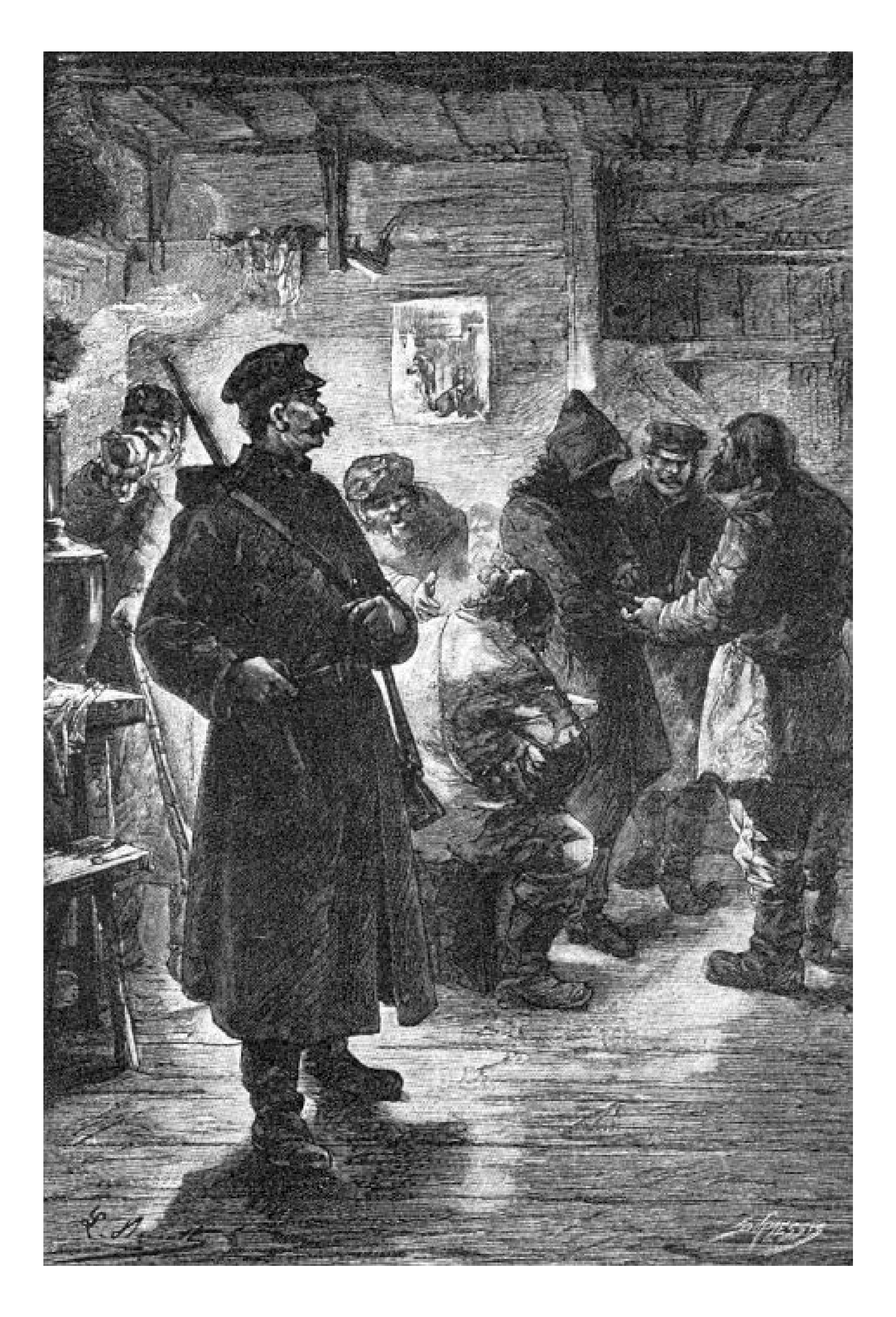
—Necesito una para mí —dijo Poch—, con una buena cama si es posible.

—La tendrá —respondió Kroff—. ¿Está usted herido?

—Una desolladura en la pierna —replicó Poch—. No es nada.

—Yo me quedo con la otra habitación —añadió el viajero.

Mientras hablaba, a Eck le pareció reconocer el sonido de su voz.



«¡Toma! —se dijo—. Juraría que es…».

No estaba seguro y, en su calidad de policía, por instinto, deseaba confirmarlo.

Mientras tanto, Poch se había sentado cerca de una mesa, sobre la que puso la cartera, continuamente sujeta a su cinturón por la cadenilla.

—Una habitación está muy bien —dijo a Kroff—, pero una contusión de nada no impide comer, y tengo hambre.

—Voy a servirle la cena —respondió el ventero.

—Lo más rápidamente posible, por favor —replicó Poch.

El brigadier de policía se acercó a él.

—Ha sido una suerte, señor Poch —dijo—, que no se haya herido usted más gravemente.

—¡Ah! —exclamó el empleado de banca—. ¡Pero si es el señor Eck!… Buenas tardes, señor Eck, o mejor dicho, buenas noches.

—Buenas noches, señor Poch.

—Así que de ronda por aquí ¿eh?

—Como lo ve. ¿No es nada su herida?

—Nada. Mañana ya ni la sentiré.

Kroff sirvió pan, tocino frío y puso la taza para el té.

—¿Y usted, señor? —preguntó al viajero.

—No tengo hambre —respondió éste—. Indíqueme, por favor, dónde está mi habitación… Quiero acostarme ya, pues es probable que no espere el regreso del conductor… Saldré de aquí a las cuatro de la mañana.

—Como usted guste —dijo Kroff.

Y condujo al viajero a la habitación, situada al extremo de la casa, a la izquierda de la sala, reservando al empleado de banca la que se hallaba a la derecha.

Mientras hablaba el desconocido, se movió ligeramente la capucha y permitió al brigadier ver parcialmente su rostro. Eso le bastó.

«¡Sí —murmuró para sí—, es él…! ¡Toma! ¿Por qué querrá irse tan pronto, sin esperar al coche?».

De hecho, las circunstancias más naturales parecen siempre singulares a los policías.

«¿Y adónde irá así…?» —se preguntó Eck.

Pregunta ésta que, como la anterior, no habría hallado respuesta en el viajero, si se la hubiera planteado. Ni tan siquiera parecía haberse dado cuenta de que el brigadier lo había reconocido tras un insistente examen. Entró en la

habitación que le indicó Kroff. Eck volvió junto a Poch, que comía con buen apetito.

—¿Venía con usted en la mala ese viajero?

—Sí, señor Eck, pero no he podido sacarle ni palabra.

—¿No sabe adónde va?

—No; subió al coche en Riga. Me parece que va a Revel. Si Broks estuviera aquí, podría informarle.

—¡Oh, no vale la pena! —respondió el brigadier.

Kroff escuchaba la conversación con ese aire indiferente del posadero que no quiere saber quiénes son sus huéspedes. Iba y venía por la sala, mientras campesinos y leñadores se despedían de él dándole las buenas noches.

Mientras tanto el brigadier, que ya no parecía tener prisa, se divertía sonsacando al charlatán de Poch, a quien eso no le molestaba en absoluto.

—¿Y va usted a Pernau?

—No. A Revel, señor Eck.

—¿Por cuenta del señor Johausen?

—Por su cuenta —respondió Poch.

Y, con un gesto instintivo, atrajo hacia sí la cartera depositada sobre la mesa.

—El accidente va a causarle un retraso de doce horas por lo menos.

—Como mínimo, y eso si Broks vuelve mañana por la mañana, como ha prometido. Estaré de vuelta en Riga dentro de cuatro días, para la boda…

—Con la buena Zenaida Parensof… Ya lo sé.

—No me extraña… Usted lo sabe todo.

—No todo, puesto que no sé adónde va su compañero de viaje… Después de todo, si se va mañana a primera hora sin esperarlo, sin duda es porque piensa detenerse en Pernau.

—Es probable —respondió Poch—, y, si no volvemos a vernos, buen viaje. Pero, dígame, señor Eck, ¿va a pasar usted la noche en esta venta?

—No, Poch. Tenemos cita en Pernau y nos vamos ahora mismo… Y usted, después de una buena cena, trate de echar un buen sueño, y no se deje por ahí la cartera.

—La llevo tan pegada a mí como las orejas —replicó el empleado de banca, soltando una carcajada.

—En marcha —dijo el brigadier a su agente— y tapémonos hasta la barbilla, porque este viento te atraviesa hasta los huesos. Buenas noches, Poch.

—Buenas noches, señor Eck.

Los dos policías abrieron la puerta y salieron. Kroff se apresuró a cerrarla por dentro y a echar la barra de hierro y dos vueltas de una gruesa llave que retiró enseguida.

A esa hora no cabía ya prever que se presentara nadie para pernoctar en *La Cruz Rota*. Ya era raro que tuviese dos huéspedes aquella noche; había tenido que ocurrir el accidente del coche para que Kroff no estuviera solo, como de costumbre, en el aislado *kabak*.

Mientras tanto, con su gran apetito, Poch había dado buena cuenta de la cena, de lo sólido y de lo líquido, con que había reparado sus fuerzas.

La cama pondría fin a lo que tan bien había comenzado en la mesa.

Kroff esperaba a que su huésped se metiera en la habitación para retirarse a la suya. Se hallaba junto a la estufa. El humo de ésta, repelido por el temporal, invadía a veces la sala en medio de un vaho caliente.

Kroff trataba de expulsar la humareda por medio de una servilleta que agitaba en el aire y cuyos pliegues, al abrirse, restallaban como un látigo.

La vela de la palmatoria, sobre la mesa, vacilaba y hacía danzar las sombras de los objetos a través de los haces de luz.

Era tal el estrépito que producía fuera el viento contra los postigos de las ventanas, que se hubiera dicho a veces que alguien llamaba.

—¿No oye usted? —dijo Poch, en un momento en que la puerta sufría tal embate que era posible equivocarse.

—No hay nadie —respondió el posadero—, nadie. Estoy acostumbrado a eso… No nos faltan aquí los temporales en pleno invierno.

—Y además —replicó Poch— es poco probable que haya alguien por estos andurriales en una noche así, si no son los malhechores o los agentes de la policía.

—Es poco probable, como usted dice.

Eran cerca de las nueve.

El empleado de banca se levantó, se puso la cartera bajo el brazo, cogió la palmatoria con la vela encendida que le tendía Kroff y se dirigió hacia su habitación.

El ventero tenía en la mano una vieja linterna de grueso cristal, para alumbrarse una vez que la puerta se hubiera cerrado detrás de Poch.

—¿No se acuesta usted todavía? —preguntó éste.

—Sí, pero antes voy a dar una vuelta, como todos los días.

—¿Por su cercado?

—Sí, por mi cercado, y para ver si las gallinas están en el gallinero, pues a veces faltan una o dos por la mañana…

—¡Ah! —dijo Poch—. ¿Los zorros?

—Los zorros y también los lobos. Esos malditos animales saltan por encima de la cerca. Como la ventana de mi cuarto da al huerto, cuando puedo les meto una carga de plomo… Así que si oye usted un disparo, no se asuste.

—¡Vaya! —respondió Poch—. Ni un cañonazo es capaz de despertarme a mí si, como espero, agarro un buen sueño. A propósito, yo no tengo prisa por partir… Si mi compañero madruga, allá él… A mí déjeme dormir hasta que sea de día… Me despertaré cuando Broks haya reparado el coche, de vuelta de Pernau…

—De acuerdo —respondió el ventero—. Nadie lo despertará, y cuando se marche el viajero, procuraré que no haga ruido para que no lo despierte.

Conteniendo unos bostezos muy justificados por la fatiga, Poch entró en su cuarto y cerró la puerta con llave.

Kroff se quedó solo en la sala, apenas iluminada por la linterna. Se acercó a la mesa, retiró el cubierto del empleado de banca y colocó los platos, la taza y la tetera. Era un hombre ordenado, que no dejaba nunca para mañana lo que pudiera hacer hoy.

Hecho eso, Kroff se dirigió hacia la puerta del cercado y la abrió.

En aquel lado, el del noroeste, el viento daba con menos violencia, y la edificación anexa de la esquina se hallaba abrigada en una especie de remolino. Pero más allá de la esquina el viento embestía rabiosamente, y el posadero no creyó necesario exponerse a él. Le bastaría con echar una ojeada al corral.

No había nada sospechoso en el cercado. Ninguna sombra movediza que hubiera podido indicar la presencia de un lobo o de un zorro. Kroff agitó su linterna en todas direcciones. Al no ver nada, volvió a la sala.

Como convenía no dejar que se apagara la estufa, la alimentó con algunos trozos de turba; luego echó una última ojeada en torno suyo y se dirigió hacia su cuarto.

La puerta, casi contigua a la que daba al huerto, permitía entrar en el anexo en que se hallaba la habitación del posadero. El cuarto confinaba, pues, con el de Poch, que estaba ya sumido en un profundo sueño.

Kroff entró linterna en mano y la sala quedó en una oscuridad total.

Durante dos o tres minutos más hubieran podido oírse los pasos del ventero mientras se desnudaba. Luego un ruido más acentuado indicó que acababa de tumbarse en su lecho.

Unos instantes después todos dormían en la venta, a pesar del tumulto de los elementos, del viento y la lluvia, a pesar de los largos gemidos de la

tempestad a través del bosque de abetos al arrancar sus más altas ramas.

* * *

Un poco antes de las cuatro de la mañana, Kroff se levantó y volvió a la sala común con la linterna encendida.

Casi al mismo tiempo se abrió la puerta del cuarto del viajero. Estaba ya vestido y, como en la víspera, tenía puesto el capote con la capucha sobre la cabeza.

—¿Ya está listo, señor? —preguntó Kroff.

—Ya —respondió el viajero, que tenía en la mano dos o tres rublos en billetes—. ¿Cuánto le debo por el cuarto?

—Un rublo.

—Tenga, y ábrame, por favor.

—Enseguida —replicó Kroff, tras haber verificado el valor del rublo a la luz de su linterna.

El ventero se dirigía ya hacia la puerta, con la gruesa llave en la mano, cuando se detuvo y preguntó al viajero:

—¿No quiere tomar nada antes de partir?

—Nada.

—¿Ni una copa de vodka o de aguardiente?

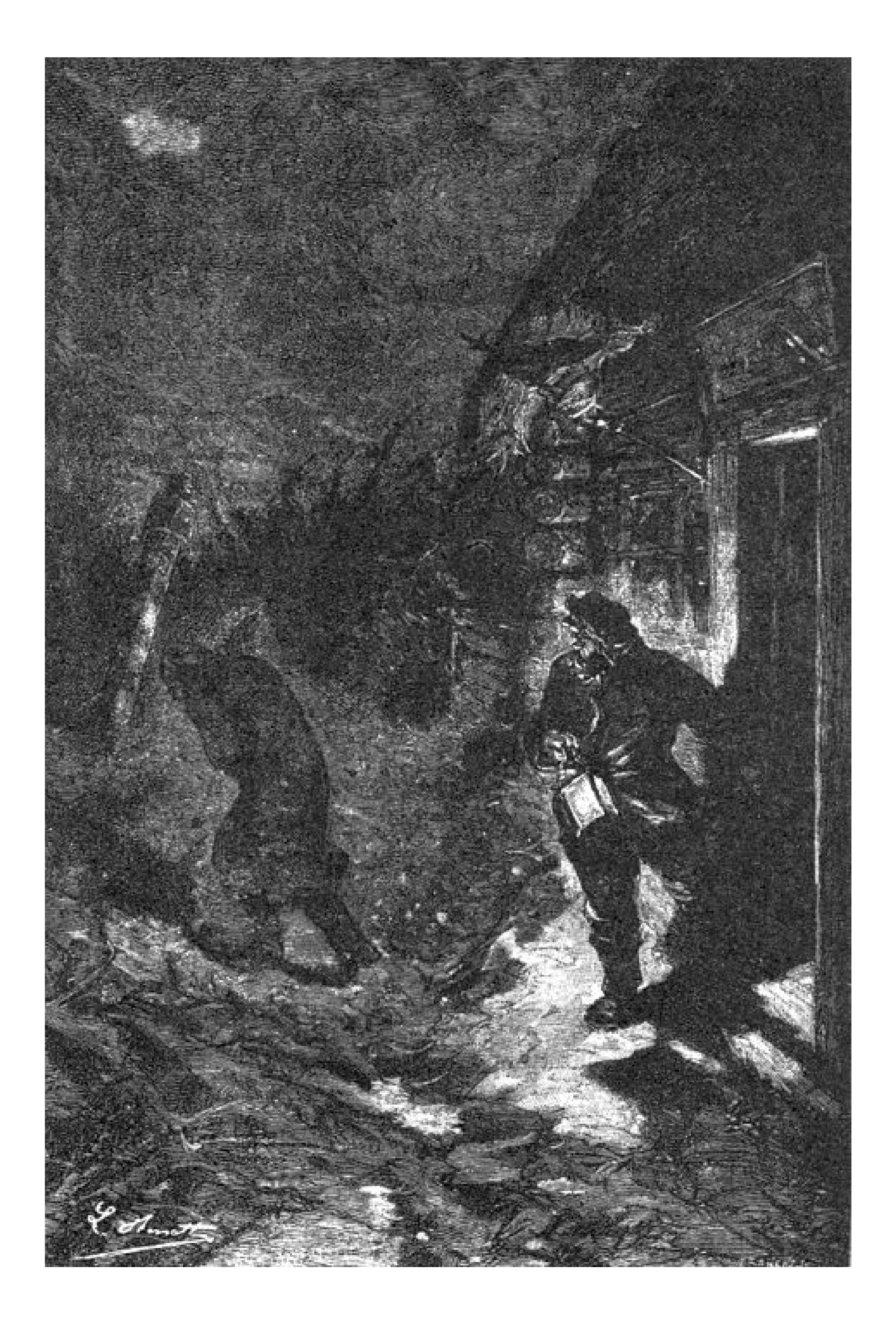
—Nada, le digo. Ábrame rápido, tengo prisa.

—Como quiera.

Kroff quitó de la puerta las barras de madera que la protegían por dentro e introdujo la llave en la cerradura, cuyo pestillo rechinó.

La oscuridad era muy profunda todavía. Había cesado la lluvia, pero el viento soplaba huracanado. El camino estaba sembrado de ramas rotas.

El viajero se apretó la capucha, se abotonó el capote y, sin pronunciar la menor palabra, salió precipitadamente y se perdió en la noche. Mientras éste recorría la carretera en dirección a Pernau, Kroff volvía a cerrar la puerta del *kabak* de *La Cruz Rota* y echaba las barras interiores.



Capítulo VI

Eslavos y germanos

El primer té, con sus tostadas con mantequilla, se servía exactamente a las nueve de la mañana sobre la mesa del comedor de los hermanos Johausen. La exactitud «llevada a la milmillonésima», como decían ellos mismos, era una de las principales cualidades de aquellos ricos banqueros, en su vida privada como en los negocios, tanto cuando se trataba de cobrar como de pagar. Frank Johausen, el hermano mayor, exigía sobre todo que las comidas, las visitas, las horas de levantarse y de acostarse se ajustasen militarmente, y también sin duda los sentimientos y los placeres, como los artículos del gran libro de su casa de banca, una de las más importantes de Riga.

Pero aquella mañana, a dicha hora, el samovar no estuvo dispuesto. ¿Por qué? Por un poco de pereza, de la que se reconoció culpable Trankel, el ayuda de cámara, encargado especialmente de aquel servicio junto a su amo.

Ocurrió así que, en el momento en que Frank Johausen y su hermano, la señora Johausen y su hija Margarit Johausen entraron en el comedor, el té no se hallaba a punto para ser vertido en las tazas puestas sobre la mesa.

Conocida es la pretensión, poco justificada por otra parte, de esos ricos alemanes de las provincias bálticas de tratar paternalmente a su personal doméstico. La familia continúa siendo patriarcal, los sirvientes son considerados como hijos de la casa, y es de creer que esa debe de ser la razón de que éstos no escapen a los castigos paternos.

—Trankel, ¿por qué no está servido el té? —preguntó Frank Johausen.

—Perdóneme el señor —respondió lastimeramente Trankel—, pero es que he olvidado…

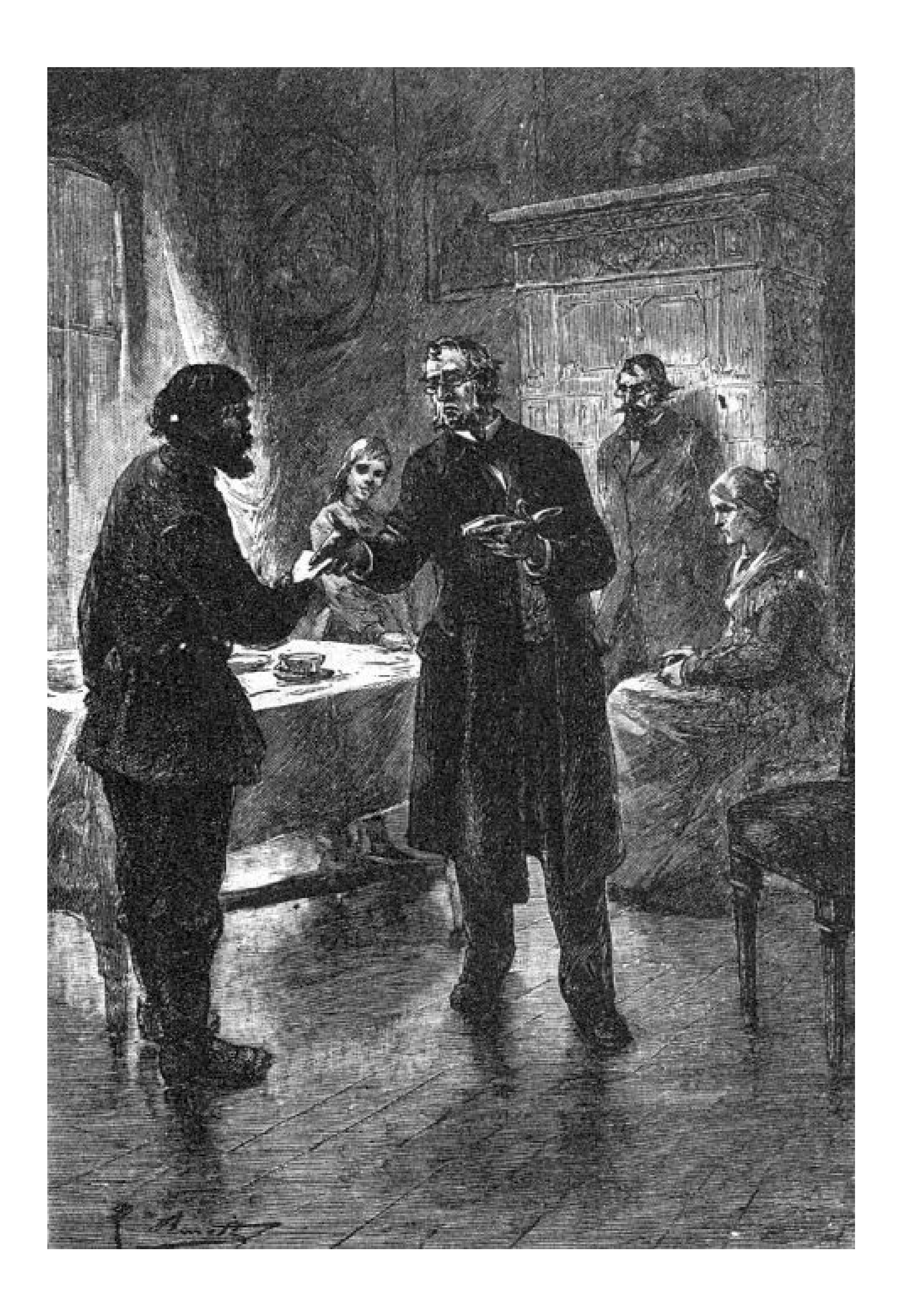
—No es la primera vez, Trankel —replicó el banquero—, y estoy seguro de que tampoco será la última.

La señora Johausen y su cuñado, con movimientos de cabeza en señal de aprobación, se acercaron a la gran estufa de cerámica artística a la que, afortunadamente, no le pasaba lo que al samovar.

Trankel bajó los ojos y no respondió. No, desde luego no era la primera vez que infringía esa exactitud tan cara a los Johausen.

El banquero sacó del bolsillo un talonario, arrancó una hoja, escribió en ella algunas líneas a lápiz y se la dio a Trankel, al tiempo que le decía:

—Lleva esto a la dirección que ahí figura y espera allí la respuesta.



Trankel sabía sin duda la dirección a la que debía ir y cuál sería la respuesta del destinatario.

No dijo ni una palabra, se inclinó, besó la mano de su señor y se dirigió hacia la puerta para encaminarse al comisariado de policía.

La página del cuadernito no contenía más que estas palabras:

Vale por veinticinco vergajazos a mi doméstico Trankel.

FRANK JOHAUSEN

En el momento en que el doméstico salía:

—No olvides traerte el justificante —dijo el banquero.

Trankel no se atrevería a olvidarlo. El justificante permitía al banquero pagar a quien correspondiera el precio del castigo, conforme a la tarifa establecida por el coronel de policía.

Tales cosas ocurrían así en esa época, y tal vez continúan ocurriendo todavía en Curlandia, en Estonia, en Livonia, y sin duda en muchas otras provincias del imperio moscovita.

Algunos detalles sobre la familia Johausen.

Conocida es la importancia del funcionario en Rusia. Está sometido a ese imperioso reglamento del Tchin[9], esa escala de catorce peldaños que deben subir los empleados del Estado, desde el nivel más ínfimo hasta el de consejero privado.

Pero hay clases altas que no tienen nada en común con las de los funcionarios, como en primer lugar, en las provincias bálticas, esa nobleza que goza de una gran consideración reforzada por un poderío real. De origen germánico, es más antigua que la nobleza rusa, ha conservado importantes privilegios, entre otros, el derecho de expedir diplomas, que no desdeñan obtener ni los miembros de la familia imperial.

Con esa nobleza coexiste la clase burguesa, su igual, su superior incluso por su intervención en la administración provincial y municipal, y, como ella —ya lo hemos dicho—, de raza alemana casi en su totalidad. Esa clase comprende a los comerciantes, a los ciudadanos honorarios y, un poco más abajo, a los simples burgueses, que forman una capa intermedia. Los banqueros, los armadores, los artesanos, los comerciantes, según el gremio al que pertenezcan, pagan un impuesto que les permite comerciar con el extranjero.

En esta burguesía la alta clase es instruida, laboriosa, hospitalaria, de una moralidad y una probidad perfectas. En las primeras filas de esta clase es donde la opinión pública, con justa razón, colocaba a la familia Johausen,

cuya casa de banca, con mucho crédito en Rusia y en el extranjero, desafiaba todo ataque.

Por debajo de estas clases privilegiadas, que se han impuesto en las provincias bálticas, vegetan los campesinos, esos cultivadores, esos agricultores sedentarios —un millón al menos— que forman la verdadera población indígena. Estos letones, que hablan su antiguo idioma eslavo, mientras que el alemán es la lengua de los ciudadanos, si ya no son siervos, se ven muy a menudo tratados como tales y obligados a casarse contra su voluntad, cuando los señores quieren aumentar el número de las familias sobre las que tienen el derecho de exigir un tributo.

Se explica, pues, que el soberano de Rusia piense modificar ese deplorable estado de cosas, que su gobierno trate de introducir al elemento eslavo en las asambleas y administraciones municipales.

De ahí una lucha cuyos terribles efectos se verán en el curso de este relato.

El director de la casa de banca era el mayor de los dos hermanos, Frank Johausen.

El menor era soltero. El mayor, de cuarenta y cinco años de edad, se había casado con una alemana de Francfort. Era padre de dos hijos, un muchacho, Karl, que ya había cumplido diecinueve años, y una niña de doce años.

Karl estaba acabando entonces sus estudios en la Universidad de Dorpat, donde Jean, el hijo de Dimitri Nicolef, iba a terminar pronto también los suyos.

Riga, cuya fundación se remonta al siglo XIII, es, conviene repetirlo, una ciudad más germánica que eslava. Ese origen es discernible hasta en los remates triangulares, construidos en gradas, de los elevados tejados de sus casas, aunque algunos edificios recuerdan las formas de la arquitectura bizantina por su extraña disposición y sus cúpulas doradas.

Riga es ahora una ciudad abierta. Su principal plaza es la del Ayuntamiento, en la que se puede admirar, a un lado, la Rathaus, que es la casa consistorial, rematada por un alto campanario con grandes bolas, y al otro, el antiguo monumento de los Caballeros de la Cabeza-Negra, erizado de puntiagudas torrecillas, cuyas veletas chirrían lastimeramente, y que presenta un aspecto arquitectónico más extravagante que artístico.

En esa plaza está instalada la banca Johausen, un bonito edificio de moderna construcción. Sus oficinas están en la planta baja, en tanto que el primer piso está reservado a la dirección y recepción. Está, pues, situada en pleno barrio comercial. Gracias a la importancia de sus negocios y a la

extensión de sus relaciones, goza en la ciudad de una influencia considerable y preponderante.

La familia Johausen está muy unida. Los dos hermanos se entienden a las mil maravillas. El mayor lleva la dirección general de la casa. El menor se ocupa más especialmente de la administración y de la contabilidad.

La señora Johausen es una mujer corriente, todo lo alemana que se pueda ser, pero de un extremado orgullo en sus relaciones con el elemento eslavo. Por otra parte, la buena acogida que le ha dispensado la nobleza de Riga ha contribuido a reforzar su innata vanidad.

Se infiere de eso que la familia Johausen tenía un puesto de primer orden en la jerarquía de la alta sociedad burguesa de la ciudad, así como en el mundo financiero del país. Fuera de ella gozaba de un crédito excepcional en el Banco ruso para el comercio exterior, así como en los bancos de Volka-Kama, el Banco de Descuento y el Banco Internacional de Petersburgo. El traspaso de sus negocios habría asegurado a los hermanos Johausen una de las más grandes fortunas de las provincias bálticas.

Frank Johausen, miembro del Consejo municipal de la ciudad y uno de los más influyentes, defendía siempre con una inquebrantable tenacidad los privilegios de su casta. Se admiraba y se exaltaba en él al representante de las ideas arraigadas en la mentalidad de las altas clases desde la conquista.

Debía, pues, sentirse personalmente concernido y afectado por la tendencia del gobierno a rusificar a aquella obstinada raza de sangre germánica.

Las provincias bálticas estaban administradas entonces por el general Gorko. Personaje muy inteligente, comprendía las dificultades de su misión y se mostraba muy prudente en sus relaciones con la población alemana. Se esforzaba por lograr el triunfo del eslavismo mediante la progresiva introducción de modificaciones en las costumbres públicas, con exclusión de los medios brutales. Firme pero justo rechazaba todo procedimiento que pudiera provocar un conflicto.

Al frente de la policía se hallaba el coronel Raguenof, un ruso exaltado, importante funcionario, menos hábil que su jefe y siempre dispuesto a ver un enemigo en todo livonio, estonio o curlandés que no se hubiera amamantado con leche eslava. Este quincuagenario, este hombre audaz y decidido, este indomable policía, no retrocedía ante nada. El gobernador se las, veía y se las deseaba para controlarlo. Era capaz de romper cualquier obstáculo si se le hubiese dejado hacer su voluntad, y más valía usar que romper.

No debe sorprender que haya ocasión de retratar con rasgos más precisos a estos personajes. Si no ocupan un lugar de primera fila, desempeñan, sin embargo, un papel considerable en este drama judicial, al que las pasiones políticas y las divergencias de nacionalidad han dado tan terribles perfiles de escándalo en las provincias.

Después del coronel Raguenof, y por contraste, debe llamarse la atención sobre el mayor Verder, su más directo subordinado en el cuerpo de policía. El mayor es de origen puramente germánico, y aplica las exageraciones de su raza al ejercicio de sus funciones. Se inclina por los alemanes como el coronel por los eslavos. A los unos los persigue encarnizadamente, a los otros con blandura.

A pesar de la diferencia de graduación, el conflicto estallaría a veces entre ambos personajes, si no interviniera con su prudencia el general Gorko.

Debe tenerse en cuenta, además, que el mayor Verder estaba secundado por el brigadier Eck, a quien ya hemos visto al comienzo de este relato operar contra el evadido de las minas de Siberia. Eck no necesitaba de estímulos para cumplir su deber en el curso de las misiones que se le confiaban, y aún menos cuando su deber consistía en lanzarse a la búsqueda y captura de un eslavo. Era también muy apreciado por los hermanos Johausen, a quienes había hecho algunos favores personales, favores generosamente recompensados en la ventanilla del cajero de la banca.

Conocidos son ya la situación y el terreno en el que van a enfrentarse los adversarios: el de las elecciones municipales, con un Frank Johausen resuelto a no ceder su puesto y un Dimitri Nicolef impulsado, muy a su pesar, por las autoridades rusas y también por las clases populares, cuyo derecho electoral iba a ampliar un nuevo censo.

Que un simple profesor particular, sin fortuna ni posición, se viese llevado a esa lucha contra un poderoso banquero, representante de la alta burguesía y de la orgullosa nobleza, era un síntoma que los hombres clarividentes debían tener muy en cuenta. ¿No presagiaba que, en un próximo futuro, iban a modificarse las condiciones políticas de aquellas provincias, en detrimento de los que todavía detentaban el poder municipal y administrativo?

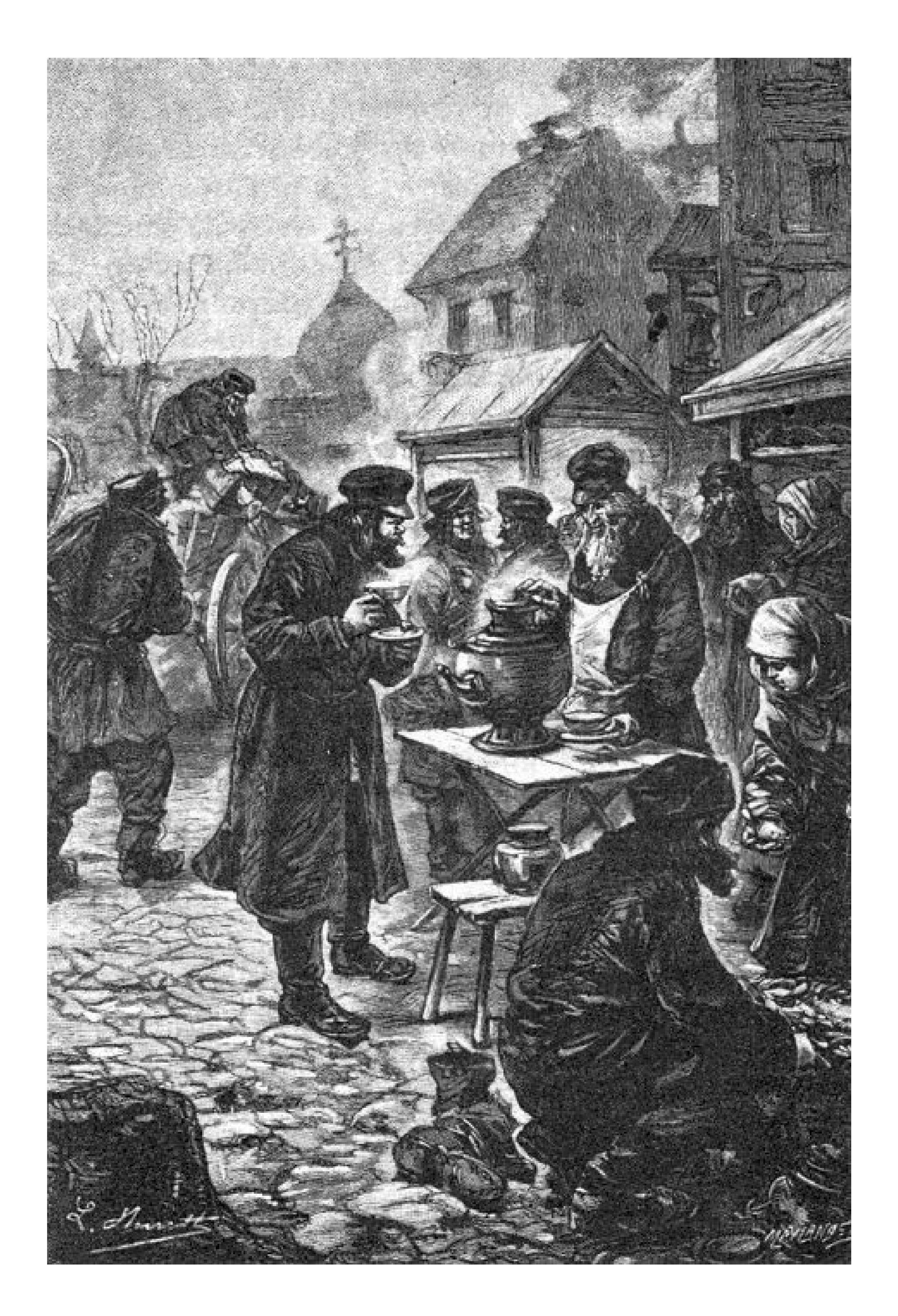
Los hermanos Johausen confiaban, sin embargo, en poder combatir ventajosamente con el rival que les oponían. Esperaban poder aplastar, a la primera de cambio, la naciente popularidad de Dimitri Nicolef.

Antes de dos meses se vería si se podía otorgar un mandato público a un miserable deudor a quien una condena civil y el embargo derivado de ella dejarían sin domicilio, arruinado y a la intemperie.

No se olvide que el 15 de junio[10] llegaba a su vencimiento la letra de cambio suscrita por Dimitri Nicolef a favor de la casa Johausen, por su reconocimiento de las deudas de su padre. Se trataba de una suma de dieciocho mil rublos, cantidad enorme para el modesto profesor de ciencias. ¿Podría pagarlos?… Los Johausen estaban convencidos de que ese último pago no podría ser efectuado. Los pagos anteriores habían sido hechos con muchas dificultades, y desde entonces no parecía haber mejorado la situación pecuniaria de Nicolef. No, le resultaría imposible satisfacer su obligación. Si solicitaba un plazo de tiempo, la banca se mostraría implacable. No sería a su deudor sino al adversario político al que asestaría un mazazo definitivo.

Los hermanos Johausen no sospechaban que una circunstancia imprevista, improbable, iba a favorecer aún más su proyecto. Ni aun teniendo a su disposición los rayos del cielo hubieran podido fulminar tan certera y mortalmente a su popular rival como con el arma que iba a depararles aquella circunstancia.

Entre tanto, conforme a la orden de su amo, Trankel se había apresurado —tal vez la expresión no sea exactamente adecuada— a obedecer. Con el semblante corrido y la andadura incierta, pero como un hombre que conoce el camino de la jefatura de policía por haberlo recorrido muchas veces, salió de casa; dejó a su izquierda el castillo de murallas amarillentas, residencia del gobernador de las provincias; pasó entre los puestos del mercado, donde se vende todo lo vendible, cachivaches de baratillo, chucherías decorativas de dudoso valor, ropas usadas en lamentable estado, objetos religiosos y utensilios de cocina; luego, deseoso de darse ánimos, se bebió una taza de ese té hirviente regado de vodka con el que vendedores ambulantes hacen un lucrativo negocio; echó una vaga mirada a las lavanderas en el lavadero; atravesó las calles, por las que desfilaban presidiarios tirando de carros bajo las órdenes de un vigilante lleno de miramientos hacia esos buenos muchachos, a los que no deshonra una condena a presidio por alguna infracción de la disciplina, y por fin llegó tranquilamente a la jefatura de policía.



Los agentes acogieron al doméstico como a un viejo conocido, tendiéndole sus manos, que él estrechó afectuosamente.

—¡Hombre, Trankel, tú por aquí! —dijo uno de los policías—. Hacía mucho que no te veíamos; me parece que seis meses…

—No, no tanto —respondió Trankel.

—¿Quién te ha mandado venir?

—Mi amo, el señor Frank Johausen.

—Bueno, bueno… y quieres hablar con el mayor Verder, ¿no?

—Si es posible.

—Acaba de llegar a su despacho, Trankel, y, si te tomas la molestia de ir a verlo, te recibirá encantado.

Muy orgulloso de aquella acogida, Trankel se dirigió al despacho del mayor y llamó discretamente a la puerta.

Una lacónica invitación le llegó desde el interior. Trankel entró.

El mayor estaba sentado detrás de su mesa, leyendo unos documentos. Levantó los ojos hacia el que acababa de entrar, y dijo:

—¡Ah!, eres tú, Trankel.

—Yo mismo, señor mayor.

—Y vienes…

—De parte del señor Johausen.

—¿Es grave?

—El samovar, que se ha obstinado en no funcionar esta mañana.

—Porque olvidaste encenderlo, ¿no? —dijo el mayor sonriendo.

—Tal vez.

—¿Y cuántos?…

—Aquí tiene el vale.

Trankel entregó al mayor la hoja que le había dado su amo. El mayor la leyó.

—¡Oh!, es poca cosa.

—¡Hum! —masculló Trankel.

—Sólo veinticinco.

Evidentemente, Trankel hubiese preferido una docena.

—Bueno —dijo el mayor—, pues vamos a servírtelos, sin hacerte esperar.

Y llamó a uno de sus agentes.

—Veinticinco vergajazos —ordenó el mayor—, pero no demasiado fuerte, como para un amigo. ¡Ah, si fuera un eslavo!… Anda, Trankel, quítate la ropa y, cuando acabe, vuelve a buscar tu recibo.

—Gracias, señor mayor.

Trankel salió del despacho tras el agente hacia el lugar de la ejecución. Lo tratarían como a un amigo, como a un familiar de la casa, no podía quejarse demasiado.

Trankel se desnudó el torso, se inclinó y ofreció la espalda, mientras el agente, látigo en mano, se disponía a ejecutar el castigo.

Pero, en el momento en que iba a aplicarse el primero de los veinticinco vergajazos, se produjo un gran tumulto a la puerta de la jefatura de policía.

Un hombre, jadeante por una rápida carrera, gritó.

—¡Mayor Verder! ¡Mayor Verder!

El látigo, levantado sobre la espalda de Trankel, se detuvo en el aire. El agente abrió la puerta para ver lo que pasaba.

Trankel, no menos interesado, no tenía otra cosa mejor que hacer que mirar.

El mayor Verder salió de su despacho al oír el ruido.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

El hombre se acercó a él, lo saludó y le entregó un telegrama, al tiempo que decía:

—Se ha cometido un crimen…

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Qué crimen?

—Un asesinato.

—¿Dónde?

—En la carretera de Pernau, en la venta de *La Cruz Rota*.

—¿Quién es la víctima?

—El correo de la banca Johausen.

—¡Oh!… ¡El pobre Poch! —exclamó Trankel—. ¿Mi amigo Poch?

—¿Se sabe el móvil del crimen? —preguntó el mayor Verder.

—El robo, pues se ha encontrado vacía la cartera de Poch en la habitación del crimen.

—¿Se sabe lo que contenía la cartera?

—No, señor mayor, pero nos lo dirán en el banco.

El telegrama, expedido en Pernau, no contenía más información que la que el portador acababa de obtener en la oficina de telégrafos.

El mayor Verder dio órdenes a sus agentes:

—Tú, ve a avisar al juez Kerstorf.

—Sí, señor mayor.

—Y tú, corre a casa del doctor Hamine…

—Sí, señor mayor.

—Y decidles que vayan inmediatamente a la Banca Johausen, que yo los espero allí.

Los agentes salieron precipitadamente de la jefatura. Unos instantes después el mayor Verder se dirigía hacia la casa de banca.

Y fue así como, gracias a la perturbación producida por la noticia del crimen, Trankel no recibió aquel día los vergajazos a que se había hecho acreedor por falta grave en su servicio.

Capítulo VII

Investigación policial

Dos horas después un coche corría a toda velocidad por la carretera de Pernau. No era ni una telega ni un coche-correo, sino la berlina de viaje del señor Frank Johausen, a la que se le había puesto un tiro de caballos de posta que iría cambiando en los puestos de relevo. Por mucha que fuese su rapidez, no cabía esperar que llegase al *kabak* de *La Cruz Rota* antes de la noche. Haría alto en la última casa de postas y al día siguiente, al despuntar el alba llegaría al albergue.

Iban en la berlina el banquero, el mayor Verder, el doctor Hamine, para el informe médico, el juez Kerstorf, que se iba a encargar de la instrucción del sumario, y el escribano. Dos agentes de policía ocupaban el asiento trasero.

Una palabra sobre el juez Kerstorf, puesto que las demás personalidades han figurado ya en este relato y nos son suficientemente conocidas.

El magistrado, de unos cincuenta años de edad, era justamente apreciado tanto por sus colegas como por el público. Era imposible no admirar su perspicacia y habilidad en las causas criminales en que intervenía. De una integridad absoluta, no sufría nunca ninguna influencia, era inaccesible a toda presión, viniera de donde viniese, y la policía jamás le dictaba sus conclusiones. Era la ley hecha hombre. Poco comunicativo, muy reservado, hablaba muy poco y reflexionaba mucho.

Así, pues, en aquel caso había, como se dice en física, fluidos contrarios, que hallarían dificultades para combinarse si intervenía en él la cuestión política. Por una parte, el banquero Johausen y el mayor Verder, germanos de origen, y por otra, el doctor Hamine, eslavo de nacimiento. Sólo el juez Kerstorf estaba libre de esas pasiones raciales que fermentaban entonces en las provincias bálticas.

Durante el trayecto, la conversación no halló más mantenedores que el mayor y el banquero; aun así, fue intermitente.

Frank Johausen no ocultaba la profunda compasión que le causaba la muerte del infortunado Poch. Tenía una particular estima por aquel empleado que llevaba tantos años a su servicio, de una probidad perfecta y de una abnegación a toda prueba.

—Y la pobre Zenaida —añadió—. ¡Cómo va a sufrir cuando se entere del asesinato de su novio!

En efecto, la boda iba a celebrarse dentro de unos días en Riga, y, en vez de a la iglesia, conducirían al empleado de banca al cementerio.

En cuanto al mayor, aunque se apiadara de la suerte de la víctima, le preocupaba mucho más la captura del asesino. Aún era imposible decir algo al respecto, antes de haber visitado el escenario del crimen y conocer las condiciones en que se había cometido. Tal vez se hallara algún indicio, alguna pista que seguir. En el fondo, el mayor Verder se inclinaba por ver en el asesinato la mano de uno de esos vagabundos que en la época infestaban una buena parte del territorio livonio. Si así fuera, cabía esperar que la justicia cayera sobre el asesino de *La Cruz Rota*, gracias a las escuadras de policía que recorrían el territorio.

El papel del doctor Hamine debía limitarse a las certificaciones médico-legales sobre el cadáver de Poch. Cuando lo examinara, podría pronunciarse. Pero en aquel momento tenía otro motivo de preocupación, incluso de inquietud. En efecto, la víspera no había hallado en casa al profesor, al hacerle su visita cotidiana. Ilka le había dicho que su padre estaba de viaje. Nicolef, al que ella no había visto marchar, le había notificado que se ausentaba de Riga por dos o tres días. ¿Adónde iba…? Ninguna explicación. ¿Había decidido el viaje la víspera…? Así debía de ser, puesto que Nicolef no había recibido ninguna carta desde su regreso a casa.

Y, sin embargo, no había hablado de ello ni a su hija, ni al doctor, ni al cónsul durante la velada. ¿Les había parecido más preocupado que de costumbre…? Tal vez, pero a un hombre tan reservado no podía preguntársele el motivo de sus preocupaciones. Lo cierto es que al día siguiente, muy temprano, había dejado una nota a Ilka y salido sin indicar la finalidad de su viaje. El doctor Hamine había dejado a Ilka visiblemente inquieta, y él mismo compartía aquella preocupación.

La berlina se desplazaba con rapidez. Habían enviado por delante a un hombre al galope para que los relevos de caballos estuviesen preparados en

las postas. Así no se perdía tiempo y, si hubiesen salido de Riga tres horas antes, habrían podido comenzar la investigación aquel mismo día.

Soplaba un aire seco un poco frío. Una ligera brisa del nordeste había sustituido a la borrasca de la víspera. Pero la carretera, espantosamente expuesta a las ráfagas de viento, imponía un rudo esfuerzo a los caballos.

Hacia la mitad del camino los viajeros se concedieron media hora para comer. Se sentaron a la mesa del modesto albergue de la posta y reemprendieron enseguida la marcha.

Iban silenciosos, absortos en sus pensamientos. Sólo las escasas palabras que de vez en cuando intercambiaban Frank Johausen y el mayor Verder rompían el silencio de la berlina. Por muy rápidamente que corriese, les parecía a todos que los postillones no avivaban la marcha. El más impaciente de todos los viajeros, el mayor Verder, estimulaba a los postillones con sus consejos, los espoleaba con sus reprimendas e incluso los amenazaba cuando el coche reducía su marcha en la subida de una pendiente.

Daban ya las cinco cuando la berlina hizo alto en la última posta, antes de Pernau.

El sol, muy bajo ya en el horizonte, no tardaría en desaparecer, y *La Cruz Rota* estaba aún a una decena de verstas.

—Señores —dijo el juez Kerstorf—, cuando lleguemos a la venta será ya completamente de noche, condición poco favorable para comenzar la investigación… Les propongo, pues, que la aplacemos a mañana, a primera hora… Además, como no encontraremos habitaciones adecuadas en esa fonda, me parece preferible pasar aquí la noche, en este albergue.

—Es una proposición muy sensata —respondió el doctor Hamine— y si mañana madrugamos…

—Quedémonos, entonces —dijo Frank Johausen—, a menos que el mayor Verder no vea inconveniente…

—Yo no veo otro inconveniente que el de retrasar la investigación —respondió el mayor, que tenía prisa por llegar al escenario del crimen.

—Supongo que el *kabak* está vigilado desde esta mañana, ¿no? —preguntó el juez.

—Sí —respondió el mayor Verder—. El telegrama expedido desde Pernau me informaba de que se había enviado inmediatamente a los agentes con la orden de no dejar entrar a nadie y de impedir que el ventero Kroff pudiera comunicar…

—En esas condiciones —observó el juez—, el retraso de esta noche no puede ser perjudicial a la investigación…

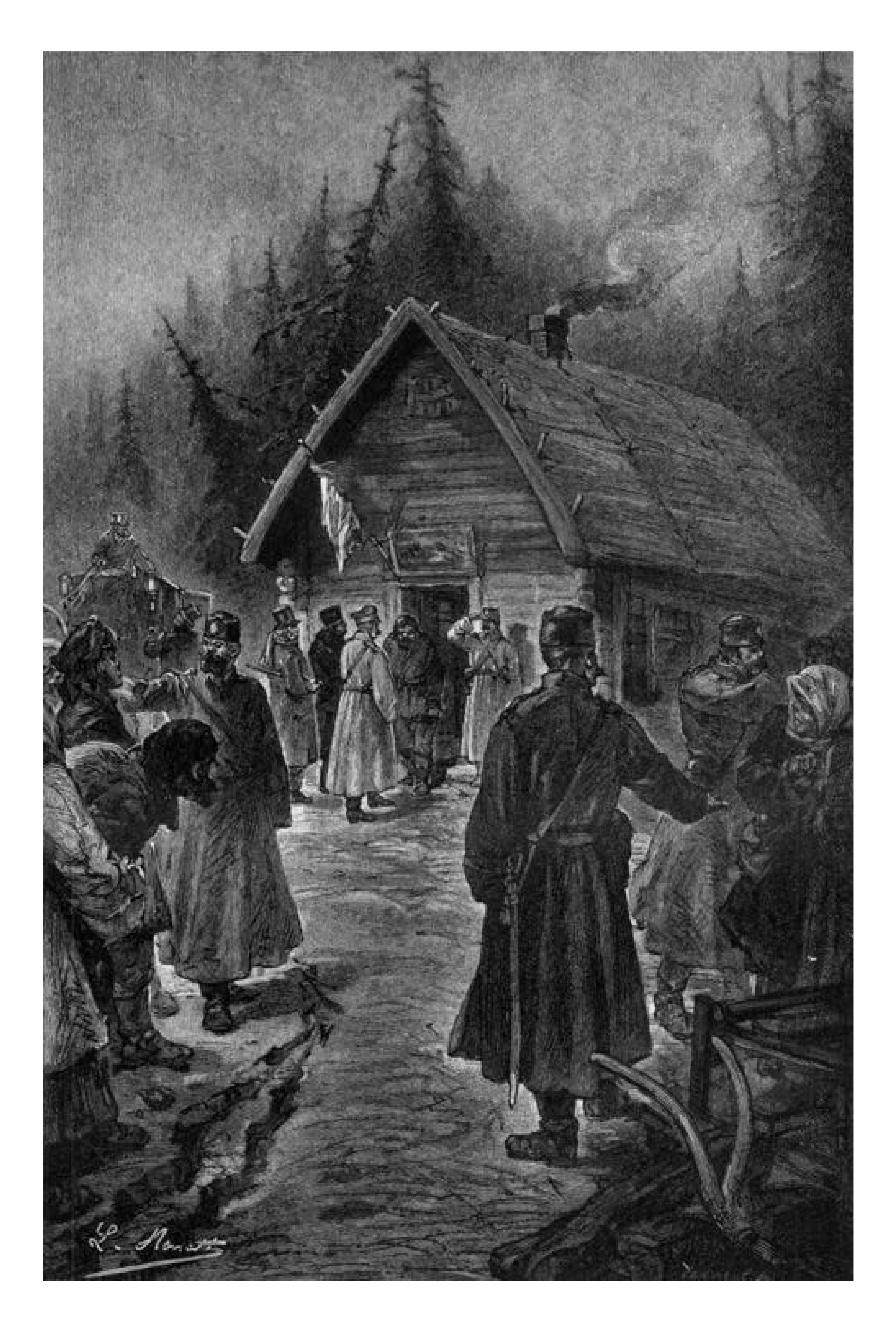
—No, sin duda —replicó el mayor—, pero da tiempo al autor del crimen para poner un buen número de verstas entre *La Cruz Rota* y él.

El mayor hablaba como policía, muy experto en el ejercicio de sus funciones. No obstante, como el día se apagaba en las sombras del crepúsculo y se les echaba la noche encima, lo más razonable era esperar allí la llegada del día.

El banquero y sus compañeros se instalaron en el albergue, cenaron y pasaron la noche más o menos cómodamente en las habitaciones que pusieron a su disposición.

Al día siguiente, 15 de abril, al despuntar el alba, la berlina reemprendió la marcha y hacia las siete llegaba al *kabak*.

Los agentes de Pernau, apostados en la venta, los recibieron a la puerta.



Kroff iba y venía por la sala. No había habido que emplear la fuerza para retenerlo. ¿Por qué iba a abandonar su establecimiento? Al contrario. ¿Acaso no era necesaria su presencia para facilitar a los agentes todo lo que pudieran desear? ¿No debía mantenerse a disposición de los magistrados que procederían a su interrogatorio…? ¿Qué mejor testimonio que el suyo para iniciar la investigación?

Por lo demás, los agentes habían cuidado escrupulosamente de que todo permaneciera como estaba, en el interior como en el exterior, en las habitaciones como en las inmediaciones de la venta. Se había prohibido a los campesinos de los alrededores acercarse a la casa. En aquel mismo momento había unos cincuenta curiosos mirando desde la distancia que se les había impuesto.

Conforme a su promesa, Broks, acompañado del *iemschick* con su tiro de caballos y un carretero, había regresado hacia las siete de la mañana al *kabak* para recoger a Poch y al viajero, con los que debía reemprender viaje una vez reparado el coche.

¡Júzguese el horror que sintió Broks, cuando el ventero lo condujo ante el cadáver de Poch, de ese pobre Poch tan impaciente por regresar a Riga para celebrar su boda! Saltó enseguida sobre uno de los caballos del tiro y, dejando al postillón y al carretero en la venta, regresó a Pernau para avisar a la policía. Ésta dirigió inmediatamente un telegrama al mayor Verder, a Riga, y envió a sus agentes a *La Cruz Rota*.

En cuanto a Broks, su intención era la de volver al *kabak*, para ponerse a disposición de los magistrados que, sin duda, reclamarían su testimonio.

El juez Kerstorf y el mayor Verder procedieron inmediatamente a las primeras investigaciones. Los agentes, apostados unos ante la casa, en el lado de la carretera, y otros en la parte de atrás, a lo largo del huerto o a la derecha en el lindero del bosque de abetos, recibieron la orden de seguir manteniendo alejados a los curiosos.

El juez, el mayor, el doctor y el señor Johausen encontraron en la sala de la taberna a Kroff, quien los condujo a la habitación en que yacía el cadáver del empleado de banca.

Al ver al desgraciado Poch, Johausen no pudo controlar su dolor. Sí, era el viejo servidor de su casa, con rostro exangüe, el cuerpo rígido por la muerte, que se había producido ya hacía más de veinticuatro horas, extendido sobre el lecho, en la posición en que había recibido el golpe mientras dormía. El día anterior, al despuntar el día, Kroff, al no oír ningún ruido en su cuarto y conforme a sus recomendaciones, se abstuvo de despertarlo hasta que llegó

Broks, hacia las siete; entonces ambos llamaron a su puerta, que estaba cerrada por dentro. Ninguna respuesta. Muy inquietos por ello, forzaron la puerta y se encontraron con un cadáver aún caliente.

Sobre una mesa cerca del lecho se veía la cartera con las iniciales de los hermanos Johausen, con su cadenita colgando, vacía de los quince mil rublos en billetes que Poch llevaba a Revel.

El doctor Hamine sometió el cadáver a las observaciones usuales. La víctima había perdido mucha sangre. Un charco rojo, medio coagulado, se extendía desde la cama hasta la puerta. La camisa de Poch, muy tiesa, mostraba a la altura de la quinta costilla, un poco a la izquierda, la huella de un agujero que correspondía a una herida de forma muy singular. No había duda de que debía de haber sido hecha con uno de esos cuchillos suecos cuya hoja, de unas cinco o seis pulgadas de longitud, implantada en un mango de madera, está provista de una virola con muelles. La virola había dejado en la piel, en el orificio de la herida, una señal fácilmente reconocible. El golpe había sido asestado con extremada violencia; uno solo había bastado para provocar una muerte fulminante, al perforar el corazón.

Ninguna duda posible sobre el móvil del asesinato. Era el robo, puesto que los billetes que contenía la cartera de Poch habían desaparecido.

Pero ¿cómo había entrado el asesino en la habitación? Evidentemente por la ventana, que daba a la carretera, puesto que la puerta se hallaba cerrada por dentro y había tenido que ser forzada por el ventero, con la ayuda de Broks. El examen del estado de la venta, desde el exterior de la casa, no dejaría ninguna duda sobre ello.

Lo que se comprobó con certeza, gracias a las manchas de sangre sobre la almohada, es que Poch había debido de meter bajo ésta la cartera; el asesino la había cogido con sus manos ensangrentadas y luego la había dejado sobre la mesa, tras vaciar su contenido.

Esas diversas observaciones se efectuaron con toda minuciosidad en presencia del ventero, que respondía muy inteligentemente a todas las preguntas del magistrado.

Antes de proceder a su interrogatorio, el juez y el mayor decidieron examinar la parte exterior de la casa por si el asesino hubiese dejado algunas huellas.

Salieron los dos, acompañados del doctor Hamine y de Johausen.

Kroff y los agentes que se habían desplazado desde Riga los siguieron, mientras a los campesinos se les mantenía a una distancia de unos treinta pasos.

Ante todo, se examinó muy detenidamente la ventana de la habitación en que se había cometido el crimen. Pudo reconocerse inmediatamente, a la primera ojeada, que la contraventana de la derecha, que se hallaba en muy mal estado, había sido apalancada, y el gancho de hierro arrancado del cornisamiento. Por uno de los cristales rotos, cuyos fragmentos estaban esparcidos por el suelo, el asesino había introducido el brazo para levantar la falleba que cerraba la ventana. No había, pues, duda alguna de que el asesino había entrado en la habitación por la ventana, y que por ella había huido tras cometer el crimen.

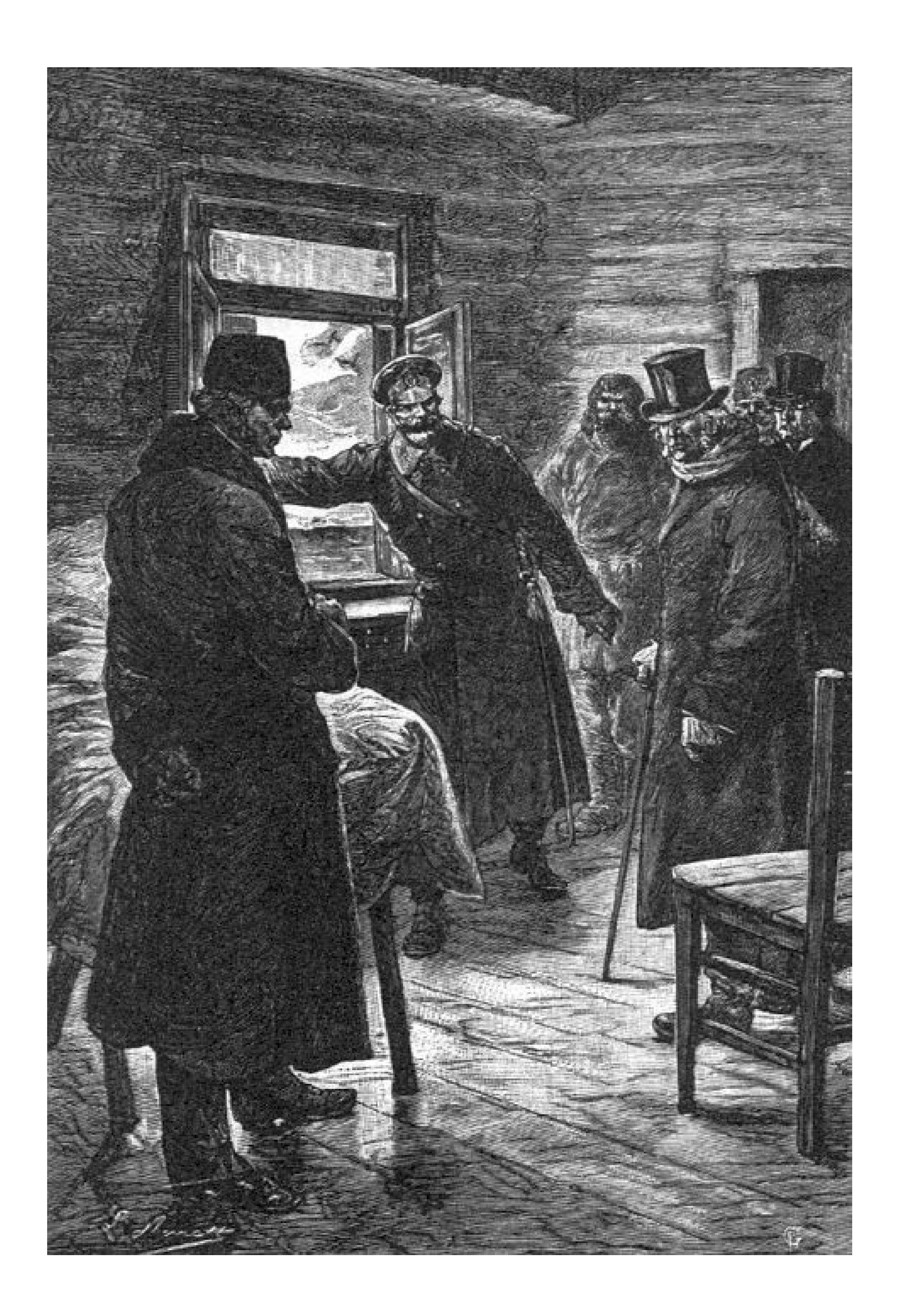
Eran muy numerosas las huellas de pasos alrededor de la venta; la tierra, profundamente empapada por la copiosa* lluvia caída durante la noche del 13 al 14, las había conservado. Pero se cruzaban y se confundían con formas tan diferentes, que no podían constituir indicios útiles. La causa de ello era que la víspera, antes de la llegada de los agentes de Pernau, numerosos curiosos habían circulado en torno a la casa, sin que Kroff hubiera podido impedírselo.

El juez Kerstorf y el mayor examinaron seguidamente la ventana de la habitación ocupada durante la noche de autos por el desconocido viajero. No ofrecía nada sospechoso. Las contraventanas, herméticamente cerradas, no habían sido abiertas desde la víspera, es decir, desde que el viajero se había ido del *kabak*. Sin embargo, la peana del cerco y el muro presentaban unas señales que podrían haber sido hechas por los zapatos de un individuo al escalar la ventana.

Efectuada esa inspección, el magistrado, el mayor, el doctor y el banquero entraron en la venta.

Ahora se trataba de visitar la habitación del viajero, contigua, como se recordará, a la sala pública. Los agentes se habían ido turnando para montar la guardia ante la puerta.

Abrieron la puerta. Una profunda oscuridad reinaba en la habitación. El mayor Verder se dirigió a la ventana, la abrió haciendo girar el montante de madera, y, soltando el gancho de hierro Ajado en el cornisamiento, empujó las contraventanas hacia afuera.



La luz entró en la habitación, que se hallaba en el mismo estado en que el viajero la había dejado. La cama estaba deshecha, la vela casi enteramente consumida, apagada por Kroff tras la marcha del viajero; las dos sillas de madera, en su lugar habitual, confirmaban la ausencia de todo desorden; en el hogar de la chimenea, instalada al fondo de la habitación, en el muro lateral, había ceniza y dos residuos de tizones que debían de llevar allí mucho tiempo; por último, un viejo armario vacío.

Ningún indicio pudo encontrarse en la habitación, excepción hecha de las señales observadas fuera en el muro y en la peana del cerco de la ventana, y que podían tener una gran importancia.

Se concluyó la inspección ocular con la visita a la habitación de Kroff, en el anexo que daba al huerto. Los agentes registraron concienzudamente los cobertizos del corral. Exploraron el huerto hasta el seto vivo que le servía de cercado, sin que se observara ninguna huella. No podía ponerse en duda que el asesino había venido de fuera por el otro lado y penetrado en la habitación de la víctima por la ventana que daba a la carretera y cuyo postigo había forzado.

El juez Kerstorf procedió entonces al interrogatorio del ventero. Se instaló en la sala de la taberna ante una mesa, con el escribano a su lado. El mayor Verder, el doctor Hamine y el señor Johausen, deseosos de oír la declaración de Kroff, se sentaron en torno a la mesa. Se invitó a Kroff a decir todo lo que supiera.

—Señor juez —dijo, con un tono muy preciso—, anteanoche, hacia las ocho, llegaron dos viajeros y pidieron habitaciones para la noche. Uno de los viajeros cojeaba ligeramente, a consecuencia del accidente que había sufrido el coche-correo al volcar a unos doscientos pasos de aquí, en la carretera de Pernau.

—¿Era Poch, el empleado de la banca Johausen?

—Sí…, y lo supe por él mismo… Me contó lo que había pasado, que los caballos se habían caído haciendo volcar al coche… Si no hubiera sido por esa contusión en la pierna, se habría ido con el conductor hasta Pernau, y ojalá lo hubiese hecho… El conductor, al que no vi aquella noche, tenía que regresar al día siguiente a primera hora, como efectivamente hizo, para recoger a Poch y a su compañero tras haber reparado el coche.

—¿Dijo Poch lo que iba a hacer en Revel? —preguntó el juez.

—No. Me pidió que le diera de cenar y comió con mucho apetito. Eran casi las nueve cuando se metió en su cuarto, que cerró por dentro con llave y con cerrojo.

—¿Y el otro viajero?

—El otro viajero —respondió Kroff— se limitó a pedir una habitación. No quiso compartir la cena de Poch. Cuando se retiró a su cuarto, me advirtió que no esperaría a que Broks volviese y que se marcharía a las cuatro de la mañana.

—¿No se enteró usted de quién era ese viajero?

—No, señor juez, y el pobre Poch tampoco lo sabía… Mientras cenaba, me dijo que su compañero no había pronunciado más de diez palabras durante todo el viaje, que se había negado a conversar, con el rostro siempre oculto bajo su capuchón, como si deseara no ser reconocido… Yo mismo no pude verle la cara y por eso me sería imposible describirlo.

—¿Había otras personas en *La Cruz Rota* cuando llegaron los dos viajeros?

—Media docena de campesinos y de leñadores de por aquí, y también el brigadier Eck con uno de sus hombres.

—¡Ah! —dijo Johausen—. ¡El brigadier Eck…! ¿Y no reconoció a Poch?

—Sí, estuvieron hablando durante la cena.

—¿Se fueron todos? —preguntó el juez.

—Hacia las ocho y media —respondió Kroff—. Yo cerré entonces la puerta del *kabak* con llave, y eché las barras por dentro.

—Así que no se podía abrir por fuera…

—No, señor juez.

—Ni por dentro tampoco si no se tenía la llave.

—Tampoco.

—Y por la mañana, ¿encontró usted la puerta en el mismo estado?

—Igual. Eran las cuatro cuando el viajero salió de su habitación… Lo alumbré con una linterna… Me pagó lo que me debía, un rublo… Llevaba la capucha puesta, como la víspera, y no pude verle el rostro… Le abrí la puerta y volví a cerrarla tras él…

—¿No dijo adónde iba?

—No.

—¿Oyó usted algún ruido sospechoso durante la noche?

—Ninguno.

—¿Opina usted, Kroff —preguntó el juez—, que el crimen se había cometido ya cuando el viajero salió del albergue?

—Así lo creo.

—¿Qué hizo usted después de marcharse el viajero?

—Volví a mi cuarto y me acosté. No creo haberme dormido.

—De modo que, si algo se hubiera producido en la habitación de Poch entre las cuatro y las seis, ¿lo habría oído usted?

—Con toda seguridad, pues aunque mi cuarto da al huerto, es contiguo al suyo, y si hubiera habido una lucha entre Poch y el asesino…

—En efecto —dijo Verder—, pero no hubo lucha. El desgraciado murió fulminantemente en la cama, alcanzado en pleno corazón.

Nada más evidente, en suma, y no cabía duda de que el crimen se había cometido antes de la marcha del viajero. Sin embargo, no podía hablarse de certidumbre absoluta, pues de las cuatro a las cinco de la mañana todavía era de noche, la borrasca se desencadenaba aún con gran violencia, la carretera estaba desierta, y era posible que un malhechor se hubiera introducido, por fractura y sin ser oído, en la venta.

Kroff continuó respondiendo muy categóricamente a las preguntas del magistrado. Con toda seguridad no se le había ocurrido en ningún momento que las sospechas pudiesen recaer sobre él. Estaba además absolutamente demostrado que el asesino, llegado de fuera, había roto la contraventana, fracturado un cristal, abierto la ventana y luego huido por ella, una vez cometido el crimen, con los quince mil rublos robados.

Kroff contó seguidamente cómo había descubierto el asesinato. Se había levantado hacia las siete, y estaba atareado en la taberna, cuando llegó el conductor Broks, quien había dejado al carretero y al *iemschick* ocupados en la reparación del coche. Fueron los dos juntos a despertar a Poch… Éste no respondió ni a sus llamadas ni a los golpes en la puerta… Entonces forzaron la puerta y se encontraron con el cadáver.

—¿Está usted seguro —preguntó el juez Kerstorf— de que en ese momento no quedaba en el desgraciado ni un soplo de vida?

—Ni un soplo, señor juez —respondió Kroff, quien, por grosera que fuese su naturaleza, se mostró dominado por la emoción—. No, ni un soplo. Broks y yo hicimos todo lo posible por reanimarlo, sin conseguir nada… ¡Imagínese, con una puñalada como esa en el corazón!

—¿No encontró usted el arma de que se sirvió el asesino?

—No, señor juez. ¡Tuvo buen cuidado de llevársela!

—¿Certifica usted —insistió el magistrado— que la habitación de Poch estaba cerrada por dentro?

—Sí, con llave y cerrojo —respondió Kroff—. Broks puede atestiguarlo como yo… Por eso nos vimos obligados a forzar la puerta.

—¿Se fue Broks enseguida?

—Sí, señor juez, a toda prisa. Se fue a Pernau a avisar a la policía. Enviaron a dos agentes.

—¿Y Broks no volvió?

—No, pero vendrá ahora por la mañana, porque sabe que tiene que ser interrogado.

—Está bien —respondió el juez—, puede usted retirarse, pero no abandone la venta. Está usted a nuestra disposición.

—Estaré aquí.

Al principio del interrogatorio, Kroff había dado su nombre y apellido, edad y otros datos personales, anotados por el escribano. Era seguro que tendrían que llamarlo a lo largo de la instrucción del sumario.

Mientras tanto, habían avisado al juez Kerstorf que Broks acababa de llegar a *La Cruz Rota*. Era el segundo testigo, y su declaración sería tan importante como la de Kroff, con la que, sin duda, coincidiría.

Hicieron entrar a Broks en la sala.

A requerimiento del juez, dio su nombre, apellidos, edad y profesión.

Interrogado acerca de los viajeros con los que había salido de Riga, del accidente del coche-correo, de la resolución de Poch y de su compañero de viaje de pasar la noche en el *kabak* de *La Cruz Rota*, Broks no omitió ningún detalle. Por otra parte, su declaración confirmó la del ventero en lo que concernía al descubrimiento del crimen y a la necesidad en que se habían visto de forzar la puerta de la habitación, al no obtener respuesta de Poch a sus llamadas.

Pero Broks insistió en un punto que merecía ser subrayado, y es que, durante el viaje, el empleado de banca había hablado un tanto imprudentemente de lo que iba a hacer a Revel, es decir, a pagar una suma considerable por cuenta de la casa Johausen.

—Es seguro —añadió— que el otro viajero y los diferentes postillones que fueron relevándose pudieron ver su cartera, y yo mismo le hice esa observación.

A las preguntas sobre el viajero que había salido de Riga, respondió así:

—No le conozco, y me fue imposible verle la cara.

—¿Llegó en el momento en que el coche iba a partir?

—Unos minutos antes.

—¿No había reservado su billete de antemano?

—No, señor juez.

—¿Iba a Revel?

—Lo único que puedo decir es que pagó un billete hasta Revel.

—¿No habían convenido que regresaría usted al día siguiente para hacer reparar el coche?

—Sí, señor juez, y también habíamos convenido que Poch y su compañero reemprenderían el viaje desde aquí.

—Y, sin embargo, al día siguiente, ese viajero salía de aquí a las cuatro de la mañana…

—Me sorprendió mucho Kroff cuando me dijo que ese individuo no estaba ya aquí.

—¿Qué conclusión sacó usted de eso? —preguntó el juez.

—Pensé que tenía la intención de detenerse en Pernau y que, como sólo está a una docena de verstas, se decidió a recorrerlas a pie.

—Si tal era su intención —observó el magistrado—, parece extraño que no se dirigiera a Pernau esa misma noche, después del accidente del coche.

—En efecto, señor juez —respondió Broks—, y eso mismo pensé yo.

Terminado el interrogatorio de Broks, se autorizó a éste a salir de la sala.

Tras la salida del testigo, el mayor Verder dijo al doctor Hamine:

—¿Tiene aún que proceder a algún otro examen del cuerpo de la víctima?

—No, mayor —respondió el doctor—. He anotado con toda exactitud la localización, la forma y la disposición de la herida.

—¿No le queda duda de que el golpe se asestó con un cuchillo?

—Un cuchillo cuya virola ha dejado su huella sobre la carne —afirmó el doctor Hamine.

Tal vez fuera ese un indicio de interés para la instrucción del sumario.

—¿Puedo dar órdenes de que transporten el cuerpo del pobre Poch a Riga, donde será enterrado? —preguntó el señor Johausen.

—Puede hacerlo —respondió el juez.

—Entonces ya podemos regresar, ¿no? —dijo el doctor.

—Antes de marcharnos —dijo el juez—, quiero visitar de nuevo la habitación del viajero… Quizá se nos haya escapado algún indicio.

El magistrado, el mayor, el doctor y el banquero volvieron a la habitación, acompañados por el ventero, dispuesto a responder a toda pregunta que pudiera hacérsele.

La intención del juez era examinar las cenizas del hogar de la chimenea, a fin de asegurarse de que no contenían ningún residuo sospechoso. Pero, al ver el atizador de hierro colocado en un ángulo del hogar, lo examinó y vio que estaba deformado a consecuencia de un violento esfuerzo. ¿Era, pues, el instrumento que había servido de palanca para arrancar la contraventana del cuarto de Poch? Parecía más que probable y, relacionando esa observación

con la de las señales del cornisamiento de la ventana, podía llegarse a la conclusión casi segura que el magistrado expuso a sus compañeros, ya fuera de la venta y del alcance de los oídos de Kroff:

—El crimen no puede haber sido cometido más que por tres personas: o un malhechor venido de fuera, o el ventero, o el viajero que pasó la noche en esa habitación. Ahora bien, el descubrimiento del atizador, que nos llevaremos como pieza de convicción, y las huellas dejadas en la ventana, no permiten ninguna duda. El viajero no ignoraba que la cartera de Poch contenía una suma considerable. Aquella noche salió por la ventana de su cuarto y, sirviéndose del atizador a modo de palanca, forzó la contraventana de la segunda habitación, hirió a Poch mientras dormía y, tras apoderarse del dinero, volvió a su cuarto, del que salió a las cuatro de la mañana, con el rostro oculto bajo el capuchón… Ese viajero es seguramente el asesino…

No había nada que responder a la argumentación. ¿Quién era ese viajero? ¿Se llegaría a establecer su identidad?

—Señores —dijo el mayor Verder—, evidentemente todo ha debido de ocurrir como acaba de decir el señor juez… Pero las investigaciones suelen reservar sorpresas y nunca se toman demasiadas precauciones… Voy a cerrar la habitación del viajero y a llevarme la llave. Y dejaré aquí permanentemente a dos agentes, con la orden de no abandonar la casa y de vigilar al ventero.

Aprobada aquella medida, el mayor dio las instrucciones pertinentes.

Un poco antes de subir a la berlina, Johausen le dijo a solas al juez:

—Hay un detalle que no he comunicado a nadie todavía, señor Kerstorf, y que es bueno que sepa usted.

—¿Cuál?

—Pues que tengo los números de los billetes robados… Había ciento cincuenta billetes de cien rublos cada uno[11], con los que Poch hizo un fajo.

—¡Ah! ¿De modo que ha conservado usted los números? —dijo el magistrado, reflexionando.

—Sí, como de costumbre, y voy a comunicar esos números a los diferentes Bancos de las provincias y de Rusia.

—Creo que no debe hacerlo —respondió Kerstorf—. Si toma usted esa medida, podría llegar a conocimiento del ladrón. Éste desconfiaría y se iría al extranjero, donde siempre puede encontrar un país en el que se ignoren los números de los billetes. Dejémoslo actuar con toda libertad y tal vez así caiga él solito en manos de la policía.

Algunos instantes después, la berlina se llevaba al juez y a su escribano, al banquero, al mayor Verder y al doctor Hamine.

El *kabak* de *La Cruz Rota* quedó bajo la vigilancia de dos agentes, que tenían la orden de no ausentarse de allí ni de noche ni de día.

Capítulo VIII

En la universidad de Dorpat

El 16 de abril, un día después de que el magistrado hubiese procedido a las primeras investigaciones en la venta de *La Cruz Rota*, un grupo de cinco o seis jóvenes estudiantes paseaba por el patio de la Universidad de Dorpat, una de las principales ciudades de Livonia. Parecían comunicar una cierta vivacidad a su conversación.

Sus largas botas crujían sobre la arena. Iban y venían por el patio, con la cintura apretada por sus cinturones de cuero, con sus gorras de colores chillones y ladeadas con coquetería sobre una oreja.

—En cuanto a mí —estaba diciendo uno de ellos—, garantizo la frescura de los lucios que veréis en la mesa… Vienen del Aa, y los han pescado esta misma noche… Los *strotmlings*[12], en cambio, han sido suministrados, a un precio muy respetable, por los pescadores de Oesel, y os aseguro que romperé la cabeza al que diga que no están deliciosos acompañados con una copita de kümmel[13].

—¿Y tú, Siegfried? —preguntó el de más edad del grupo.

—Yo —respondió Siegfried— me he encargado de la caza, y quien sostenga que mis ortegas[14] y mis gallos silvestres no son excelentes, tendrá que vérselas con un servidor.

—Yo reclamo el premio de honor para el jamón curado —declaró un tercero—, y el jamón asado y el codillo… Que me muera aquí mismo si hemos comido alguna vez mejores pasteles de carne… Te los recomiendo muy particularmente, mi querido Karl.

—Bien —respondió el estudiante al que así acababa de dirigirse su compañero—, con cosas tan buenas celebraremos dignamente la fiesta de la

Universidad. Pero con la condición de que no nos estropee la fiesta la presencia de esos eslavo-ruso-moscovitas…

—¡No…! —exclamó Siegfried—. Ni uno solo de esos que empiezan a levantar demasiado la cabeza.

—¡Se la rebajaremos a la altura de la barriga! —respondió Karl—. Y que se ande con mucho cuidado ese Jean, en quien ven a su jefe, y al que voy a tener que poner en su lugar si continúa pretendiendo alzarse hasta el nuestro. Me da en la nariz que uno de estos días vamos a tener que vernos las caras, y no me gustaría dejar la Universidad sin antes obligarlo a humillarse ante los germanos que él tanto desprecia.

—Él y su amigo Gospodin —añadió Siegfried, señalando con el puño cerrado el fondo del patio.

—Gospodin y todos los que piensan en convertirse en nuestros amos —dijo Karl—. Van a ver si se puede dominar fácilmente a la raza germánica… Eslavo significa esclavo, y vamos a usar esa rima en los versos de nuestro *himno livonio* y a hacérselo cantar.

—¡Cantarlo a compás, y en *lengua alemana*! —replicó Siegfried, mientras sus compañeros lanzaban un «hoch[15]» formidable.

Como se ve, si estos jóvenes habían hecho bien los preparativos del banquete de la fiesta, aún pensaban hacer mejor los del conflicto que querían provocar, y hasta incluso una querella con los estudiantes de origen eslavo. Eran bastante pendencieros y muy en particular el llamado Karl. Éste ejercía, por su nombre y por su situación, una fuerte influencia sobre sus compañeros, y podía inducirlos a algún choque temible.

¿Quién era ese Karl que imponía su autoridad sobre una parte de esa juventud universitaria, ese muchacho audaz pero vengativo y pendenciero? De alta estatura, cabellos rubios, mirada dura y con una expresión perversa en toda su fisonomía, jamás dudaba en colocarse en primera posición.

Karl era el hijo del banquero Frank Johausen. Aquel mismo año iba a terminar sus estudios en la Universidad. Dentro de unos meses estaría de regreso en Riga, donde su lugar le estaba reservado y marcado naturalmente en la casa de su padre y de su tío.

¿Y quién era Jean, sobre el que Siegfried y él habían expresado tan amenazadores propósitos? Se habrá reconocido en él al hijo de Dimitri Nicolef, el profesor de Riga, que podía contar con su camarada Gospodin, de origen eslavo como él, al igual que Karl Johausen con su camarada Siegfried.

Dorpat, antigua ciudad de la Hansa, fue fundada por los rusos en 1750, como generalmente se admite, aunque algunos historiadores pretendan

remontar su fundación al famoso año mil que debía ver el fin del mundo.

Pero, si alguna duda pudiera caber sobre el nacimiento de esta ciudad, una de las más bonitas de las provincias bálticas, no ocurre así con su célebre Universidad, fundada por Gustavo-Adolfo[16] en 1632 y reorganizada en 1812 sobre las bases con que aún funciona hoy.

Según algunos viajeros, Dorpat parece una ciudad de la Grecia moderna, y se diría que sus casas hubieran sido transportadas desde la capital del rey Otón[17].

Dorpat es poco comercial, es una ciudad estudiantil, con su Universidad, que se divide en corporaciones o más bien en «naciones», no unidas precisamente por los sólidos lazos de la fraternidad. Por lo que precede, se habrá podido comprobar que las pasiones son allí tan intensas entre eslavos y germanos como entre la población de las demás ciudades de Estonia, Livonia y Curlandia.

De ello se infiere que la tranquilidad sólo reina realmente en Dorpat durante las vacaciones universitarias, cuando el insoportable calor de la canícula devuelve a los estudiantes a sus familias.

El considerable número de estudiantes —alrededor de novecientos— exige un personal de setenta y dos profesores para las diversas disciplinas de ciencias y letras, cuyos cursos se imparten en alemán, y que consumen anualmente el presupuesto bastante cuantioso de doscientos treinta y cuatro mil rublos. A esa cifra asciende, poco más o menos, el número de volúmenes que contiene la rica biblioteca de su Universidad, una de las más importantes y de mejor reputación de Europa.

No está, sin embargo, absolutamente desprovista Dorpat de comercio, dada su situación geográfica en el cruce de las principales carreteras de las provincias bálticas, a doscientos kilómetros de Riga y a ciento treinta tan sólo de Petersburgo. Además, ¿cómo podría Dorpat olvidar que fue una de las más prósperas ciudades de la Hansa? Su comercio, por poco desarrollado que hoy esté, se concentra en manos de los germanos. Los estonios, que forman la población indígena, son obreros, domésticos o mano de obra.

Dorpat está pintorescamente edificada sobre una colina que domina al Sur el curso del río Embach. Largas calles ponen en comunicación a sus tres barrios. Los turistas visitan su observatorio, su catedral de estilo griego y las ruinas de una iglesia ojival. No abandonan con indiferencia las alamedas de su jardín botánico, muy apreciado por los aficionados.

El elemento germánico, predominante entre la población de Dorpat, era también en aquella época netamente mayoritario entre la clase universitaria.

De los novecientos estudiantes, sólo unos cincuenta como máximo eran de origen eslavo.

Entre éstos, Jean Nicolef ocupaba un lugar destacado. Sus camaradas lo reconocían, si no como su jefe, sí al menos como su portavoz en los conflictos que no siempre lograba impedir la sabiduría y la prudencia del rector.

Aquel día, mientras Karl Johausen y su grupo se paseaban por el patio discutiendo, como hemos visto, acerca de las eventualidades que pudieran perturbar su fiesta, otro grupo de estudiantes, rusos de corazón y de nacimiento, hablaban aparte del mismo tema.

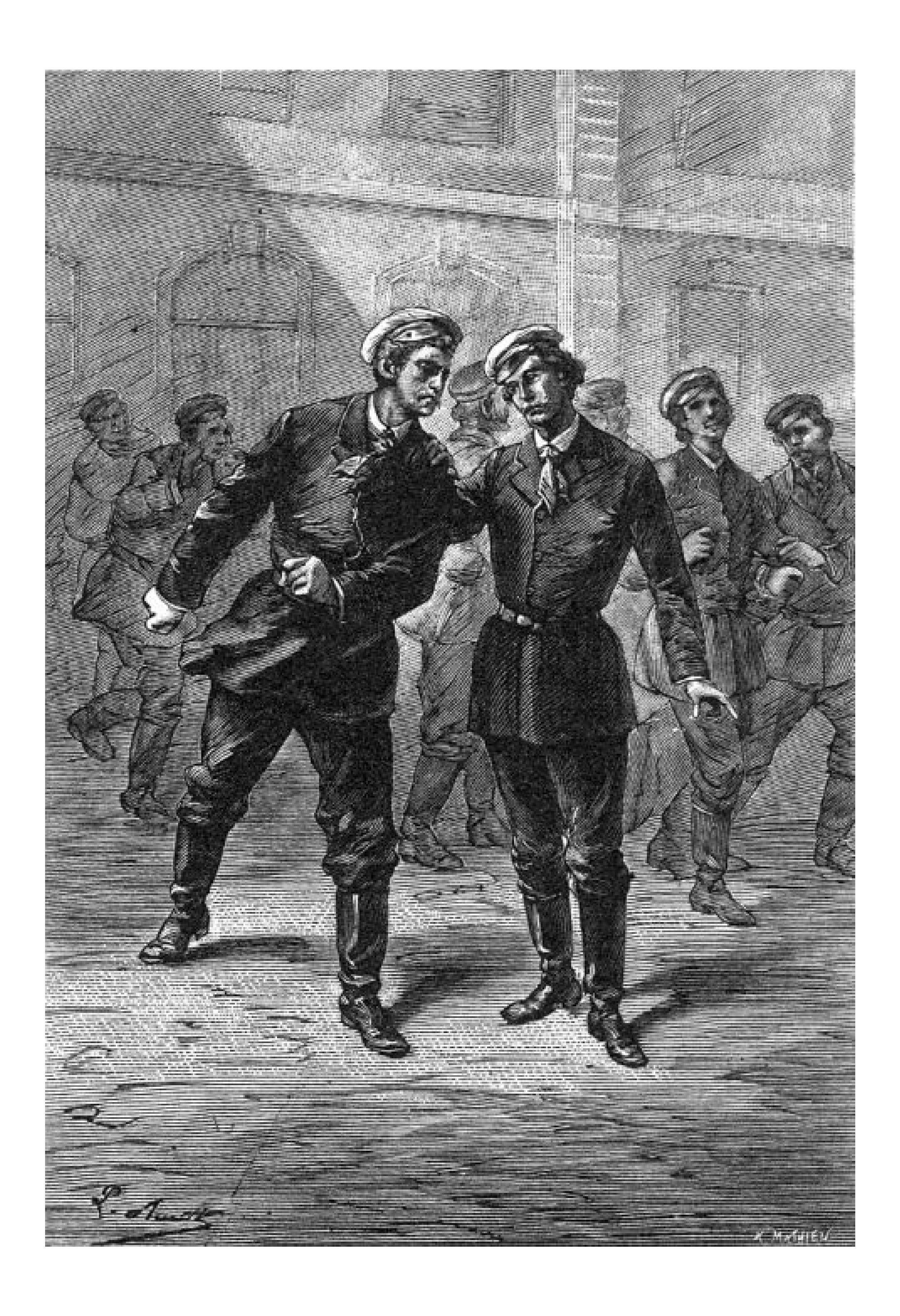
Uno de aquellos estudiantes, de dieciocho años, muy vigoroso para su edad, de estatura por encima de la media, con una mirada franca y llena de vivacidad, el rostro muy agradable, las mejillas apenas cubiertas por una barba naciente, y un fino bigote, era Jean Nicolef. El joven inspiraba una simpatía inmediata, a pesar de la seriedad de su fisonomía, que era la de un hombre laborioso y diligente, ya observada por la preocupación del porvenir.

Jean Nicolef iba a terminar su segundo año en la Universidad. Sólo por su parecido con Ilka se lo hubiera reconocido. Tenían ambos una naturaleza grave y reflexiva, muy imbuida del sentido del deber, que en él pesaba más de lo que correspondía a su juventud.

El ardor que lo animaba en la defensa de las ideas eslavas hace comprensible el ascendiente que ejercía sobre sus compañeros.

Su camarada Gospodin pertenecía a una rica familia estonia, de Revel. Aunque fuese un año mayor que Jean Nicolef, era mucho menos serio que él. Era un muchacho más dispuesto al ataque que a la respuesta, más ávido de distracciones, más entregado a los ejercicios deportivos; de muy buen corazón y ligado a Jean por una amistad sincera, éste sabía que podía contar a fondo con él.

¿De qué hubieran podido hablar entre ellos tales jóvenes, sino de los preparativos de la fiesta que apasionaba a las diversas corporaciones de la Universidad?



Como de costumbre, Gospodin se entregaba a su entusiasmo, a su impetuosidad natural, que en vano Jean trataba de dominar.

—Sí —exclamaba—. ¡Pretenden excluirnos de su banquete esos tudescos…! ¡Han rechazado nuestras cotizaciones para que no tengamos derecho a participar…! ¡Se avergonzarían de chocar sus copas con las nuestras…! ¡Pero aún no hemos dicho nuestra última palabra, y a lo mejor su banquete termina antes del postre!

—Es indignante, de acuerdo —respondió Jean—. Pero ¿vale la pena que vayamos a provocarlos?… ¿Que se empeñan en festejarlo ellos solos y en hacer rancho aparte? Muy bien, pues hagamos nosotros lo mismo, por nuestra parte, mi querido Gospodin, y vaciaremos alegremente nuestros vasos en honor de la Universidad.

El impetuoso Gospodin no estaba de acuerdo con esa manera de ver las cosas. Aceptar esa situación sería dar un paso atrás, y se encendía y exaltaba con sus propias palabras.

—Ya sabemos, Jean —replicó— que tú eres el sentido común en persona y nadie duda de que seas tan valiente como razonable. Pero yo ni soy razonable ni quiero serlo. Considero que la actitud de Karl Johausen y de su banda es injuriosa hacia nosotros, y no pienso aguantarme más.

—Deja tranquilo a Karl, a ese alemán, Gospodin —respondió Jean Nicolef—, y no te preocupes ni por sus actos ni por sus palabras… Dentro de unos meses tú y él dejaréis la Universidad, y no es probable que volváis a encontraros, al menos en condiciones en que puedan intervenir los problemas de origen o de raza…

—Es posible, sabio Néstor[18] —replicó Gospodin— y está muy bien eso de ser tan dueño de sí como tú… Pero no me consolaré nunca de marcharme de aquí sin haber dado a ese Karl Johausen la lección que se merece.

—Vamos, vamos —dijo Jean Nicolef—, no nos quitemos la razón a nosotros mismos, hoy por lo menos, provocándolos sin motivo…

—¿Sin motivo? —exclamó el impetuoso joven—. Tengo mil: su cara, que no la soporto; su actitud, que me echa para atrás; el sonido de su voz, que me desagrada; su mirada desdeñosa; los aires que se da y que estimulan sus amigos al reconocerlo como el jefe de su corporación.

—Nada de eso es serio, Gospodin —dijo Jean Nicolef a la vez que cogía el brazo de su camarada, en un instintivo gesto amistoso—. Mientras no haya una injuria directa, no veo en nada de eso motivo de provocación… ¡Ah, si llega a injuriarnos, no esperaré a nadie para darle la réplica, puedes creerme, amigo mío!

—Y sabes que estaremos contigo, Jean —afirmaron los demás jóvenes del grupo.

—Lo sé —dijo el terco Gospodin—. Pero me sorprende que Jean no se sienta particularmente concernido por Karl…

—¿Qué quieres decir, Gospodin?

—Quiero decir que si nosotros no tenemos, al fin y al cabo, más que rivalidades de escuela con esos germanos, Jean Nicolef tiene además otra clase de contencioso con Karl Johausen.

Jean entendió la alusión de Gospodin. La rivalidad de los Johausen y de los Nicolef en Riga era conocida por los estudiantes de la Universidad. No se ignoraba que los jefes de ambas familias se oponían uno al otro en una lucha que iba a dirimirse en el terreno electoral, uno de ellos empujado por la opinión pública y alentado por la autoridad administrativa para derrotar al otro.

Gospodin había hecho mal al invocar esa situación personal de su camarada para extender a los hijos la rivalidad de los padres. Pero es que cuando la cólera lo embargaba, no podía contenerse y sobrepasaba los límites de las conveniencias.

Jean no respondió. Su rostro palideció ligeramente como consecuencia del reflujo de su sangre al corazón. Pero fue lo bastante fuerte como para controlarse, y tras lanzar una ardiente mirada al otro extremo del patio por el que galleaba el grupo de Karl Johausen, dijo:

—No hablemos de eso, Gospodin —su voz grave temblaba un poco—. Nunca he mezclado al señor Johausen en nuestras discusiones, y Dios quiera que Karl sea tan reservado hacia mi padre como yo lo soy con el suyo… Porque si llega a…

—Jean tiene razón —dijo uno de los estudiantes— y Gospodin ha hecho mal. Debemos ocuparnos de lo que pasa en Dorpat, no en Riga.

—Sí —replicó Jean Nicolef, que deseaba llevar la conversación a su punto de origen—, pero no exageremos, y esperemos a ver el giro que tomen las cosas.

—Entonces, Jean —preguntó el estudiante—, ¿crees que no debemos protestar contra la actitud de Karl Johausen y de sus camaradas, a propósito de nuestra exclusión del banquete?

—Yo creo que, a menos que surjan incidentes nuevos, lo que tenemos que hacer es mostrar la indiferencia más total.

—¡Adelante con la indiferencia! —respondió Gospodin, moviendo la cabeza en gesto de reprobación—. Pero queda por ver si nuestros camaradas

van a resignarse. Están furiosos, Jean, te lo advierto.

—Gracias a ti, Gospodin.

—No, Jean. Y te digo que bastará una sola mirada de desdén, una sola palabra ofensiva para que estalle el polvorín.

—Bueno —dijo Jean Nicolef, sonriendo—. El polvorín no estallará si lo regamos con champaña.

Era la razón misma la que inspiraba esa respuesta del más prudente de los jóvenes. Pero los demás estaban muy excitados… ¿Seguirían los consejos de prudencia?… ¿Cómo terminaría el día?… ¿No sería la fiesta el pretexto de un grave desorden?… Podía temerse que si las provocaciones no surgían del lado eslavo, se produjeran por parte alemana.

Se comprenderá, pues, que el rector de la Universidad abrigase serias inquietudes. No ignoraba que desde hacía algún tiempo la política, o, al menos, esa lucha del eslavismo y del germanismo, tendía a acentuarse en el mundo estudiantil.

La gran mayoría quería mantener en la Universidad las tradiciones e ideas de sus orígenes.

El gobierno sabía que había allí un ardiente foco de resistencia a tentativas de rusificación de las provincias bálticas. ¿Podían preverse las consecuencias de los disturbios que amenazaba producir ese día?… Convenía tener cuidado. Por antigua y respetable que fuese, la Universidad de Dorpat corría el riesgo de caer bajo un decreto imperial si se constituía en centro de agitación contra el movimiento paneslavista. Por ello, el rector observaba muy atentamente las actitudes de los estudiantes. Los profesores, aunque adheridos en su totalidad a las ideas alemanas, las temían también… ¿Podía preverse dónde se detendría aquella juventud, una vez lanzada a la lucha política?…

En realidad, aquel día hubo alguien que ejerció una influencia mayor que la del rector. Fue Jean Nicolef. Si el rector no había logrado que Karl Johausen y sus amigos renunciasen a excluir del banquete a Jean y a sus camaradas, éste consiguió que Gospodin y los demás desistieron de perturbar la fiesta. No entrarían en el salón del banquete, ni responderían con canciones rusas a las canciones alemanas, a condición de que no fueran provocados ni insultados. Pero ¿quién podía responder de unos muchachos fogosos y enardecidos por el vino…? Jean Nicolef y sus camaradas se reunirían fuera, festejarían el aniversario a su manera y permanecerían tranquilos si nadie se arriesgaba a molestarlos.

Avanzaba el día, y los estudiantes iban ocupando masivamente el patio mayor de la Universidad. No había clases. No había, pues, otra cosa que hacer

que pasearse en grupos, observarse y evitarse. Cabía temer que, antes incluso de la hora del banquete, de un incidente cualquiera surgiera una provocación primero y un conflicto después. Dado el estado de ánimo general, ¿no hubiera sido mejor prohibir la fiesta? Pero impedir la celebración del aniversario tal vez no habría logrado otra cosa que sobreexcitar a las corporaciones y dar un pretexto a los disturbios que precisamente se quería evitar… Una Universidad no es un colegio donde todo se resuelve con castigos e imposición de deberes escolares. Allí habría que llegar a la expulsión de los cabecillas, y eso era una medida muy grave.

Hasta la hora del banquete —las cuatro de la tarde— Karl Johausen, Siegfried y sus amigos permanecieron en el patio. La mayoría de los estudiantes se acercó a ellos varias veces, como si esperasen las instrucciones de su jefe. Había corrido el rumor de que iba a prohibirse el banquete, falso rumor, puesto que la prohibición habría sido contraproducente, como se ha dicho, por el riesgo de provocar un estallido.

Pero eso había bastado para causar una agitación de idas y venidas entre los grupos.

Jean Nicolef y sus camaradas no se dejaron turbar por el rumor. Se paseaban aparte, como lo hacían habitualmente, y se cruzaban a veces con los otros estudiantes.

Se miraban entonces. De las miradas salían las provocaciones que los labios contenían aún. Jean permanecía tranquilo, fingiendo indiferencia. ¡Pero a duras penas lograba contener a Gospodin!

Éste no desviaba la cabeza ni bajaba los ojos, en señal de desdén. Su mirada chocaba como el acero de una espada con la de Karl.

Cualquier cosa hubiera bastado para que tal actitud originara un altercado que, ciertamente, no se limitaría a poner frente a frente a los dos adversarios tan solo.

Al fin se oyó la campana que llamaba al banquete. Al frente de sus camaradas, varios centenares, Karl Johausen se dirigió a la sala del anfiteatro que se les había reservado.

En el patio sólo se quedaron Jean Nicolef, Gospodin y los cincuenta estudiantes eslavos, esperando el momento de abandonar la Universidad para volver con sus familias o a sus pensionados.

Puesto que nada los retenía, tal vez hubiera sido más prudente marcharse. Tal era la opinión de Jean Nicolef, pero en vano trató de que la compartieran sus camaradas. Parecía que Gospodin y algunos otros estaban encadenados al suelo, atraídos por el anfiteatro como por un imán.

Pasaron unos veinte minutos. Se paseaban silenciosamente. Algunos se acercaban a las ventanas abiertas al patio. ¿Qué querían…? ¿Acaso escuchar las ruidosas conversaciones y replicar si llegaban a sus oídos palabras ofensivas?

Los comensales no esperaron al fin del banquete para comenzar sus brindis y canciones. Inflamados desde los primeros vasos, habían visto a Jean Nicolef y a los demás a través de las ventanas y al alcance de sus voces. No tardaron en lanzarles palabras ofensivas.

Jean hizo un último esfuerzo.

—Vámonos —dijo a sus camaradas.

—No —respondió Gospodin.

—No —respondieron los demás.

—¿No queréis eschucharme ni seguirme?

—Queremos escuchar lo que esos alemanes borrachos se permiten decir y, si no nos gusta, serás tú quien nos sigas, Jean.

—Ven, Gospodin, quiero que vengas —dijo Jean.

—Espera —replicó éste— y verás cómo dentro de un momento dejarás de quererlo.

Dentro aumentaba el tumulto, un estrépito de voces mezcladas, de vasos entrechocados, de gritos y de vivas que ametrallaban el aire. Luego todos entonaron a coro y a pleno pulmón ese cántico, que se modula con un monótono tres por cuatro, tan celebrado en las universidades alemanas:

Gaudeamus igitur,
Juvenes dum sumus!
Post jucundam juventutem,
Post molestan senectutem,
Nos habebit humus![19]

Hay que convenir que tales palabras no son muy alegres y que sólo merecen música de entierro. Es como cantar un *De Profundis*[20] a los postres. Después de todo, el canto está muy en la nota germánica.

Pero, de repente, se alzó una voz que decía:

«¡Oh, Riga! ¿Quién te ha hecho tan hermosa…? ¡La esclavitud de los livonios…! ¡Ojalá podamos un día comprar tu castillo a los alemanes y hacerlos bailar sobre piedras calientes!».

Era Gospodin quien acababa de entonar ese himno ruso de tan gran vuelo y envergadura.

Luego, él y sus camaradas, corearon el estribillo de «Boje-Tsara-Krani», el himno moscovita de un carácter tan grande y tan religioso.

Súbitamente se abrió la puerta de la sala y un centenar de estudiantes se precipitaron al patio.

Rodearon al grupo eslavo, en cuyo centro se hallaba Jean Nicolef impotente ya para contener a sus camaradas, sobreexcitados por los gritos y los gestos de sus adversarios. Aunque Karl Johausen no estuviese con ellos para incitarlos a la violencia —se hallaba aún en el anfiteatro—, su *Gaudeamus igitur*, estruendosamente vociferado, trataba de sofocar el himno ruso, cuya potente melodía se hacía oír a pesar de sus esfuerzos.

En aquel momento dos estudiantes se encontraron frente a frente, dispuestos a lanzarse uno contra otro: Siegfried y Gospodin. ¿Iba a dirimirse entre ellos el conflicto racial…? ¿No iban a intervenir los dos partidos junto a sus campeones…? ¿No iba a degenerar el altercado en una batalla generalizada, cuya responsabilidad habría de recaer sobre la misma Universidad?

Al oír el tumulto causado por la salida de los comensales, el rector se apresuró a intervenir. Con algunos profesores que se unieron a él recorrían el patio a través de los grupos, tratando de calmar los ánimos de los jóvenes dispuestos a llegar a las manos. No lo conseguían. La autoridad del rector se veía ignorada.

¿Qué podía hacer él en medio de aquellos «germánicos», cuyo número iba creciendo a medida que se vaciaba la sala del anfiteatro?

Jean Nicolef y sus camaradas, pese a su inferioridad numérica, no cedían ante las amenazas ni ante las injurias.

En aquel momento, Siegfried se acercó a Gospodin con un vaso en la mano y le arrojó su contenido a la cara.



Era la primera provocación consumada, que pronto sería seguida de otras muchas.

Y, sin embargo, bastó la presencia de Karl Johausen en la escalinata para que unos y otros se detuvieran. Se abrieron las filas, y el hijo del banquero se dirigió al grupo en que se hallaba el hijo del profesor.

Es difícil describir la actitud de Karl en ese momento. Tranquilo, no era la cólera lo que respiraba su fisonomía, sino el desdén, el desprecio, a medida que se aproximaba a su adversario. Sus camaradas no podían equivocarse: se dirigía hacia él para lanzarle una nueva injuria a la cara.

Al tumulto había sucedido un silencio aún más terrible. Se sentía que el conflicto, que precipitaba a las corporaciones rivales de la Universidad, una contra otra, iba a culminar en el choque entre Jean Nicolef y Karl Johausen.

Sin embargo, Gospodin, sin pensar ya en Siegfried, esperó a que Karl avanzara unos metros e hizo un movimiento para cerrarle el paso.

Jean le contuvo.

—¡Es asunto mío! —dijo simplemente.

Y tenía razón al decir que era asunto suyo, y sólo suyo.

Con la mayor sangre fría, separó también a los camaradas que querían interponerse.

—No vas a impedirme que… —gritó Gospodin, en el paroxismo de la cólera.

—Lo exijo —respondió Jean Nicolef, con una voz tan resuelta que era irresistible.

Entonces, dirigiéndose a la masa de estudiantes y de modo que pudiera ser oído por todos, dijo:

—¡Vosotros sois centenares y nosotros no somos más que cincuenta! ¡Atacadnos, pues…! ¡Nos defenderemos hasta sucumbir! Pero os habréis conducido como cobardes.

Le respondió un grito de furor.

Karl hizo una señal de que quería hablar.

Se restableció el silencio.

—Sí —dijo—, seríamos unos cobardes. ¿Hay algún eslavo que quiera hacerse cargo del asunto por su cuenta?

—¡Nosotros! ¡Todos! —gritaron los camaradas de Jean.

Éste se acercó, y dijo:

—Seré yo, y si lo que quiere Karl es ser personalmente provocado, yo lo provoco…

—¿Tú? —dijo Karl, haciendo un gesto de desprecio.

—Yo —respondió Jean—. Escoge a dos de tus amigos… Yo ya he elegido a los míos.

—¿Tú…, tú vas a batirte conmigo?

—Sí…, mañana, si no estás dispuesto ahora… Ahora mismo, si quieres.

No es raro que ocurran estas cosas entre los estudiantes y más vale que las autoridades cierren los ojos, pues las consecuencias no son nunca muy graves.

Es verdad que aquella vez cabía temer que el desenlace fuera fatal: tan embargados de animosidad personal se hallaban los adversarios.

Karl se cruzó de brazos, mirando a Jean de arriba a abajo.

—¡Ah! ¿Así que ya has elegido a tus testigos?

—Aquí están —dijo Jean, indicando a Gospodin y a otro estudiante.

—¿Y crees que van a aceptar?

—¡Que si vamos a aceptar! —exclamó Gospodin.

—Pues bien —respondió Karl—, hay algo que yo no puedo aceptar, Jean Nicolef, y es batirme contigo.

—¿Y por qué, Karl?

—¡Porque nadie se bate con el hijo de un asesino!

Capítulo IX

Denuncia

Veamos lo que había ocurrido el día anterior en Riga, cuando regresaron en la noche del 15 al 16 de abril el juez Kerstorf, el mayor Verder, el doctor Hamine y el señor Frank Johausen.

Doce horas antes, desde por la mañana, se había difundido la noticia del crimen cometido en el *kabak* de *La Cruz Rota*, así como el nombre de la víctima.

Todo el mundo conocía en la ciudad al infortunado Poch, al que se le veía todos los días cuando, con un bolso al hombro y una cartera bajo el brazo retenida por una cadenilla de cobre a su cinturón, iba a hacer sus cobros para la casa Johausen Hermanos. Hombre bueno y servicial, siempre de buen humor, era muy querido y estimado y no tenía más que amigos en todas partes, y ni un solo enemigo. En vísperas de contraer matrimonio con Zenaida Parensof tras una larguísima espera, gracias a su trabajo, a su conducta, a la regularidad de su vida y a la simpatía que inspiraba, sus ahorros, unidos a los de su novia, le permitían ver con tranquilidad el porvenir. Dos días después, los novios debían hallarse en presencia del pastor protestante que iba a unirlos en matrimonio. Habría una fiesta familiar a la que se unirían los colegas de los otros bancos para tomar parte alegremente en la ceremonia nupcial. No había duda de que los señores Johausen le harían el honor de asistir a ella. Los preparativos estaban ya hechos. ¡Y he ahí que Poch acababa de morir asesinado en una venta perdida de una carretera de Livonia…! ¡Qué efecto produjo la noticia!

No pudo evitarse, al parecer, que Zenaida se enterara de repente, sin preparación alguna, al leer la noticia escueta, sin ningún detalle, en el periódico.

La pobre mujer se sintió fulminada. Sus vecinos primero, la señora Johausen después, fueron a consolarla y a ayudarla. Tal vez la pobre mujer no pudiera sobrevivir a un golpe tan terrible.

Pero, si se conocía a la víctima, no se sabía quién era el asesino. Durante esos dos días, el 14 y el 15, mientras la justicia se había personado en el lugar del crimen y efectuado las primeras investigaciones, nada había trascendido a este respecto. Convenía esperar el retorno de los magistrados, aunque era muy posible que no hubiesen descubierto al autor del crimen.

El criminal, fuera quien fuese, se había condenado a la execración pública. Las leyes más severas no eran castigo suficiente para él. Se echaban de menos los tiempos en que las más espantosas torturas precedían a la suprema expiación. No hay que olvidar que este drama judicial tiene por escenario las provincias bálticas, en las que, sin remontarse a una época lejana, la justicia procedía de una forma bárbara contra los condenados a la pena capital. Los atenaceaban con hierros calentados al rojo vivo, los azotaban a veces con mil vergajazos, incluso seis mil, que ya sólo golpeaban a un cadáver. A algunos se los hacía morir de hambre encerrados entre cuatro paredes, a menos que se quisiera arrancarles confesiones.

En tal caso, se los alimentaba únicamente con carne o pescado salados sin darles una gota de agua: Ese tipo de «pregunta» arranca muchas respuestas.

Las costumbres se han suavizado considerablemente hasta el punto de que, si la pena de muerte se ha mantenido en Rusia para los delitos políticos, ha sido abolida en cambio para los crímenes de derecho común, y reemplazada por los trabajos forzados en las minas siberianas. La deportación para el asesino del *kabak* de *La Cruz Rota* no satisfacía a la población de Riga.

Dicho esto, se dieron órdenes para trasladar el cuerpo de la víctima. No era necesario proceder a nuevos exámenes en Riga.

El doctor Hamine había hecho constar en acta sus minuciosas observaciones sobre la naturaleza y la forma de la herida y las huellas dejadas por la virola del cuchillo en el orificio exterior.

Pero Frank Johausen quería que el entierro del empleado de su casa se hiciera en la ciudad y por cuenta de la banca, actitud determinada tanto por la piedad como por la simpatía.

El día 16 por la mañana, el mayor Verder se presentó en el despacho de su jefe jerárquico, el coronel de la policía, Raguenof. Este alto funcionario esperaba con impaciencia que se le pusiera al corriente del caso, para lanzar a sus mejores sabuesos tras los pasos del asesino, si las pistas lo permitían. Más

adelante se vería si era necesario informar al gobernador de las provincias. Hasta entonces, y por lo que se sabía, parecía tratarse únicamente de un crimen de derecho común, un asesinato seguido de robo.

El mayor informó de todos los detalles al coronel Raguenof, de las circunstancias en que se había cometido el crimen, de los indicios hallados en la inspección y de las conclusiones extraídas por el doctor Hamine.

—Por lo que veo —dijo el coronel—, sus sospechas recaen más particularmente sobre el viajero que pasó la noche en la venta.

—Muy particularmente, mi coronel.

—¿No mostró el ventero Kroff una actitud sospechosa durante el interrogatorio?

—Era lógico pensar que podía ser el asesino —respondió el mayor—, aunque carezca de antecedentes. Pero, tras haber observado las huellas en la ventana de la habitación del viajero que se marchó tan de madrugada, y tras el descubrimiento en la misma habitación del atizador utilizado para forzar la contraventana, no hay duda sobre el autor del crimen.

—Será conveniente, sin embargo, vigilar a ese Kroff.

—Naturalmente, mi coronel. Dos de mis agentes están apostados en la casa, y el ventero se halla a disposición de la justicia.

—Entonces, ¿excluye usted la atribución del crimen a algún malhechor de fuera que hubiera penetrado en la habitación de la víctima? —preguntó el coronel Raguenof.

—No quiero ser demasiado tajante —respondió el mayor—, pero me es difícil admitirlo, ante el grado de certeza que adquieren las presunciones contra el compañero de viaje de Poch.

—Por lo que veo, mayor Verder, su convicción está ya establecida.

—La mía, como la del juez Kerstorf, la del doctor Hamine y la del señor Johausen… Tenga en cuenta que el viajero trató en todo momento de no ser reconocido, tanto cuando llegó al *kabak* como cuando lo dejó.

—¿Y no dijo adónde iba cuando salió de la venta de *La Cruz Rota*?

—No, mi coronel.

—¿No puede suponerse que al salir de Riga tuviese la intención de dirigirse a Pernau?

—Es una hipótesis muy plausible, mi coronel, aunque sólo sacó billete hasta Revel.

—¿No se ha visto a ningún extraño en Pernau durante los días 14 y 15?

—A ninguno —afirmó el mayor Verder—, y eso que la policía estaba sobre aviso, por habérsele señalado el crimen el mismo día… ¿Adónde fue el

viajero…? ¿Llegó a Pernau…? ¿O logró salir de las provincias bálticas con el producto de su robo?

—En efecto, mayor Verder, es posible que la proximidad de los puertos le haya deparado la ocasión de escaparse.

—Le deparará la ocasión, más bien, mi coronel, pues actualmente a duras penas puede navegarse por el Báltico o por el golfo de Finlandia… Los informes que he recibido confirman que ni un solo barco ha podido aún hacerse a la mar… Si el viajero trata de embarcarse, tendrá que esperar todavía unos días, ya sea en algún lugar del interior, ya en alguno de los puertos del litoral, en Pernau, en Revel…

—O en Riga —respondió el coronel Raguenof—. ¿Por qué no habría vuelto? Quizás sea aquí donde espera despistar más fácilmente a la policía.

—Eso me parece poco probable, mi coronel, pero, en fin, hay que preverlo todo. Nuestros agentes tienen la orden de registrar todos los barcos que salgan. En todo caso, el deshielo no será completo hasta el fin de la semana, y de aquí a entonces ordenaré que se extreme la vigilancia en la ciudad y en el puerto.

El coronel aprobó todas las medidas proyectadas por su subordinado y las extendió a todo el territorio de las provincias bálticas.

El mayor Verder le prometió tenerlo al corriente. En cuanto a la instrucción del sumario, sería proseguida por el juez Kerstorf, y podía confiar en el activo magistrado para reunir toda la documentación relativa al caso.

Tras aquella conversación con el mayor Verder, al coronel Raguenof no le quedaba duda de que el asesino era el viajero que acompañaba al empleado de banca a la venta de Kroff.

Las presunciones contra él eran abrumadoras. Pero ¿quién era? ¿Y cómo llegar a establecer su identidad, puesto que ni Broks, que había salido con él de Riga, ni el ventero Kroff, que le había albergado en su *kabak*, habían podido conocerlo…? Ni siquiera podían decir uno y otro si era joven o viejo, al no haberle visto el rostro. En tales condiciones, ¿sobre qué pistas podía lanzarse a los agentes…? ¿Hacia dónde dirigir la búsqueda…? ¿De qué nuevos testigos podía esperar el juez instructor una revelación que le permitiese actuar con alguna posibilidad de éxito?

Estaban en la más completa oscuridad.

Pronto se verá cómo esa noche se hizo día, al rasgar súbitamente la oscuridad una iluminación como un relámpago.

Aquella misma mañana, tras redactar su informe médico-legal sobre el caso de *La Cruz Rota*, el doctor Hamine fue a llevarlo al despacho del juez

Kerstorf.

—¿Ningún nuevo indicio? —preguntó al magistrado.

—Ninguno, doctor.

Al salir de las oficinas del juez, el doctor Hamine se encontró al cónsul de Francia, el señor Delaporte. Mientras andaban juntos, le habló del caso y de las dificultades que entrañaba.

—En efecto —dijo el cónsul—, pues, si parece seguro que ese viajero es el autor del crimen, es dudoso que lleguen a descubrirlo… Usted da gran importancia, doctor, a la observación de que la puñalada fue asestada con un cuchillo cuya virola dejó su marca alrededor de la herida… ¡De acuerdo…! Pero de ahí a encontrar el cuchillo…

—¿Quién sabe? —respondió el doctor Hamine.

—Ya lo veremos —dijo Delaporte—. A propósito, ¿tiene usted noticias de Nicolef?

—¿Noticias de Dimitri? —preguntó el doctor—. ¿Cómo voy a tenerlas si está de viaje?

—En efecto —respondió el cónsul—, y desde hace tres días ya. Y cuanto más lo pienso, más raro me parece.

—Sí… —observó el doctor Hamine.

—Ayer la señorita Nicolef todavía no había recibido ninguna noticia.

—Vamos a ver a Ilka —propuso el doctor—. Quizá el cartero le haya traído esta mañana una carta de su padre, o tal vez haya vuelto y esté ya en casa.

Delaporte y el doctor Hamine se dirigieron hacia la casa del profesor.

Llamaron a la puerta y preguntaron a la sirvienta si la señorita Nicolef podía recibirlos. La sirvienta los introdujo inmediatamente a la sala, donde se hallaba Ilka.

—Mi querida Ilka, ¿ha vuelto ya su padre? —preguntó el doctor.

—No ha vuelto todavía —respondió la muchacha.

La palidez y la preocupación que se leían en su rostro mostraban su inquietud.

—Pero, señorita, ¿no ha tenido noticias suyas? —preguntó, a su vez, el cónsul.

Por toda respuesta, Ilka hizo un signo de negación.

—Esta ausencia es inexplicable —dijo el doctor—, no menos que la causa de su viaje.

—¡Con tal que no le haya ocurrido ninguna desgracia a mi padre! —murmuró la joven con voz turbada—. Son frecuentes los crímenes en Livonia

desde hace algún tiempo.

El doctor Hamine quiso tranquilizarla. Él estaba más sorprendido que inquieto por su ausencia.

—No hay que exagerar —dijo—. Todavía se puede viajar con alguna seguridad… Es verdad que se ha cometido un crimen cerca de Pernau… y, si no se sabe quién es el asesino, sí se conoce a la víctima…, un desgraciado empleado de banca…

—Ya lo ve, doctor —dijo Ilka—, los caminos no son tan seguros. Y ya hace cuatro días que se marchó mi padre… No puedo quitarme de encima el presentimiento de una desgracia…

—Tranquilícese, hija mía —dijo el doctor, cogiéndole las manos—. No se deje llevar por la imaginación… Dimitri dijo que estaría ausente dos o tres días, luego no hay un retraso inquietante.

—¿Dice usted lo que piensa, doctor? —preguntó la joven mirándolo.

—Claro, Ilka, claro. Yo no tendría ninguna inquietud, se lo aseguro, si supiera cuál es la causa de su viaje… ¿Tiene usted la nota que le dejó su padre antes de marcharse?

—Aquí está —dijo Ilka, sacando del bolsillo un papel que entregó al doctor.

Delaporte la leyó atentamente. No cabía ninguna interpretación de la lacónica frase de Dimitri que su hija había leído y releído muchas veces.

—¿No le dio un beso en el momento de partir? —preguntó el doctor.

—No, doctor —respondió Ilka—, y cuando me dio un beso como siempre, la víspera por la noche, me pareció que estaba como ausente…

—Tal vez —observó el cónsul—. Nicolef tenía algún motivo de preocupación…

—Había vuelto más tarde que de costumbre, recuérdelo, doctor. Dijo que lo había retenido una lección que se había prolongado.

—En efecto —respondió el doctor Hamine—, me pareció más preocupado que de ordinario… Pero, mi querida Ilka, insisto en este punto, ¿qué hizo Dimitri después de que nos marchamos?

—Me dio las buenas noches y subió a su habitación mientras yo iba a la mía.

—Y después, ¿no recibió alguna visita que pudiera motivar el viaje?

—No, con toda seguridad —respondió la joven—. Creo que debió acostarse inmediatamente, pues no oí ningún ruido en toda la noche.

—¿No le entregaría su sirvienta alguna carta que llegara más tarde?

—No, doctor, y puedo afirmarle que la puerta de la casa no volvió a abrirse después de que ustedes se marcharan.

—Entonces es seguro que ya esa noche lo tenía decidido.

—No hay ninguna duda —añadió Delaporte.

—¡Ninguna duda! —repitió el doctor—. Y al día siguiente, hija mía, tras haber leído la nota de su padre, ¿trató usted de enterarse de la dirección que había seguido?

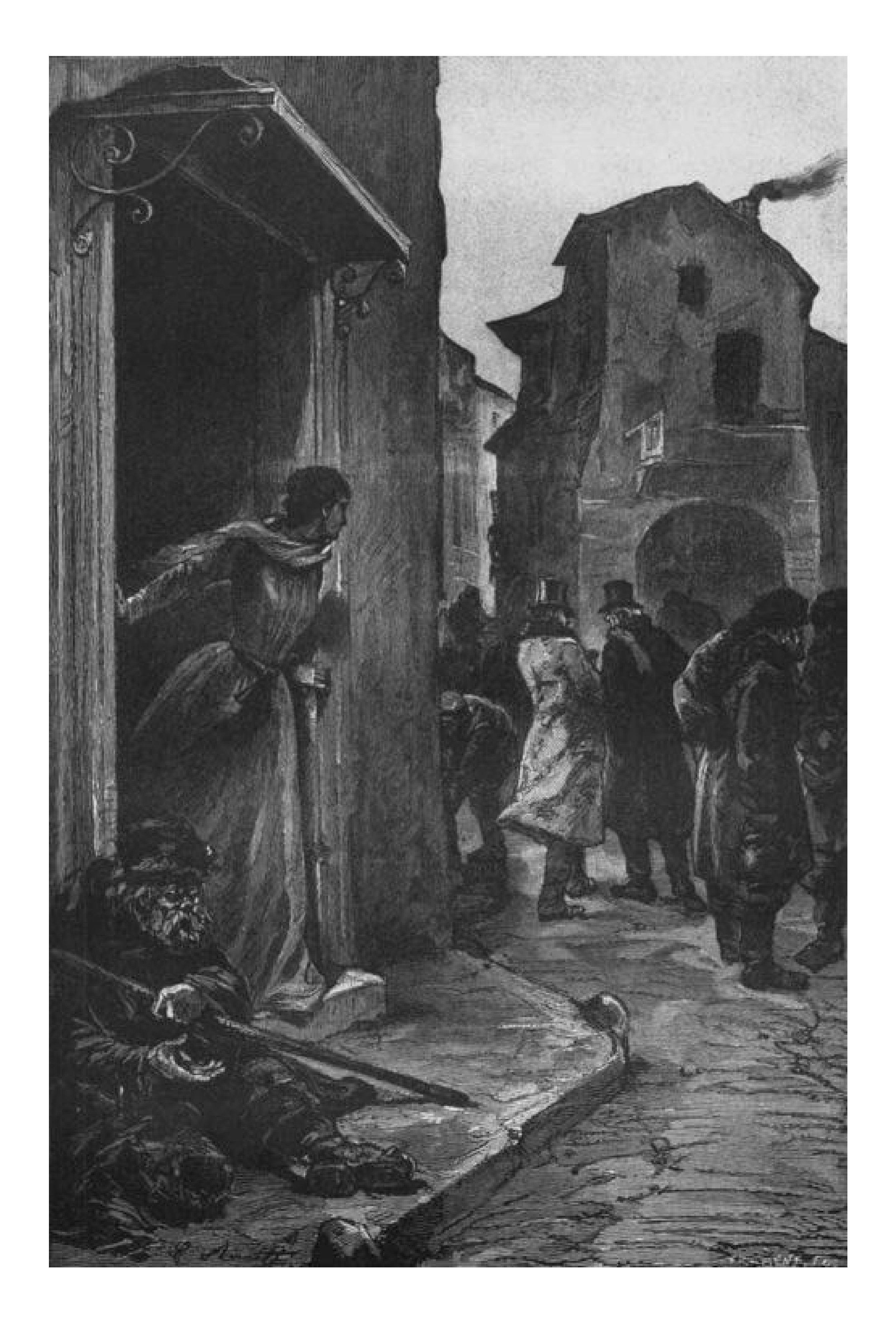
—¿Cómo hubiera podido hacerlo? —respondió Ilka—. Y además ¿por qué lo habría hecho? Mi padre ha tenido razones que ha creído no deber comunicar a nadie, ni siquiera a su hija… Por eso, mi inquietud no es porque se haya ausentado, sino porque su ausencia se prolonga demasiado.

—No, Ilka, no —respondió el doctor Hamine, que quería tranquilizar absolutamente a la muchacha—. Dimitri está aún dentro del plazo que se fijó, y esta noche, o mañana a lo sumo, estará de regreso.

En el fondo, el doctor estaba tal vez más inquieto por los motivos que habían podido determinar el viaje que por el viaje mismo.

Luego se despidieron y prometieron volver por la tarde por si había noticias de Dimitri.

La joven permaneció en la puerta hasta que ambos desaparecieron tras la esquina. Luego, pensativa y agitada por sombríos presentimientos, se metió en su cuarto.



Casi a la misma hora, en el despacho del mayor Verder, se revelaba un hecho relativo al crimen de *La Cruz Rota*, que iba a poner al magistrado sobre la pista del culpable.

Aquel día por la mañana había regresado a Riga la brigada dirigida por Eck.

Como se recordará, dichos agentes fueron enviados al norte de la provincia, donde desde hacía algún tiempo se cometían numerosos atentados contra personas y propiedades. Tampoco hay que olvidar que, ocho días antes, Eck operaba en las inmediaciones del lago Peipus, a la búsqueda de un evadido de las minas de Siberia, al que había perseguido hasta las cercanías de Pernau.

Pero el fugitivo, lanzándose en medio de los bloques de hielo a la deriva por el Pernova, desapareció en el deshielo del río.

¿Habría perecido el malhechor? Era probable, pero no seguro.

Y precisamente el brigadier Eck dudaba de que así fuera, puesto que no se había hallado el cuerpo del fugitivo ni en el puerto, ni en la desembocadura del Pernova.

De regreso a Riga, el brigadier se dirigió rápidamente al despacho del mayor Verder para comunicarle su informe, cuando se enteró del asesinato de *La Cruz Rota*. Nadie hubiera podido suponer que él poseía la clave del misterioso enigma.

Grandes fueron la sorpresa y la satisfacción del mayor Verder al saber que el brigadier Eck tenía que hacerle revelaciones sobre el criminal tan infructuosamente buscado.

—¿El asesino del empleado de banca?

—El mismo, mayor.

—¿Tú conocías a Poch?

—Lo conocía y lo vi por última vez en la noche del 13.

—¿Dónde?

—En el *kabak* de Kroff.

—¿Estabas allí?

—Sí, mayor, con uno de mis agentes, antes de volver a Pernau.

—¿Y hablaste con el desgraciado muchacho?

—Durante algunos minutos, y añado que si el asesino, como todo hace suponer, es el viajero que acompañaba a Poch, el viajero que pasó la noche en el albergue…, también lo conozco.

—¿Le conoces?

—Sí, y si el asesino es el viajero en cuestión…

—Eso no es dudoso, después de los resultados de la investigación…

—Pues bien, mayor, voy a darle su nombre… Tal vez no me crea.

—Te creeré si tú lo afirmas.

—Yo afirmo lo siguiente: Reconocí perfectamente al viajero, al que no dirigí palabra en el *kabak*, aunque le ocultara el rostro el capuchón… Es el profesor Dimitri Nicolef.

—¿Dimitri Nicolef? —exclamó el mayor Verder, estupefacto—. ¡Él! ¡No es posible!

—Ya le decía yo que no querría creerme.

El mayor Verder se levantó y recorrió a grandes zancadas su despacho, murmurando:

—¡Dimitri Nicolef! ¡Dimitri Nicolef!

¡Cómo! ¡El hombre a quien iba a proponerse como candidato a las próximas elecciones municipales, el adversario de la poderosa familia Johausen, el ruso en quien se representaban las aspiraciones y las reivindicaciones del partido eslavo contra el elemento germánico, el protegido del gobierno moscovita, podía ser el asesino del desgraciado Poch!

—¿Estás seguro de lo que dices? —repitió, deteniéndose ante Eck.

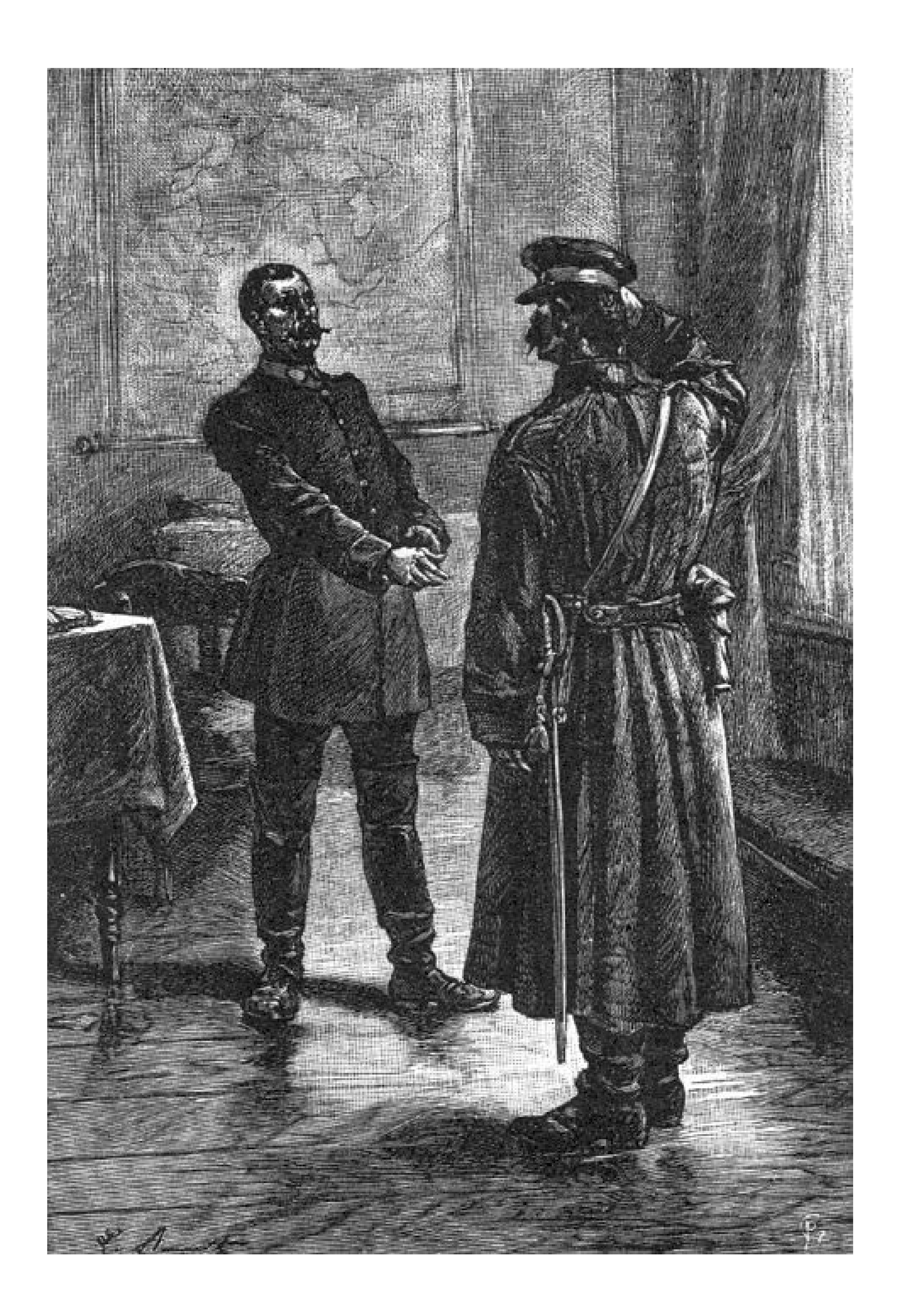
—Estoy seguro.

—¿Había salido de Riga Dimitri Nicolef?

—Sí…, aquella noche, al menos… Además, eso es fácil de verificar.

—Voy a enviar un agente a su domicilio —respondió el mayor—, y a pedir al señor Frank Johausen que venga. Tú, quédate aquí.

—A sus órdenes, mayor.



Éste dio sus instrucciones a dos de los agentes de la jefatura, que salieron enseguida.

Diez minutos después Frank Johausen estaba en presencia del mayor, y el brigadier Eck repitió ante él su testimonio.

Fácil es imaginar, sin necesidad de insistir, los sentimientos que se agitaron en el alma vengativa del banquero. ¡Al fin la más inesperada de las eventualidades, un crimen, un asesinato, le entregaba a aquel rival que perseguía con su odio! ¡Dimitri Nicolef…, asesino de Poch!

—¿Estás seguro? —preguntó por última vez el mayor al brigadier.

—Estoy seguro —dijo Eck, con una voz que denotaba una certeza absoluta.

—Pero…, ¿y si no ha salido de Riga? —preguntó Frank Johausen.

—Salió de Riga —declaró Eck—. Durante la noche del 13 al 14, no estaba en su casa…, puesto que yo lo vi con mis propios ojos, lo vi y lo reconocí.

—Esperamos a que vuelva el agente que he enviado a casa de Dimitri Nicolef —dijo el mayor Verder—. Estará aquí dentro de unos minutos.

Frank Johausen, sentado junto a la ventana, se abandonaba al tumulto de sus pensamientos. Quería creer que el brigadier no se había equivocado, y, sin embargo, sentía que el instinto de la justicia se sublevaba en él contra la verosimilitud de tal acusación.

El agente regresó y dio a conocer el resultado de su misión.

Dimitri Nicolef había partido de Riga el día 13, a hora muy temprana, y todavía no había regresado.

Era la confirmación de las revelaciones del brigadier Eck.

—Luego tenía yo razón, mayor —dijo—. Dimitri Nicolef salió de su casa el día 13, al alba… Poch y él subieron al coche-correo… El accidente se produjo hacia las siete de la tarde, y los dos entraron en el *kabak* de *La Cruz Rota*, a eso de las ocho, y pasaron allí la noche… Luego, si uno de los viajeros asesinó al otro, ¡el asesino es Dimitri Nicolef!

Frank Johausen se fue, confuso y a la vez triunfante por la terrible noticia.

No podía tardar mucho en difundirse.

Corrió a través de la ciudad como un reguero de pólvora inflamada por una chispa. ¡Dimitri Nicolef, autor del crimen de *La Cruz Rota*!

Afortunadamente, Ilka Nicolef no se enteró.

La casa permaneció cerrada al rumor. El doctor Hamine se encargó de ello.

Por la tarde, cuando él y Delaporte se encontraron en el salón, nadie dijo una palabra a ese respecto. Además, ambos se habían encogido de hombros… ¡Nicolef, un asesino! Se negaban a creerlo.

Pero el telégrafo había intervenido. Las brigadas policiales del territorio tenían la orden de detener a Dimitri Nicolef si descubrían su paradero.

Así llegó la noticia a Dorpat, en la tarde del 16. Karl Johausen había sido uno de los primeros en saberlo, y de ahí su respuesta a Jean Nicolef, en presencia de sus camaradas de la Universidad.

Capítulo X

Interrogatorio

Dimitri Nicolef regresó a Riga en la noche del 16 di 17 de abril, sin haber sido reconocido en su camino.

Devorada por la inquietud, Ilka no dormía. ¡Y en qué estado se habría hallado la infortunada joven, si hubiese sabido la acusación que pesaba sobre su padre!

Además, otro motivo de ansiedad se había producido aquella misma noche, después de que se marcharan el doctor Hamine y el señor Delaporte, con la llegada de un telegrama de Dorpat que anunciaba la llegada de Jean dos días después, sin indicar la causa del repentino e inesperado retorno.

Hacia las tres de la mañana, el ruido de los pasos de su padre al subir la escalera le quitó a Ilka un enorme peso de encima. Como él no vino a llamar a su cuarto, pensó que era mejor dejarlo acostarse, tras la fatiga de su viaje. Por la mañana iría a abrazarlo nada más levantarse. Y tal vez él le dijera por qué se había visto obligado a irse tan precipitadamente y sin advertírselo.

Al día siguiente, en efecto, padre e hija se encontraron a primera hora. Dimitri Nicolef dijo:

—Ya me tienes en casa, querida hija… Mi ausencia ha durado más de lo que pensaba… ¡Oh, sólo veinticuatro horas!

—Pareces muy cansado, padre —dijo Ilka.

—Un poco, pero con una mañana de descanso me bastará para reponerme. Por la tarde, iré a dar algunas lecciones.

—Sería más prudente, padre, que esperara a mañana. Sus alumnos están ya avisados.

—No, Ilka, no. No puedo hacerles esperar más. ¿No ha venido nadie en mi ausencia?

—Nadie, excepto el doctor y el señor Delaporte, a quienes les ha sorprendido mucho tu marcha.

—Sí —respondió Nicolef, con voz un poco vacilante—. No les había dicho nada. ¡Oh, por un viaje tan corto! Creo que no me ha reconocido nadie durante el viaje.

No dijo más el profesor, y su hija, muy reservada, se limitó a preguntarle si volvía de Dorpat.

—¿De Dorpat? —preguntó, asombrado, Nicolef—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque no me explico la causa del telegrama que recibí anoche.

—¿Un telegrama? —preguntó vivamente Nicolef—. ¿De quién?

—De Jean, que anuncia su llegada para hoy.

—¿Viene Jean? Es singular, en efecto. ¿Qué viene a hacer aquí? En fin, mi hijo está siempre seguro de recibir buena acogida.

Como notara en la actitud de su hija que ésta parecía querer interrogarlo sobre los motivos de su viaje, dijo:

—Son asuntos importantes…, asuntos que me han obligado a salir precipitadamente.

—Si estás satisfecho, padre… —dijo Ilka.

—Satisfecho…, sí, querida hija —replicó, mirándole a hurtadillas—. Y espero que estos asuntos no tengan consecuencias desagradables.

Y, resuelto a no decir nada más, cambió de conversación.

Después de tomar el primer té de la mañana, Dimitri Nicolef subió a su gabinete y, tras ordenar sus papeles, se puso a trabajar.

La casa había recuperado su tranquilidad habitual. Muy lejos estaba Ilka de prever que un rayo iba a caer sobre ella.

Acababan de dar las doce y cuarto, cuando se presentó un agente de policía en casa de Dimitri Nicolef. El agente traía una carta que dio a la sirvienta con el encargo de entregarla inmediatamente al destinatario. Ni siquiera se preocupó de saber si el profesor se hallaba en casa en aquel momento. Aunque no se notara nada, la casa estaba vigilada desde la víspera.

Dimitri Nicolef leyó la carta. No contenía más que estas palabras:

> *El juez Kerstorf invita al profesor Dimitri Nicolef a dirigirse sin dilación al juzgado, donde lo espera. Asunto urgente.*

Al leer esto, Dimitri Nicolef no pudo contener un gesto que denotaba algo más que sorpresa. Palideció y su rostro se impregnó de una viva inquietud.

Luego pensó, sin duda, que lo mejor era aceptar la invitación que en forma tan imperativa le hacía el juez, se puso su capote y descendió al salón, donde estaba su hija.



—Ilka, acabo de recibir una nota del juez Kerstorf, que me ruega pase por el juzgado.

—¿El juez Kerstorf? ¿Qué quiere de ti, padre?

—No lo sé —replicó Nicolef, desviando la mirada.

—¿Será por algo en lo que haya podido meterse Jean y que lo obliga a salir de Dorpat?

—Lo ignoro, Ilka… Sí…, tal vez… Además, pronto lo sabremos. El profesor salió, no sin que su hija hubiese dejado de observar su turbación. Con el agente a su lado, andaba con paso incierto, maquinalmente por así decirlo, sin darse cuenta de que era objeto de la curiosidad pública e incluso de la malevolencia de algunas personas que lo seguían o lo miraban al pasar.

Llegado al palacio de Justicia, lo introdujeron en el despacho donde se hallaba el juez Kerstorf con el mayor Verder y el escribano. Se saludaron, y Dimitri Nicolef esperó a que le dirigieran la palabra.

—Señor Nicolef —dijo el juez Kerstorf—, le he pedido que viniera para que nos dé algunas informaciones sobre un caso cuya investigación me ha sido confiada.

—¿De qué se trata, señor juez? —preguntó Dimitri Nicolef.

—Le ruego que se siente, y que me escuche.

El profesor se sentó en una silla frente a la mesa tras la cual se hallaba el juez en su sillón, mientras el mayor permanecía de pie cerca de la ventana. La conversación se transformó enseguida en interrogatorio.

—Señor Nicolef —dijo el juez—, no se sorprenda si las preguntas que voy a hacerle se relacionan con su persona y con hechos de su vida privada… Es necesario que me responda usted sin rodeos, por su propio bien y para mejor esclarecer el caso.

Nicolef, que miraba más que escuchaba al juez, permaneció unos instantes en silencio y, cruzado de brazos, se limitó a hacer una simple inclinación de cabeza.

El juez Kerstorf tenía ante sí las actas de la investigación sumarial. Las ordenó sobre la mesa, y con voz tranquila y grave preguntó:

—Señor Nicolef, ¿ha estado usted ausente durante algunos días?

—Sí, señor juez.

—¿Cuándo salió usted de Riga?

—El 13 del corriente, al alba.

—¿Cuándo ha vuelto?

—Anoche, hacia la una.

—¿Se fue usted solo?

—Solo.

—¿Y ha vuelto solo?

—Solo.

—A la ida, ¿tomó usted el coche-correo de Revel?

—Sí —respondió Nicolef, no sin cierta vacilación.

—¿Y para volver?

—Un coche.

—¿Dónde encontró el coche?

—A unas cincuenta verstas de aquí, en la carretera de Riga.

—Así que ¿fue el día 13, al alba, cuando salió?

—Sí, señor, a las seis.

—¿Iba usted solo en el coche-correo?

—No, con otro viajero.

—¿Lo conocía usted?

—No.

—Pero no tardó en saber que era Poch, el empleado de la banca Johausen Hermanos, ¿no es así?

—En efecto, pues ese muchacho, muy charlatán, no cesó de hablar con el conductor.

—¿Hablaba de sus asuntos personales?

—Únicamente.

—¿Y qué decía?

—Que iba a Revel por cuenta de los señores Johausen.

—¿No parecía estar muy impaciente por regresar a Riga…, donde debía casarse?

—Sí, señor, creo recordarlo así, pues yo prestaba muy poca atención a la conversación, sin interés para mí.

—¿Sin interés? —preguntó entonces el mayor Verder.

—En efecto, señor —respondió Nicolef, mirando con asombro al mayor —. ¿Y por qué iba a interesarme lo que decía ese muchacho?

—Es, quizá, lo que la instrucción tiene la pretensión de establecer — replicó Kerstorf.

Ante esas palabras, el profesor hizo un gesto que revelaba incomprensión.

—El tal Poch —prosiguió el magistrado—, ¿no llevaba una cartera de esas que usan habitualmente los cobradores de los bancos para sus recaudaciones?

—Es posible, pero no reparé en ella.

—Así, ¿no puede usted decir si la dejaba imprudentemente sobre el asiento, o si la hacía ostensible para las personas que se acercaran al coche durante los relevos?

—Yo iba en un rincón, envuelto en mi capote, dormitando a veces bajo mi capuchón, y apenas vi lo que hacía o no hacía mi compañero de viaje.

—Sin embargo, el conductor Broks lo afirma tajantemente.

—Pues bien, señor juez, si él lo afirma, será verdad. Pero yo no puedo ni confirmar ni negar lo que dice.

—¿No habló usted con Poch?

—Durante el viaje, no. Me dirigí a él por vez primera cuando fuimos a la venta tras el accidente del coche.

—Y durante toda la jornada, ¿permaneció usted en su rincón, con el rostro cuidadosamente oculto por la capucha?

—¿Cuidadosamente? ¿Por qué cuidadosamente, señor? —preguntó Nicolef, vivamente picado por aquella palabra.

—Porque, al parecer, no quería ser reconocido.

Fue el mayor Verder quien, interviniendo de nuevo en el interrogatorio, lanzó esa respuesta, que contenía evidentemente una insinuación.

Esta vez Dimitri Nicolef no la rechazó como había hecho con la del juez. Tras un instante de silencio, se limitó a decir:

—Admitiendo que me conviniese viajar de incógnito, creo que es el derecho de todo hombre libre en Livonia o en cualquier otro país.

—Excelente precaución —replicó el mayor— para no ser reconocido por testigos con los que se arriesgaba una confrontación.

Una insinuación más cuyo grave significado no podía ignorar el profesor y que lo hizo palidecer visiblemente.

—En fin —añadió el juez—, ¿no niega usted haber tenido aquel día al empleado de banca Poch por compañero de viaje?

—No…, si es que era Poch quien iba conmigo en la mala.

—De eso no hay la menor duda —respondió el mayor Verder.

El juez Kerstorf prosiguió en estos términos:

—El viaje continuó sin incidentes, de relevo en relevo… A mediodía hubo una parada de una hora para almorzar… Usted se hizo servir aparte, en un rincón oscuro del comedor del albergue, siempre, al parecer, con la preocupación constante de no ser reconocido… Luego el coche-correo prosiguió el viaje… Hacía muy mal tiempo y los caballos resistían con dificultad la borrasca… Hacia las siete y media de la tarde, se produjo el

accidente… Uno de los caballos se cayó, y el coche, al romperse su eje delantero volcó…

—Señor —dijo Nicolef interrumpiendo al magistrado—, ¿puedo preguntarle por qué me interroga usted acerca de esos hechos y para qué?

—Para servir a la justicia, señor Nicolef. Cuando Broks comprobó que el coche no podía llegar a la próxima parada, la de Pernau, se propuso pasar la noche en una venta que se veía a unos doscientos pasos, junto a la carretera… Fue usted mismo quien hizo la proposición y quien indicó la venta…

—Que yo no conocía, señor, y en la que entré aquella tarde por vez primera en mi vida.

—Bien, lo que es seguro es que usted prefirió pasar allí la noche en vez de dirigirse a Pernau con el conductor y el *iemschick*.

—En efecto, había que recorrer veinte verstas a pie y con un tiempo espantoso, y me pareció preferible ir a esa venta, acompañado del empleado de banca.

—¿Fue usted quien le hizo tomar la decisión de ir con usted?

—Yo no le hice tomar decisión alguna —respondió Nicolef—. Se había herido en el accidente (una contusión en una pierna, creo) y no hubiera podido recorrer la distancia que nos separaba de Pernau… Fue incluso una suerte para él que esa venta…

—¡Una suerte! —exclamó el mayor Verder que, careciendo de la sangre fría del impasible magistrado, dio un respingo ante aquella palabra.

Dimitri Nicolef se volvió y no pudo contener un desdeñoso encogimiento de hombros.

Deseoso de no dejar que el interrogatorio se apartase de la vía que él había trazado, Kerstorf se apresuró a reanudarlo con nuevas preguntas:

—El conductor y el postillón salieron hacia Pernau en el momento en que ustedes llegaban al *kabak* de *La Cruz Rota…*

—¿*La Cruz Rota*? —preguntó Nicolef—. Ignoraba que se llamara así la venta.

—Cuando llegó usted con Poch, los recibió el dueño, Kroff… Le pidió usted una habitación y Poch hizo lo mismo… Kroff le ofreció la cena y usted no quiso, mientras que el empleado de banca la aceptó.

—Así me convino.

—Lo que a usted le convenía, señor Nicolef, era salir al día siguiente antes del alba y sin esperar a que volviera el conductor. Por ello advirtió a Kroff de su intención, y se retiró inmediatamente a su habitación.

—Así fue, en efecto —respondió el profesor, no sin hacer visible que esa serie de preguntas comenzaba a cansarlo.

—¿Se hallaba su cuarto a la izquierda de la sala en la que todavía estaban bebiendo algunos clientes de Kroff, y en el extremo de la casa?

—Lo ignoro, señor juez. Le repito que no conocía la venta y que entraba en ella por vez primera… Y lo mismo que era de noche cuando llegué a ella, era de noche también cuando la dejé.

—Sin esperar a que volviera el conductor, insisto en este punto —dijo el juez—, sin esperar a que volviera a recogerlo, una vez reparado el coche.

—Sin esperarlo —dijo Nicolef—, porque sólo tenía que andar veinte verstas para llegar a Pernau.

—Bien. Lo que es seguro es que la idea se le ocurrió esa misma noche y que la puso en práctica a las cuatro de la mañana.

Dimitri Nicolef no respondió.

—Ahora me parece llegado el momento de hacerle una pregunta a la que, sin duda, no tendrá usted inconveniente en responder.

—Dígame, señor juez.

—¿Cuál era el motivo de su viaje, un viaje que parece haber decidido súbitamente y en secreto, puesto que la víspera ni tan siquiera habló de él a sus alumnos, a quienes se ha interrogado?

Ante esta pregunta, Nicolef pareció extremadamente turbado.

—Asuntos personales —respondió.

—¿Cuáles?

—No tengo por qué responder a eso.

—¿Se niega usted a hablar?

—Me niego.

—¿Dirá, al menos, adonde iba cuando salió de Riga?

—No tengo por qué decirlo.

—Sacó usted billete para Revel, ¿no? ¿Era en Revel donde tenía usted esos asuntos personales?

No hubo respuesta.

—Parece que era más bien en Pernau —prosiguió el juez—, puesto que no esperó usted el regreso del coche al *kabak* de *La Cruz Rota*. Insisto: ¿era en Pernau?

Dimitri Nicolef persistió en su silencio.

—Continuemos —dijo el juez—. Hacia las cuatro de la mañana, según la declaración del ventero, se levantó usted… Él lo hizo también en el mismo momento. Cuando salió usted del cuarto, envuelto en su capote y con el

capuchón bajado como la víspera, de tal modo que no podía vérsele el rostro, Kroff le preguntó si quería tomar una taza de té o un vaso de aguardiente… Usted no quiso y pagó el precio de su cuarto… Luego Kroff retiró las barras de la puerta y la abrió con la llave… Y entonces, sin pronunciar una palabra y con una cierta precipitación, se lanzó usted hacia la carretera, en medio de una profunda oscuridad, en dirección a Pernau… ¿Hay algún detalle inexacto en todo lo que he dicho?

—Ni uno solo, señor juez.

—Por última vez, ¿quiere usted decir cuál era el motivo y el punto de destino de su viaje?

—Señor Kerstorf —dijo Dimitri Nicolef, con frialdad—, no sé qué sentido tienen todas estas preguntas, ni siquiera por qué me ha llamado a su despacho… Pese a ello, he respondido a todas las preguntas a las que he creído debía responder… No a las otras. Supongo que tengo derecho a eso… Debo añadir que lo he hecho de buena fe… Si yo hubiera querido ocultar que había hecho el viaje, y por razones que sólo a mí compete juzgar, si hubiera querido negar que el viajero del coche-correo, el compañero del empleado de banca era yo, ¿cómo habría podido usted desmentirme, puesto que, según usted mismo, ni el conductor, ni Poch ni nadie me reconocieron por las precauciones que adopté para no serlo?

Hay que decir que Dimitri Nicolef había presentado toda esa argumentación con un singular dominio de sí mismo, no exento de cierto desdén. Pero debió quedar muy sorprendido cuando oyó decir al magistrado:

—Si Poch y Broks no pudieron saber quién era usted, señor Nicolef, hay otro testigo que sí lo reconoció.

—¿Otro testigo?

—Sí…, y de quien va usted a oír su declaración.

El magistrado, dirigiéndose a un agente, dijo:

—Introduzcan al brigadier Eck.

Un instante después el brigadier de policía Eck entraba en el despacho, saludaba militarmente a su jefe y se ponía a la disposición del juez Kerstorf.

—¿Es usted el brigadier de policía Eck, de la sexta escuadra? —preguntó el juez.

El brigadier dio su nombre, apellido y situación, mientras Dimitri Nicolef le miraba como a alguien a quien viera por primera vez.

—¿Se hallaba usted el 13 de abril —preguntó el juez—, a última hora de la tarde, en el *kabak* de *La Cruz Rota*?

—En efecto, señor juez, estaba allí, de regreso de una expedición a lo largo del Pernova, en persecución de un fugitivo que se nos escapó lanzándose a través de los bloques del deshielo del río.

Al oír eso, Dimitri Nicolef no pudo contener un movimiento que sorprendió al juez. No obstante, éste no dijo nada y, dirigiéndose al brigadier, añadió:

—Haga su declaración.

El brigadier se expresó en estos términos:

—Hacía aproximadamente dos horas que yo estaba, con uno de mis agentes, en el *kabak* de *Cruz Rota*, y nos disponíamos ya a irnos hacia Pernau, cuando se abrió la puerta… Aparecieron dos hombres en el umbral, viajeros… Su coche se había volcado en la carretera y venían a buscar abrigo en la venta, mientras el conductor y el postillón se dirigían a Pernau con los caballos… Uno de los viajeros era el empleado de banca Poch, de Riga, al que yo conocía desde hacía mucho tiempo y con el que me puse a hablar durante unos diez minutos… En cuanto al otro viajero, me pareció que trataba de disimular su rostro bajo el capuchón de su capote. Eso me pareció sospechoso y traté de descubrir quién era ese hombre…

—No hiciste más que cumplir con tu deber, Eck —dijo el mayor Verder.

—Poch, ligeramente contusionado en una pierna —prosiguió el brigadier —, se había sentado ante una mesa, sobre la que dejó una cartera con las iniciales de los señores Johausen Hermanos… Como había cinco o seis clientes en el *kabak*, recomendé a Poch que no mostrara demasiado la cartera, que llevaba además retenida a su cinturón por una cadenilla… Luego, al dirigirme a la puerta, examiné al desconocido, al que Kroff conducía a su cuarto. En aquel momento se movió la capucha y pude ver por un instante, sólo por un instante, el rostro que ocultaba…

—¿Y eso le bastó para…?

—Sí, señor juez.

—¿Lo conocía usted?

—Sí, por habérmelo encontrado muchas veces por las calles de Riga.

—¿Era Dimitri Nicolef?

—El mismo.

—¿La persona aquí presente?

—Sí.

El profesor, que había escuchado la declaración sin interrumpirla, dijo:

—El brigadier no se equivocó… Creo que debía de estar en el *kabak*, puesto que él lo afirma… Sólo que yo no reparé en él, al contrario que él

conmigo… Pero no veo por qué, señor juez, ha querido usted ponernos en confrontación, puesto que yo mismo he declarado que me hallaba esa noche en la venta de *La Cruz Rota*.

—Va usted a saberlo, señor Nicolef —respondió el magistrado—. Pero antes, ¿sigue usted negándose a decir cuál era el motivo de su viaje?

—Me niego.

—Esa negativa es perjudicial para usted.

—¿Por qué?

—Porque una explicación hubiese impedido tal vez que lo buscara la justicia a propósito de lo que ocurrió aquella noche en el *kabak* de *La Cruz Rota*.

—¿Aquella noche? —preguntó el profesor.

—Sí… ¿No oyó usted nada durante el tiempo transcurrido entre las ocho de la tarde y las cuatro de la mañana?

—Nada, puesto que dormí hasta el momento de levantarme.

—¿Ni vio nada sospechoso en el momento de marcharse?

—Nada.

Luego Dimitri Nicolef añadió con una voz que no denotaba la menor turbación.

—Creo comprender, señor juez, que, sin saberlo, estoy involucrado en algún grave asunto para el que me llama usted como testigo…

—Como testigo…, no, señor Nicolef.

—¡No…! ¡Como acusado! —exclamó el mayor Verder.

—Mayor —dijo el magistrado en tono severo—, no se pronuncie usted antes que la justicia y espere su decisión.

El mayor tuvo que contenerse, mientras se oyó murmurar a Dimitri Nicolef:

—¡Ah, por eso me han hecho venir aquí!

—Y luego, con un tono muy firme:

—¿De qué se me acusa?

—El empleado de banca Poch fue asesinado en la noche del 13 al 14 en el *kabak* de *La Cruz Rota*.

—¿Asesinado ese pobre hombre? —exclamó Nicolef.

—Sí —respondió Kerstorf—, y tenemos la certidumbre de que su asesino fue el viajero que ocupaba el cuarto que le dieron a usted.

—Como ese viajero es usted, Dimitri Nicolef… —dijo el mayor Verder.

—¡… yo soy el asesino!

—Y tras decir eso, Nicolef se levantó y se dirigió hacia la puerta que guardaba el brigadier Eck.

—¿Lo niega usted…, Dimitri Nicolef? —preguntó el juez, que se levantó a su vez.

—Hay cosas que ni tan siquiera es necesario negar, puesto que se niegan por sí mismas —respondió Nicolef.

—¡Tenga cuidado!

—¡Vamos! ¡Esto no es serio!

—Muy serio.

—No debo discutir, señor juez —respondió el profesor, en un tono altivo esta vez—. Pero ¿podría saber por qué la acusación recae única y exclusivamente sobre el viajero que pasó la noche en aquel cuarto del *kabak*?

—Porque en la ventana del cuarto —respondió Kerstorf—, se han observado indicios materiales que prueban que el asesino saltó por ella durante la noche para ir a introducirse en la habitación de Poch, también por la ventana, tras haber forzado las contraventanas, y porque el atizador utilizado para la fractura estaba en el cuarto de ese viajero…

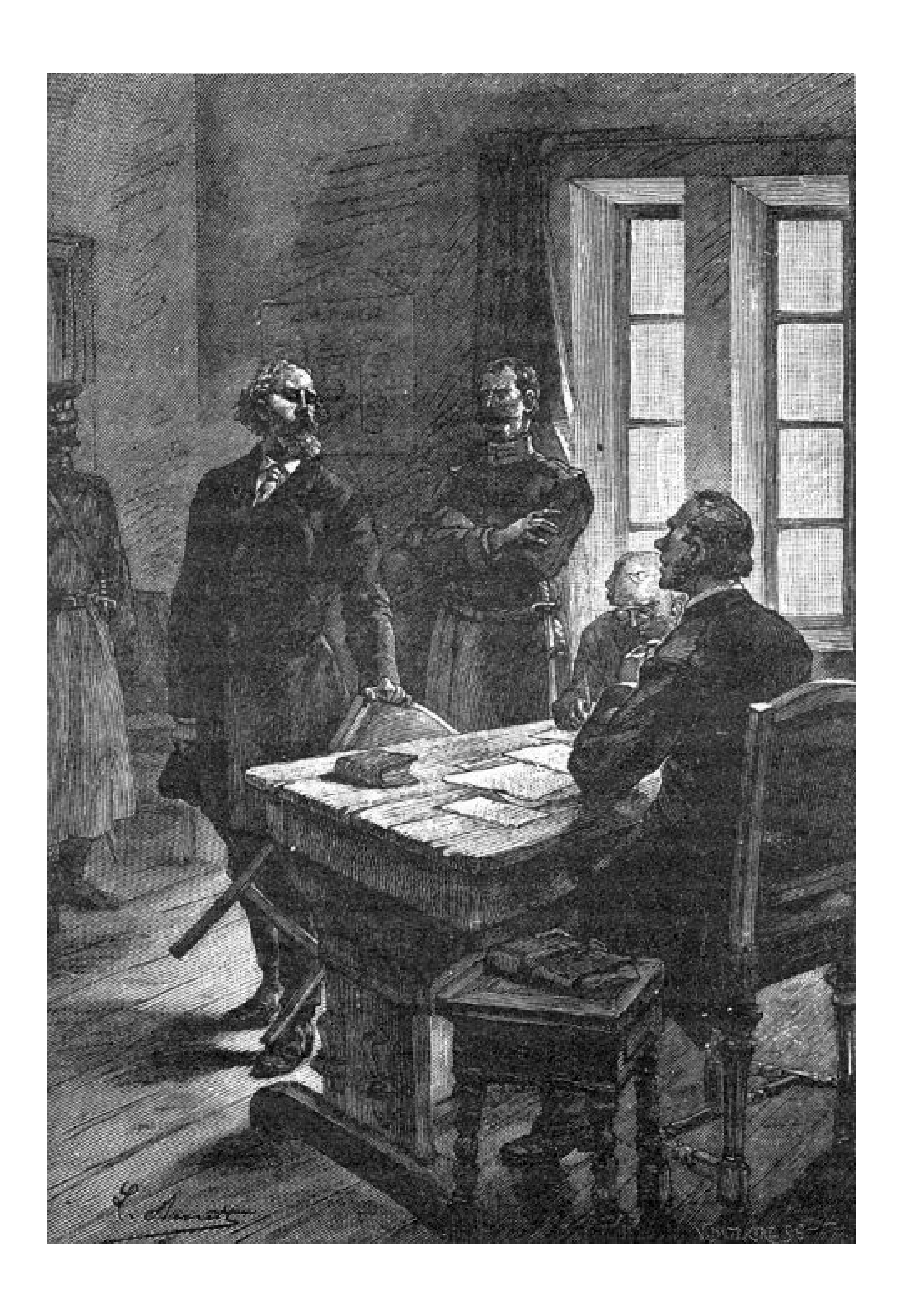
—En efecto —respondió Dimitri Nicolef—, si se han comprobado todas esas cosas…, es por lo menos singular.

Luego añadió, como si el caso no le concerniera en absoluto:

—Pero, admitiendo que esos indicios autoricen a creer que el crimen no haya sido cometido por un malhechor de fuera, no prueba que el crimen no pudiera ser cometido después de mi salida.

—¿Está usted acusando al ventero, contra el que la investigación no ha hallado ninguna presunción?

—Yo no acuso a nadie, señor Kerstorf —respondió en un tono aún más altivo Dimitri Nicolef—. A lo que sí tengo derecho es a decir que yo soy la última persona que la justicia pudiera considerar sospechosa de semejante crimen.



—El asesinato fue seguido de robo —dijo entonces el mayor Verder—, y los rublos que Poch iba a entregar en Revel por cuenta de Johausen Hermanos desaparecieron de su cartera.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

El juez intervino entre el profesor y el mayor Verder, diciendo:

—Dimitri Nicolef, ¿persiste usted en su negativa a revelar el motivo de su viaje y de su salida de la venta a las cuatro de la mañana, y el lugar adonde fue tras abandonarla?

—Persisto.

—Pues bien, la justicia tiene entonces razones fundadas para decir que no ignoraba usted que el empleado de banca era portador de una suma considerable… Después del accidente del coche-correo y, mientras conducía usted a Poch a la venta de *La Cruz Rota*, se le ocurrió la idea del robo… Cuando el momento le pareció favorable, salió de su cuarto por la ventana…, entró en el de Poch por la ventana…, lo asesinó para robarle y, a las cuatro de la mañana, cuando salió del *kabak*, fue a ocultar el producto del robo… en…

—En un lugar que acabaremos encontrando —le interrumpió el mayor.

—Por última vez —dijo el juez—, ¿quiere decirnos adónde fue tras salir de la venta?

—Por última vez, no —respondió el profesor—. Deténgame, si quiere.

—No, señor Nicolef —concluyó el magistrado, ante la estupefacción del mayor Verder—. Los cargos que hay contra usted son muy graves, pero un hombre de su posición, conocido por la honorabilidad de toda su vida, tiene derecho a ciertas consideraciones… No firmaré la orden de detención… hoy, al menos… Está usted libre… Sin embargo, manténgase a disposición de la justicia.

Capítulo XI

Frente la multitud

Después del interrogatorio, el mayor esperaba que se ordenase la detención de Nicolef, y eran muchos los que pensaban como él. En efecto, el profesor se había negado a revelar los motivos de su viaje, no había dado ninguna razón plausible de su precipitación en marcharse del *kabak* a las cuatro de la mañana y ni siquiera había querido decir dónde pasó sus tres días de ausencia antes de volver a Riga. Evidentemente tal negativa bastaba por sí sola para reforzar las sospechas que sobre él pesaban. En tales condiciones, ¿por qué no lo habían detenido…? ¿Por qué lo dejaban en libertad de volver a su casa, en vez de conducirlo a la prisión de la fortaleza…? Cierto es que debía mantenerse a la disposición de la justicia… Pero ¿no aprovecharía esa libertad para huir, ahora que se sentía tan directamente implicado en el caso de *La Cruz Rota*?

En Rusia, como en todas partes, no puede discutirse la independencia de la justicia civil. Se ejerce allí en toda su plenitud. Sin embargo, cuando aparece el elemento político en una causa cualquiera, no tarda en producirse la intervención de la autoridad superior.

Tal era el caso de Dimitri Nicolef, acusado de un crimen en el momento en que el partido eslavo se proponía hacer de él su candidato.

Esa era la razón por la que el gobernador de las provincias bálticas, el general Gorko, se había reservado pronunciarse sobre la oportunidad de la detención. En principio, estaba decidido a no ordenarlo mientras la culpabilidad del profesor pudiera presentar aún algunas dudas.

Por eso, aquella tarde, cuando el coronel Raguenof le llevó el acta del interrogatorio, quiso hablar con él de aquel deplorable asunto, del que debía dar cuenta al gobierno.

—Estoy a las órdenes de su excelencia —respondió el coronel.

El general Gorko leyó atentamente el acta. Luego dijo:

—Tanto si Dimitri Nicolef es culpable como si no, los germanos van a explotar apasionadamente su situación, puesto que es eslavo. Era precisamente la persona que íbamos a oponer en la próxima contienda electoral a la nobleza alemana, a esa alta burguesía que es todopoderosa en las provincias, y en particular en Riga… Y ahí está, bajo una acusación criminal de la que se defiende mal…

—Su excelencia tiene razón —respondió el coronel—. Ha tenido que ocurrir esto en las peores circunstancias, cuando los ánimos están tan sobreexcitados…

—¿Cree usted culpable a Nicolef, coronel?

—No puedo darle una respuesta a su excelencia, y sobre todo como la quisiera para Dimitri Nicolef, que siempre ha parecido ser digno de la estimación pública.

—Pero ¿por qué se niega a dar explicaciones de su viaje…? ¿Con qué fin lo ha hecho…? ¿Adónde fue…? Debe de tener graves motivos para callar.

—En todo caso, puede observar su excelencia que sólo el azar lo puso en relación con el desgraciado Poch, sólo él los reunió en el coche-correo a la salida de Riga y sólo él los condujo al *kabak* de *La Cruz Rota*.

—Sin duda, coronel, y reconozca que es ese un argumento serio. Por ello, las presunciones que pesan sobre Nicolef quedarían muy aminoradas si consintiera en revelar los fines y motivos de su inesperado viaje, del que ni tan siquiera había prevenido a su familia.

—Convengo en ello y, sin embargo, de su silencio a ese respecto no cabe inferir una prueba de su culpabilidad… ¡No! A pesar de su presencia esa noche en la venta de Kroff, ¡no puedo, no puedo creer que Nicolef sea el autor de un crimen!



El gobernador se daba cuenta de que el coronel se inclinaba a defender a Dimitri Nicolef, un eslavo como él. Por su parte, no estaba dispuesto a admitir la culpabilidad más que en el caso de que quedara demostrada por pruebas indiscutibles, y necesitaría que se la probasen diez veces antes de convencerse.

—Hay que reconocer, sin embargo —dijo, hojeando el acta—, que existen contra él presunciones graves. No niega haber pasado la noche del 13 al 14 en la venta, ni que ocupara el cuarto cuya ventana conservaba huellas frescas y en el que se encontró el atizador utilizado para la efracción de las contraventanas, por la que el asesino pudo introducirse en la habitación de Poch…

—Es verdad —respondió el coronel Raguenof—. Esas circunstancias indican que el asesino fue el viajero que pasó la noche en dicho cuarto, y no hay duda de que ese viajero era Dimitri Nicolef. Pero toda su vida privada, toda una existencia de probidad y de honor le ponen al abrigo de semejante acusación. Además, excelencia, cuando se decidió a emprender el viaje, no sabía que el empleado de la banca Johausen Hermanos iba a viajar con él y que era portador de una importante suma para un corresponsal de Revel… Y, si se sostiene que la idea del crimen se le ocurrió al ver la cartera que el imprudente ostentaba sin discreción, habría que demostrar que Dimitri Nicolef se encontraba en una situación económica apurada, que tuviese tanta necesidad de dinero como para no dudar en cometer un asesinato para perpetrar un robo… Ahora bien, no se ha demostrado tal cosa, y la vida honrada y modesta del profesor Nicolef ¿permite creer que la necesidad de dinero haya podido impulsarlo hasta el asesinato?

Esos razonamientos hicieron mella en el gobernador, que luchaba contra las presunciones que, para el mayor Verder y tantos otros, se elevaban a certidumbres.

—Dejemos que prosiga la instrucción del sumario… Tal vez otras pruebas y otros testigos den a la acusación bases más sólidas… Se puede confiar en el juez Kerstorf, encargado de la instrucción… Es un magistrado independiente, íntegro, que no escucha más que a su conciencia y que no sufrirá influencias políticas… No debía ordenar el arresto sin consultarme, lo ha dejado en libertad…, y era lo mejor que podía hacer… Si se produjeran nuevas circunstancias que lo exigieran, yo sería el primero en dar la orden de encerrar a Nicolef en la fortaleza.

Mientras tanto, comenzaba a propagarse por la ciudad cierta agitación.

Puede afirmarse que la mayoría de los habitantes pensaba que después del interrogatorio se arrestaría al profesor; unos, en las clases altas, porque lo creían culpable, y otros porque el caso exigía al menos la seguridad de que no iba a escapar.

Cuando se vio a Dimitri Nicolef volver libremente a su domicilio, cundió una extremada sorpresa, seguida de protestas.

La terrible noticia había penetrado por fin en casa de Nicolef. Ilka sabía ya que sobre su padre pesaba la acusación de asesinato. Acababa de llegar su hermano Jean, al que había estrechado fuertemente en sus brazos. El joven no podía contener su indignación.

Le había contado la escena entre los estudiantes en la Universidad de Dorpat.

—Nuestro padre es inocente —exclamó—, y yo sabré obligar al miserable de Karl a…

—Sí, es inocente —respondió la muchacha, levantando orgullosamente la cabeza—, ¿y quién osaría, incluso entre sus enemigos, creerlo culpable?

Inútil insistir en ello, tal era también la opinión del círculo íntimo de Dimitri Nicolef, el doctor Hamine y el cónsul Delaporte, que se habían apresurado a acudir a su casa nada más enterarse de la comparecencia del profesor ante el juez de instrucción de Riga.

Su presencia, sus palabras de aliento, sus afirmaciones fueron un bálsamo para el dolor de los hijos de Nicolef. Pero les costó mucho disuadirlos de ir a ver a su padre al despacho del juez.

—No —les dijo el doctor Hamine—, quedaos aquí con nosotros… Más vale esperar… Nicolef va a volver libre de toda sospecha.

—¿Para qué sirve entonces —dijo la joven— haber sido toda la vida un hombre honrado, si está uno expuesto a tan infames acusaciones?

—Sirve para defenderse —exclamó Jean.

—Sí, hijo mío —respondió el doctor—, y ya podría Dimitri confesarse el autor, que yo diría: «¡Está loco!», y no lo creería.

Tal era la disposición de ánimo en que Dimitri Nicolef encontró a su familia, al doctor, al señor Delaporte y a varios amigos más que habían acudido a la casa. Pero las pasiones estaban tan sobreexcitadas, que a lo largo de su camino tuvo que oír más de un improperio.

Sus hijos lo abrazaron con fuerza y él los cubrió de besos. Se enteró entonces de cómo Jean había sido insultado en Dorpat, de la abominable injuria que Karl Johausen le había lanzado ante sus camaradas… ¡Jean tratado de hijo de asesino!

El doctor Hamine, el cónsul y los demás amigos le estrecharon con fuerza la mano. Con sus palabras y con sus testimonios de amistad protestaban todos contra la acusación… En ningún momento habían dudado de su inocencia, ni dudarían jamás. Ninguno le escatimó las muestras del más sincero afecto.

Luego, en la sala en que estaban reunidos, mientras una multitud de gente malintencionada iba afluyendo ante la puerta de la casa, Dimitri Nicolef tuvo que contar lo que había ocurrido en el despacho del juez, decir las prevenciones que no disimulaba el mayor Verder y elogiar la reservada y digna actitud del señor Kerstorf. Lo hizo, sin embargo, con brevedad y con voz entrecortada, como si le repugnara rememorar aquellos detalles.

Sus amigos comprendieron que el profesor necesitaba descansar, estar solo y tal vez buscar en el trabajo el olvido de tan terribles pruebas, y se despidieron.

Jean se retiró al cuarto de su hermana, y Dimitri Nicolef fue a encerrarse en su gabinete.

Al salir, Delaporte dijo al doctor:

—Los ánimos están muy excitados, querido amigo, y aunque Nicolef sea inocente, es necesario que se descubra pronto al verdadero culpable, porque, si no, el odio de sus enemigos no dejará de perseguirlo.

—Cabe temerlo, en efecto —respondió el doctor—. Nunca como ahora he deseado tanto la detención de un criminal. La muerte de Poch va a ser explotada por los Johausen. Ya ve que su hijo Karl no ha esperado siquiera a que la acusación esté probada para tratar a Jean de hijo de asesino.

—Temo que no todo haya acabado entre Karl y él… —dijo el cónsul—. Usted conoce a Jean… Querrá vengarse para vengar a su padre.

—No…, no —replicó el doctor—. Es necesario que no cometa una imprudencia, tal y como están las cosas… ¡Ah! ¡El maldito viaje! ¿Por qué lo ha hecho Dimitri y por qué se le ocurrió la idea de hacerlo?

Era lo que se preguntaban los hijos y los amigos de Nicolef, puesto que éste no había dado ninguna explicación al respecto.

Hay que decir que al contar el interrogatorio al que lo había sometido el juez, el profesor no hizo ninguna alusión a su viaje, ni dijo que el magistrado había preguntado los motivos por los que había salido de Riga y que él se había negado a responder en este punto. Tanta obstinación en mantener el silencio sobre ese asunto debía parecer, al menos, extraña. Pero quizá lo explicara más tarde. Las razones por las que se había ausentado durante tres días sólo podían ser honorables, tanto como las que lo inducían a persistir en su silencio.

Y, sin embargo, puesto que parecía inadmisible que un hombre de su posición y de sus cualidades hubiese cometido un crimen, era indudable que con unas palabras podía confundir a la acusación. Pero esas palabras eran las que él se empeñaba en no pronunciar.

La no detención de Dimitri Nicolef tras su comparecencia ante el juez Kerstorf había producido una sublevación de la opinión en la ciudad, sobre todo entre los alemanes, en tan gran mayoría. La familia Johausen y sus amigos, la nobleza y la burguesía acribillaban de recriminaciones al poder. Acusaban al gobernador y al coronel Raguenof de proteger al profesor, a causa de su origen. Cualquiera que no fuera eslavo, bajo tales acusaciones, habría sido ya encerrado en la prisión de la fortaleza.

Entonces, ¿por qué no lo trataban como a un vulgar bandido? ¿Merecía más consideraciones que un Karl Moor, un Jean Sbogar, un Jeromir? No eran simples presunciones las que se elevaban contra él, eran certidumbres, y la justicia lo dejaba en libertad, y podría huir y escapar a la comparecencia ante el jurado, que, sin embargo, no dudaría en condenarlo… Claro que la condena sería demasiado leve, puesto que la pena capital estaba abolida en el imperio ruso para crímenes de derecho común. ¡Así, aquel asesino que merecía la muerte iba a salir del paso con una simple deportación a las minas de Siberia!

Tales eran los comentarios que se hacían, sobre todo en el medio social de los barrios residenciales, en el que dominaba el elemento germánico. En la familia Johausen era un verdadero desencadenamiento contra Dimitri Nicolef, contra el asesino del desgraciado Poch, y, en el fondo, aún más contra el modesto profesor, adversario del poderoso banquero.

—Evidentemente —repetía Frank Johausen—, Nicolef, al marcharse, no sabía que viajaría con Poch ni que Poch sería portador de una suma considerable. Pero no tardó en saberlo y, después del accidente del coche-correo, cuando propuso pasar la noche en el *kabak* de *La Cruz Rota*, concibió el proyecto de robar a nuestro empleado y no retrocedió ante el asesinato para realizar el robo… Si no quiere confesar los motivos que lo hicieron salir de Riga, que diga al menos por qué huyó del *kabak* antes del alba, por qué no esperó el regreso del conductor… Que diga, en fin, adonde fue, dónde pasó sus tres días de ausencia… Pero no lo dirá… Porque eso sería confesar su crimen, puesto que, si huyó tan precipitadamente y ocultando su rostro con obstinación, fue para esconder en un lugar seguro el dinero robado a su víctima.

En cuanto a la necesidad en la que podía hallarse Dimitri Nicolef de cometer el robo, he aquí lo que el banquero se reservaba para dar a conocer

cuando llegase el momento:

> *La situación del profesor es desesperada desde el punto de vista pecuniario. Tiene unos compromisos que no podrá cumplir. Dentro de tres semanas vence una letra de dieciocho mil rublos a mi favor, y no logrará obtener los fondos necesarios para pagarla… En vano me pediría una moratoria, porque se la negaría sin piedad.*

Frank Johausen estaba ahí de cuerpo entero, implacable, rencoroso, vengativo.

En un asunto en el que se mezclaba la política, el general Gorko no quería salirse de los límites de una extrema prudencia. Aunque la opinión pública reclamase la detención del profesor, no creía que debiera autorizarla, pero no se opuso a que se registrara su domicilio.

El 18.de abril, el juez Kerstorf, el mayor Verder, y el brigadier Eck procedieron al registro.

Dimitri Nicolef dejó desdeñosamente operar a los agentes, sin protestar, respondiendo con una despectiva frialdad a las preguntas que se le hacían. Registraron su despacho y sus armarios, inspeccionaron sus papeles, su correspondencia y las cuentas de sus gastos. Pudieron asegurarse de que el señor Johausen no exageraba al decir que el profesor no poseía nada. Vivía únicamente del producto de sus lecciones y, tras lo ocurrido, ¿no iba a faltarle ese producto?

El registro no dio ningún resultado en lo que concernía al robo cometido en perjuicio de Johausen Hermanos. ¿Y cómo hubiera podido ser de otro modo, puesto que, en opinión del banquero, Nicolef había tenido tiempo de poner el dinero a buen recaudo, es decir, en el lugar al que se había dirigido al día siguiente del crimen y que se guardaba muy bien de revelar?

En cuanto a los billetes, cuya numeración poseía el banquero, Kerstorf convenía con él en que no serían verosímilmente utilizados más que cuando el ladrón, fuera quien fuese, pudiera hacerlo sin peligro. Transcurriría, pues, un cierto plazo de tiempo antes de que volviesen a la circulación.

Entre tanto, los amigos de Dimitri Nicolef se habían puesto al corriente del estado de la opinión, no sólo en Riga, sino también en las provincias, en las que el asunto había causado una gran impresión. Sabían que la opinión, en general, se declaraba contra el profesor, y que el partido alemán trataba de presionar a las autoridades para obtener su detención y su enjuiciamiento. El pueblo, los obreros, los asalariados, la población indígena, en una palabra, estaban más bien dispuestos a tomar partido por Nicolef, a apoyarlo contra sus enemigos, aunque sólo fuera por instinto de raza, y tal vez hasta sin estar

absolutamente convencidos de su inocencia. Pero, claro, ¿qué podía hacer esa pobre gente? Con los medios de que disponían los hermanos Johausen y su partido, era muy fácil actuar sobre ellos, inducirlos a cometer excesos, y así obligar al gobernador a ceder ante un movimiento al que sería peligroso resistir.

Dimitri Nicolef guardaba una asombrosa y altiva sangre fría en medio de aquella ciudad profundamente turbada, a pesar de que los arrabales se viesen incesantemente recorridos por grupos de burgueses y de esa baja población dispuesta a servir a quien, la pague, y a pesar incluso de que se formasen concentraciones de personas ante su casa. A petición de los hijos de Dimitri Nicolef, el doctor Hamine intervino para lograr que aceptara no salir de su casa, ante el riesgo que corría de verse insultado por las calles e incluso de ser maltratado.

Dimitri Nicolef condescendió, encogiéndose de hombros, a las razones de su amigo y, menos comunicativo que nunca, pasaba las largas horas del día en su gabinete de trabajo. Ya no daba lecciones, ni en su casa ni en las de sus alumnos. Taciturno, le desagradaba que le hablasen y no hacía ninguna alusión a las acusaciones que pesaban sobre él. Se produjo en su estado moral un cambio demasiado visible que, no sin razón, alarmaba a sus hijos y amigos. Por ello, el doctor Hamine, cuya amistad llegaba a la más absoluta abnegación, le dedicaba todo el tiempo que le dejaban libre sus obligaciones profesionales. El señor Delaporte y algunos otros se reunían cada tarde en la casa, en la que penetraban a veces los gritos hostiles, pese a que la policía no cesase de mantener la vigilancia, por orden del coronel Raguenof. ¡Tristes veladas en las que Dimitri Nicolef no participaba…! Pero, al menos, sus hijos no se encontraban solos en aquellas horas tan largas, que la oscuridad hacía aún más penosas. Luego, cuando los amigos se iban, Ilka y Jean se daban un beso y, con el corazón lleno de angustia, se iban a sus cuartos, donde oían los ruidos de la calle y el incesante ir y venir de su padre, a quien parecía serle imposible el reposo.

Naturalmente, Jean no pensaba volver a Dorpat. ¿Cómo presentarse en tan penosas condiciones en la Universidad? ¿Qué acogida podían dispensarle los estudiantes, incluso aquellos de sus camaradas que hasta entonces le habían mostrado tan viva amistad? Tal vez sólo hallara defensa en el buen Gospodin, si los demás habían sufrido la influencia de la opinión pública. ¿Y cómo hubiera podido dominarse en presencia de Karl Johausen?

—¡Ah! ¡Ese Karl! —repetía al doctor Hamine—. Mi padre es inocente… El descubrimiento del verdadero culpable proclamará y hará reconocer su

inocencia… Pero reconocida o no, obligar Karl a darme satisfacción por su insulto. Pero ¿por qué esperar?

El doctor lograba a duras penas calmar al joven.

—No seas impaciente, Jean —le aconsejaba—, y no cometas ninguna imprudencia… Cuando llegue el momento oportuno, yo seré el primero en decirte que cumplas con tu deber.

Pero Jean no se avenía a sus prudentes consejos y, sin los encarecidos ruegos de su hermana, tal vez hubiese dado un paso que no habría hecho más que empeorar la situación.

La noche de su regreso a Riga, tras el interrogatorio a que había sido sometido y en el momento en que se marcharon sus amigos, Dimitri Nicolef preguntó si no había llegado una carta para él.

No, el cartero sólo había llevado, como cada tarde, el periódico defensor de los intereses eslavos, al que estaba suscrito el profesor.

Al día siguiente, a la hora del cartero, el profesor salió de su gabinete para esperarlo a la puerta de su casa. En aquellos momentos, la calle estaba solitaria y sólo algunos agentes se paseaban ante la casa.

Ilka había oído a su padre y se reunió con él en el umbral.

—¿Esperas al cartero? —preguntó.

—Sí, me parece que hoy tarda mucho en venir.

—No, padre, es temprano aún, te lo aseguro… Hace frío… Harías mejor en meterte en casa… ¿Esperas una carta?

—Sí, hija. Pero no te quedes aquí, sube a tu cuarto.

Su embarazosa actitud parecía denotar que la presencia de Ilka le molestaba.

El cartero apareció en aquel momento. No traía ninguna carta para el profesor, y éste no pudo disimular una viva contrariedad.

Aquel día y el siguiente Nicolef mostró la misma impaciencia cuando el cartero pasó delante de su casa sin detenerse. ¿De quién esperaba una carta Dimitri Nicolef y qué importancia tenía esa carta…? ¿Estaría relacionada con el viaje cuyas circunstancias eran tan deplorables…? No dio ninguna explicación a ese respecto.

Aquel día, a las ocho de la mañana, el doctor Hamine y el cónsul acudieron a toda prisa a avisar a los dos jóvenes de que el entierro de Poch iba a efectuarse dentro de unas horas y que, como cabía temer una manifestación contra Nicolef, convenía adoptar algunas precauciones.

En efecto, podía temerse cualquier cosa de la animosidad de los hermanos Johausen, que habían resuelto celebrar con gran pompa los funerales de su

empleado.

Podía admitirse que quisieran manifestar un testimonio de simpatía a un fiel empleado con treinta años de servicios a su casa, pero era demasiado evidente que veían en ello la ocasión de imprimir una sobreexcitación a la opinión pública.

Sin duda, el gobernador hubiese actuado más prudentemente impidiendo la manifestación anunciada por los diarios antieslavistas. Pero, tal como estaban los ánimos, la intervención de la autoridad podía provocar algunas represalias.

Por ello, lo mejor parecía ser ordenar las medidas necesarias para que la casa del profesor no pudiera ser escenario de violencias personales.

El riesgo era tanto más previsible cuanto que para ir al cementerio de Riga el cortejo tenía que pasar ante el domicilio de Nicolef, lamentable circunstancia que podía estimular a la muchedumbre al desorden.

Tras hacer estas conjeturas, el doctor Hamine aconsejó que no se advirtiera a Dimitri Nicolef. Puesto que habitualmente se hallaba encerrado en su gabinete y sólo descendía a las horas de las comidas, podían ahorrársele muchas angustias y también muchos peligros.

El almuerzo, al que Ilka había invitado al doctor y al cónsul, transcurrió en silencio. No se habló del entierro que iba a efectuarse dentro de un rato. Empezaban a oírse ya gritos furiosos que los hicieron estremecerse, con la excepción del profesor, que ni siquiera parecía darse cuenta. Acabado el almuerzo, estrechó la mano de sus amigos y volvió a su gabinete de trabajo.

Jean, Ilka, el doctor y el cónsul permanecieron en la sala. Fue una penosa espera en un no menos penoso silencio, turbado de vez en cuando por el tumulto y las vociferaciones de la muchedumbre.

El tumulto iba en aumento, con el concurso de personas de todas las clases, que invadían el arrabal y que eran ya muy numerosas en las inmediaciones de la casa del profesor. La gran mayoría del público era evidentemente hostil al hombre al que la opinión acusaba del asesinato del empleado de banca.

En realidad, tal vez hubiese sido más prudente ordenar su detención para sustraerlo al peligro de caer en manos de la multitud. Si era inocente, no por ser encerrado en la fortaleza quedaría empañada su inocencia… ¿Y quién sabe si en aquellos momentos no pensaban el gobernador y el coronel en adoptar tal medida por el propio bien de Dimitri Nicolef?

Hacia la una y media, un redoble de los gritos anunció la aparición del cortejo por la extremidad de la calle.

Los violentos clamores se oían ya en la casa. Ante el espanto de sus hijos y de sus amigos, el profesor salió de su gabinete y descendió al salón.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó.

—Retírate, Dimitri —respondió vivamente el doctor—. Es el entierro del desgraciado Poch.

—¡El que yo asesiné! —dijo fríamente Nicolef.

—Retírate, por favor.

—¡Padre! —le dijeron al unísono Jean e Ilka, en tono suplicante.

Dimitri Nicolef, presa de un estado de ánimo indescriptible, sin escuchar a nadie, se dirigió hacia una de las ventanas del salón y trató de abrirla.

—¡No hagas eso! —exclamó el doctor—. ¡Es una locura!

—Pues voy a hacerlo.

Y antes de que pudiesen impedírselo, abrió la ventana y se asomó.

De la muchedumbre brotaron mil gritos de «¡Muera!».

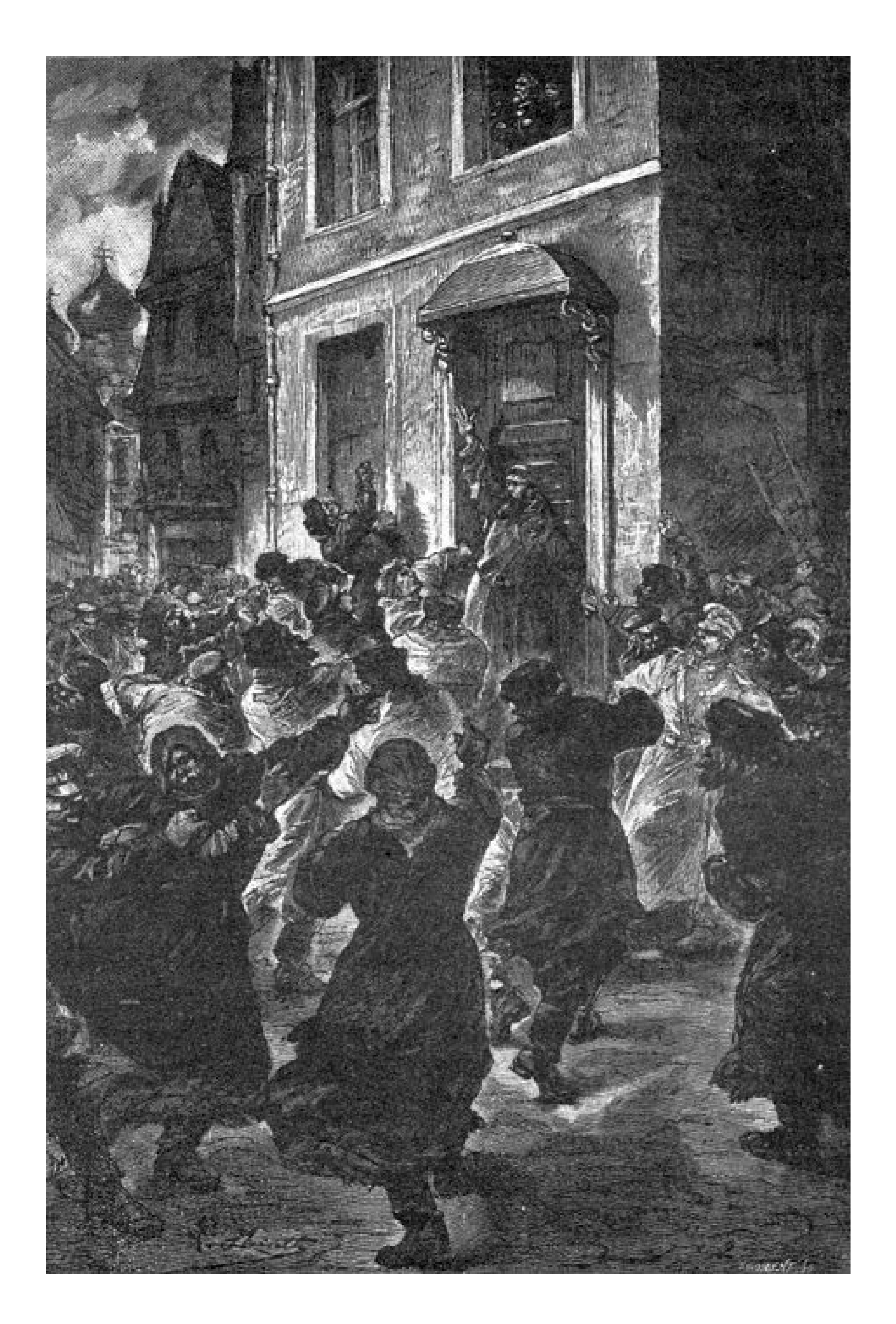
En aquel momento llegaba precisamente el cortejo a la altura de la casa. Zenaida Parensof, tratada como una viuda, seguía al féretro cubierto de flores y de coronas. Tras ella iban los señores Johausen y el personal de su casa, precediendo a los amigos y partidarios, para quienes la ceremonia era un mero pretexto de manifestación.

El cortejo se detuvo ante la casa del profesor, en medio del tumulto, de los gritos que se elevaban por todas partes y de las amenazas de muerte que les acompañaban.

El coronel Raguenof y el mayor Verder estaban allí con una nutrida escuadra de policía, pero ¿no se verían impotentes Eck y sus hombres para contener el desencadenamiento de la cólera popular?

En efecto, desde que Dimitri Nicolef se había asomado a la ventana, gritaban al pie de la misma:

—¡Muera el asesino! ¡Muera el asesino!



Él, cruzado de brazos, con la cabeza orgullosamente levantada, inmóvil como una estatua, la estatua del desdén, no pronunciaba una palabra. Sus dos hijos, el doctor y el cónsul, no habiendo podido impedirle aquel acto de imprudencia, se mantenían a su lado.

El cortejo reanudó la marcha a través de la concentración de gente. Los clamores redoblaron de intensidad. Los más enfurecidos se precipitaron hacia la casa y trataban de derribar la puerta.

El coronel, el mayor y los agentes lograron rechazarlos. Pero comprendieron que para salvar la vida de Nicolef habría que detenerlo, y aun así cabía temer que lo mataran allí mismo.

A pesar de los esfuerzos de la policía la casa iba ya a ser invadida, cuando un hombre se abrió paso entre la muchedumbre, llegó al umbral, subió la escalinata y se colocó ante la puerta.

—Deteneos —gritó con una voz que dominó el tumulto.

Su actitud era tan imperiosa, que retrocedieron y lo escucharon. Frank Johausen se dirigió hacia él y le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Sí, ¿quién es usted? —repitió el mayor Verder.

—¡Soy un proscrito al que Dimitri Nicolef ha querido salvar a costa de su honor, y a quien vengo a salvar a costa de mi vida!

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el coronel.

—¡Wladimir Yanof!

Capítulo XII

Wladimir Yanof

Hay que retrotraerse quince días, al comienzo de este drama.

Un hombre acaba de aparecer en la orilla oriental del lago Peipus. Durante la noche se ha lanzado a través de los bloques de hielo de que está erizada la superficie del lago. Una patrulla de aduaneros, creyendo seguir la pista de un contrabandista, se lanza en su persecución, y, en el momento en que se escondía entre los bloques, abre el fuego contra él. Ileso, el hombre ha conseguido refugiarse en una cabaña de pescadores, donde pasa el día. Por la noche ha reanudado su marcha, ha tenido que huir ante una manada de lobos, y ha encontrado refugio en un molino, donde el buen molinero favorece su evasión. Perseguido por la escuadra del brigadier Eck, logra escaparse por milagro lanzándose entre los hielos a la deriva del Pernowa. Por milagro también escapa a la muerte en el deshielo y logra permanecer sin ser descubierto en Pernau.

Wladimir Yanof es el hijo de Jean Yanof[21], un viejo amigo de Dimitri Nicolef, al que antes de morir confía toda su fortuna. Ese depósito sagrado de veinte mil rublos en billetes de banco debía ser entregado a Wladimir Yanof, cuando el proscrito regresara a su país natal si es que alguna vez conseguía volver.

Sabido es que por motivos políticos había sido enviado al fondo de la Siberia oriental, a las salinas de Minusinsk. Pesaba sobre él una condena perpetua de deportación. ¿Podía su novia, Ilka Nicolef, abrigar la esperanza de que le fuera devuelto, de que él pudiera hallar un día el descanso y la felicidad en su familia adoptiva, la única que le quedaba en el mundo?

No, y sin duda no volverían a verse ambos si no se le permitía a Ilka unirse a él en su exilio, a menos que él lograra escaparse.

Se escapó, en efecto, al cabo de cuatro años, atravesó las estepas siberianas y europeas del Imperio ruso y llegó a Pernau, donde esperaba embarcarse hacia Francia o Inglaterra.

Allí es donde se había escondido, tras despistar a la policía, a la espera de que un barco se lo llevara, una vez que la libre navegación se hubiera restablecido en el Báltico.

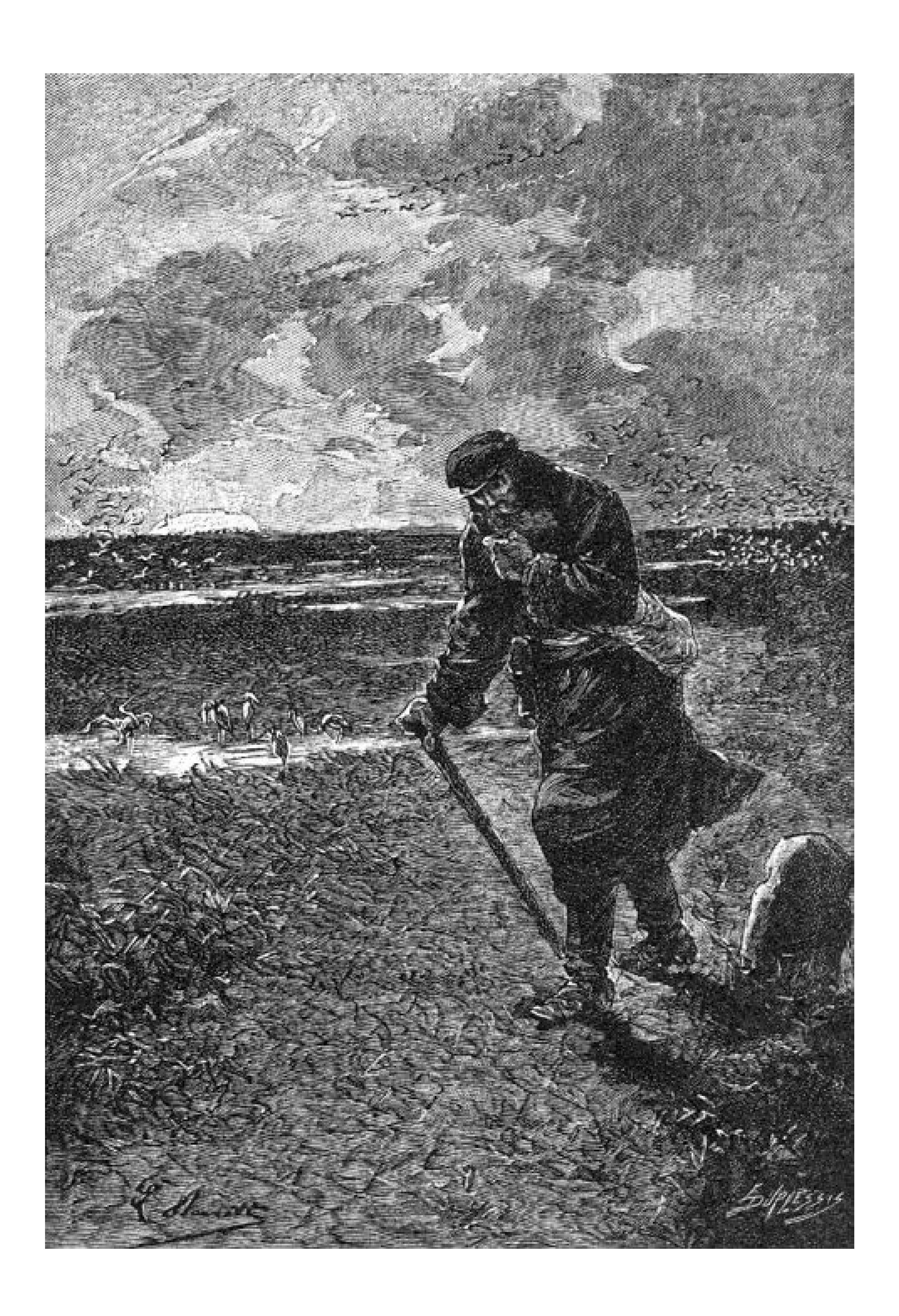
Refugiado en Pernau, Wladimir Yanof había agotado todos sus recursos. Por ello escribió a Dimitri Nicolef, y fue esa carta la que determinó al profesor a partir, a fin de entregar al hijo el depósito que le había confiado el padre.

Si Nicolef no quiso decir nada de su viaje a sus amigos ni a su hija, fue, a la ida, porque quería asegurarse de la presencia de Wladimir en Pernau, y a la vuelta, porque el proscrito le había hecho jurar que no revelaría su presencia a Ilka hasta que recibiera una segunda carta comunicándole que se hallaba seguro en tierra extranjera.

Dimitri Nicolef salió de Riga en secreto. Pagó su billete hasta Revel para que no pudiera sospecharse adónde iba, pero se proponía abandonar el coche-correo en Pernau, adonde debía llegar ese mismo día. Sin el accidente sobrevenido a veinte verstas de la ciudad, el viaje se habría realizado en las mejores condiciones.

Conocido es el deplorable concurso de circunstancias que vino a comprometer el plan de Dimitri Nicolef. Tuvo que pasar la noche en el *kabak* de *La Cruz Rota*, con el empleado de banca Poch. Se marchó a las cuatro de la mañana para ir hacia Pernau, que valía más que esperar el retorno del conductor del coche-correo… ¡y ahora lo acusaban de haber asesinado a su compañero de viaje!

Cuando Dimitri Nicolef salió de la venta era todavía de noche. Esperando no ser visto, tomó la carretera de Pernau, desierta a aquellas horas.



Al cabo de dos horas de rápida marcha llegó al amanecer a Pernau, y se dirigió al hotel donde se hospedaba Wladimir Yanof bajo un nombre falso.

¡Qué alegría sintieron ambos al volver a verse tras una ausencia tan larga, después de tantas pruebas y peligros…! ¿No era el reencuentro de un padre con su hijo…? Nicolef entregó a Wladimir la cartera que contenía toda la fortuna de Jean Yanof, y, deseoso de asistir a su embarque, permaneció dos días con él. Pero el retraso de la partida del barco en el que Wladimir Yanof había sacado pasaje hizo que Dimitri Nicolef, a quien le era imposible prolongar su ausencia, tuviese que regresar a Riga. El joven proscrito le habló con mucha ternura de Ilka, pero le hizo prometer que no diría nada a su novia de su evasión, mientras él no se hallara fuera del alcance de la temible policía moscovita. Él le escribiría cuando su seguridad estuviese garantizada, y tal vez entonces el profesor podría llevar a Ilka a reunirse con él.

Nicolef se despidió de Wladimir, salió de Pernau y llegó a Riga en la noche del 16 al 17, ignorante de la terrible acusación que pesaba sobre él.

Ya se ha visto con qué altivez el profesor rechazó o más bien desdeñó la acusación, y la actitud que adoptó ante el juez de instrucción. La insistencia del magistrado por saber la finalidad del viaje de Nicolef y el lugar al que se había dirigido desde la venta de *La Cruz Rota* se estrelló ante la negativa de Dimitri Nicolef a dar explicaciones. Él no hablaría hasta que una carta de Wladimir le informara de que se hallaba seguro. La carta, esperada con tanta impaciencia por Dimitri Nicolef durante los dos últimos días, no llegó.

Y entonces, comprometido por un silencio que no quería romper, perseguido con un odio implacable por sus adversarios políticos, amenazada su vida por la violencia de la multitud, iba a ser detenido.

Se sabía ya quién era ese proscrito, por qué había ido a Riga. Abierta la puerta de la casa, Wladimir cayó en los brazos de Dimitri Nicolef, estrechó a su novia contra su corazón, abrazó a Jean y apretó las manos que se le tendían y, ante el coronel y el mayor Verder que le habían seguido, dijo:

—En Pernau, cuando me enteré del infame crimen que imputaban a Nicolef, cuando supe que se le acusaba de ser el autor del asesinato de *La Cruz Rota* y cuando vi en los periódicos que él se negaba a dar a conocer el motivo de su viaje, aunque le bastase pronunciar un nombre, el mío, para justificarse, y que no lo decía para no comprometerme, no vacilé, comprendí que mi deber era venir… y aquí estoy… Lo que tú has querido hacer por mí, Dimitri Nicolef, tú, el amigo de Jean Yanof, tú, mi segundo padre, yo he querido hacerlo por ti.

—Y has hecho muy mal, Wladimir, has hecho muy mal… Yo soy inocente, no tenía nada que temer, no temía nada, y mi inocencia pronto hubiese sido reconocida.

—¿No he tenido razón, Ilka? —preguntó Wladimir a la joven.

—No respondas, hija mía —dijo Nicolef—. Tú no puedes decidir entre tu padre y tu novio… Yo te estimo, Wladimir, por lo que has creído deber hacer, ¡pero te censuro por haberlo hecho! Con mucha más razón deberías haber comprendido que más valía refugiarte en un lugar seguro… Desde allí me habrías escrito y, nada más recibir tu carta, yo habría hablado, habría revelado los motivos de mi viaje… ¿No podía soportar unos días más esta triste prueba a cambio de que estuvieses fuera de peligro?

—Padre —dijo Ilka, con voz firme—, vas a oír mi respuesta, sin embargo. Pase lo que pase, Wladimir ha hecho muy bien, y por mucho que yo viva no podré nunca pagarle el reconocimiento que le debo.

—Gracias, Ilka, gracias —exclamó Wladimir—. Ya me considero pagado, puesto que he podido evitar a su padre permanecer un día más bajo esa acusación.

La justificación de Dimitri Nicolef, tras la intervención de Wladimir Yanof, no dejaba ya lugar a dudas. La noticia se había propagado ya fuera. Que los hermanos Johausen opusiesen una rencorosa obstinación en no creerlo, que el mayor Verder viese con evidente disgusto cómo ese eslavo escapaba a sus acusaciones, que los amigos del banquero mostrasen toda clase de reservas sobre el incidente, no podía sorprender a nadie, y pronto se verá si habían rendido sus armas ante lo que parecía la evidencia misma. Pero sabido es con qué rapidez, a menudo ilógica e inestable, se producen los cambios de opinión en la muchedumbre. Fue precisamente lo que ocurrió en tal circunstancia. La efervescencia se calmó. Ya no se hablaba de invadir la casa de Dimitri Nicolef y los agentes de policía no tendrían que protegerlo del furor popular.

Pero quedaba por ver la situación de Wladimir Yanof. No porque su alma generosa y el sentimiento del deber le hubiesen traído a Riga a consumar su sacrificio dejaba de ser un condenado político, un evadido de las minas de Siberia.

Por ello el coronel Raguenof le dijo, con voz en la que se notaba cierta benevolencia atenuada por la reserva del funcionario moscovita, del jefe de policía:

—Wladimir Yanof, es usted un fuera de la ley, y debo hablar con el gobernador. Voy ahora mismo a hablar con el general Gorko. Pero hasta que

vuelva no veo inconveniente en dejarlo en esta casa, si usted me da su palabra de honor de que no va a tratar de huir.

—Le doy mi palabra, coronel —respondió Wladimir.

El coronel se marchó, no sin dejar a Eck y a sus hombres montando la guardia, en la calle.

Inútil insistir en la escena íntima de las vivas efusiones a que se entregaron Jean, Ilka y Wladimir, tras la marcha del doctor y del cónsul. Fueron aquellos unos instantes de felicidad que la familia del profesor no conocía ya desde hacía mucho tiempo. Hablaban y hasta casi hacían proyectos de porvenir. Se olvidaba la situación de Yanof, la condena que pesaba sobre él, las consecuencias de su evasión, que podían ser terribles, y el inminente retorno del coronel, que les daría a conocer las medidas ordenadas por el gobernador.

Volvió al cabo de una hora, y dijo:

—Por orden del general Gorko irá usted a la fortaleza de Riga, donde esperará las instrucciones que se han solicitado de Petersburgo.

—Estoy dispuesto a obedecer, coronel —respondió Wladimir—. Adiós, padre mío —dijo a Nicolef—. Adiós, hermano —dijo a Jean, y, cogiendo la mano de Ilka—: Adiós, hermana…

—No… ¡Tu mujer! —respondió la joven.

¿Cuánto duraría la separación…? Wladimir dejó la casa a la que acababa de llevar tanta felicidad.

Desde aquel momento, el extraordinario interés que presentaba el caso, tan lejos todavía de su conclusión, se concentró en el fugitivo que no había vacilado en sacrificar su libertad, y tal vez su vida, pues se le había condenado por crimen político. Difícil era no admirar su conducta, fuera cual fuese la opinión que se tuviera de Dimitri Nicolef. Era seguro que, incluso en el campo más opuesto, las mujeres celebraban a porfía la generosidad de corazón que había impulsado a Wladimir Yanof a actuar así. Y además, existía ese aspecto tan conmovedor de su vida, su amor a Ilka Nicolef, su brusca separación en el momento en que iba a cumplirse su unión… Y ahora, ¿cuáles serían las órdenes del Emperador[22]…? ¿Volvería el fugitivo al fondo de la Siberia oriental, de la que se había escapado a costa de tantas penalidades y tantos peligros? ¿Quedaría condenada su novia, tras la dicha de haberlo visto un instante, a llorarlo eternamente…? Cuando saliera de la fortaleza de Riga, ¿le valdría su conducta la obtención de la gracia o reemprendería el camino del exilio?

Sería un error, sin embargo, creer que la súbita e inesperada intervención de Wladimir Yanof hubiese proclamado para todos la inocencia de Dimitri Nicolef. No podía acontecer así en una ciudad tan infestada de germanismo como Riga. Las altas clases, particularmente, no soportaban que ese profesor, ese representante de los intereses eslavos, saliese absuelto de la acusación que pesaba sobre él.

La prensa de aquel partido no dejaba de expresar reservas, con notoria mala fe. En suma, no se había descubierto al asesino. Había una víctima que gritaba venganza, sobre todo por las bocas rencorosas e irreductibles de los enemigos de la influencia moscovita.

Frank Johausen resumía así la opinión de mucha gente, de los que no querían soltar la presa:

—Ahora se conocen los motivos del viaje de Nicolef… Iba a unirse con Wladimir Yanof en Pernau, de acuerdo… Cuando salió de la venta a las cuatro de la mañana, se dirigió a Pernau, de acuerdo… Pero ¿pasó la noche del 13 al 14 en el *kabak* de *La Cruz Rota*, sí o no…? ¿Fue Poch asesinado y robado esa noche en dicho *kabak*, sí o no…? ¿Puede ser el asesino otro que el viajero que ocupaba la habitación en la que se halló el instrumento que sirvió para forzar la del desgraciado, sí o no…? ¿Era Dimitri Nicolef ese viajero, sí o no…?

A preguntas así planteadas sólo era posible dar una respuesta afirmativa. Pero a esos «sí o no» del banquero podía oponerse también éstos: ¿Pudo ser cometido el crimen por un malhechor de fuera, sí o no…? ¿Podía ser el ventero Kroff el criminal, sí o no…? ¿Pudo éste, mejor que Nicolef, matar con toda facilidad a Poch, ya fuese antes o después de la partida del profesor, sí o no…? ¿Sabía Kroff que la cartera del empleado de banca contenía una suma considerable, sí o no…?

A eso la investigación respondía que los registros no habían revelado nada sospechoso contra el ventero, respuesta que no era absolutamente concluyente. Por otra parte, la justicia no se negaba a admitir que el autor del crimen fuese uno de los malhechores cuya presencia en la región de la alta Livonia se había denunciado desde hacía algún tiempo.

Tal era la opinión del coronel Raguenof, quien al día siguiente hablaba del caso con el mayor Verder, sin lograr convencerlo, como puede fácilmente imaginarse.

—Mire, mayor —decía—: que Nicolef haya salido por la ventana de su habitación durante la noche para penetrar por la ventana en la de Poch, me parece muy hipotético.

—¿Y las huellas? —objetó el mayor.

—¿Las huellas…? Pero habría que saber antes si eran recientes, lo que no está probado en absoluto… Ese *kabak* de *La Cruz Rota* está aislado en la carretera… Que algún merodeador haya tratado de arrancar la contraventana esa u otra noche es muy admisible.

—Tenga en cuenta, mi coronel, que el asesino tenía necesariamente que saber que había mucho dinero, y Nicolef no lo ignoraba.

—Ni otros tampoco —replicó vivamente el coronel Raguenof—, puesto que Poch fue lo bastante imprudente para hablar de eso y para mostrar su cartera… ¿Acaso Kroff no lo sabía y Broks, el conductor, y los *iemschicks* que se sucedieron en los diferentes relevos, sin contar a los campesinos y leñadores que estaban en la venta cuando Nicolef y Poch entraron?

Con seguridad, tal argumentación tenía su peso. Las presunciones no recaían únicamente sobre Nicolef. Quedaba todavía por demostrar, que el profesor se hallara en una situación pecuniaria tan difícil que no hubiera podido resolverla más que por un robo acoplado a un asesinato. Pese a todo, el mayor no quería rendirse y concluía que Nicolef era culpable.

—Y yo concluyo —respondió el coronel— que los alemanes son siempre alemanes.

—Como los eslavos son siempre eslavos —replicó el mayor.

—Dejemos, pues, al juez Kerstorf continuar su sumario —dijo el coronel Raguenof, poniendo término a la discusión—. Cuando la instrucción esté concluida, tiempo habrá de discutir los pros y los contras.

Manteniéndose al margen de aquellas opiniones, demasiado subordinadas a las pasiones políticas del día, el magistrado continuaba la instrucción del sumario con un minucioso cuidado. Sabía ahora lo que el profesor se había negado a revelar: los motivos de su viaje, y eso justificaba su repugnancia a creerlo culpable. Pero entonces ¿quién era el autor del crimen…? Un gran número de testigos desfilaron por su despacho: los postillones que habían conducido la mala entre Riga y Pernau, los campesinos y leñadores que estaban bebiendo en la venta a la llegada de Poch, todos los que estaban al corriente de lo que el empleado de banca iba a hacer a Revel, es decir, un pago por cuenta de los hermanos Johausen. Nada permitía incriminar a uno u otro de los testigos.

Al conductor Broks se le interrogó en varias ocasiones. Él sabía mejor que nadie cuál era la situación de Poch y que era portador de una suma considerable. Pero el buen hombre no daba pie a la menor sospecha. Después del accidente se había ido a Pernau con el tiro y el postillón. Se había

acostado en el albergue de la posta, no había ninguna duda a ese respecto. La coartada era indiscutible y no podía implicárselo en el caso.

Así pues, la intervención de un malhechor de fuera se veía descartada. Además, ¿cómo a un merodeador, sin relación alguna con el empleado de banca, se le habría ocurrido la idea de robarlo, a menos que se hubiese enterado en Riga, de una forma cualquiera, de la misión confiada a Poch…? Entonces, siguiéndolo para acechar la ocasión, se habría aprovechado del accidente que había obligado a Poch a refugiarse en el *kabak* de *La Cruz Rota…*

Aunque esta última hipótesis fuese admisible, en suma, era más probable, sin embargo, que el crimen hubiese sido cometido por uno u otro de los que habían pasado la noche en la venta. Ahora bien, éstos no eran más que dos: el ventero y Dimitri Nicolef.

Desde el día del asesinato, Kroff había permanecido en el *kabak*, bajo la estrecha vigilancia de los agentes. Conducido varias veces ante el juez de instrucción, había sufrido largos y minuciosos interrogatorios. Nada en su conducta ni en sus respuestas había dado pie a la más ligera sospecha. Él afirmaba tajantemente que Dimitri Nicolef debía de ser el asesino, pues había tenido toda clase de facilidades para perpetrar el crimen.

—¿Repite usted que no oyó ningún ruido durante la noche? —le preguntaba el magistrado.

—Ninguno, señor juez.

—Sin embargo, hubo que abrir una ventana y forzar otra…

—Mi cuarto da al patio —respondió Kroff—, y las ventanas de las otras habitaciones dan a la carretera… Yo dormía profundamente… Y además, aquella noche hacía un tiempo espantoso y la borrasca no permitía oír ningún ruido.

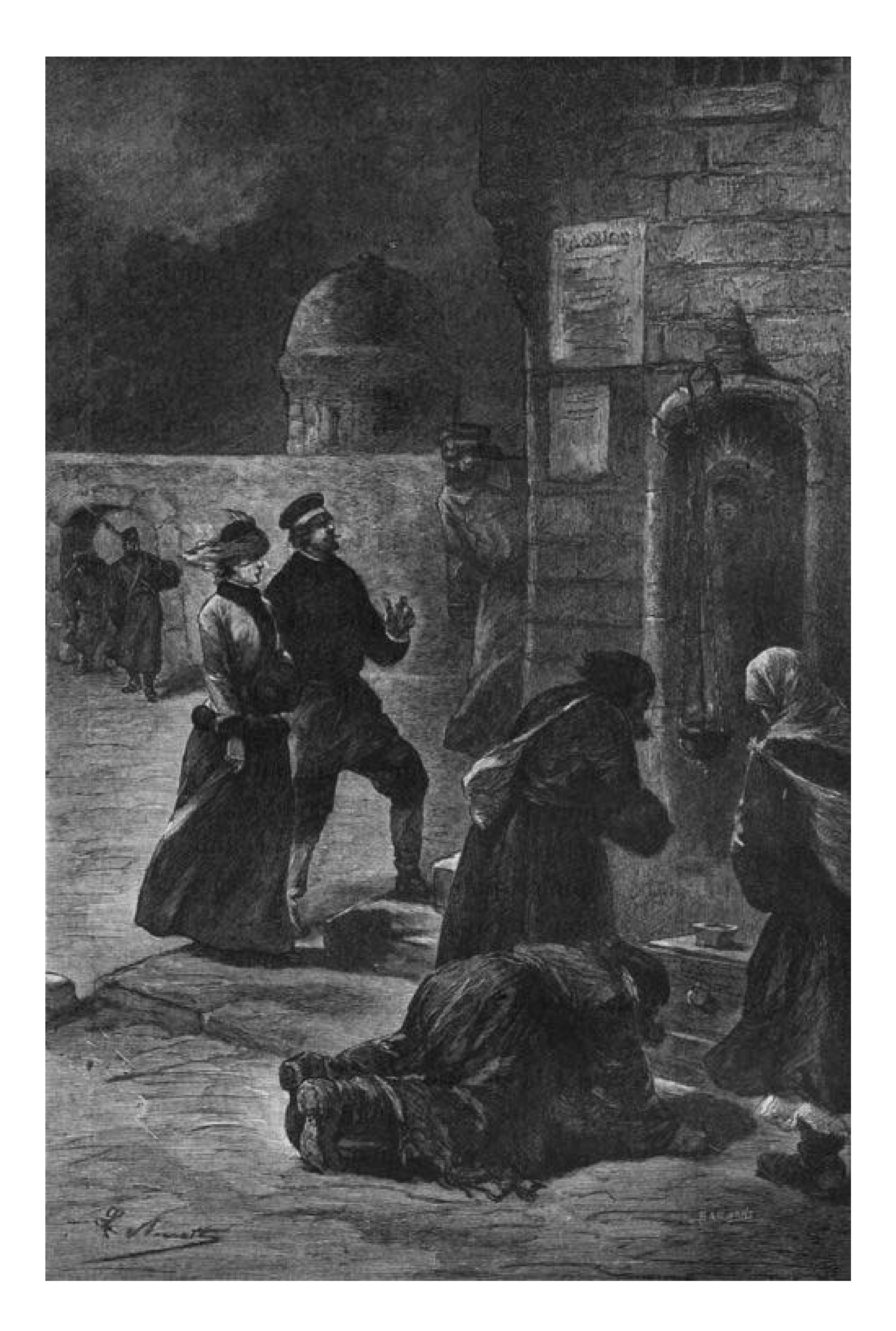
El juez miraba atentamente a Kroff mientras hacía sus declaraciones y, aunque tuviese en el fondo una cierta prevención contra él, no veía nada que permitiese poner en duda la veracidad del ventero.

Concluido el interrogatorio, Kroff regresaba libremente a *La Cruz Rota*. Si era culpable, más valía dejarlo en libertad, sin cesar de vigilarlo… Tal vez se comprometiera de una u otra forma…

Habían transcurrido cuatro días desde que se recluyó a Wladimir Yanof en la fortaleza de Riga.

En conformidad con las órdenes del gobernador, se había alojado al prisionero en una habitación. Se le trataba con las consideraciones que merecían su situación y su conducta. El general Gorko no dudaba de que tales

consideraciones serían aprobadas por las altas instancias, fuera cual fuese el desenlace que tuviera el caso Wladimir Yanof.



Retenido en su habitación por las consecuencias que tan terribles pruebas habían ocasionado sobre su salud, Dimitri Nicolef no pudo ir a verlo como hubiese deseado. Se había permitido a la familia Nicolef y a los amigos de Yanof el acceso a la prisión. Todos los días Jean e Ilka se presentaban en la fortaleza a ver al prisionero. De sus largas e íntimas conversaciones no estaba excluida la esperanza. Sí, ambos hermanos creían, querían creer en la magnanimidad del Emperador… Su Majestad no sería insensible a las súplicas de aquella desgraciada familia tan duramente golpeada desde hacía algún tiempo… Wladimir e Ilka no volverían a verse separados por millares de leguas, ni por una condena a perpetuidad, más terrible aún que la distancia… Las bodas de aquellos dos seres que se amaban podrían realizarse al fin dentro de unas semanas, si Wladimir se beneficiaba de la clemencia imperial… Se sabía que el gobernador hacía gestiones en ese sentido… La situación particular de Dimitri Nicolef en Riga, en vísperas de las elecciones, en las que representaba al partido eslavo, la tendencia del gobierno a rusificar la administración municipal en las provincias bálticas, todo concurría a la posibilidad de que el fugitivo fuese indultado.

El 24 de abril, tras despedirse de Yanof y de su padre y su hermana, Jean partió de Riga, de regreso a Dorpat. Quería volver con la frente muy alta, él, a quien se había tratado de hijo de asesino.

Inútil insistir en la acogida que le dispensaron sus camaradas, los de su corporación y Gospodin, más caluroso que nadie.

Pero inútil es también decir que los otros estudiantes, los dirigidos por Karl Johausen, no se habían rendido. Parecía, pues, imposible que no terminara en un grave incidente.

Se produjo al día siguiente del retorno de Jean Nicolef.

Jean, al pedir a Karl una reparación de sus insultos, los agravó aún más al negarse a batirse con él.

Jean lo abofeteó. El duelo, ya inevitable, dejó a Karl Johausen gravemente herido.

Puede juzgarse el efecto que la noticia del duelo causó en Riga. Frank Johausen y su esposa acudieron enseguida a cuidar a su hijo, tal vez agonizante. ¡Con qué violencia, sin duda, se reanudaría a su regreso la lucha entre enemigos tan encarnizados!

Mientras tanto, cinco días después, la respuesta relativa a Wladimir Yanof llegó de Petersburgo.

Tenían razón quienes confiaban en la generosidad del Emperador. Se indultaba por completo al proscrito, evadido de las minas de Siberia, y

Wladimir Yanof fue puesto inmediatamente en libertad.

Capítulo XIII

Segunda inspección

El indulto de Wladimir Yanof iba a producir un efecto tremendo, no sólo en Riga, sino también en todas las provincias bálticas. Se vio en ello una prueba intencionada de la actitud del gobierno de mostrarse favorable a las tendencias antigermánicas. La población obrera aplaudió sin reservas la medida de gracia. Entre la nobleza y la burguesía se censuró la clemencia imperial, que, después de Wladimir, parecía alcanzar y cubrir a Dimitri Nicolef. Ciertamente, la generosa conducta del fugitivo al entregarse merecía la gracia y, con ella, su completa rehabilitación y la recuperación de todos sus derechos civiles de que le había privado una condena política. Pero ¿no sería también una forma de protesta contra las inculpaciones hechas contra el profesor, un ciudadano hasta entonces honorable y honrado, y designado como representante del partido eslavo en las próximas elecciones?

Así fue, al menos, como se juzgó la medida del Emperador, y el general Gorko no ocultó su opinión a este respecto.

Wladimir Yanof salió de la fortaleza de Riga en compañía del coronel Raguenof, que había ido a comunicarle el ucase[23] del zar. Se dirigió inmediatamente a casa de Dimitri Nicolef, quien no sabía nada, por haberse mantenido en secreto la noticia. Ilka y su padre la conocieron por el propio Wladimir.

La alegría y la gratitud inundaron como una ola aquella modesta casa, a la que parecía haber vuelto la fortuna.

No tardaron en acudir el doctor Hamine, Delaporte y algunos otros amigos de la familia. Todos abrazaron y felicitaron a Wladimir. ¿Quién pensaba ya en las acusaciones que se habían abatido sobre el profesor?

—Aunque hubiese sido condenado usted —le dijo Delaporte—, ni uno de nosotros hubiese dudado de su inocencia.

—¡Condenado! —exclamó el doctor—. ¿Cómo hubiera podido serlo?

—Y, si se hubiese pronunciado la condena —declaró Ilka—, Wladimir, Jean y yo consagraríamos nuestra vida a lograr tu rehabilitación, padre.

Dimitri Nicolef, con el corazón en un puño, pálido de emoción, no pudo pronunciar una palabra. Sonreía tristemente, diciéndose que puede esperarse cualquier cosa de la incierta justicia de los hombres.

¿Acaso no hay demasiados ejemplos de condenas inicuas y a menudo irreparables?

La velada reunió, alrededor del té, a los más íntimos amigos de Wladimir y de Nicolef. Grandes manifestaciones de alegría y de sentimentalismo se produjeron cuando, con toda sencillez, dijo Ilka:

—Seré tu mujer cuando quieras, Wladimir.

Se fijó la fecha de la boda para unas seis semanas después. Se dispuso una habitación para Wladimir Yanof en la planta baja. Conocida era la fortuna de los novios. Ilka no tenía nada, y hasta entonces Nicolef no había dicho nada sobre su situación, sobre su compromiso con los hermanos Johausen por las deudas paternas. A fuerza de ahorrar había pagado ya una buena parte y esperaba poder hacer lo mismo con el resto. Al no haber dicho nada a sus hijos, éstos ignoraban que la última letra de dieciocho mil rublos vencía dentro de quince días. No tendría, sin embargo, más remedio que confesarlo. Wladimir no debía de ignorar la existencia de un peligro tan inquietante para la familia… No por ello iban a cambiar sus sentimientos hacia Ilka. Por su parte, con la suma que le había restituido Dimitri Nicolef y con su energía e inteligencia podía esperar asegurarse el futuro.

La felicidad de la familia Nicolef, mucho más grande de lo que nunca había esperado alcanzar, contrastaba vivamente con la amargura de la familia Johausen. Podía esperarse que Karl, tan gravemente herido, se curaría con el tiempo y con buenos cuidados, y ya lo habían trasladado a Riga. Pero en la lucha que sostenía directamente contra el profesor, al que hacía poco creía haber aniquilado, Frank Johausen sentía que se le escapaba la victoria. Parecía que se le había ido de las manos las armas terribles procuradas por los acontecimientos, y que no había vacilado en utilizar, impulsado por su odio. La mala situación financiera de su rival, la deuda contraída con él y que tal vez no fuera satisfecha a su vencimiento, era todo lo que le quedaba para arruinar a su enemigo político.

Lo cierto es que la opinión pública —la de la gente desapasionada y que juzgaba los hechos con imparcialidad— iba abandonando, poco a poco, la acusación contra Dimitri Nicolef y tendía a volverse contra el propietario del *kabak* de *La Cruz Rota*.

En efecto, si se descartaba también la intervención de un malhechor de fuera, las sospechas debían recaer necesariamente sobre Kroff. Sus antecedentes ¿testimoniaban a favor o contra él…? A decir verdad, no eran ni buenos ni malos. Kroff tenía la reputación de ser un hombre rudo, ávido de dinero. Poco comunicativo, muy taimado, vivía solo, sin familia, en aquel *kabak* aislado, frecuentado por campesinos y leñadores. Sus padres, de origen alemán y de religión ortodoxa (lo que no es raro en las provincias bálticas), habían vivido tan miserablemente como él del producto del establecimiento. La casa y el corral era todo lo que su hijo había heredado de ellos, y su valor no llegaba a un millar de rublos.

Allí, Kroff, soltero, sin sirvientes, hacía todo por sí solo y no se ausentaba más que para renovar sus provisiones en Pernau.

El juez Kerstorf había abrigado desde el principio ciertas sospechas contra él. ¿Estaban fundadas tales sospechas, y había tratado Kroff de desviarlas acusando al viajero que había llegado con Poch…? ¿No sería él quien dejó las huellas en la ventana de la habitación, quien colocó el atizador en la chimenea tras haberse servido de él para forzar la contraventana, quien cometió el crimen, ya antes, ya después de la partida de Dimitri Nicolef, contra el cual, gracias a las precauciones adoptadas, se orientarían las sospechas de la justicia…?

¿No habría que seguir esa nueva pista que podría conducir al objetivo, si se actuaba con prudencia…?

Desde que la situación de Dimitri Nicolef parecía haber mejorado notablemente con el testimonio de Wladimir Yanof, Kroff podía temer que la suya fuese menos segura. Había que descubrir a toda costa al autor del crimen y, en lo sucesivo, ¿no se orientaría la investigación hacia él?

Como es sabido, desde el día del asesinato Kroff no había salido del *kabak* más que para ir al despacho del juez de instrucción. Aunque estuviese libre, se sentía muy vigilado por los agentes de policía que montaban allí la guardia día y noche.

Nadie había podido entrar en las habitaciones del viajero y de Poch, cerradas con llave. Las llaves estaban, además, en poder del magistrado.

Todo estaba, pues, tal y como había quedado tras la primera inspección.

Por mucho que Kroff repitiera a todo el mundo que la instrucción se equivocaba de camino al abandonar la acusación contra Nicolef, por mucho que insistiera en que el culpable era el viajero y no cesara de acusarlo ante el juez Kerstorf, con el apoyo de los enemigos del profesor, y que, por su parte, los amigos de éste achacaran el crimen al ventero, la verdad es que la situación de uno y otro no quedaría clara y seguiría dando lugar a las más violentas imputaciones, mientras el criminal no cayera en manos de la justicia.

Wladimir Yanof y el doctor Hamine hablaban a menudo de la situación. Comprendían que la única eventualidad que podría cerrar la boca a los Johausen y a sus partidarios sería no sólo la detención del autor del crimen, sino también su enjuiciamiento y condena. Y mientras Dimitri Nicolef parecía desligarse del caso, sin ocuparse ni hacer nunca la menor alusión a él, sus amigos no cesaban de ayudar a la instrucción con las informaciones que trataban de recoger.

Se mostraron tan afirmativos en sus acusaciones al ventero que, bajo la presión de la opinión pública, el juez Kerstorf y el coronel Raguenof decidieron efectuar una segunda inspección en el *kabak* de *La Cruz Rota*.

El nuevo registro se efectuó el 5 de mayo.

El juez Kerstorf, el mayor Verder y el brigadier Eck llegaron por la mañana al *kabak*.

Los agentes de policía, apostados en la casa, no tenían ninguna novedad que señalar.

Kroff, que esperaba la visita del magistrado, se puso con gran celo a su disposición.

—Señor juez —dijo—, no ignoro que quieren comprometerme en este asunto… Pero esta vez espero que se vaya usted convencido de mi inocencia.

—Ya veremos —repuso el juez—. Comencemos…

—¿Por la habitación del viajero, cuya llave tiene usted? —dijo el ventero.

—No —respondió el magistrado.

—¿Tiene la intención de visitar toda la casa? —preguntó el mayor Verder.

—Sí, mayor.

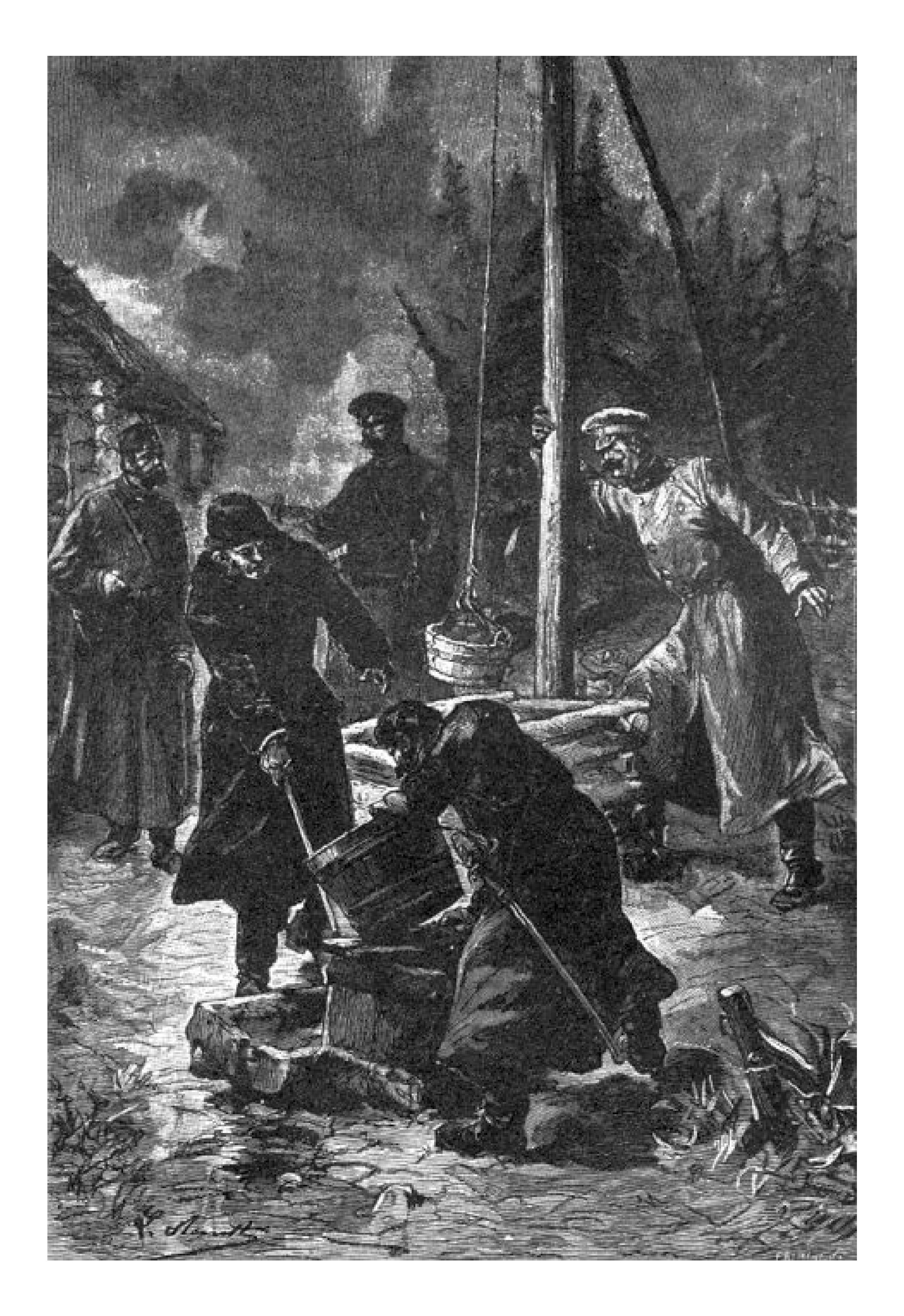
—Yo creo, señor Kerstorf, que si queda algún nuevo indicio por hallar debe de estar más bien en el cuarto que ocupó Dimitri Nicolef.

Tal observación demostraba que al mayor no le cabía ninguna duda sobre la culpabilidad del profesor y, en consecuencia, sobre la perfecta inocencia del ventero. Nada había podido modificar su opinión, basada en los hechos: el

asesino era el viajero, y el viajero era Dimitri Nicolef. No había quien lo sacara de ahí.

—Guíenos —ordenó el juez al ventero.

Kroff obedeció con una diligencia que testimoniaba a su favor. Bajo la dirección del brigadier Eck, en presencia del juez y del mayor, los agentes registraron por segunda vez el anexo del huerto y los cobertizos.



Luego se exploró el huerto con un minucioso cuidado, al pie de cada árbol, a lo largo del seto y de los bancales en los que vegetaban escasas legumbres. Tal vez Kroff habría enterrado en alguna parte el producto del robo, si es que lo había cometido, y eso es lo que importaba establecer.

La búsqueda fue inútil.

El único dinero que contenía el armario del ventero era un centenar de rublos en billetes de veinticinco, diez, cinco, tres y uno, es decir de un valor inferior a los que llevaba el empleado de banca en su cartera.

El mayor Verder dijo aparte al juez:

—No olvide, señor Kerstorf, que desde el día del crimen Kroff no ha salido del *kabak* sin compañía, pues los agentes llegaron aquella misma mañana.

—Lo sé —respondió Kerstorf—, pero antes de la llegada de los agentes y después de la partida del señor Nicolef estuvo solo durante algunas horas.

—En fin, señor Kerstorf, ya ve que no hemos encontrado nada comprometedor.

—Nada, en efecto, hasta ahora. Pero todavía no hemos acabado. ¿Tiene usted las llaves de las dos habitaciones, mayor?

—Sí, señor Kerstorf.

En efecto, las llaves habían sido depositadas en la jefatura de policía, y el mayor Verder las sacó de su bolsillo.

Abrieron la puerta de la habitación en la que Poch había sido asesinado.

El cuarto se hallaba en el mismo estado en que lo habían dejado los agentes tras la primera inspección. Fue fácil comprobarlo al abrir las contraventanas. La cama seguía deshecha, la almohada manchada de sangre y el suelo conservaba la mancha dejada por el reguero ya seco de sangre que se extendía hasta la puerta. No hallaron ningún nuevo indicio. El asesino, fuera quien fuese, no había dejado huellas de su paso.

Tras cerrar las contraventanas, Kerstorf, el mayor, el brigadier, Kroff y sus hombres regresaron a la sala.

—Vamos a ver la segunda habitación —dijo el juez.

Examinaron la puerta sin hallar ninguna huella visible.

Por otra parte, los agentes alojados en el *kabak* podían afirmar que nadie había intentado abrirla. Ni uno ni otro habían abandonado la casa desde hacía diez días.

La habitación estaba sumida en una profunda oscuridad. El brigadier Eck se dirigió hacia la ventana, la abrió de par en par, levantó la barra de las contraventanas, y las replegó contra el muro. Pudieron así operar a plena luz.

Ningún cambio desde la última inspección. Al fondo, el lecho donde había dormido Dimitri Nicolef. A la cabecera de la cama, una grosera mesilla de noche con un candelabro de hierro cuya resina se hallaba consumida a medias. Una silla de paja en un rincón y un taburete en otro. A la derecha, un armario con las puertas cerradas. Al fondo, la chimenea, es decir, un hogar formado por dos piedras lisas. Por encima, la campana, ancha en su parte inferior y que iba estrechándose al ascender hacia el techo.

Se examinó el lecho y, al igual que la primera vez, no se encontró ningún indicio sospechoso. En el armario y en sus cajones no había ropa ni papeles, estaba completamente vacío.

Se examinó minuciosamente el atizador, que estaba colocado en un ángulo de la chimenea. Torcido en su extremidad, era evidente que podía haber sido utilizado como palanca para forzar el postigo de la otra ventana. Pero no era menos evidente que cualquier otro utensilio, un sencillo bastón, por ejemplo, habría bastado para la fractura, dado el mal estado en que se hallaba el postigo.

Volvieron a examinar las señales dejadas en el alféizar de la ventana. ¿Indicaban el paso de un individuo a través de la ventana? No se podía afirmar.

El juez se dirigió a la chimenea.

—¿Encendió fuego el viajero? —le preguntó a Kroff.

—Seguramente no —respondió el ventero.

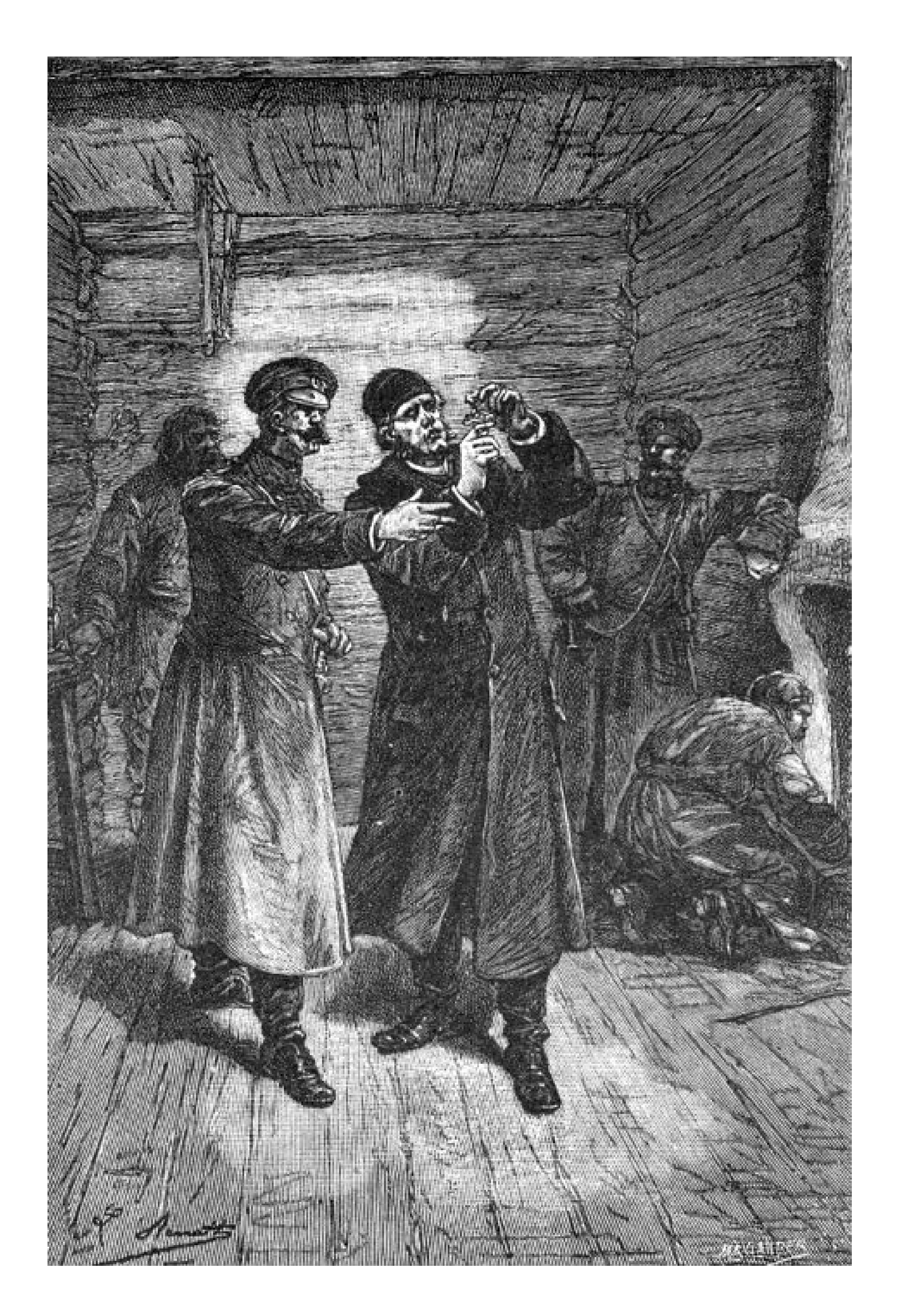
—¿Examinamos las cenizas la primera vez?

—Creo que no —replicó el mayor Verder.

—Hágalo.

El brigadier se inclinó sobre el hogar, y, en el rincón de la izquierda, vio un papel medio quemado del que no quedaba más que una esquina y que estaba confundido con las cenizas.

Los asistentes se llevaron una gran sorpresa cuando reconocieron en aquel trozo de papel un residuo de billete de banco. ¡Sí, sin duda, era uno de los billetes de cien rublos, cuyo número había sido consumido por la llama! ¿Y qué otra llama podía ser sino la del candelabro de la mesilla, puesto que no se había encendido fuego en la chimenea?



Además el fragmento de papel estaba manchado de sangre. No había duda de que habían sido las manos del asesino las que habían manchado el billete y que por eso lo había quemado. ¿Y de dónde podía provenir el billete si no era de la cartera de Poch?

¡De aquella incineración incompleta quedaba un testimonio abrumador!

Ya no era posible la duda. ¿Cómo admitir que el crimen hubiese sido cometido por un malhechor de fuera? ¿No resultaba manifiesto que el asesino era el viajero que ocupaba aquella habitación, a la que había vuelto por la ventana tras el crimen y de la que había salido a las cuatro de la mañana?

El mayor y el brigadier cambiaron una mirada que corroboraba una convicción adquirida y compartida desde hacía tiempo. Pero como el señor Kerstorf no dijera nada, se callaron.

Kroff, en cambio, no pudo contenerse.

—¿Qué le decía yo, señor juez? Y ahora, ¿sigue usted dudando de mi inocencia?

El juez puso el trozo de billete en su cuadernito, como pieza de convicción, y se limitó a responder:

—La inspección ha terminado, señores. Salgamos y vayámonos al instante.

Un cuarto de hora después, el coche rodaba por la carretera de Riga, mientras los agentes de policía continuaban montando la vigilancia del *kabak* de *La Cruz Rota*.

Al día siguiente, muy temprano, se informó a Frank Johausen del resultado de la inspección. Al haber desaparecido el número del billete quemado, no se podía verificar si era uno de los billetes de Poch, cuyos números se conservaban en el banco. Pero parecía evidente que debía de pertenecer a la serie de los que le habían sido robados a Poch.

La noticia se propagó rápidamente. Los amigos de Dimitri Nicolef quedaron aterrados. El caso iba a entrar en una segunda fase, o más bien a volver a la primera. ¡Qué terribles pruebas amenazaban aún a aquella familia que se creía ya segura!

Los partidarios de los Johausen acogieron la noticia alborozadamente. Para ellos la detención de Dimitri Nicolef sería ordenada de un momento a otro, y no podría escapar, ante el jurado, a la pena que merecía aquel espantoso crimen.

El doctor Hamine puso al corriente a Wladimir Yanof del hallazgo. Ambos resolvieron no decir nada a Nicolef. No tardaría éste en enterarse de los nuevos cargos que recaían sobre él.

Wladimir hubiera querido impedir que los rumores llegaran a su novia… Fue imposible, y aquel mismo día la vio abrumada de dolor.

—Mi padre es inocente… Mi padre es inocente… —repetía, sin poder decir otra cosa.

—Sí, querida Ilka, lo es, y lograremos descubrir al culpable y confundir a los que lo acusan… En verdad, yo me pregunto si no hay en todo esto una infame maquinación con el fin de perder al mejor y al más honrado de los hombres.

Así razonaba aquel hombre generoso. Demasiado sabía él hasta dónde puede llegar la venganza política. Pero ¿qué probaba que tal infamia hubiese sido tramada y que tales maquinaciones pudieran triunfar?

Ocurrió lo que tenía que ocurrir.

Aquella misma tarde el juez de instrucción requirió la comparecencia de Dimitri Nicolef. Él bajó enseguida al salón, donde Wladimir e Ilka lo pusieron al corriente de lo que ocurría.

—¿Otra vez con ésas? —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Es que esto no va a terminar nunca?

—Esperan de ti un nuevo testimonio, padre —dijo la joven.

—¿Quiere que lo acompañe? —preguntó Wladimir.

—No, gracias, Wladimir.

El profesor salió, y al cabo de un cuarto de hora de rápida marcha entraba en el despacho del señor Kerstorf.

El magistrado y su escribano estaban solos en ese momento. Al término de una entrevista que había mantenido con el gobernador y el coronel Raguenof, habían decidido someter al profesor a un segundo interrogatorio. Se dejaba el arresto de éste a la discrecionalidad de la conciencia del magistrado.

El juez invitó a Nicolef a sentarse y, con una voz que denotaba una cierta emoción, le dijo:

—Señor Nicolef, ayer efectuamos una segunda inspección en la venta de *La Cruz Rota*… Bajo mi supervisión, los agentes visitaron minuciosamente todo el edificio sin encontrar nada nuevo… Pero en la habitación que ocupó usted durante la noche del 13 al 14 de abril, apareció esto…

Y mostró al profesor el trocito de billete.

—¿Qué es ese pedazo de papel? —preguntó Dimitri Nicolef.

—Es lo que queda de un billete de banco, que había sido quemado y arrojado a las cenizas de la chimenea…

—¿Uno de los billetes de banco que le robaron a Poch?

—Parece, al menos, verosímil que así sea —respondió el magistrado—, y no le sorprenderá, señor Nicolef, que le diga que eso parece constituir un cargo contra usted…

—¿Contra mí? —preguntó el profesor, a la vez que recuperaba su tono irónico y desdeñoso—. ¡Cómo, señor juez! ¿Se sigue sospechando de mí? ¿No me han justificado definitivamente las declaraciones de Wladimir Yanof?

El señor Kerstorf evitó responder. Miraba con una extremada atención a Nicolef, aquel desgraciado cuya enfermiza fisonomía atestiguaba que no se había recuperado aún de la conmoción moral causada por aquella sucesión de tribulaciones.

Y, al parecer, no habían llegado a su término, puesto que otras sospechas recaían sobre él.

Dimitri Nicolef se pasó la mano por la frente y dijo:

—Así que ese fragmento de billete ha sido recogido del hogar de la chimenea en la que yo pasé la noche…

—Sí, señor Nicolef.

—¿Quedó cerrada la habitación tras la primera inspección?

—Cerrada con llave, y es seguro que no se ha abierto la puerta…

—¿No ha podido introducirse nadie en la habitación?

—Nadie.

Convenía, sin duda, al magistrado, invertir los papeles y dejarse interrogar.

—Este billete estaba manchado de sangre —prosiguió Nicolef, tras haberlo examinado— y luego ardió incompletamente. ¿Y lo han encontrado entre las cenizas?

—Así lo encontramos.

—Entonces, ¿cómo pudo pasarles inadvertido durante la primera inspección?

—No me lo explico, y me sorprende, puesto que estaba seguramente en ese lugar, ya que nadie ha podido ponerlo después…

—A mí no me sorprende menos que a usted —respondió no sin cierta ironía Dimitri Nicolef—. Y no debería decir que me sorprende, sino que me inquieta, pues, sin duda, me están acusando a mí de haber quemado el billete y de haberlo arrojado a la chimenea, ¿no?

—Así es, a usted —respondió el señor Kerstorf.

—Y entonces —prosiguió el profesor con su tono irónico—, dado que este billete formaba parte del fajo que contenía la cartera del empleado de banca y dado que fue extraído de la cartera tras el asesinato de Poch, no hay

duda de que el ladrón es el viajero que ocupaba el cuarto, y, en fin, como ese viajero era yo, yo soy el asesino.

—¿Es que puede dudarse? —preguntó el juez, que no perdía de vista el rostro de Nicolef.

—De ningún modo, señor juez… ¡Todo se encadena…! La deducción es perfecta… Sólo que a su argumentación le opondré la mía, si me lo permite.

—Adelante, señor Nicolef.

—Yo salí de la venta de *La Cruz Rota* a las cuatro de la mañana… ¿Se había cometido ya el crimen en aquel momento…? Sí, si el autor soy yo; no, si no lo soy… Por lo demás poco importa… Pues bien, señor juez, ¿puede usted afirmar que no pudo el asesino, después de marcharme yo, tomar todas las medidas y precauciones para que las sospechas recayeran sobre el viajero, es decir, sobre mí? ¿Pudo entrar en la habitación, dejar en ella el atizador, arrojar a la chimenea uno de estos billetes manchados de sangre tras haberlo quemado incompletamente, raspar luego el borde exterior de la ventana a fin de establecer que era yo quien la había franqueado para ir a asesinar al empleado de banca, sí o no?

—De lo que usted dice, señor Nicolef, se infiere una acusación directa al ventero Kroff.

—Kroff u otro cualquiera… No me compete a mí descubrir al culpable… ¡Yo tengo que defenderme y me defiendo!

A Kerstorf le impresionó la actitud de Dimitri Nicolef. Lo que éste acababa de decir se lo había dicho él a sí mismo muchas veces… ¡No! Se negaba a creer culpable a un hombre con una vida tan honrada tras de sí… Pero, en fin, aunque pudiera sospecharse de Kroff, las investigaciones efectuadas, los elementos de información que tenía y los testimonios no presentaban la menor prueba contra el ventero. Así se lo hizo observar el juez a Nicolef durante la continuación del interrogatorio, que aún se prolongó una hora más.

—Señor juez —dijo el profesor—, es a usted a quien le corresponde determinar sobre quién de nosotros dos, Kroff o yo, pesan los cargos más abrumadores. Todo hombre justo que examine fríamente las cosas puede y debe ahora afirmar que no se presentan favorablemente para mí… Por lo motivos que usted sabe, tuve que silenciar la razón de mi viaje… Ya los conoce usted desde que Wladimir Yanof se entregó para comunicárselos… Este era el punto dudoso de mi causa, y ha quedado públicamente aclarado… ¿Es el ventero el autor del crimen o un malhechor de fuera? Es la justicia la que debe pronunciarse… En lo que a mí concierne, yo no pongo en duda la

culpabilidad de Kroff… Él sabía que Poch iba a Revel a efectuar un pago por cuenta de los hermanos Johausen… Sabía que la suma era considerable… Sabía que yo iba a irme a las cuatro de la mañana… Sabía todo lo que había que saber para cometer el asesinato y responsabilizar de él al viajero que había llegado con el empleado de banca… Antes o después de mi partida asesinó a ese desgraciado… Después de mi partida, entró en mi habitación, arrojó el resto de uno de los billetes al hogar de la chimenea y dispuso todo para establecer mi culpabilidad… Pues bien, si cree usted aún que yo soy el asesino de Poch, póngame frente a un jurado… Yo acusaré a Kroff… ¡El debate será entre nosotros dos, y sabré a qué atenerme sobre la justicia de los hombres, si me condenan a mí!

Al presentar tales argumentos que, según él, concluían en su justificación, Dimitri Nicolef lo hizo con menos animación de la que puede suponerse. El juez no lo había interrumpido y, cuando el profesor, al terminar, añadió:

—¿Va a firmar la orden de mi detención?

—No, señor Nicolef —respondió.

Capítulo XIV

Golpe tras golpe

Era evidente que el caso quedaba limitado al ventero Kroff y al profesor Dimitri Nicolef. El fragmento de billete recogido en el rincón de la chimenea descartaba toda idea de que el crimen hubiese sido cometido por uno de los malhechores cuya presencia en aquella parte de la provincia livonia había sido señalada por la policía. ¿Cómo hubiera podido uno de los merodeadores introducirse en el cuarto del viajero, tras haber cometido el asesinato, para dejar el atizador, admitiendo que tal utensilio hubiese servido para forzar la contraventana, y para arrojar a la chimenea el billete quemado, del que sólo quedaba la esquina recogida de las cenizas…? Parecía imposible que ni Dimitri Nicolef ni Kroff hubiesen oído nada, por muy profundo que fuese el sueño de uno y otro… ¿Y por qué se le habría ocurrido al asesino la idea de hacer recaer la responsabilidad del crimen sobre el viajero…? Una vez realizados el asesinato y el robo, habría huido a toda velocidad, y la llegada del día lo habría pillado muy lejos del *kabak* de *La Cruz Rota*.

Eso es lo que decía el sentido común. La instrucción del sumario debía, pues, reducirse a aquellos dos hombres de tan diferente situación social, y pronunciarse entre ambos.

Sin embargo, lo que no dejó de sorprender, incluso a las personas más tranquilas, es que, tras el último registro efectuado en la venta, no se dictase orden de arresto ni contra uno ni contra otro.

Fácil es imaginar que tras las nuevas comprobaciones la animación de los partidos se desencadenara con una pasión aún más violenta. Es importante destacar aquí que el caso se cargó con mucha más fuerza de la animosidad pública, que dividía en dos campos no sólo a la ciudad de Riga, sino también a los tres gobiernos de las provincias bálticas.

Dimitri Nicolef era eslavo, y los eslavos lo apoyarían tanto por el interés de la causa como porque, en realidad, se negaban a creerlo culpable del crimen.

Kroff era de origen germánico, y los alemanes se erigían en sus defensores, más por combatir a Dimitri Nicolef que porque se interesaran por el propietario de un miserable *kabak* rural.

Los periódicos rivalizaron en artículos sensacionalistas, según la opinión que defendieran. Se discutía en los palacetes de la nobleza, en las casas de la burguesía, en los establecimientos de los comerciantes y en los alojamientos de los obreros y de los asalariados.

Hay que reconocer que la situación del gobernador general se complicaba. Se aproximaba la fecha de las elecciones municipales. Ello exacerbaba el entusiasmo con que los eslavos proclamaban a Dimitri Nicolef como su candidato contra Frank Johausen.

La familia del rico banquero, sus amigos, sus clientes, lejos de abandonar la lucha, combatían con todos los medios en su poder. No es necesario decir que tenían con ellos la potencia del dinero y que no lo escatimaban a los periódicos de su partido. Éstos acusaban a las autoridades y a los magistrados de debilidad y hasta de parcialidad. Exigían la detención de Dimitri Nicolef, y los que hablaban con más moderación pedían al menos el arresto del ventero y del profesor. Era de la mayor importancia que el caso llegara a un desenlace, fuera el que fuese, antes de que los partidos se encontraran en el terreno electoral. Y el escrutinio, que por vez primera iba a funcionar en condiciones nuevas, era ya inminente.

En medio de un conflicto del que apenas se preocupaba, ¿qué era de Kroff?

Kroff no salía del *kabak*, donde los agentes ejercían una severa vigilancia. Continuaba realizando su oficio. Cada tarde sus clientes, campesinos y leñadores, se reunían, como de costumbre, en la venta. Pero se veía que la situación no dejaba de inquietarlo. Como el profesor se hallaba en libertad, él temía ser detenido. Más insociable que nunca, bajando los ojos ante las miradas demasiado directas, acusaba incesantemente a Nicolef con un vigor, una tenacidad y una cólera que le hacían subir la sangre al rostro hasta el punto de hacer temer que le diera una congestión.

Normalmente reina la alegría en una casa en la que se hacen preparativos de boda. Toda la familia está de fiesta, se abren las ventanas de par en par al aire y a la alegría, y la felicidad surge de todas partes.

No ocurría así en casa de Dimitri Nicolef. Tal vez no pensara ya en el asunto que tan profundamente había turbado su vida, pero ¿no debía temer todo por parte de unos implacables acreedores que eran sus más encarnizados enemigos?

Habían transcurrido siete días desde el último interrogatorio en el despacho del juez Kerstorf.

Era el 13 de mayo.

Al día siguiente vencía el compromiso suscrito por Nicolef. Si por la mañana no se presentaba en la caja de los Johausen Hermanos con los dieciocho mil rublos debidos, sería emplazado judicialmente. Ahora bien, carecía de esa suma. Tras haber pagado ya una parte de las deudas paternas, es decir, siete mil rublos, había esperado poder liberarse del resto, pero era incapaz de hacer frente al vencimiento.

Era lo que esperaban los Johausen. Un dilema terrible contra su deudor. O Dimitri Nicolef no era capaz de pagar o lo era. En el primer caso, si el desenlace del enigma de *La Cruz Rota* le era favorable, si la instrucción que proseguía su curso descubría algún cargo contra el ventero, si, en fin, quedaba probada la culpabilidad de Kroff y era detenido y juzgado, mientras que la inocencia del profesor quedaba proclamada en toda su plenitud por la condena del verdadero culpable, los Johausen lo tendrían aún a su merced con aquella letra que no podía reembolsar. Al caer sobre él con todo su rigor, harían pagar la sangre del joven Karl y todo lo que habían sufrido en sus intereses y en su amor propio a aquel rival que levantaba contra el elemento germánico la bandera del paneslavismo.

En el segundo caso, si Dimitri Nicolef tenía los fondos necesarios para pagar, es que provenían del robo cometido en el *kabak*. Los Johausen sabían que el profesor había podido pagar los siete mil de los veinticinco mil rublos que les debía a costa de grandes sacrificios, con sus últimos recursos. ¿Dónde iba a encontrar los dieciocho mil rublos restantes, si no se los había procurado con un acto criminal…? Y entonces, si llevaba esa suma el día del vencimiento, con aquellos billetes, cuya numeración ignoraba él que se hallase en poder del Banco, Nicolef se denunciaría a sí mismo, y esa vez ni la protección de las autoridades ni la intervención de sus amigos podrían impedir que se encontrara perdido, irremediablemente perdido.

Transcurrió la mañana del día siguiente sin que Dimitri Nicolef se presentara ante la caja de Johausen hermanos.

Por la tarde, hacia las cuatro, los banqueros presentaron la demanda por la que se emplazaba a Dimitri Nicolef al pago de la suma de dieciocho mil

rublos.

Quiso la desgracia que fuese Wladimir Yanof quien recibiese la citación judicial de manos del ujier. Sí, la desgracia, como se verá.

Wladimir leyó la citación y supo así que Nicolef, comprometido por las deudas paternas, debía aún una suma considerable a los Johausen. Wladimir lo comprendió todo, al recordar que en otro tiempo el profesor había tenido graves problemas pecuniarios tras la muerte de su padre; comprendió que Nicolef había asumido las deudas contraídas por su padre; comprendió también que, si nunca había hablado de ello a sus hijos, era para no añadir aquella preocupación a tantas otras y porque esperaba poder liberarse de ellas a fuerza de ahorros y de trabajo. Todo lo comprendió Wladimir, y también cuál era su deber.

Su deber era salvar a Dimitri Nicolef, puesto que podía hacerlo. ¿No poseía una suma más que suficiente: los veinte mil rublos procedentes de la suma conservada en depósito por Dimitri Nicolef y legada por Jean Yanof, que aquél le había entregado en Pernau? Pues bien, con aquel dinero reembolsaría íntegramente a los Johausen la deuda de Nicolef y salvaría a éste de la última catástrofe.

Eran las cinco de la tarde y el banco cerraba a las seis.

Wladimir Yanof no tenía ni un instante que perder. Resuelto a no decir nada de lo que se proponía hacer, se fue a su cuarto, cogió de su mesa la cantidad necesaria, salió sin ser visto y se dirigió a la puerta.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Jean e Ilka, que regresaban juntos.

—¿Se va, Wladimir? —dijo la joven tendiéndole la mano.

—Sí, querida Ilka —respondió Wladimir—, voy a un recado que no me llevará mucho tiempo. Volveré antes de la cena.

Tal vez pensó entonces en poner al corriente a los hermanos de lo que iba a hacer… Se contuvo. Si nada lo obligaba a hablar de ello, prefería que no se supiera antes de la boda. Después, cuando ya la joven fuera su esposa, se lo diría, y él sabía que aprobaría que hubiera salvado a su padre aun comprometiendo su futuro.

—Vuelva pronto, Wladimir —dijo ella—, estoy siempre más tranquila cuando está usted aquí… Temo que mi padre…

—Está más triste y abatido que nunca —dijo Jean, cuyos ojos brillaban de cólera—. Esos miserables acabarán matándolo. Está enfermo… más enfermo de lo que creemos.

—Exageras, Jean —prosiguió Wladimir—. Tu padre tiene una resistencia moral con la que no podrán sus enemigos.

—Ojalá tenga razón, Wladimir —respondió la muchacha. Wladimir le estrechó la mano y añadió:

—Tenga confianza… Dentro de unos días habrá pasado la mala racha.

Salió a la calle, y veinte minutos después llegaba a la banca Johausen Hermanos.

Wladimir se presentó en la ventanilla del cajero aún abierta.

El cajero le dijo que aquel asunto lo llevaban los jefes y eran ellos quienes tenían la letra de Nicolef, y lo invitó a que pasara a su despacho.

Los hermanos Johausen estaban allí cuando les pasaron la tarjeta de Wladimir Yanof.

—Wladimir Yanof —dijo uno de los hermanos—. Viene de parte de Nicolef… Va a pedirnos una prórroga o una renovación de la letra.

—Ni un día, ni una hora —dijo Frank Johausen, con un tono de voz implacable—. Desde mañana mismo entrará en fase ejecutiva.

Un empleado comunicó a Wladimir Yanof que los hermanos Johausen estaban dispuestos a recibirlo, y entró.

La conversación se inició en estos términos:

—Señores —dijo Wladimir—, vengo a verlos a causa de una letra que tienen ustedes de Dimitri Nicolef y que vence hoy.

—En efecto, señor —respondió Frank Johausen.

—Esa letra —prosiguió Wladimir— está librada por un valor de dieciocho mil rublos con los intereses…

—En efecto, dieciocho mil.

—Y constituye el saldo del reconocimiento de deuda que les firmó Dimitri Nicolef, a la muerte de su padre…

—Exactamente —respondió Frank Johausen—, pero no podemos admitir ninguna prórroga…

—¿Quién se la ha pedido, señores? —replicó en tono altanero Wladimir.

—¡Ah! —dijo el mayor de los hermanos—. Como el pago tenía que efectuarse antes de mediodía…

—Será reembolsado antes de las seis, eso es todo, y no creo que su Banco vaya a suspender pagos a causa de este retraso.

—¡Señor! —exclamó Frank Johausen, encolerizado por aquellas palabras irónicas y frías—. ¿Trae usted los dieciocho mil rublos?

—Aquí los tiene —respondió Wladimir, sacando su fajo de billetes—. ¿Dónde está la letra?

Los hermanos Johausen, tan sorprendidos como irritados, no respondieron. Uno de ellos fue a la caja fuerte, colocada en un ángulo del despacho, abrió una carpeta, sacó la letra y la puso sobre la mesa.

Wladimir la cogió, la examinó atentamente, comprobó que era el compromiso firmado por Dimitri Nicolef a favor de los hermanos Johausen, y entregó el fajo de billetes.

—Cuéntenlos —dijo.

Frank Johausen se había puesto pálido. Wladimir lo miraba con desprecio. Su mano temblaba sobre los billetes.

Súbitamente sus ojos se animaron. Una alegría feroz brilló sobre su rostro. El odio restalló en su voz:

—Señor Yanof, estos billetes son robados.

—¿Robados?

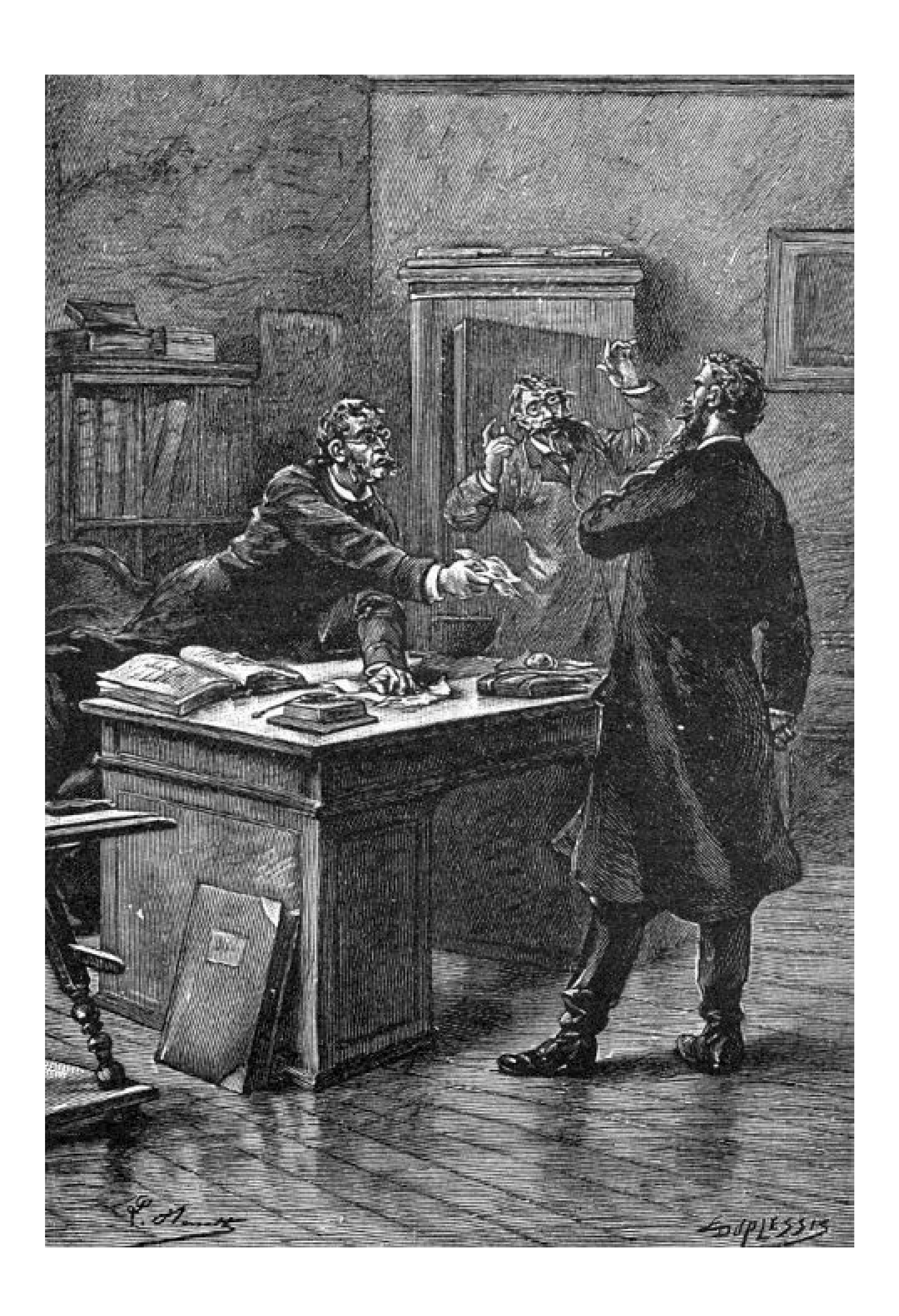
—Sí, robados de la cartera del desgraciado Poch.

—¡No! Estos billetes son los que Dimitri Nicolef me llevó a Pernau, un depósito que le confió mi padre.

—Todo se explica —afirmó Frank Johausen—. No podía devolverle ese depósito y, entonces, aprovechando una ocasión…

Wladimir dio un paso atrás.

—Nuestra casa tenía los números de los billetes y ésta es la lista —añadió Frank Johausen, sacando del cajón de la mesa una hoja de papel llena de cifras.



—Señor…, señor —balbuceaba Wladimir, aterrado.

—Sí —prosiguió Frank Johausen—, y puesto que trae estos billetes de parte de Dimitri Nicolef, es que se los robó a nuestro empleado tras asesinarlo en el *kabak* de *La Cruz Rota*.

Wladimir Yanof se quedó sin respuesta… Sentía que se le iba la cabeza, que lo abandonaba el raciocinio… Y, sin embargo, a través de la confusión de su pensamiento, comprendió que Dimitri Nicolef estaba definitivamente perdido… La gente diría que se había gastado el depósito que le había sido confiado, que si había ido a Pernau era para implorar su perdón y no para devolverle un dinero que no tenía, que el azar le había hecho encontrar a Poch en el coche-correo, que lo había matado y robado, y que eran los billetes de los hermanos Johausen los que había entregado al hijo de su amigo Yanof, despojado por un indigno abuso de confianza…

—¡Dimitri! —repetía Wladimir—. Dimitri habría…

—A no ser que haya sido usted —respondió Frank Johausen.

—¡Miserable!

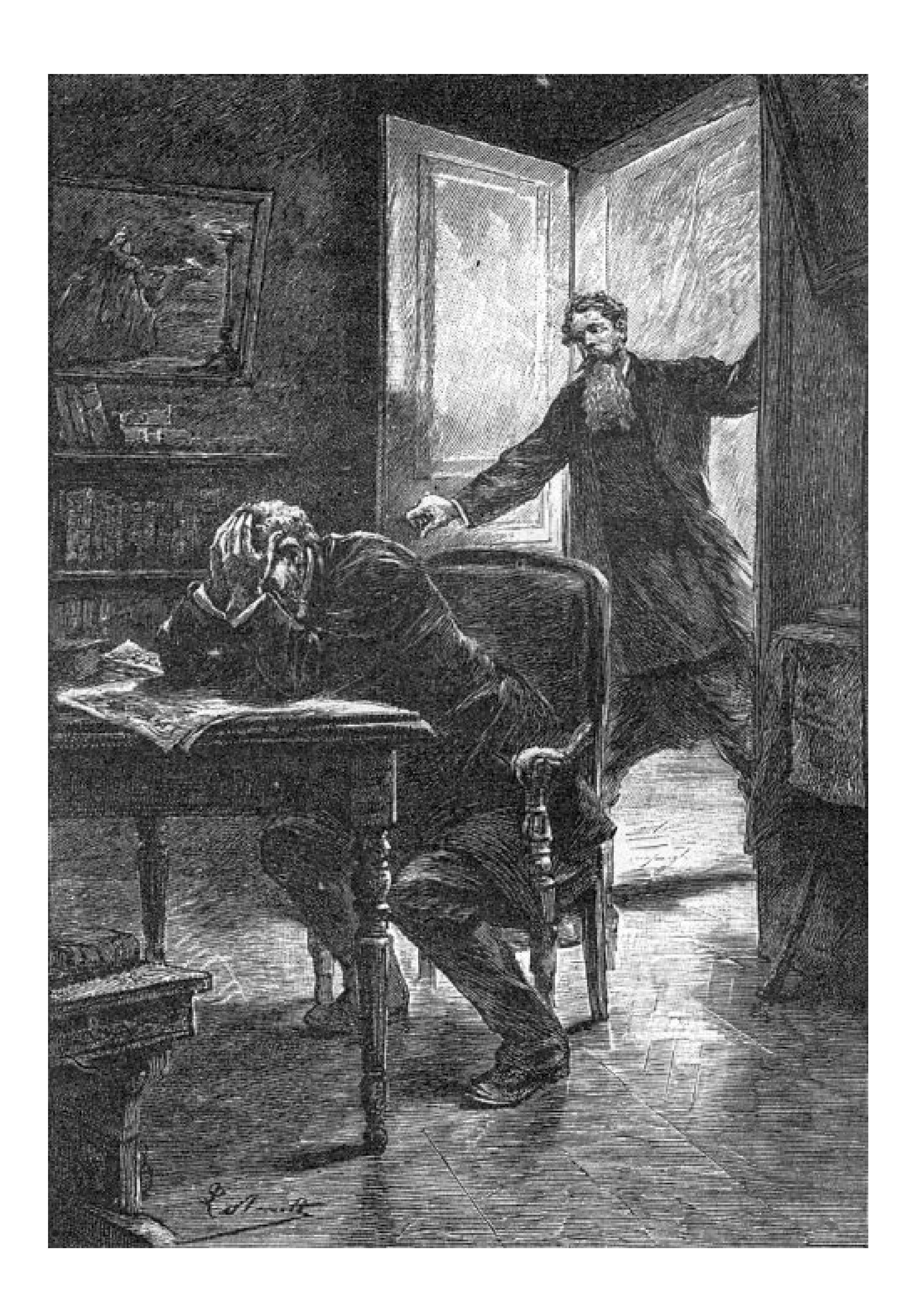
Pero Wladimir tenía otras cosas que hacer que vengar aquel insulto personal. No le preocupaba que lo tomaran por el autor del crimen. Sólo pensaba en Nicolef.

—En fin —dijo Frank Johausen, tras embolsarse el fajo de billetes robados—, ya tenemos atrapado a ese bandido… Ya no son sospechas, son certidumbres, pruebas materiales… El señor Kerstorf me dio buen consejo al decirme que guardara en secreto la numeración de los billetes… Antes o después, el asesino caería, y ya ha caído… Voy a ver al señor Kerstorf, y antes de una hora se dictará una orden de detención contra Nicolef.

Wladimir Yanof se había lanzado ya a la calle. Andaba a toda prisa, como un loco, hacia la casa del profesor. Se esforzaba por desprenderse de los tumultuosos pensamientos que lo asaltaban. No quería creer nada antes de que Nicolef le diera una explicación. Y en busca de ella iba. Pues al fin y al cabo, aquellos billetes eran los que Dimitri Nicolef le había llevado a Pernau, y él no se había desprendido aún ni de uno solo.

Llegó a la casa y abrió la puerta. No había nadie en la planta baja, afortunadamente, ni Jean ni Ilka. Sólo de ver a Wladimir Yanof en el estado en que iba habrían comprendido que una nueva desgracia acababa de abatirse sobre la familia y, esa vez, sin remisión.

Wladimir subió la escalera que conducía al gabinete del profesor. Dimitri Nicolef estaba sentado ante su mesa de trabajo, con la cabeza entre las manos. Se levantó a la entrada de Wladimir, que permaneció de pie, en el umbral.



—¿Qué te pasa? —preguntó Nicolef, posando en él su cansada mirada.

—¡Dimitri! —exclamó Wladimir—. Hábleme…, dígamelo todo… Yo no sé ya que… Justifíquese… ¡No, no es posible…! Explíquese…, mi razón se extravía…

—¿Qué ocurre ahora? ¿Otra desgracia más?

Y pronunció aquellas palabras, llenas de desesperación, como un hombre preparado a todo y al que ningún golpe puede ya sorprender.

—Wladimir… —prosiguió—, ahora soy yo quien te ordena hablar. ¿Justificarme? ¿De qué…? ¿Es posible que hayas llegado a creerme…?

Wladimir lo dejó acabar y, dominándose con un esfuerzo sobrehumano, dijo:

—Dimitri, hace una hora llegó una citación judicial…

—En nombre de los hermanos Johausen —respondió Nicolef—. Entonces, ya sabes cuál es mi situación ante ellos… No puedo pagarles, y es una deuda que recaerá sobre la cabeza de los míos. Wladimir, ya ves, es imposible por ahora que puedas convertirte en mi hijo.

Wladimir Yanof no respondió a las últimas palabras, llenas de una profunda amargura.

—Dimitri, yo pensé que me correspondía poner fin a esta triste situación.

—¿Tú?

—Yo tenía la suma que me entregó usted en Pernau.

—Ese dinero te pertenece, Wladimir… Era de tu padre… Es un depósito que te he devuelto.

—Sí…, lo sé…, lo sé…, y, puesto que me pertenece, tenía derecho a usarlo como quisiera… Cogí los billetes…, los mismos que usted me dio…, y los llevé al Banco…

—¡Tú has hecho eso! ¡Has hecho eso…! —exclamó Nicolef, abriendo sus brazos al joven—. ¿Por qué lo has hecho…? Es tu fortuna… ¡Tu padre no te la dio para pagar las deudas del mío!

—Dimitri —respondió Wladimir bajando la voz—, esos billetes que he dado a los Johausen… son los mismos que fueron robados de la cartera de Poch en *La Cruz Rota* y cuya numeración estaba en poder del Banco.

—¡Los billetes…! ¡Los billetes…!

Y, repitiendo aquellas palabras, Nicolef, que acababa de levantarse, lanzó un grito terrible que se oyó en toda la casa.

Casi al tiempo se abrió la puerta del gabinete.

Aparecieron Jean e Ilka.

Al ver el estado en que se hallaba el infortunado, ambos se precipitaron hacia él, mientras Wladimir Yanof, apartado, ocultaba su rostro entre las manos.

Ni el hermano ni la hermana pensaron en pedir una explicación. Se preocuparon ante todo de socorrer a su padre, que se ahogaba. Le obligaron a sentarse, pues no podía mantenerse en pie. Y de sus labios continuaban escapándose estas palabras:

—¡Billetes robados…! ¡Billetes robados!

—Padre —dijo la muchacha—, ¿qué ocurre?

—Wladimir —preguntó Jean—, ¿qué ha ocurrido? ¿Es que la locura…?

Nicolef se levantó, se dirigió a Wladimir, le cogió las manos y se las apartó del rostro. Luego, con una voz estrangulada y tras forzarlo a mirarle a la cara, le dijo:

—Esos billetes que te di…, esos billetes que has llevado a la banca Johausen… ¿son los que le robaron a Poch de su cartera?

—Sí —dijo Wladimir.

—¡Estoy perdido…, perdido! —exclamó Nicolef.

Y, empujando a sus hijos, antes de que éstos pudiesen impedírselo, se precipitó afuera y se metió en su cuarto. Pero no se encerró en él como de costumbre. Un cuarto de hora después, descendió la escalera, abrió la puerta de la calle y huyó, atravesando el barrio en medio de la oscuridad.

Jean e Ilka no habían comprendido nada de la terrible escena. Las palabras «¡Billetes robados…! ¡Billetes robados!» no bastaban a hacerles comprender que ahora su padre iba a quedar aplastado por la evidencia.

Se volvieron hacia Wladimir, y éste, con los ojos bajos y la voz desgarrada, les contó lo que acababa de hacer, cómo queriendo salvar a Nicolef, arrancarlo a las garras de los Johausen, lo había perdido. ¿Quién podría sostener su inocencia ahora, cuando los billetes robados al desgraciado Poch habían aparecido, si no en su poder, sí al menos en las manos de Wladimir Yanof…? ¿No había confesado éste a los banqueros que los billetes procedían del depósito que le había restituido Nicolef?

Jean e Ilka, aterrados por la revelación, lloraban. En aquel momento la sirvienta les comunicó que la policía preguntaba por Dimitri Nicolef. Enviados por el juez de instrucción, tras la denuncia presentada por los Johausen, los agentes venían a proceder a la detención del asesino de *La Cruz Rota*.

La noticia de la detención no se había difundido aún por la ciudad. Se ignoraba que el caso hubiese entrado en aquella fase —la última, sin duda— y

que el desenlace estuviese ya próximo.

Mientras los agentes registraban la casa para asegurarse de la ausencia de Nicolef, Wladimir, Jean e Ilka, sin haberse puesto de acuerdo, movidos por un mismo sentimiento, salieron a la calle.

Querían reunirse con su padre…, no lo abandonarían… A pesar de tantos testimonios abrumadores, de tantas pruebas acumuladas, se negaban a creerlo culpable. Los pobres, tan unidos, se rebelaban contra la idea de su culpabilidad, y, sin embargo, las últimas palabras pronunciadas por Nicolef: «¡Estoy perdido! ¡Estoy perdido!», parecían ser una confesión salida de sus labios.

Era ya de noche. Alguien había visto a Nicolef atravesar el barrio. Wladimir, Jean e Ilka corrieron en la dirección indicada hasta llegar a la antigua muralla de la ciudad. El campo se extendía ante ellos en la oscuridad. Se encaminaron por la carretera de Pernau, siguiendo la dirección que les marcaba el instinto.

A unos doscientos pasos de allí se detuvieron los tres ante un cuerpo extendido sobre la cuneta.

Era Dimitri Nicolef.

A su lado yacía un cuchillo ensangrentado.

Ilka y Jean se lanzaron sobre el cuerpo de su padre, mientras Wladimir iba a pedir socorro a la casa más próxima.

Acudieron unos campesinos con una camilla y llevaron a Nicolef a su casa, donde el doctor Hamine, urgentemente llamado, no pudo más que comprobar la causa de la muerte.

Dimitri Nicolef se había asestado una cuchillada en el corazón, un golpe idéntico al que había sufrido Poch y el cuchillo había dejado en torno a la herida una marca también idéntica a la que se había observado en el cadáver del empleado de banca.

¡El miserable, sintiéndose perdido, se había suicidado, para escapar al castigo de su crimen!

Capítulo XV

Sobre una tumba

Al fin había terminado aquel drama judicial que había apasionado a la población de las provincias bálticas y sobreexcitado la lucha de los partidos en vísperas de su confrontación en el terreno electoral. Una vez más, tras la muerte violenta del hombre que representaba al elemento eslavo, los alemanes iban a triunfar. Sin embargo, tarde o temprano el antagonismo debería resolverse y la rusificación acabaría por imponerse bajo la influencia del gobierno.

No sólo Dimitri Nicolef se había suicidado, sino que además su suicidio, realizado en circunstancias terribles, cuando acababa de producirse el hallazgo de los billetes robados, hacía imposible ya poner en duda su culpabilidad. Así, cuando salió de Riga al recibir la carta de Wladimir Yanof, no poseía el dinero que le había sido confiado. ¿Iba a ver al hijo de su amigo para decirle la verdad, o su proyecto era el de huir tras aquel abuso de confianza que no podía reparar…? Era imposible saberlo. Lo que podía creerse era que Nicolef, sorprendido por la inesperada llegada del proscrito evadido de las minas de Siberia, debió de sentirse abrumado por su deshonra. Y preso de un engranaje entre Wladimir Yanof, al que no podía entregar la herencia de su padre, y entre los Johausen, a los que no podría reembolsar su deuda unas semanas después, no vio medio de salvación… Y entonces el empleado de banca, Poch, se le cruzó en su camino. El producto del robo le permitió llevar a Pernau la suma que se había gastado y liquidar su primera deuda. Pero ¿a qué precio? ¡Al precio de un doble crimen, un asesinato y un robo!

Luego, cuando se descubrió todo, cuando se hizo la luz en el caso, hasta entonces tan oscuro, cuando gracias a la numeración de los billetes

presentados por Wladimir Yanof se reconoció que éstos eran los robados de la cartera de Poch, Dimitri Nicolef, el verdadero culpable, Dimitri Nicolef, el asesino, se mató con el mismo cuchillo con que había asesinado a su víctima, de un golpe certero en el corazón.

El desenlace del caso restituyó la seguridad al ventero Kroff. Y lo hizo muy a tiempo, pues el juez Kerstorf se aprestaba ya a firmar, al día siguiente, la orden de detención contra él. Si se exculpaba a Dimitri Nicolef, Kroff quedaba directamente encausado. La justicia no podía buscar otros culpables que Nicolef o Kroff. Conocidas son las sospechas que infundía Kroff en el juez. Cuando el magistrado se enteró de lo que había ocurrido en el despacho de los Johausen, fue uno de los más sorprendidos por tener que proclamar la inocencia de Kroff y la culpabilidad de Nicolef.

Kroff reanudó, pues, su vida habitual en el *kabak* de *La Cruz Rota*, y supo explotar su situación. ¿No era él como un condenado rehabilitado, a quien se le ha reconocido la injusticia de su condena…? Se habló de aquello durante algunos días más y después se enterró el asunto.

En cuanto a los banqueros, si no habían cobrado la deuda contraída con ellos por Dimitri Nicolef, acababan de recuperar, al menos, los dieciocho mil rublos que Wladimir Yanof había puesto entre sus manos.

Después del entierro del profesor, Ilka y Jean, que ya no volvió a la Universidad de Dorpat, se recluyeron en su casa, en la que dejaron de poner los pies los amigos de Nicolef, con la excepción de tres, que no los abandonaron en el desastre: Wladimir Yanof, inútil nombrarlo, el señor Delaporte y el doctor Hamine.

Los hermanos estaban sumidos en una gran confusión. Todo parecía oscuro, incluso lo que concernía a Dimitri Nicolef, que parecía contra natura creerlo culpable. Llegaban hasta a preguntarse si su razón no habría sucumbido a la persistencia de la mala suerte que se habría abatido sobre él, si se habría vuelto loco y, en un acceso de alienación mental, se había suicidado. Pero también se decía que aquel suicidio no probaba que fuese el autor del crimen de *La Cruz Rota*.

Obvio es decir que así pensaba también Wladimir Yanof, que se negaba a admitir lo que los hechos demostraban materialmente. Y, sin embargo, ¿cómo aquellos billetes numerados estaban en poder de Dimitri Nicolef, si no se los había robado a Poch?

Cuando discutía con el doctor Hamine, el más viejo amigo de la familia, éste le respondía con una irrefutable lógica:

—Yo lo admitiría todo, querido Wladimir, admitiría que no fue Nicolef quien robó a Poch, aunque el producto del robo haya sido encontrado en sus manos, admitiría incluso que su suicidio no prueba su culpabilidad y que pudo matarse en una crisis de locura, crisis provocada por tan espantoso concurso de circunstancias adversas… Pero hay un hecho que domina sobre todo… Dimitri se mató con el mismo cuchillo que acabó con la vida de Poch, y ante este hecho hay que rendirse a la evidencia, por terrible, y, añadiré, por inverosímil que sea…

—Si así fuera —dijo Wladimir—, ¿cómo es posible que Dimitri Nicolef tuviera un cuchillo de esa clase que sus hijos no vieron nunca…? No, doctor, ni ellos ni nadie… Hay ahí un punto…

—Al que no puedo darle más que una respuesta, Wladimir… Sí… Nicolef poseía ese cuchillo, no se puede dudar, puesto que se sirvió de él dos veces, contra Poch y contra sí mismo…

Wladimir Yanof bajaba la cabeza ante la evidencia, sin saber qué responder.

El doctor Hamine dijo:

—¿Y qué va a ser ahora de sus desgraciados hijos…, Jean…, Ilka?

—¿No será Jean mi hermano cuando Ilka sea mi mujer?

El doctor le estrechó efusivamente la mano.

—¿Podía usted creer, doctor —dijo Wladimir—, que iba yo a renunciar a casarme con Ilka, a la que quiero y me quiere, aunque su padre fuese culpable?

Y se obstinaba en la duda; era su amor el que le daba fuerzas para seguir dudando tras lo que había dicho el doctor Hamine.

—No, Wladimir, nunca he creído que se negara usted a casarse con Ilka. ¿Acaso es responsable la desgraciada?

—Ella no lo es —exclamó Wladimir—. Para mí es la más santa y la más noble de las criaturas, la más digna del amor de un hombre honrado… Nuestra boda se ha retrasado, pero se celebrará… Y, si hay que abandonar esta ciudad, lo haremos.

—Wladimir, es usted un hombre de gran corazón. Usted quiere casarse con Ilka, pero ¿querrá ella también?

—Si se niega, será porque ya no me quiere.

—Si se niega, Wladimir, será, al contrario, porque lo ama, y con un amor del que ella no quiere que jamás pueda avergonzarse usted.

Aquella conversación no modificó en modo alguno los sentimientos de Wladimir Yanof, decidido, al contrario, a casarse cuanto antes con Ilka,

cuando las conveniencias lo permitieran. Lo que pudiera decirse en la ciudad, lo que de él pudiera pensarse, la censura misma de sus amigos, eran cosas que no le preocupaban lo más mínimo. Además, tenía otro motivo de preocupación: su situación personal.

Del legado que le había transmitido Dimitri Nicolef no le quedaban más que dos mil rublos, tras la restitución a Johausen hermanos… Pero, si había sacrificado su fortuna cuando fue a la Banca a reembolsar la deuda de Dimitri Nicolef sin asustarle el futuro, ¿por qué ahora iba a arredrarse…? Trabajaría por su mujer y por él… Con el amor de Ilka, nada le sería imposible.

Transcurrieron quince días. Jean, Ilka, Wladimir y el doctor Hamine no se habían separado, por así decirlo. El doctor y varias veces Delaporte eran los únicos que visitaban la casa del profesor.

Wladimir no había dicho aún una sola palabra relativa a la boda.

Pero su presencia era suficiente. Por otra parte, ni Jean ni Ilka habían vuelto a hacer ninguna alusión a ello. La mayor parte del tiempo el hermano y la hermana guardaban silencio, y durante largas, horas permanecían encerrados en la misma habitación.

Wladimir resolvió entonces sacar a la muchacha de su reserva, y en un momento en que se hallaban solos en el salón, le dijo con una voz llena de emoción:

—Ilka, cuando me fui de Riga, hace cuatro años, cuando me separaron de usted y me enviaron a Siberia, le prometí que no la olvidaría nunca… ¿La he olvidado?

—No, Wladimir.

—Le prometí amarla siempre… ¿Cree que han cambiado mis sentimientos?

—No más que los míos por usted, Wladimir, y, si se me hubiera autorizado, habría ido allí a buscarlo y a convertirme en su mujer.

—La mujer de un condenado, Ilka.

—La mujer de un exiliado, Wladimir —respondió la joven.

Wladimir comprendió lo que significaba aquella respuesta. Pero hizo como si no se diera cuenta y prosiguió:

—Bien, pues no fue usted, Ilka, quien tuvo que ir allí para ser mi mujer… Las circunstancias han cambiado, y soy yo quien está aquí para ser su marido…

—Tiene razón, las circunstancias han cambiado, Wladimir. ¡Sí, horriblemente!

Ilka pronunció esta última palabra con tal expresión de dolor, que le tembló todo el cuerpo.

—Querida Ilka, por cruel que sea el recuerdo que pudiera provocar en usted, querría tener una conversación con usted… No la prolongaré… Sólo querría pedirle que cumpla su promesa.

—Mi promesa, Wladimir —respondió Ilka, sin poder contener los sollozos—, mi promesa… Cuando la hice, era digna de hacerla… Hoy…

—Hoy, Ilka, sigue siendo digna de cumplirla.

—No, Wladimir, hay que olvidar nuestros proyectos.

—Sabe que nunca los olvidaré. ¿Acaso no los habríamos realizado hace ya quince días, sin la desgracia que se produjo en la víspera de nuestra boda?

—Sí —respondió Ilka, con resignación—, y doy gracias a Dios de que nuestra unión no se realizara… Así no tiene usted que arrepentirse ni avergonzarse de haber entrado en una familia en la que se han introducido la vergüenza y el deshonor.

—Ilka —dijo gravemente Wladimir—, le juro que no me habría arrepentido ni avergonzado de ser el marido de Ilka Nicolef, puesto que a ella no le alcanza la vergüenza.

—Sí, Wladimir, le creo —exclamó la muchacha, llena de emoción—. Conozco la nobleza de su carácter… No se habría arrepentido…, no se habría avergonzado de mí… Me quiere usted con toda su alma, pero no más de lo que yo le quiero a usted…

—Ilka, mi adorada Ilka —exclamó Wladimir, intentando cogerle la mano.

Ilka se echó hacia atrás, y le respondió con dulzura:

—Sí…, nos queremos… Nuestro amor era la felicidad… Pero nuestra unión se ha hecho imposible.

—¡Imposible! —protestó Wladimir—. De eso soy y debo ser yo el único juez. No soy un niño, Ilka. No he tenido hasta ahora una vida tan fácil ni tan feliz como para que no me haya acostumbrado a pensar bien lo que hago… Puesto que yo la quiero y usted me quiere, me parecía tener ya la felicidad al alcance de la mano. Tenía la esperanza de que confiaría en mí lo suficiente para ver justo lo que yo veo justo, para juzgar una situación que usted no puede considerar como es debido…

—La juzgo como los demás, Wladimir.

—¡Y qué me importa a mí la opinión de los demás, mi querida Ilka! El mundo para mí es usted, usted sola, como para usted debo serlo yo… Abandonaremos esta ciudad, si quiere… Jean se vendrá con nosotros, y en

cualquier parte donde estemos podremos ser felices, se lo juro. Ilka, mi querida Ilka, dígame que quiere ser mi mujer.

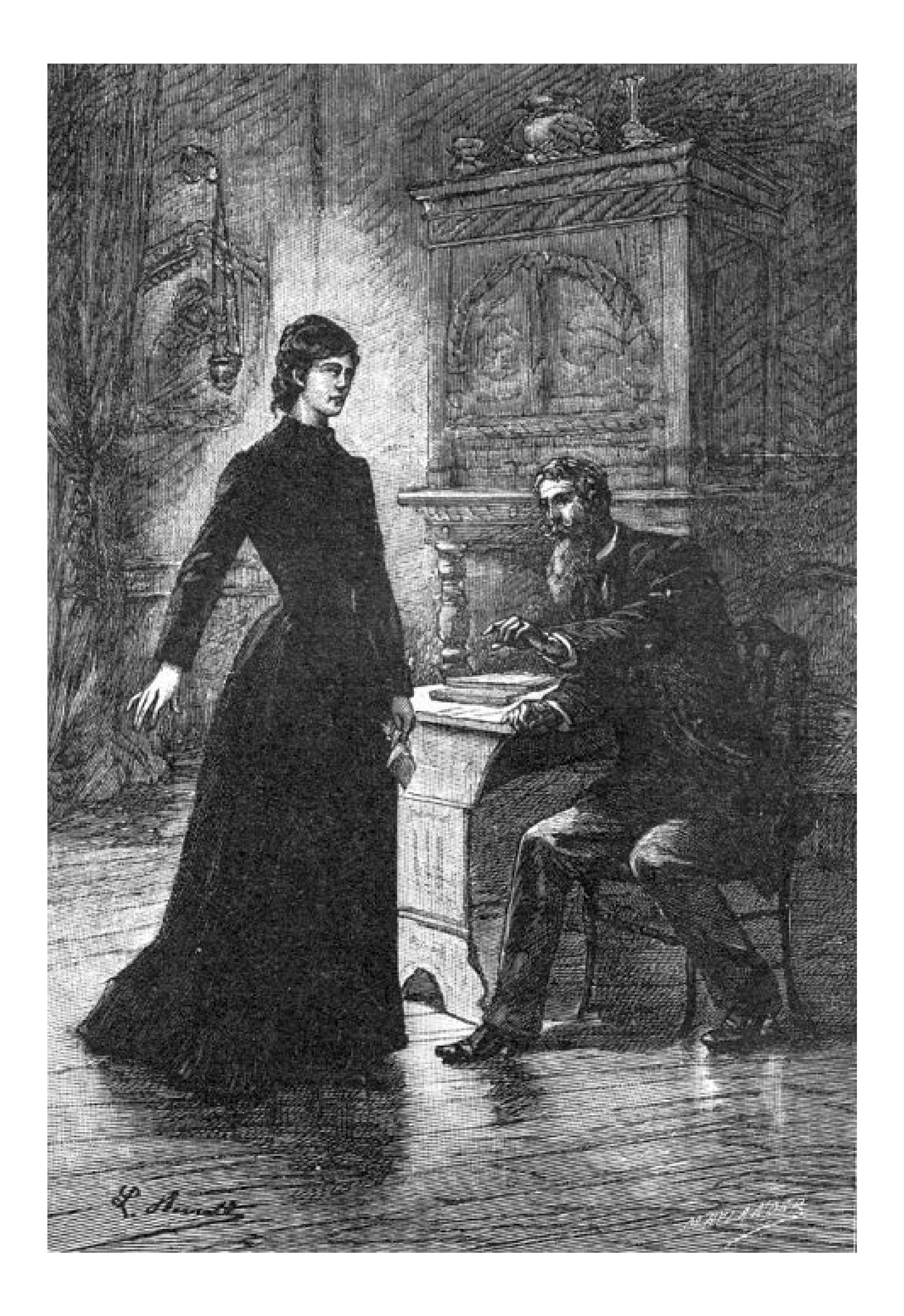
Wladimir se puso de rodillas ante ella, le suplicó. Pero al verlo en aquella actitud, Ilka pareció sentir aún más horror de sí misma.

—Levántese…, levántese —suplicó—. No debe arrodillarse ante la hija de un…

Wladimir no la dejó acabar.

—Ilka… Ilka —repitió, enloquecido y con los ojos llenos de lágrimas—, acépteme.

—Jamás —respondió Ilka—. Jamás la hija de un asesino será la mujer de Wladimir Yanof.



La escena los dejó rotos. Ilka se metió en su habitación. Wladimir, en el paroxismo de la desesperación, salió de la casa y anduvo sin dirección por las calles y el campo, para refugiarse al fin en casa del doctor Hamine.

El doctor comprendió que se había producido una discusión entre los novios, separados ahora por el infranqueable abismo que abren las convenciones sociales.

Wladimir le contó la escena y sus inútiles súplicas para cambiar la resolución de Ilka.

—¡Ay, mi querido Wladimir! —replicó el doctor—. Ya se lo había dicho yo… Conozco a Ilka y sé que nada la hará cambiar de actitud.

—¡Ah, doctor, no me quite la poca esperanza que me queda…! Ella consentirá…

—Nunca, Wladimir… Es muy intransigente consigo misma. Se siente deshonrada, y no será nunca su mujer, nunca, puesto que es la hija de un asesino.

—¿Y si no lo fuera? ¿Y si su padre no fuera el autor del crimen?

El doctor Hamine desvió la mirada para no tener que responder a una pregunta ya resuelta.

Wladimir consiguió dominarse y dijo con una voz grave y llena de resolución:

—Quiero decirle simplemente, doctor, que considero a Ilka como mi esposa ante Dios… y que esperaré…

—¿A qué, Wladimir?

—¡A que Dios intervenga!

Pasaron varios meses sin que cambiara la situación. Los ánimos se habían apaciguado respecto al caso en las diversas clases sociales de la ciudad. El partido germánico salió victorioso de las elecciones municipales. Reelegido, Frank Johausen afectaba no ocuparse más de la familia Nicolef.

Pero Jean e Ilka, de mutuo acuerdo, se acordaban del compromiso suscrito por su padre a favor del banquero y consideraban como un deber rescatar su memoria, al menos en ese punto.

Pero llevar a cabo su decisión exigía tiempo. Había que vender lo poco que poseían: la casa paterna, la biblioteca del profesor, todo lo que fuera vendible. Sacrificando así sus últimos recursos, tal vez lograrían poder pagar íntegramente la deuda.

Después, ya verían… Ilka podría dar lecciones, si es que la aceptaban… Tal vez en otra ciudad. Jean trataría de hallar un empleo en una casa comercial.

Por otra parte, había que vivir. Sus recursos iban agotándose. Disminuían de día en día los pequeños ahorros que había ido acumulando Ilka con los ingresos de su padre. Era necesario liquidar todo lo más rápidamente posible. Los dos hermanos decidirían entonces si permanecerían o no en Riga.

Obvio es decir que Wladimir Yanof, tras la negativa de la joven, tuvo que dejar la casa, al menos por conveniencias. Pero, alojado en el barrio, a sólo unos pasos de la casa, la visitaba tan asiduamente como si todavía viviese en ella. Les aconsejaba sobre la liquidación de sus escasas pertenencias, destinadas a pagar a Johausen hermanos. Sus consejos eran recibidos como convenía al más abnegado de los amigos fieles a la familia. Él puso a disposición de Ilka lo que quedaba del legado paterno, pero ella no aceptó.

Subyugado por la nobleza del carácter y por la grandeza de alma de la joven, y cada vez más enamorado de ella, Wladimir insistía en sus súplicas de que aceptara el matrimonio, de que no se obstinara en creerse indigna de él, de que se rindiera a las instancias de los amigos de su padre… No consiguió nada, ni siquiera una leve esperanza para el futuro. Chocaba con una implacable voluntad.

Testigo de la desesperación de Wladimir, el doctor Hamine intentaba a veces plegar la determinación de Ilka, infructuosamente también.

—¡La hija de un asesino —respondió ella— no puede convertirse en la esposa de un hombre honrado!

Todo el mundo lo sabía en la ciudad y admiraba aquella enérgica naturaleza, que al mismo tiempo inspiraba los más sinceros sentimientos de compasión.

En tales condiciones fue transcurriendo el tiempo. No se había producido ningún nuevo incidente, cuando el 17 de septiembre llegó una carta al domicilio de los hermanos Nicolef.

La carta iba firmada por el pope de Riga, un anciano de setenta años venerado por toda la población ortodoxa y a quien Ilka se dirigía de vez en cuando en busca de los consuelos que sólo la religión puede dar.

El pope pedía a los hermanos Nicolef que aquel mismo día, a las cinco de la tarde, estuvieran en el cementerio de Riga. Por su parte, el doctor Hamine y Wladimir Yanof recibieron una carta idéntica, y ambos se dirigieron por la mañana a la casa de Dimitri Nicolef.

Jean les mostró la carta firmada por el pope Axief.

—¿Qué significa este mensaje y por qué nos dará cita en el cementerio?

Era el cementerio en el que habían sido enterrados los restos de Dimitri Nicolef, sin que la Iglesia hubiese participado en los funerales del suicida.

—¿Qué piensa usted, doctor?

—Creo que debemos ir donde nos indica el pope. Es un respetable sacerdote, sabio y prudente, y si nos ha enviado este mensaje es porque debe de tener serias razones para hacerlo.

—¿Vendrá usted, Ilka? —preguntó Wladimir a la muchacha, que permanecía silenciosa.

—He ido más de una vez a rezar sobre la tumba de mi padre —respondió Ilka—. Iré. Y que Dios nos oiga cuando el pope Axief una sus oraciones a las nuestras.

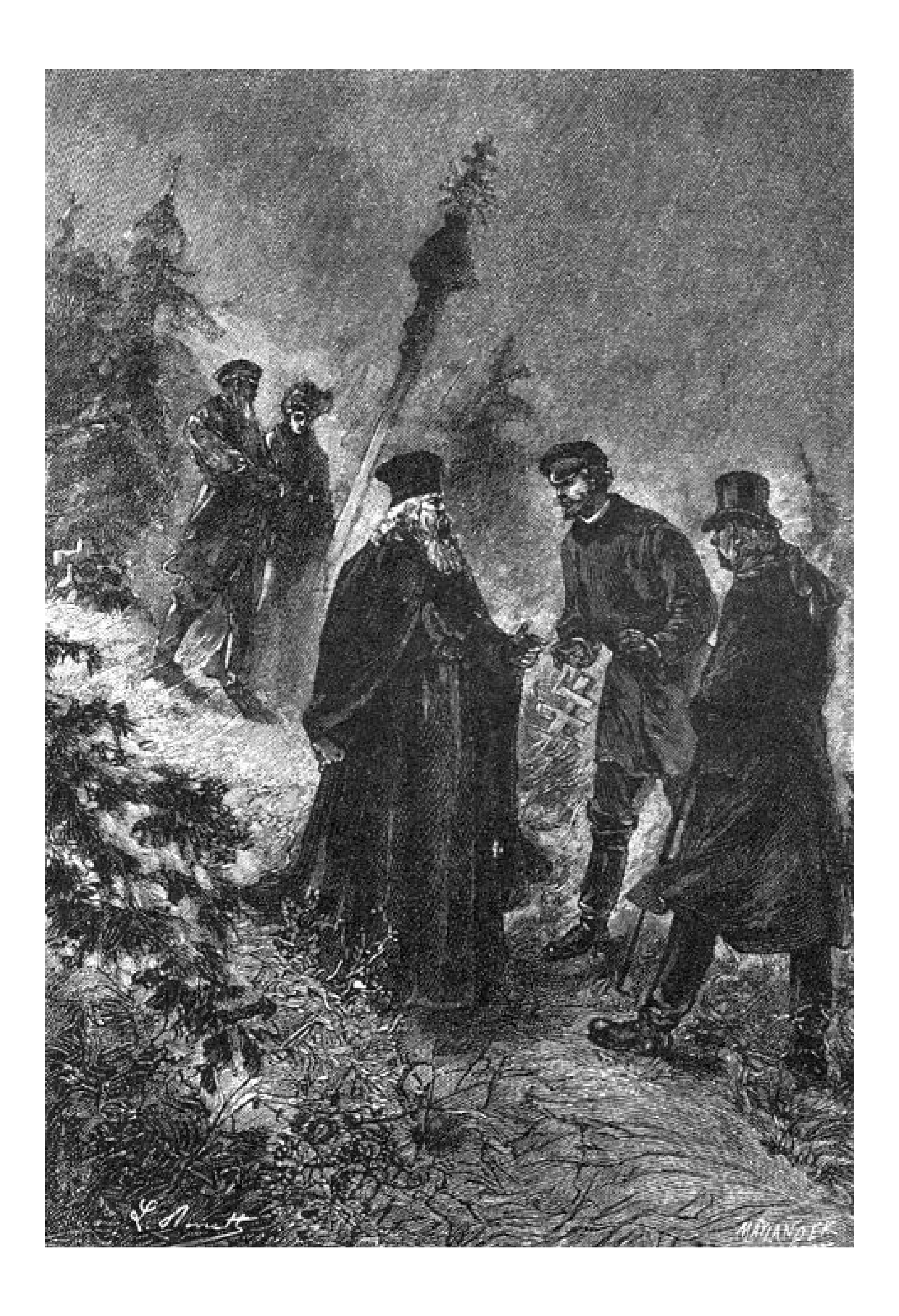
—Estaremos allí a las cinco —dijo el doctor Hamine.

Wladimir y él se retiraron.

A la hora convenida, Jean e Ilka llegaron al cementerio, donde encontraron a sus amigos, que los esperaban ante la puerta. Se dirigieron todos al lugar en que reposaban los restos de Dimitri Nicolef.

El pope, arrodillado junto a la tumba, rezaba por el alma del infortunado.

Al oír los pasos, levantó su hermosa cabeza blanca y se puso en pie. Sus ojos brillaban extraordinariamente. Extendió sus manos en un gesto de invitación a que se acercaran a él.



Cuando Wladimir e Ilka se hallaron a uno y otro lado de la modesta tumba, el pope dijo:

—Wladimir Yanof, su mano.

Luego, dirigiéndose a la joven:

—Ilka Nicolef, su mano.

Cogió ambas manos y las puso una sobre la otra por encima de la lápida. Era tal la energía de su mirada y la bondad de su fisonomía, que la joven dejó su mano en la de Wladimir.

Y entonces el pope, con voz grave, pronunció estas palabras:

—Wladimir Yanof, Ilka Nicolef, os declaro unidos ante Dios.

La joven no pudo controlar el movimiento que la llevó a retirar su mano.

—Déjala, Ilka Nicolef —dijo con dulzura el pope—, pertenece al hombre que la ama.

—¿Yo? —exclamó Ilka—. ¿La hija de un asesino?

—La hija de un inocente, y que ni siquiera es culpable de haberse dado la muerte —respondió el pope, mirando al cielo.

—¿Y el asesino? —preguntó Jean, temblando de emoción.

—El ventero de *La Cruz Rota*. ¡Kroff!

Capítulo XVI

Confesión

La víspera de aquel día el ventero Kroff había sucumbido en unas horas a una congestión pulmonar.

Antes de morir, torturado por los remordimientos desde hacía cinco meses, llamó al pope Axief. Éste acudió a oír su confesión.

El pope escribió la confesión y Kroff la firmó. Debía hacerse pública tras su muerte.

Era la condena de Kroff y la rehabilitación de Dimitri Nicolef.

Este es el contenido de la confesión del autor del crimen, y en él se verá el encadenamiento de circunstancias por el que Kroff había podido hacer recaer la responsabilidad sobre la cabeza de Nicolef.

La noche del 13 al 14 de abril Dimitri Nicolef y Poch llegaron al *kabak* de *La Cruz Rota*.

Al ver la cartera de Poch, el ventero, cuyos negocios iban muy mal desde hacía mucho tiempo, concibió el proyecto de robar al empleado de banca. Sin embargo, la prudencia le aconsejó esperar a que el otro viajero, que había anunciado su partida a las cuatro de la mañana, hubiese salido de la venta. Pero incapaz de contener su impaciencia, hacia las dos de la mañana entró en la habitación de Poch, creyendo no ser oído.

Poch no dormía y se incorporó en su lecho, iluminado por el farol de Kroff. Éste, que no quería más que robarle, al verse descubierto, se precipitó hacia el desgraciado, y con el cuchillo que llevaba al cinto —un cuchillo sueco de virola— le asestó un golpe mortal en el corazón.

Registró la cartera de Poch que contenía la suma de quince mil rublos en billetes de cien. Pero Kroff soltó una imprecación cuando en uno de los pliegues de la cartera encontró una nota con estas palabras:

«Lista de los números de los billetes, cuyo duplicado se halla en poder de los hermanos Johausen».

Era una precaución que siempre adoptaba Poch cuando iba a hacer un pago por cuenta de la Banca.

La lista de los números de los billetes le impedía gastarlos, al menos sin gran peligro, de ser descubierto. ¡Un asesinato del que no iba a sacar ningún provecho!

Entonces se le ocurrió la idea de hacer recaer la responsabilidad del crimen sobre el viajero que ocupaba el otro cuarto. Salió fuera, hizo las raspaduras en el exterior de la primera ventana, forzó los postigos de la segunda con un atizador, y entró en la casa.

Rabioso ante la evidencia de que aquellos billetes serían inútiles entre sus manos, no sólo inútiles sino también peligrosos, tuvo entonces la más criminal inspiración.

¿Por qué no entrar en el cuarto del viajero y meter en sus bolsillos ese dinero, tras robarle lo que tuviera?

Ahora bien, como se sabe, Dimitri Nicolef era portador de los veinte mil rublos que iba a restituir a Wladimir Yanof. Y entonces, mientras éste dormía profundamente, Kroff halló en su bolsillo aquella suma en billetes de banco. De esos billetes no había lista de números… Cogió quince mil rublos y los sustituyó por los billetes del empleado de banca. Luego salió del cuarto sin que el viajero se diera cuenta de nada. Al pie de un árbol del abetal ocultó el dinero y también el cuchillo con que había matado a Poch, y lo hizo tan bien que la policía no logró dar con su paradero.



A las cuatro de la mañana, Dimitri Nicolef se despedía del ventero y salía de *La Cruz Rota* en dirección a Pernau, donde lo esperaba Wladimir Yanof. Se comprenderá ahora cómo, gracias a tan hábiles maquinaciones, las sospechas se centraron en él para convertirse pronto en certidumbres.

En poder de los billetes de Dimitri Nicolef, quien ni se dio ni podía darse cuenta de la sustitución, Kroff podía servirse de ellos sin ningún peligro. Sin embargo, sólo lo hizo con extremada prudencia, y únicamente para satisfacer sus necesidades más perentorias.

En el curso de la instrucción del sumario, confiada al juez Kerstorf, el brigadier Eck reconoció a Dimitri Nicolef como el viajero sobre quien se cernían las sospechas. El profesor, aunque negara ser el autor del crimen, se negó a comunicar el motivo de su viaje, y sin duda habría sido arrestado, si no lo hubiera impedido la llegada de Wladimir Yanof para responder por él.

Al ver que las sospechas se alejaban de Nicolef, Kroff empezó a tener miedo, comprendiendo que podían recaer sobre él. A pesar de hallarse vigilado por los agentes, concibió una nueva maquinación destinada a reorientar las sospechas sobre el viajero. Manchó de sangre uno de los billetes y lo quemó salvo una de sus esquinas; luego, durante la noche, se encaramó al tejado y lanzó por la chimenea aquel fragmento de billete al hogar del cuarto que había ocupado Nicolef, donde fue hallado al día siguiente.

Tras la segunda inspección ocular, como se sabe, Dimitri Nicolef fue interrogado nuevamente, pero también sabemos que el juez Kerstorf no ordenó su arresto, por resistirse su conciencia a creerlo culpable.

Más inquieto que nunca, Kroff estaba al corriente de que los defensores de Nicolef lo acusaban a él de ser el asesino de Poch, de haber combinado todo para que la opinión se extraviara acusando a un inocente, de haber colocado el atizador en el cuarto del viajero, una vez que éste se hubo ausentado, así como echado el fragmento de billete entre las cenizas del hogar, que había pasado inadvertido durante la primera inspección.

Se infería de ello que todo lo que Nicolef ganara ante la opinión lo perdería Kroff. Éste esperaba, sin embargo, a que la presentación de los billetes robados asestara a Nicolef un último golpe del que no podría ya recuperarse. Pero Wladimir Yanof no había tenido aún ocasión de usar los billetes.

Kroff comprendió, al fin, que iba a ser detenido, y su arresto sería su perdición. ¡Ah, si hubiera sabido que el 14 de mayo los billetes robados iban a estar en manos de los Johausen y que serían entonces identificados como los que llevaba Poch en su cartera, lo que significaba la definitiva condena de

Dimitri Nicolef! Si hubiera sabido eso, no se le habría ocurrido la infernal idea de justificar un crimen cometiendo otro.

Pero no lo supo, o más bien no lo supo hasta después de haber cometido el segundo crimen. Se hallaba todavía en libertad, era libre de ir a Riga, donde a menudo lo había llamado el juez de instrucción. Se fue aquel día a Riga, y al anochecer deambuló en torno a la casa de Nicolef, resuelto a matarlo para hacer creer en un suicidio.

Las circunstancias lo favorecieron. Vio salir a Nicolef, corriendo como un loco, tras la terrible escena con Wladimir ante sus hijos. Lo siguió a campo traviesa y en la solitaria carretera le asestó una cuchillada al corazón con el arma que había matado a Poch y que dejó junto a él.

¿Quién hubiera podido dudar ya que Dimitri Nicolef, espantado ante la última prueba dada por los billetes robados, se había dado la muerte, y que era el verdadero asesino del *kabak* de *La Cruz Rota*?

Nadie, y aquel nuevo crimen tuvo para su autor el resultado que esperaba.

Por ello la instrucción del sumario se dio por concluida, y Kroff, libre de toda sospecha, si no de todo remordimiento, pudo gozar tranquilamente del fruto de aquel doble asesinato.

Los billetes que tenía en su poder eran los que habían reemplazado a los de Poch, y podía servirse de ellos sin ningún riesgo por no constar sus números en parte alguna.

Kroff no gozó por mucho tiempo del beneficio de sus crímenes. La víspera, aquejado de una congestión y aterrado por la cercanía de la muerte, dictó su confesión al pope, a quien pidió la hiciera pública y a quien remitió casi intacto el dinero que constituía legítimamente la propiedad de Wladimir Yanof.

La rehabilitación de Dimitri Nicolef fue completa. Pero ¡qué dolor para sus hijos y sus amigos, ahora que la muerte lo había sepultado en la tumba!

Así terminó aquel drama sensacional, que tan gran resonancia alcanzó en los anales judiciales de las provincias bálticas.

Apéndice

La época

Las características sociales, políticas y económicas del siglo XIX son hijas de dos revoluciones.

- La revolución francesa.
- La revolución industrial.

La revolución francesa

La revolución francesa supone históricamente el derrumbe de la sociedad estamental, marcada por los privilegios de la nobleza y el clero, y la aparición, tras la igualdad jurídica que la revolución conquistó, de una sociedad más dinámica y abierta donde «el rango social» ya no estaría predeterminado por la pertenencia a un estamento sino por la posición económica que cada individuo alcanzase u ostentase. La clase social que hegemonizó las luchas revolucionarias de 1789, la burguesía, allanó así el camino hacia el poderío social, económico y político. Los movimientos revolucionarios de 1830 y 1848 acabaron con los últimos restos de la sociedad feudal y en todos los países occidentales, en unos con mayor retraso que en otros, se estableció un sistema político basado en la libertad individual, la igualdad jurídica de todos los ciudadanos, el imperio de la ley y el respeto absoluto por la propiedad privada.

La burguesía

La burguesía no era una clase homogénea y en su seno se podían distinguir distintas capas sociales o grupos. La alta burguesía la formaban las grandes familias, cuya esfera de actividad se relacionaba con la banca, los negocios financieros y los grandes monopolios industriales. Si bien el número de sus componentes era limitado, su influencia sobre el sistema era de enorme amplitud. En la escala social, el eslabón siguiente, la burguesía media, cumplía un papel decisivo. Compuesta por los pequeños y medianos negociantes, funcionarios destacados de la administración civil o militar, profesionales independientes

como médicos, notarios, abogados, ingenieros, etc., este conglomerado social, al que habría que sumar gran parte de los propietarios rurales, será el auténtico cimiento y pilar del orden social burgués y, aunque sus miembros sean claramente conservadores en lo social, mostrarán una actitud positiva hacia el progreso científico y los valores culturales. En el seno de una típica familia de este talante nacerá Jules Verne, quien siempre se moverá dentro de la escala de valores que de ella hereda: defensa a ultranza de los derechos individuales, patriotismo, defensa de la religión y la familia, acomodo en la moral general, miedo al qué dirán, admiración hacia la ciencia, etc.

La revolución Industrial

Bajo el término *revolución industrial* se agrupa una compleja serie de hechos sociales, técnicos y económicos que por una afortunada conjunción de circunstancias se producen en la Inglaterra de finales del siglo XVIII. En su raíz está el descubrimiento y aplicación de nuevas fuentes de energía para la producción de manufacturas. El agua y el viento, las tradicionales y débiles fuentes de energía, pasarán a la condición de reliquias una vez que el vapor, el carbón y el hierro sean aprovechados de forma sistemática en la industria. A las nuevas fuentes energéticas corresponderán nuevos modos de producción y el trabajo artesanal e individual cederá su lugar al trabajo especializado y colectivo, a la fábrica, la empresa y a sus dueños y beneficiarios: los capitalistas.

El auge industrial concentrará a la población trabajadora en los suburbios de las ciudades fabriles. La sociedad se urbaniza. El proletariado sobrevive en duras condiciones. El mundo de los negocios se expansiona de forma casi continua y la ocupación de nuevos empleos: oficinistas, intermediarios, agentes, etc., incrementará la base social burguesa. La educación es valorada y fomentada; los periódicos aumentan su tirada y su importancia. Los libros, la literatura, las artes en general son demandados con cierta intensidad. El público, esa suma abstracta de consumidores culturales, ha nacido, y pronto sus exigencias repercutirán sobre artes y artistas.

La ciencia y la máquina

Cuando el siglo XIX doble el meridiano de su singladura, el proceso anterior se acelerará de forma espectacular. De la mano del petróleo, el motor de combustión interna, la electricidad, la nueva metalurgia del acero y la química industrial, una *segunda revolución industrial* impulsará a los países occidentales hacia nuevas cotas de progreso y desarrollo. La ciencia, la técnica y la economía parecen poder resolver todos los problemas. Una fe ciega en las máquinas se apodera del mundo. Tan sólo algunas veces se alzarán para denunciar los estragos y riesgos que podían nacer si deslumbrada por la ciencia, la humanidad se

olvidase de los hombres. Jules Verne, el poeta de la Ciencia, el Homero del progreso, dejó constancia siempre en sus obras de esta preocupación. Para el autor de *La isla misteriosa* el progreso ha de tener como objetivo el bienestar del hombre, de ahí su insistencia en la condición humana y su tozudez en denunciar —literariamente— los extravíos de la Ciencia.

Entorno político

Dar cuenta exhaustiva de todos los hechos históricos o culturales que trenzen el cañamazo del siglo XIX es una tarea ingente que sobrepasa las posibilidades y las intenciones de este apéndice. Comentaremos sin embargo aquellos aspectos o hechos contemporáneos a la existencia de Jules Verne que por su relevancia consideramos imprescindibles para poder ubicar correctamente tanto su vida como obra.

El final de la dinastía borbónica

Cuando nuestro autor apenas contaba dos años de edad, las descargas de la fusilería que atronaron las calles de su ciudad natal en 1830 quedaron grabadas en su memoria. Aquella insurrección que arrojó del trono de san Luis a la dinastía borbónica y abrió el reinado de Luis Felipe de Orleáns, el rey burgués, trastocó las bases de la vida social y elevó a código de conducta el eslogan de «enriqueceos» que un político de la época dirigió a los representantes de la nación.

La II República, el segundo Imperio y la III República

En 1848, justamente cuando el joven Jules Verne estrena su vida parisina, el empuje de la burguesía derrumba el régimen monárquico y con ayuda del proletariado establece la II República francesa, cuyo cauce terminará por domar el hábil Napoleón III, estableciendo un gobierno de corte autoritario que, si bien hiere los ideales de los hijos de la revolución de 1789, servirá para frenar el ascenso de los trabajadores, asentar e incrementar el desarrollo económico e inaugurar una política de expansión colonialista que a la larga llevaría al enfrentamiento bélico franco-prusiano de 1871, a la resistencia obrera de la Comuna en París, pronto aplastada y a la posterior proclamación de la III República francesa. Con el paso del tiempo la burguesía fue perdiendo sus ímpetus innovadores para aferrarse con más insistencia a una mentalidad cada vez más conservadora, reaccionaria y anquilosada.

El caso Dreyfus

Estas transformaciones profundas que se acompañan con el avance de las fuerzas obreras, organizadas en partidos y sindicatos de ideología marxista, provocarán enfrentamientos radicales entre los sectores progresistas y conservadores de la sociedad francesa. En

un ambiente de tensión política cualquier hecho cobra una relevancia inusitada, pues puede polarizar enconos y rivalidades. El llamado caso Dreyfus es un buen ejemplo de esto que manifestamos y que Verne habría de aprovechar a la hora de escribir *Un drama en Livonia*. En 1894, Alfred Dreyfus, un capitán del Estado Mayor, de origen judío, es acusado de espionaje a favor de los alemanes y, frente a su proclamación constante de inocencia, la sociedad francesa se divide. Los sectores militaristas y ultraconservadores piden un escarmiento ejemplar en la figura del presunto espía, que encarna para ellos el odio hacia lo alemán, lo protestante y lo judío. Dreyfus es degradado y separado del ejército y se le condena a cumplir cadena perpetua en la tristemente célebre penitenciaría de «La isla del diablo», cercana a las costas de Venezuela. En 1896 el renombrado novelista Emile Zola, representante de los sectores progresistas y avanzados, exige una revisión del proceso Dreyfus a través de su famosa carta abierta *Yo acuso*, publicada en los periódicos. En 1905 se descubren una serie de hechos que prueban la inocencia del difamado Dreyfus. El gobierno pierde el poder, y los liberales con el presidente Clemenceau a la cabeza ocupan su lugar. Uno de sus primeros actos es la rehabilitación de Dreyfus, que es ascendido a comandante y condecorado con la Legión de Honor.

Semejanzas

Es fácil corroborar las semejanzas entre el *affaire* Dreyfus y el argumento de *Un drama en Livonia*. Si tenemos en cuenta que *Un drama en Livonia* se publicó en 1904, y sin duda fue escrita todavía antes, podrá deducirse que, aun siendo enemigo del inocente acusado, su caso le permitió reflexionar sobre las distorsiones que las tensiones y luchas políticas podían acarrear a la justicia. Al menos en su novela Jules Verne se anticipó, como en tantas otras ocasiones, a los hechos, pues no es extraño que los primeros lectores de su novela identificasen al buen Nicolef con el preso de «La isla del diablo».

Entorno literario

Cuando Jules Verne inicia su andadura por el mundo literario, un modo literario está feneciendo —el Romanticismo— y otro nuevo —el Realismo— sale a la luz. Los novelistas románticos se han volcado hacia las historias de pasión, que tiene sus mejores momentos en *Atala* o *Rene* de Chateaubriand (1768-1848), *Matteo Falcone* y *Carmen* de Merimée (1803-1870) y *Confesiones de un hijo del Siglo* de A. de Musset (1810-1857). Este modo romántico sobrevivirá en las obras de George Sand (1804-1876) y en los folletines de Dumas, dejando profundas huellas en la novelística de Verne.

Enlazando con la obra de Balzac (1799-1850) y Stendhal (1783-1847), a mediados de siglo aparece una nueva generación de escritores, preocupados por recoger en sus escritos los problemas de la realidad cotidiana, que tendrá como figura máxima a G. Flaubert (1821-1890). Este grupo y la escuela que les sucede —el Naturalismo— trabaja la novela contemplando sus posibilidades para, al tiempo de recrear al lector, ofrecerle información sobre su tiempo. Con Zola y los naturalistas la función informativa, que Flaubert rechazará pronto, se intensifica, y las novelas se convierten así en una especie de «memorándum» social. Este aspecto didáctico de la literatura será muy aprovechado por Julio Verne, que siempre estará a caballo entre lo romántico y lo realista.

La vida

Nacimiento

«Una isla es como un barco: una porción de sólido rodeado de agua por todas partes», escribió R. L. Stvenson. Rodeado de aguas, barcos y chalupas, en una pequeña isla nació Jules Verne el 8 de febrero de 1828. Como una tortuga adormilada se levantaba su isla natal, la isla Feydeau, en medio de las aguas finales del río Loira, el largo río que algunos llaman el Mediterráneo de los ríos. La isla era, por aquel tiempo, una zona residencial donde habían izado sus mansiones los acomodados burgueses de la ciudad de Nantes.

Entre el orden y la aventura

Nantes era por entonces uno de los principales puertos comerciales de Francia; en sus muelles atracaban goletas y bergantines dedicados al tráfico de tejidos y especias con las colonias galas de la América Central. Los mástiles, velas y trinquetes eran una invitación permanente a la aventura. Pero el comercio también enseñaba allí su otra cara: el rigor de los libros mayores, la rutina disciplinada de las oficinas de embarque, la gravedad de las transacciones bancadas, en otras palabras, el orden. Entre el orden y la aventura crecerá Jules Verne. En realidad toda su vida podría ser definida como una lucha tenaz por aunar conceptos tan dispares, y su obra literaria bien puede ser tomada como la unión feliz de oficio y fantasía, de esfuerzo e imaginación, de orden y aventura.

La familia

El padre de Jules era Pierre Verne, un abogado de renombre dentro de la sociedad nantesa, que había contraído matrimonio con la bella Sophie Allote de la Fuye, perteneciente a una familia de

armadores de abolengo. El futuro escritor fue el primer hijo varón de aquella pareja, que vería ampliarse su linaje con los nacimientos posteriores de otro varón, Paul, y tres hembras, Anna, Mathilde y Marie.

El abogado Verne era un buen representante del mundo burgués. De apariencia severa, autoritario, obsesionado con la puntualidad y el decoro, hijo y nieto de abogados, pronto anunció que el destino de su primogénito serían las leyes. No debe sin embargo ser considerado como un padre frío o distante. Sus familiares lo recuerdan como persona afectuosa, de inteligencia curiosa, algo poeta, amante de la conversación y apasionado de la música. Jules mantendrá con él unas relaciones ambiguas, que siempre se moverán entre la rebeldía y el respeto.

Sophie, la madre, aportaba a aquel hogar el calor, la fantasía y la sensibilidad artística. Su pariente, el pintor La Celle De Chateaubourg, amigo y retratista del escritor Chateaubriand, será quien cuente a los niños las primeras historias literarias. Otro familiar, el tío Prudent, que Jules recordará con cariño, llenará con sus nostalgias y remembranzas marinas la mente de los infantes.

Entre el mundo ordenado que su padre programa y las fantasías que los veleros despiertan, dará sus primeros pasos por la vida Jules Verne. Sus tempranas lecturas de Fenimore Cooper, W. Scott y Defoe («el *Robinson* ha sido el libro de mi infancia y guardo de él un recuerdo imperecedero») inflamarán su imaginación. En agosto de 1839 su imaginación se une a una naciente pasión amorosa por su prima Caroline y se embarca, clandestinamente, en la fragata La Coralie, de donde su padre logra sustraerlo antes de que abandone las costas francesas. Preguntado por la razón de su huida responderá: «Iba a buscar un collar de coral para Caroline». Castigado con sumo rigor, prometerá no viajar nunca más salvo en sueños. Desde entonces Jules sólo cruzará mares y océanos con la imaginación. El mar perdía así un devoto. La humanidad ganaba un novelista fabuloso y genial.

Amor y París

Aquel afecto infantil por su prima no fue un episodio fugaz y superficial. Jules estará siempre enamorado de aquel primer amor, y no faltan estudiosos que ven en esta frustrada historia de amor el origen de la misoginia, o desprecio por las mujeres, que tan claramente puede palparse en sus obras. Cuando Caroline le rechaza definitivamente y anuncia su compromiso con un joven de porvenir asegurado, Jules huye a París para iniciar su carrera jurídica. Cuando pisa los bulevares de «la capital de la luz», la revolución de 1848 está en plena ebullición, y en carta a sus padres cuelga sus impresiones: «He recorrido los

lugares de la revuelta, he visto las casas acribilladas y con las cicatrices de los recientes cañonazos. En cuanto a mí, cierro mi puerta y me quedo en casa trabajando, porque nada tiene que ver conmigo».

Bohemia literaria

Si ya Verne había descubierto su atracción por la literatura durante su juventud en Nantes, la vida parisina acrecentaría su ilusión de llegar a convertirse en un escritor de fama. Como la ayuda económica que recibe de su padre es muy flaca y escasa, malvive en una buhardilla, ahorra en comida para poder comprar los libros que le apetecen y a duras penas, compartiendo trajes y calcetines con otros compañeros, se introduce en algunos salones literarios. La diosa fortuna y la común afición por la gastronomía le pone en contacto con Dumas padre, pasando a ser una especie de protegido del autor de *Los Tres Mosqueteros*. En 1850 consigue estrenar con relativo éxito su comedia *Las Pajas Rotas*, y desde entonces, en colaboración con otros artistas, redactará libretos para operetas y obras musicales. Estos comienzos teatrales le darán un dominio del diálogo que más tarde le resultará de gran ayuda en sus novelas.

Primeras publicaciones

En 1852 la revista *Musée des Familles* imprime su relato *Castillos de arena en California*, donde trata, con acierto y originalidad, el tema de los buscadores de oro. Más tarde y en la misma revista publica *Martin Paz*, una narración ambientada en Sudamérica, y recibe destacados elogios por su relato histórico *Los primeros buques de la marina mejicana*, basado en las peripecias de dos viejos barcos españoles que se pasaron a la causa de los insurrectos mejicanos durante la guerra de la independencia de las colonias españolas en América. Siguiendo a E. A. Poe, cuya obra lee con admiración y a quien dedica un largo ensayo, escribe *Un viaje en Globo*, logrando crear una estimable atmósfera de terror muy en la línea del autor de *El gato negro*. Su tiempo lo dedica primordialmente al estudio. Entre las paredes de la Biblioteca Nacional lee sin desmayo libros sobre todas las ramas del saber, llegando a poseer un conocimiento enciclopédico que le ha merecido ser comparado con el renacentista Leonardo da Vinci.

Jules Verne ha elegido ser escritor. Cuando finaliza los estudios de Derecho, se enfrentará con el padre, que desde la ciudad natal busca que su hijo le suceda en su bufete. «Nunca podré ser un buen abogado y sin embargo quizás alcance a ser un escritor de renombre» escribe como respuesta a los insistentes deseos paternales. Económicamente resuelve a medias sus necesidades colocándose como secretario en un teatro. Con el paso del tiempo la vida bohemia pierde sus encantos, y Verne «harto de correr detrás de la

calderilla» intentará encontrar una posición más desahogada. Su familia le propone el casamiento con alguna rica heredera de provincias, pero él se resiste. Como miembro de «El Club de los Once sin Mujer» había manifestado que «antes morir de hambre que de matrimoniamiento», pero ya se sabe que el hombre dispone y la mujer…

La boda

En 1856, y con motivo de la boda de un íntimo amigo, conoce en la ciudad de Amiens a Honorine de Viane, una joven viuda con dos hijas, por la que se sentirá atraído. Escribe a su madre: «Esta familia de Viane es una familia encantadora, compuesta de una joven viuda deliciosa, hermana de la recién casada, y de un joven de mi edad, agente de cambio, que gana mucho dinero y que es el hombre más simpático del mundo. El padre es un viejo militar y la madre una mujer de mucho ingenio. Pues bien, creo que estoy enamorado de la joven viuda de veintiséis años».

Decidido a casarse y, tras solicitar un préstamo económico a su padre, se coloca como agente de cambio en la Bolsa de París y en enero de 1857, vestido de blanco y con guantes negros, contrae matrimonio con la viuda de sus sueños. La apacible vida hogareña le permite dedicar más tiempo al estudio y la escritura. Cuando en 1861 nazca su único hijo, Michael, si no un pan bajo el brazo, le trae al menos un proyecto de novela que hará cambiar la vida de los Verne.

Jules encuentra a Jules

Hacia 1861 dos temas ocupan las primeras páginas de la prensa francesa. Por una parte, el viajero, inventor y aventurero Nadar, buen amigo de Jules, anuncia su proyecto de cruzar el Atlántico en un enorme globo. De otra, el mundo sigue ansiosamente los comienzos de la expedición de Speke y Burton en busca de las míticas fuentes del Nilo. Con estos dos temas de actualidad Verne construye un relato que, según avanza, vislumbra cómo esa narración de largo alcance que durante tanto tiempo había tratado de escribir. Terminada la novela, inicia el molesto e irritante peregrinar de todo autor que busca un editor. Pasan los meses y Jules sólo recibe disculpas, dilaciones y rechazos. Desesperado pero no resignado, va a visitar a Jules Hetzel, un editor que, recién regresado del exilio político, quiere inaugurar una colección de libros recreativos y pedagógicos. Aquel encuentro pasará a la historia de la literatura. Jules, el editor, indicará a Jules, el escritor, que en su manuscrito se hallan evidentes cualidades de novelista y le insta a corregir algunos fallos estructurales. En quince días Verne poda y reescribe su novela y el resultado satisface plenamente al agudo editor. *Cinco semanas en Globo* aparece a la venta a principios de 1863 y su éxito comercial desborda las más optimistas

previsiones de ambos Jules, que sellan su colaboración mediante un contrato, merced al cual Verne se obliga a escribir dos novelas por año. Nunca el novelista faltará a su doble cita anual con los lectores. A su primer éxito seguirán otros: *Viaje al centro de la Tierra, Las aventuras del capitán Hatteras, Veinte mil leguas de viaje submarino, Los hijos del capitán Grant, La vuelta al mundo en ochenta días, El Chancellor, Miguel Strogoff, La isla misteriosa*, etc.

Luces y sombras

Con el triunfo comercial llegó el bienestar económico. La adaptación teatral de varias de sus novelas pondrá en sus bolsillos una fortuna casi astronómica. La familia Verne se traslada a la ciudad de Amiens y, asentados en una amplia y cómoda mansión, gozará de los placeres que en otros tiempos los escasos dineros les habían impedido. Su afición a navegar se verá colmada con la posesión y uso de una serie de yates sucesivos. Con ellos recorrerá las costas europeas y los mil puertos del Mediterráneo. La fama y la fortuna le abrirán las puertas de los salones más selectos. En el extranjero será recibido como una gloria universal. Los premios, invitaciones, honores y condecoraciones le llegan como lluvia incesante. No se dormirá en los laureles. Superando achaques y dolencias seguirá entregado a su ambiciosa tarea de escribir la epopeya de la Ciencia. El carácter díscolo de su hijo, sus escándalos amorosos y su incapacidad para «hacer algo de provecho», alterarán la tranquilidad de la vida de Verne. Su sobrino Gaston, hijo de su querido hermano Paul, atenta, en un rapto de locura, contra el escritor, que recibe un disparo a consecuencia del cual queda ligeramente disminuido físicamente pero muy deprimido de ánimo. Sumada a estas desgracias, se produce la inevitable pérdida de su padre, su madre y poco más tarde la de su amigo y consejero Jules Hetzel, y el carácter del novelista se vuelve más agrio y huraño. Frente a las desgracias que parecen acosarle en sus últimos años se refugia en la soledad y en la escritura de sus obras. Su fuerza creativa no se resiente y aún tiene fuerzas para presentarse a concejal en unas elecciones locales y para realizar desde tal puesto una meritoria labor cultural.

Último adiós

Rodeado de los suyos, como un viejo patriarca, transcurren sus últimos días. Su nieto Jean Jules Verne lo recuerda sentado ante la chimenea familiar, leyendo o charlando, «rodeado de libros por todas partes», con un aspecto majestuoso, el pelo cano, con la barba de un viejo lobo de mar. A comienzos de 1905 la diabetes crónica que padece acentúa su derrumbe. El 24 de marzo mira a sus nietos, «Sed buenos», dice,

se vuelve hacia la pared y estoicamente espera la muerte, el último de sus «Viajes Extraordinarios».

Sobre la lápida de su sencilla tumba se lee una inscripción que es todo un compendio de su paso por la vida: «Hacia la inmortalidad y la eterna juventud».

Un drama en Livonia

Marco histórico

Livonia era una antigua provincia báltica del viejo imperio ruso; de población mayoritariamente eslava, sufría hacia finales del siglo XIX la doble tensión de la potencia alemana y el despotismo zarista. En la novela de Verne los enfrentamientos políticos y sociales se presentan de una forma un tanto reducida, pues las fuerzas políticas nacionalistas —que encarna el profesor Dimitri Nicolef— no se identificaban con los rusos, quienes, al igual que los alemanes, eran considerados como extranjeros e invasores. En 1918, la provincia de Livonia alcanzó la independencia creándose los estados de Estonia, en la zona norte, y de Letonia en el sur y con la capital en Riga. En 1939 ambos estados fueron ocupados por el ejército soviético y al año siguiente se integraron en la URSS.

Un drama en Livonia, aunque publicada en 1904, había sido escrita hacia 1895 y corregida años más tarde. Durante ese período la rivalidad histórica entre franceses y alemanes se había enconado enormemente, y ello repercute en la presentación totalmente odiosa que Verne hace de los personajes germánicos. Tal y como hemos indicado al hablar del entorno político, la trama novelesca está inspirada en el llamado caso Dreyfus.

El argumento

El motivo principal de la trama narrativa es la acusación de robo y asesinato que recae sobre el profesor Nicolef, a quien todas las pruebas parecen condenar, al tiempo que él se niega a contestar sobre las causas de su presencia en el lugar del crimen. A este motivo se superponen con gran acierto otras tramas secundarias y paralelas: la huida de Siberia de Wladimir Yanof; los amores de éste y la hija del profesor; la lucha electoral entre el progermano Johausen y el proeslavo Nicolef, y las rivalidades y enfrentamientos entre los hijos de ambos enemigos políticos.

El esclarecimiento o explicación de las aparentes pruebas que condenan al profesor y el descubrimiento del verdadero criminal da lugar al desarrollo argumental de la novela. Por sus características, la narración de Verne no debe ser considerada como una auténtica novela policíaca[24], aunque por su

temática pueda en algunos momentos acercarse a este género narrativo. Si hubiera que situar *Un drama en Livonia* dentro de algún grupo novelesco, sería más apropiado relacionarla con los folletines criminales que anteceden a la aparición de lo policíaco, es decir, con *El Conde de Montecristo* de Dumas, *El coche número 13* de Xavier de Montepin (1823-1902), o *El crimen de la Opera* de Fortune de Boisgobey.

El concepto o idea que subyace detrás de las peripecias argumentales, aglutinando los distintos motivos narrativos de la novela es *la lealtad*. El tema asoma ya durante el desarrollo de la primera historia que el autor nos presenta: Cuando el fugitivo se esconde en el viejo molino, recibirá la ayuda leal del molinero: «No te pregunto quién eres. Lo único que sé es que eres eslavo, y jamás un eslavo entrega a otro eslavo», y reaparece en el capítulo tercero de la primera parte cuando se nos cuenta la fidelidad y lealtad de Ilka Nicolef hacia su desterrado prometido. Pero será en la parte segunda de la novela cuando el tema se apodere totalmente de la narración. El silencio del profesor, a pesar del peligro que para él representa el permanecer callado; la presentación pública de Yanof: «Soy un proscrito a quien Dimitri Nicolef ha querido salvar a costa de su honor, y a quien vengo a salvar a costa de mi vida», y la fe en su inocencia de los amigos del profesor tiñen todo el relato de un aire de grandeza que en ocasiones alcanza un tono epopéyico.

El tema

El concepto o idea que subyace detrás de las peripecias argumentales, aglutinando los distintos motivos narrativos de la novela es *la lealtad*. El tema asoma ya durante el desarrollo de la primera historia que el autor nos presenta: Cuando el fugitivo se esconde en el viejo molino, recibirá la ayuda leal del molinero: «No te pregunto quién eres. Lo único que sé es que eres eslavo, y jamás un eslavo entrega a otro eslavo», y reaparece en el capítulo tercero de la primera parte cuando se nos cuenta la fidelidad y lealtad de Ilka Nicolef hacia su desterrado prometido. Pero será en la parte segunda de la novela cuando el tema se apodere totalmente de la narración. El silencio del profesor, a pesar del peligro que para él representa el permanecer callado; la presentación pública de Yanof: «Soy un proscrito a quien Dimitri Nicolef ha querido salvar a costa de su honor, y a quien vengo a salvar a costa de mi vida», y la fe en su inocencia de los amigos del profesor tiñen todo el relato de un aire de grandeza que en ocasiones alcanza un tono epopéyico.

La estructura

El material narrativo se reparte en dos bloques muy diferenciados que coinciden con cada una de las partes en que se presenta la novela. En el primer bloque suceden una serie de

hechos cuya relación permanecerá oculta al lector hasta muy avanzado el relato, lo cual contribuye a crear una atmósfera de intriga y misterio. Esta sensación de extrañeza tiene su cumbre o clímax en la frase final de la primera parte: «¡Porque nadie se bate con el hijo de un asesino!». Hasta ese momento la historia del fugitivo, de las familias Nicolef y Johausen y los hechos criminales de la posada de la Cruz-Rota parecían piezas desencajadas de un rompecabezas. El bloque narrativo segundo se encargará de ajustar estas piezas para llegar a una explicación final que rehabilite el honor del injustamente acusado profesor y con ello se permita un típico final feliz: la boda de Ilka y Wladimir.

Esta estructura responde perfectamente al tradicional modelo del folletín popular, que se basa en la creación de apariencias o grandes misterios que luego serán resueltos con mayor o menor habilidad narrativa. En este sentido, el recurso a la confesión del auténtico asesino durante su trance hacia la muerte es muy tópica y manida y, sin duda, no está a la altura de los enredos que Verne había utilizado.

El estilo

La valoración estilística de un escritor se hace usualmente a través de un proceso de comparación entre su prosa y la de aquellos autores que se consideran modélicos. Si se aceptase totalmente este método, la escritura de Verne en contraste con la de Flaubert tendría que ser calificada de torpe y desaliñada. Ahora bien, en ocasiones parece más correcto intentar juzgar la prosa de un escritor partiendo de cuáles son o fueron sus pretensiones al enfrentarse con el hecho de escribir. Para Jules Verne la función de sus escritos era primordialmente la de contar historias que entretuviesen al público; es decir, contemplaba el lenguaje como un mero instrumento de transmisión y nunca como un fin en sí mismo. Errado o no, parece justo valorar su escritura desde estas intenciones. En cualquier caso, y partiendo de estas premisas, es justo recordar que Verne siempre tuvo conciencia de la necesidad de mejorar sus herramientas lingüísticas. En cartas a su amigo y editor Hetzel dice: «Me dice cosas muy amables, e incluso halagadoras, acerca de la mejora de mi estilo. Evidentemente debe aludir a los pasajes descriptivos en los que me esfuerzo todo lo que puedo. (…) Me pregunto, pues, si realmente está usted tan contento del escritor como del novelista. Todo esto es para decirle con cuánta seriedad trato de llegar a ser un estilista. Es la idea de toda mi vida». Estos pasajes revelan una gran clarividencia de Verne sobre sus propias posibilidades y una gran intuición crítica al separar los valores de «lo novelístico» y «lo estilístico». El autor de *El Chancellor* nunca llegaría a ser un estilista de gran altura, pero basta con

comparar los momentos descriptivos de una novela temprana como *La vuelta al mundo en ochenta días* con el espléndido capítulo primero de *Un drama en Livonia*, para corroborar que sus esfuerzos por mejorar la calidad de su escritura no fueron vanos.

Aun cuando resulta imposible analizar el lenguaje de un autor a través de un texto traducido, una lectura atenta de su novela descubre algunas de sus cualidades como la agilidad y verosimilitud de sus diálogos, la eficacia en la presentación de los personajes y sobre todo la sobriedad de una prosa que hizo exclamar al poeta Apollinaire (1880-1918): «¡Qué estilo el de Jules Verne! Nada más que sustantivos».

Valoración final

Cuando Jules Verne falleció, el gran periódico francés *Le Figaro* recogió de este modo la noticia: «El célebre narrador, cuyos libros, durante medio siglo, han hecho el gozo de nuestros hijos, ha muerto en Amiens». Situar a Verne de forma peyorativa dentro de los escritores para niños es hacer una injusticia tanto al escritor como a la llamada literatura juvenil, que afortunadamente ya ha dejado de ser considerada como una literatura de rango menor.

En este sentido *Un drama en Livonia*, aparte de sus méritos y cualidades propias, servirá a muchos lectores para descubrir que Verne era algo más que un escritor de historias fantásticas. De ahí la oportunidad de esta reedición.

Constantino Bértolo Cadenas

Bibliografía

* Prepublicadas en la revista *Le Magasin ilustré d'éducation et de récréation*.

** Prepublicadas en la revista *Musée des familles*.

Con «s.a.» indicamos «sin año» aunque la publicación castellana es próxima a la edición original.

Además de las novelas y el teatro, escribió Verne letras de canciones —de las que se conservan poco más de veinte— discursos, artículos y otro tipo de ensayos. En momentos de distracción, hizo incluso textos de logogrifos y crucigramas: entre sus papeles se han encontrado de tres a cuatro mil de estos divertimentos.

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
	Narrativa	
1863	*Cinq semaines en ballon*	*Cinco semanas en globo* (s.a.)
1864	*Voyage au centre de la Terre*	*Viaje al centro de la Tierra* (1867)
1865	*De la Terre à la Lune*	*De la Tierra a la Luna* (1882)
1866	*Voyages et Aventures du capitaine Hatteras* ((2 t.)*	*Aventuras del capitán Hatteras* (s.a)
67/68	*Les Enfants du Capitaine Grant* (3t.)*	*Los hijos del capitán Grant* (s.a.)
69/70	*Vingt Mille Lieues sous les mers* ((2 t.)*	*Veinte mil leguas de viaje submarino* (1868-70).
1870	*Autour de la Lune*	*Alrededor de la Luna* (1921)
1871	*Une Ville flottante*	*Una ciudad flotante* (1880)
1872	*Aventures de trois Russes et de trois Anglais**	*Aventuras de tres rusos y tres ingleses en el África Austral* (1879)
1873	*Le Tour du Monde en quatre-vingts jours*	*La vuelta al mundo en ochenta días* (1873)
1873	*Le pays des fourrures* (2 t)*	*El país de las pieles* (1873)
1874	*Le Docteur Ox* — Contiene además: *Maître Zacharius*; *Un drame dans les airs*; *Un hivernage dans les glaces*; *Les Forceurs de blocus*	*El Doctor Ox* — Contiene además: *Maese Zacarías*; *Un drama en los aires*; *Un invierno entre los hielos*; *Los forzadores del bloqueo* (1886)
1874	*L'Ile mystérieuse* ((2 t.))*	*La isla misteriosa* (1883)

1875	*Le «Chancellor»*	*El «Chancellor»* (s.a.)
1876	*Un Drame au Mexique*	*Un drama en México* (1879)
1876	*Michel Strogoff* ((2 t.))*	*Miguel Strogoff. De Moscú a Irkutsk* (1876)
1877	*Les Indes Noires*	*Las Indias negras* (1877)
1877	*Hector Servadac* ((2 t.)*	*Héctor Servadac* (1877)
1877	*Martin Paz***	*Martín Paz* (1880)
1878	*Un capitaine de quinze ans* ((2 t.)*	*Un capitán de quince años* (1878)
1878	*La Découverte de la Terre*	*Los descubrimientos del globo* (1879)
1879	*Les Grands Navigateurs du XVIII siècle* ((2 t.)	*Los grandes navegantes del siglo XVIII* (1888)
1879	*Les Tribulations d'un Chinois en Chine*	*Las tribulaciones de un chino en China* (s.a.)
1879	*Les Cinq Cents Millions de la Bégum**	*Los quinientos millones de la princesa* (1879)
1880	*Les Voyagpurs du XIX siècle* ((2 t.)	*Los grandes exploradores del siglo XIX* (1881)
1880	*La Maison à vapeur* ((2 t.)*	*La casa de vapor* (1882)
80/81	*La Jangada* ((2 t.)	*La Jangada* (s.a.)
1882	*Le Rayon vert*	*El rayo verde* (1884)
1882	*Dix Heures en Chasse*	*Diez horas de caza* (1888)
1882	*L'École des Robinsons**	*Escuela de tos Robinsones* (1884)
1883	*Kéraban le Têtu* ((2 t.)*	*Kerabán el testarudo* (s.a.)
1884	*L'Archipel en feu*	*El archipiélago de fuego* (s.a.)
1884	*L'Etoile du Sud**	*La estrella del Sur* (1886)
1885	*Mathias Sandort*	*Matías Sandort* (1894)
1885	*L'Épave du «Cynthia»* (con André Laurie)	*El náufrago del «Cynthia»* (1887)
1886	*Robur-le-Conquérant*	*Robur el conquistador* (s.a.)
1886	*Un billet de loterie* — Contiene además: *Frritt-Flacc*	*Un billete de lotería* — Contiene además: *Frritt-Flacc* (s.a.)
1887	*Nord contre Sud* ((2 t.))*	*Norte contra Sur* (s.a.)
1887	*Le Chemin de France* — Contiene además: *Gil Braltar*	*El camino de Francia* — Contiene además: *Gil Braltar* (s.a.)
1888	*Deux Ans de vacances* ((2 t.))*	*Dos años de vacaciones* (1888)
88/89	*Famille-Sans-Nom* ((2 t.))	*Familia sin nombre* (1889)
1889	*Sans Dessus Dessous*	*El secreto de Maston* (1967)
1890	*César Cascabel* ((2 t.))*	*César Cascabel* (s.a.)
1891	*Mistress Branican* ((2 t.))*	*Mistress Branican* (s.a.)
1892	*Le Château des Carpathes**	*El castillo de los Cárpatos* (s.a.)
1893	*Claudius Bombarnac*	*Claudio Bombarnac* (1956)
1893	*P'tit Bonhomme* ((2 t.))*	*Aventuras de un niño irlandés* (1894)
1894	*Mirifiques aventures de Maître Antifer* ((2 t.))*	*Maravillosas aventuras de Antifer* (1895)
1895	*L'Ile à hélice* ((2 t.))*	*La isla de hélice* (s.a.)

1896	*Face au drapeau**	*Ante la bandera* (s.a.)
1896	*Clovis Dardentor**	*Clovis Dardentor* (s.a.)
1897	*Le Sphinx des glaces* ((2 t.))*	*La esfinge de los hielos* (s.a.)
1898	*Le Superbe Orénoque* ((2 t.))*	*El soberbio Orinoco* (s.a.)
1899	*Le Testament d'un excentrique* ((2 t.))*	*El testamento de un excéntrico* (s.a.)
1900	*Seconde Patrie* ((2 t.))*	*Segunda patria* (s.a.)
1901	*Le Village aérien**	*El pueblo aéreo* (s.a.)
1901	*Les Histoires de Jean-Marie Cabidoulin*	*Las historias de Juan María Cabidoulin* (1911)
1902	*Les Frères Kip* ((2 t.))*	*Los hermanos Kip* (s.a.)
1903	*Bourse de voyage* ((2 t.))*	*Beca de viaje*
1904	*Un drame en Livonie**	*Un drama en Livonia* (1911)
1904	*Mâître du Monde**	*El dueño del mundo* (s.a.)
1905	*L'invasion de la mer**	*La invasión del mar* (s.a.)
1905	*Le Phare du bout du monde**	*El faro del fin del mundo* (s.a.)
1906	*Le Volcan d'or* ((2 t.))	*El volcán de oro* (s.a.)
1907	*L'Agence Thompson and Cº* ((2 t.))	*La agencia Thompson y Cía.* (1910)
1908	*La Chasse au météore*	*La caza del meteoro* (1910)
1908	*Le Pilote du Danube*	*El piloto del Danubio* (1910)
1909	*Les Naulragés du «Jonathan»* ((2 t.))	*Los náufragos del «Jonathan»* (s.a.)
1910	*Le Secret de Wilhelm Storitz*	*El secreto de Wilhelm Storitz* (1958)
1910	*Hier et Demain* — Contiene: *La Famille Raton*; *M. RéDiéze et Mlle Mi-Bémol*; *La Destinée de Jean Morenas*; *Le Humbug, Au XXIX A-siècle: La Journée d'un journaliste américain en 2889*; *L'Étemel Adam*.	*Ayer y mañana* — Contiene: *La familia Ratón*; *El Señor Re-Sostenido y la Señorita Mi-Bemol*; *El destino de Jean Morenas*; *El Humbug*; *Siglo XXIX: La jornada de un periodista americano en el 2889*; *El eterno Adán*.
1919	*L'Étonnante Aventure de la mission Barsac*.	*La impresionante aventura de la misión Barsac* (s.a.).
	Ensayos	
1863	*A Propos du «Géant»*	*A propósito del «Gigante»*
1864	*Edgar Poe et ses œuvres*	*Edgar Poe y sus obras*
1864	*Le Comte de Chanteleine*	*El Conde de Chanteleine* (1884)
1879	*Les Révoltés de «La Bounty»*	*Los amotinados de «La Bounty»* (1879)

	Teatro (no representado)		**Teatro (representado)**
1847	*Alexandre VI* (tragedia en verso)	1850	*Les Pailles rompues* (en verso)
47/48	*La Conspiration des poudres* (tragedia en verso)	1853	*Le Colin-Maillard* (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1848	*Une promenade en mer* (vodevil)	1855	*Les Compagnons de la Marjolaine* (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1848	*Le Quart d'heure de Rabelais* (comedia	1858	*Monsieur de Chimpanzé*

en verso)

1849 *Un drame sous Louis XV* (también titulada *Un drame sous la Régence*) (tragedia en verso)

1849 *Abdallah* (vodevil)

1850 *La Cuimard* (comedia)

1850 *Quiridine et Quidineri* (en verso)

1851 *Les Savants* (comedia en verso)

1851 *De Charybde en Scylla* (comedia en verso)

51/53 *Léonard de Vinci* —también titulada *La Joconde y Monna Lisa*— (comedia en verso)

1852 *Les Châteaux en Californie ou Pierre qui roule n'amasse pas mousse* (comedia de Verne y Pitre Chevalier)

1852 *La Tour de Montlhérv* (drama de Verne y Charles Wallut)

1853 *Un fils adoptif* (comedia Verne-Walnut)

1854 *Guerre aux Tyrans* (comedia en verso)

1855 *Les Heureux du jour* (en verso)

1856 *Au bord de l'Adour* (comedia)

1857 *Les Sabines* (opereta. Verne-Wallut)

(opereta. Veme-Carré. Música: Hignard)

1860 *L'Auberge des Atdennes* (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)

1861 *Onze Jours de siège* (comedia Verne-Wallut)

1873 *Un neveu d'Amérique ou Les Deux Frontignac* (comedia)

1874 *Le Tour du monde en 80 jours* (Verne-d'Ennery. Música: Debillemont)

1877 *Le Docteur Ox* (ópera bufa, sacada de la obra de Verne por Ph. Gille. Música: J. Offenbach)

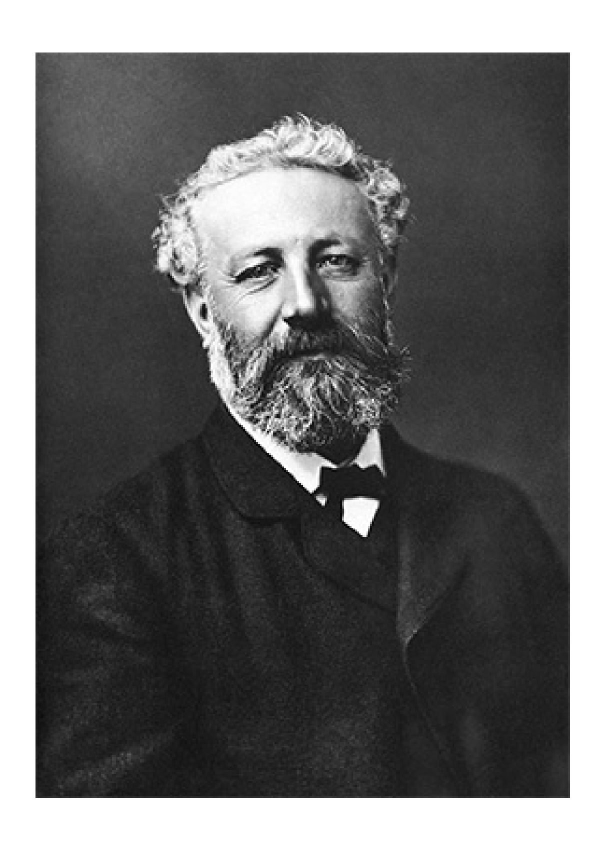
1878 *Les Enfants du capitaine Grant* (Verne-d'Ennery. Música: Debillemont)

1880 *Michel Strogoff* (Verne-d'Ennery)

1882 *Voyage à travers l'impossible* (Verne-d'Ennery)

1883 *Kéraban le Têtu*

1887 *Mathias Sandorf* (drama. Verne-Busnach-Maurens)



JULES GABRIEL VERNE. Escritor francés, conocido en los países de lengua española como Julio Verne. El 8 de febrero de 1828 nació en Nantes este gran escritor, geógrafo de países fabulosos, creador de personajes enigmáticos, inventor de islas misteriosas y de originales máquinas, que con sus extraordinarias novelas inició a varias generaciones en el amor a la ciencia.

Tal vocación por lo extraordinario y lo fantástico no se advertía en Julio Verne cuando niño. Alumno estudioso y serio, no mostraba el afán de aventuras de otros chicos de su edad. Dotado de extraordinaria memoria, hizo con aprovechamiento sus primeros estudios, y luego marchó a París para cursar la carrera de abogado, profesión que ejercía su padre en Nantes.

Terminada la carrera, no demostró ninguna afición a ella. Su amistad con Alejandro Dumas y otros autores dramáticos había despertado en él la afición a ese género literario, y tenía escritas algunas obras como *La Conspiration des poudres*, *Un drame sous la Régence* y *Les Pailles rompues*, comedia en verso esta última, primera que estrenó (1850) y que sólo se representó una docena de veces, en el *Gymnase*. Luego estrenó *Douce jours de siège*, comedia en tres actos, en el *Vaudeville*.

Nombrado secretario del *Théâtre Lyrique*, continuó sus ensayos dramáticos con no mucho éxito, hasta que, interesado por la aerostación, escribió *Cinco*

semanas en globo (1863), su primera novela científica.

El gran éxito que obtuvo con ella le animó a continuar este género de literatura y firmó un contrato exclusivo con su editor, J. Hetzel, comprometiéndose a proporcionarle dos obras anuales durante veinte años, o cuarenta en un breve espacio de tiempo, por lo cual recibiría 20 000 francos anuales o 10 000 por volumen. El éxito de las obras siguientes fue tal, que su editor hubo de mejorarle cinco veces el contrato.

Sucesivamente publicó, entre otras muchas, *Viaje al centro de la tierra* (1864); *De la tierra a la luna* (1865); *Las aventuras del capitán Hatteras* (1866); *Los hijos del capitán Grant* (1868); *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870) (que le valió ser coronado por la Academia Francesa); *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873); *El doctor Ox* (1874); *La isla misteriosa* (1875); *Miguel Strogoff* (1876); *Las Indias negras* (1877); *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros* (1878); *Un capitán de quince años* (1878); *Las tribulaciones de un chino en China* (1879); *El rayo verde* (1882) y *El archipiélago en llamas* (1884).

El mayor mérito de este gran novelista científico son sus anticipaciones, sus previsiones geniales, nacidas de un cerebro enciclopédico. Todo lo que predijo en cuestiones de navegación (aérea y submarina), cinematografía, televisión, telegrafía sin hilos, etc., etc., y que se ha realizado en nuestros días, demuestra la variedad de una erudición y la riqueza de una imaginación que no han sido superadas.

Además, su obra, exaltadora del valor, del esfuerzo, de la energía y de la bondad, sin bajezas morales de ninguna clase, ha ejercido siempre una influencia extraordinaria en la juventud.

Julio Verne murió en Amiens, el año 1905.

Notas

[1] Medida rusa de longitud, equivalente a 1.067 metros. <<

[2] *Wer da* es también «¿quién vive?», pero en alemán. <<

[3] Términos marineros. *Gaviero*: Marinero encargado de dirigir las maniobras en lo alto de los palos. *Obenque*: Cada uno de los cabos gruesos que sujetan la cabeza de un palo a la mesa de guarnición o cofa correspondiente. *Flechaste*: Cada uno de los cordeles horizontales que, ligados a los obenques, sirven de escalones para que los marineros puedan subir a ejecutar las maniobras en lo alto de los palos. **<<**

[4] La liga *henseática* fue una asociación de mercaderes alemanes que, desde 1358, se conoce con el nombre de *Hansa teutónica*, aunque su existencia data de mediados del siglo XII. Más tarde la primitiva asociación de mercaderes se transformó en una confederación de ciudades comerciales. A finales del siglo XVII la Liga ya sólo comprendía tres ciudades: Lübeck, Bremen y Hamburgo. <<

[5] Unos 54.000 francos. *(Nota del autor)*. <<

[6] Se refiere al filósofo y pedagogo ginebrino Jean Jacques Rousseau (1712-1778), autor, entre otras obras, de *El contrato social* y *Emilio o la educación*. <<

[7] Especie de carro de cuatro ruedas usado principalmente en Rusia para el transporte de mercancías. Verne da más detalles a continuación. <<



[8] Se daba este nombre a la valija del correo o posta ordinaria de Francia y de Inglaterra, y también al mismo correo. <<

[9] *Tchin* o *Chin* significa en ruso «jerarquía», y es el nombre que se dio con frecuencia al cuadro de jerarquías que desde 1722 a 1917 reglamentó en Rusia la condición de los nobles. En su origen tenía tres categorías de jerarquías paralelas: ejército, servicio civil y servicio de la corte. Cada una comprendía catorce clases, que podían ser recorridas desde los quince años hasta la muerte. **<<**

[10] Descuido de Verne, que no precisa la fecha. En la página 42 dijo que el vencimiento se produciría el 15 de mayo. En cambio, más adelante (págs. 182 y 206) lo sitúa el 14 de mayo. <<

[11] Todos los billetes rusos son emitidos por el Estado, y su valor es de 500, 100, 50, 25, 10, 5, 3 y 1 rublo. El papel-moneda representa casi exclusivamente el instrumento monetario de Rusia. Esto* billetes del Estado son de circulación obligatoria. Su emisión está regulada por un servicio administrativo, bajo la jurisdicción del Ministerio de Hacienda, y colocada bajo la vigilancia del Consejo de los establecimientos de crédito del imperio, que designa dos consejeros extraídos de la nobleza y los negociantes de Petersburgo. El rublo de papel valía en aquella época unos 2,75 francos, y el rublo de plata estaba calculado en 4 francos. En la actualidad conocemos las reformas recientes de la moneda rusa. *(Nota del autor)*. **<<**



[12] Pequeños peces que, preparados en escabeche, son muy estimados en Livonia. *(Nota del autor)*. **<<**

[13] *Aa*: Río que nace en el Norte de Francia, pasa por Flandes y desemboca en el Mar del Norte por Gravelines. *Oesel* o Saarema: Isla rusa de Estonia, que cierra por el NO el golfo de Riga. *Kümmel* o cúmel: Licor alcohólico de origen ruso, apreciado por sus cualidades digestivas. Se prepara macerando en alcohol durante un mes comino, hinojo y canela, destilándolo después, y mezclando el producto resultante con jarabe de azúcar muy cocido. <<

[14] Ave gallinácea muy parecida a la perdiz. <<

[15] «¡Viva!». (En alemán en el original). <<

[16] Gustavo II Adolfo (1594-1632), rey de Suecia desde 1611. Era muy culto y un brillante escritor, y desarrolló la enseñanza por medio de la creación de escuelas gratuitas y universidades, entre ellas la de Abo y la de Dorpat. *Dorpat*, que había sido alemana desde 1224, pasó a ser rusa en 1704. Por la «Paz de Dorpat» de 1920 se reconocía la independencia de Estonia, y Dorpat recobró su nombre finés de Tartu, con el que se la conoce actualmente. Desde 1940 es una república socialista de la U.R.S.S. <<

[17] Otón I (1815-1867), rey de Grecia de 1832 a 1862. Era hijo de Luis I de Baviera y fue designado rey de Grecia por la Conferencia de Londres tras el asesinato de Capo d’Istria. Incapaz de reprimir las sublevaciones y de alejar a los británicos de las islas Jonias, se vio obligado a abdicar en 1862. <<

[18] Rey legendario de Pilos (Mesenia) en la mitología griega. Su presencia en la *Ilíada* —el poema épico de Homero (siglo IX a. C.)— es muy importante, y es presentado como un sabio anciano que sabe aconsejar en los momentos decisivos. Casi siempre va acompañado del epíteto «prudente», y ha pasado a ser una especie de símbolo de la sabiduría y la prudencia. <<

[19] «¡Gocemos, pues, mientras somos jóvenes! ¡Tras la alegre juventud, tras la molesta vejez, nos poseerá la tierra!». El poema latino pertenece a la poesía medieval de los *goliardos*, bajo cuyo nombre no sólo se albergaban clérigos vagabundos y estudiantes pobres y apicarados, sino también algunos poetas conocidos y muchos anónimos. Sus temas solían ser satíricos y amatorios, y lo mismo cantaban los placeres de la taberna y el juego, que se entregaba a críticas virulentas de la sociedad, la Iglesia y el Estado. A la poesía goliardesca pertenecen los célebres *Carmina Burana*, tan famosos desde que el compositor alemán Carl Orff (1895-1983) les puso música. El *Gaudeamus igitur* se hizo popular en las universidades alemanas medievales y ha pasado a convertirse en himno universitario. <<

[20] *De profundis clamavi ad te, Domine* (Desde lo hondo a ti grito. Señor) son las palabras con que empieza el salmo 129. Se trata de un salmo penitencial utilizado en la liturgia católica de difuntos. <<

[21] Error del autor, que anteriormente le dio el nombre de Mijail (Michel). *(Nota del traductor)*. <<

[22] Aunque lo llama Emperador, se refiere evidentemente al zar. **<<**

[23] Derivada del ruso *ukasati* (indicar), el *ucase* es un decreto del zar en general. Como se ve, no se trata necesariamente de una orden injusta y tiránica. <<



[24] Ver introducción a la novela policíaca en *El escarabajo de oro*, publicado en esta misma Colección. <<